Daniela Spenser

EL TRIÁNGULO IMPOSIBLE

México, Rusia Soviética y Estados Unidos en los años veinte





EL TRIÁNGULO IMPOSIBLE

México, Rusia Soviética y Estados Unidos en los años veinte

Daniela Spenser





MÉXICO • MCMXCVIII

Primera edición, enero de 1998

ISBN 968-842-776-4

Colaboró en el cuidado de la edición Bulmaro Sánchez Sandoval
del Departamento de Publicaciones del CIESAS



IMPRESO EN MÉXICO *PRINTED IN MEXICO*

Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000 México, D.F.

En memoria de Vladimir Tosek,
quien creía que algún día el planeta entero sería
la patria del comunismo.

Para Ruth Tosková,
quien lo amó por la firmeza de su fe.

En memoria de Emma Rizo Campomanes,
humanista mexicana,
quien defendía la nobleza y la justicia.

Para Daniel Yanes Groll,
quien heredó sus ideas.

Prólogo

Friedrich Katz*

La Revolución mexicana de 1910-1920 fue una de las pocas grandes revoluciones del siglo XX que tuvo lugar antes de la Revolución rusa y en contraste con las demás, como la Revolución china, que también empezó antes de que los bolcheviques tomaran el poder en Rusia, nunca fue influida por la Revolución rusa de una manera profunda. Las razones que explican este desenvolvimiento no son sino uno de los muchos problemas significativos e importantes que este libro de Daniela Spenser busca explorar. Lo hace con base en una enorme cantidad de documentos de archivos de varias naciones, la gran parte de los cuales nunca han sido utilizados hasta hoy. Hasta donde yo sé, la autora es la primera en acercarse a los archivos diplomáticos de la antigua Unión Soviética de manera sistemática. Muchos de los informes de los diplomáticos mexicanos en Moscú no han sido estudiados hasta hoy. Mientras que los expedientes diplomáticos del Departamento de Estado han sido accesibles desde hace mucho tiempo, no se puede decir lo mismo de los expedientes de la inteligencia que la autora utiliza con gran habilidad.

Aunque se trata de historia diplomática, es historia diplomática a más alto nivel. Daniela Spenser no se limita a analizar las políticas de los gobiernos, sino que estudia las políticas y actitudes de los partidos políticos y de los grupos intelectuales. Al consultar una gran cantidad de artículos periodísticos, examina la opinión pública.

Una de las contribuciones más interesantes de este libro, al examinar la política de los Estados Unidos hacia México en los años veinte, es el estudio sistemático de los intentos de importantes segmentos de la prensa norteamericana así como de la administración republicana por condenar al gobierno mexicano al llamarlo "bolchevique" y al describir cada medida nacionalista que el gobierno tomó contra las compañías extranjeras, como

* Profesor de Historia de América Latina y Director del Centro de Estudios Mexicanos en la Universidad de Chicago

si fuera inspirada por el bolchevismo. Cuando tanto el embajador norteamericano Sheffield como el secretario norteamericano de Estado Kellogg concibieron la intervención en México, lo hicieron describiendo al gobierno mexicano como bolchevique. Esta propaganda terminó una vez que Dwight Morrow llegó a ser el embajador en México y logró orientar la política mexicana hacia un lado más conservador. Lo que no terminó fue el intento de la administración norteamericana de poner fin a las relaciones diplomáticas entre la Unión Soviética y México, que habían sido establecidas en 1924 y fueron rotas seis años después, en 1930.

La historia de las relaciones mexicano-soviéticas es uno de los puntos centrales del estudio de Daniela Spenser. Lo que aparece es que la política soviética hacia México se caracterizó por una serie de profundas contradicciones. La primera contradicción consistió, por una parte, en la relativamente poca importancia que México tenía para la Unión Soviética y por la otra, a la gran calidad e importancia de los diplomáticos soviéticos enviados allí. Stanislav Pestkovsky, lo mismo que su sucesora, Alexandra Kollontai, fueron sumamente prominentes revolucionarios rusos que habían jugado papeles centrales en la revolución y habían ocupado altos puestos en el gobierno soviético. Daniela Spenser resuelve esta primera contradicción al enfatizar que los dos revolucionarios habían sido opositores de Stalin. Su nombramiento en México en parte es posible que haya sido menos una manifestación del interés soviético en México que el interés de Stalin por remover a estas dos personalidades de la Unión Soviética en un momento en que su poder todavía no era absoluto.

La segunda contradicción fue entre la convicción de algunos dirigentes soviéticos de que México era maduro para la revolución y la de otros, como Lenin, quien fue extremadamente pesimista acerca de la capacidad de México de constituir un importante centro de la revolución mundial. De allí que la política soviética varió entre el descuido y el fuerte involucramiento en la política mexicana y la creencia que México podría convertirse en un foco de la revolución.

La tercera contradicción de la política soviética manifestada por los diplomáticos soviéticos fue que, por una parte decían que eran diplomáticos como aquellos cuyo objetivo principal fue establecer relaciones normales entre dos países pero que, por otra parte, intervenían activamente en la política mexicana con el fin de promover el movimiento comunista. El gobierno mexicano toleró estas contradicciones, aunque con cierta reserva, mientras la Internacional Comunista y la Unión Soviética veían al gobierno mexicano como un gobierno de la pequeña burguesía que tenía un cierto compromiso antiimperialista. Cuando la actitud de la

Internacional Comunista cambió, en 1928, después del Sexto Congreso Mundial, y llamó a una revolución inmediata, aquellas contradicciones llegaron a ser mucho más agudas y mucho más ofensivas para el gobierno mexicano.

La popularidad de los diplomáticos soviéticos disminuyó también con el cambio de la guardia. Muchos mexicanos simpatizaban con Pestkovsky, ya que pretendía comportarse menos como un diplomático y más como un hombre que buscaba contactos con los grupos populares de la sociedad. Después de una recepción diplomática Pestkovsky se quitaría su smoking y se mezclaría con los obreros mexicanos en las oficinas sindicales y en otros centros en donde se reunían las clases populares. Alexandra Kollontai llegó a ser el icono de las feministas en México. Su sucesor, Makar, era un tipo de hombre diferente. Fue un *apparatchik* estalinista cuyo interés principal era el espionaje y que nunca demostró el entusiasmo por México que tanto Pestkovsky como Kollontai sentían genuinamente.

El tercer aspecto importante de este libro es el análisis de Daniela Spenser de las motivaciones del gobierno mexicano por establecer relaciones con la Unión Soviética a la luz de la dura oposición de los Estados Unidos. Mientras que Carranza todavía no establecía relaciones con la Unión Soviética, mostró un grado asombroso de tolerancia por los recién establecidos partidos comunistas en México y M.N. Roy, un hindú revolucionario, quien fue uno de los primeros organizadores del Partido Comunista Mexicano, manifestó en sus memorias un alto grado de simpatía por Carranza. A primera vista esta simpatía es difícil de entender. Carranza había luchado con el más grande ahínco contra las fuerzas populares de la revolución. Él había tramado el asesinato de Zapata y, en 1916, reprimió la huelga general de los obreros y convalidó la sentencia a muerte de sus dirigentes. Sin embargo, la política de Carranza no era tan ilógica y contradictoria como pudiera parecer a primera vista. Un nacionalista convencido, Carranza había buscado siempre la manera de contraponer otras potencias a los Estados Unidos. Había procurado ganarse la amistad de Alemania y permitió que durante la Primera Guerra Mundial sus propagandistas y espías actuaran en México con impunidad. Una vez que Alemania colapsó, pudo haber estado buscando a otros aliados y la recientemente creada Unión Soviética pudo haber sido ese aliado potencial. Además Carranza siempre había sido acérrimo para hacer concesiones ideológicas que luego nunca fueron correspondidas por genuinas transformaciones sociales. Había, aunque con cierta reserva, accedido a las reformas agrarias proclamadas en la constitución revolucionaria de 1917 pero nunca las puso en la práctica. Permitir que los comunistas actua-

ran en México mientras que permanecían extremadamente débiles era una manera de ganarse la reputación de radical a un mínimo costo.

Cuando Obregón estableció relaciones diplomáticas con la Unión Soviética pudo haber tenido en mente motivos similares, tanto más cuanto que muchos intelectuales mexicanos radicales al principio se fascinaron por el experimento soviético. Es interesante especular sobre si las mismas consideraciones domésticas que impulsaron a Obregón y a Calles a mantener relaciones con la Unión Soviética impulsaron a los gobiernos mexicanos de los años sesenta a mantener relaciones diplomáticas con Cuba en el momento en que bajo la presión de los Estados Unidos, todos los demás países de América Latina las habían roto. Obregón pudo haber esperado también que en una situación en que México llegó a ser incapaz de contraponer Europa a los Estados Unidos desde que este país se convirtió en el reconocido poder dominante sobre el continente americano, la Unión Soviética jugaría en parte ese papel tanto política como económicamente. Las administraciones mexicanas pronto se darían cuenta de que en términos económicos la Unión Soviética, ella misma un país subdesarrollado, tenía poco con que contribuir a la economía mexicana. Políticamente resintieron el apoyo encubierto que la Unión Soviética otorgaba al Partido Comunista Mexicano.

La ruptura de las relaciones que Daniela Spenser analiza con gran agudeza fue el resultado de una compleja serie de factores domésticos e internacionales. Por una parte fue el resultado del viraje a la derecha del gobierno mexicano que ahora perseguía implacablemente al partido comunista. Resultó también de la política del Comintern de llamar a la revolución armada en México y finalmente fue relacionada con los intentos de Calles y de sus sucesores de procurarse la amistad de los Estados Unidos. La ruptura de relaciones se facilitó también por la creciente desilusión de muchos intelectuales radicales, como Jesús Silva Herzog, con las transformaciones que Stalin llevaba a cabo en la Unión Soviética y el alto precio que el pueblo soviético pagó por ellos en términos de muerte y falta de libertad. Éste es un libro que nadie que quiera entender la compleja situación que enfrentó México, después de su revolución armada y la manera en que el subsecuente gobierno mexicano la resolvió, puede permitirse ignorar.

Agradecimientos

LA INVESTIGACIÓN para elaborar el libro se llevó a cabo mientras que el Muro de Berlín se venía abajo material y simbólicamente, y los países de Europa central y oriental recuperaban su libertad, hibernada durante cincuenta años en el régimen del nunca alcanzado socialismo. Escribí el libro después de que el proyecto de la perestroika de Mijail Gorbachov llegó a su fin. Al parecer, por la historia de las revoluciones y el comunismo tocaban las campanas, pero no fue así.

Como tesis doctoral primero, y como libro después, el proyecto recibió generosos apoyos tanto en México como en Estados Unidos. Varias personas contribuyeron con sus opiniones, críticas y cuestionamientos a mejorar el manuscrito en sus distintas fases. Quisiera agradecer a Gilbert Joseph su apoyo de muchos años como profesor en la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill; a Joe Tulchin, su amistad; a Charles Bergquist, Lloyd Kramer y Gerhard Weinberg, sus enseñanzas. Varias personas leyeron partes o todo el manuscrito: Gil Joseph, Adolfo Gilly, Don Raleigh, Michael Hunt, John Chasteen, Sarah Chambers, Jürgen Buchenau, y ofrecieron sus valiosos comentarios. Agradezco a Ricardo Pérez Montfort su cuidadosa lectura del manuscrito y sus correcciones de fondo y forma. Gracias a la nada común generosidad entre los académicos, Dan La Botz me prestó sus materiales de investigación que me permitieron corregir errores y llenar lagunas de información.

La ayuda institucional fue esencial para poder llevar a cabo la investigación y elaborar el trabajo: quisiera agradecer al Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social por otorgarme todas las licencias, con o sin goce de sueldo, que solicité. Sus directores –el antropólogo Leonel Durán, la doctora Teresa Rojas y el doctor Rafael Loyola– comprendieron las peculiaridades de mis necesidades sin ponerme cortapisas burocráticas en la larga travesía académica hasta llegar a su fin.

Recibí generosos apoyos financieros de la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill y del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología en México, que me permitieron trabajar en numerosos archivos en los Estados Unidos,

Inglaterra, Países Bajos, México y Rusia. Durante la investigación en archivos y bibliotecas, dependí de la pericia de los archivistas y bibliotecarios. En Davis Library de la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill, del doctor William Ilgen; Nadia Zeiper y Rebecca Breazeale, del personal del Instituto Internacional de Historia Social en Amsterdam, Holanda y de Public Record Office en Londres; de los expertos en la biblioteca de la Universidad de Columbia, en Nueva York y de la Hoover Institution en la Universidad de Stanford. En la Hoover Institution conocí a Ella Wolfe, de inusitada vitalidad a sus noventa años, quien compartió conmigo sus recuerdos de México, país que había recorrido en los años veinte.

En México, consulté el archivo del Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, dirigido por Arnoldo Martínez Verdugo, conté con la ayuda del personal del Archivo Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores, del Archivo General de la Nación y de la Hemeroteca Nacional. En Moscú fueron de gran ayuda Kyrill Anderson, director del Centro Ruso para la Preservación y el Estudio de los Documentos para la Historia Contemporánea, y sus colaboradoras Svetlana Rozenthal, Eleanora Shakhnazarova y el investigador Yuri Tutochkin. Agradezco también a las colaboradoras del Archivo de la Política Exterior de la Federación rusa por su asistencia.

Tuve la suerte de tener amigos en los lugares donde se encontraban los archivos, y ellos me ofrecieron su hospitalidad: Vera, Ed y Sasha Ebels en Amsterdam; Ruth Tosková en Londres; Adolfo Gilly en Nueva York; John Burstein en Washington y Dagmar Dolan en Palo Alto, California. Agradezco a todos ellos. En Moscú Rudolf Slánsky, el entonces embajador de la República Checa, me facilitó el acceso al oasis de la Casa Checa. Aunque en la portada aparece una sola autora del libro sin lugar a dudas es un trabajo colectivo.

Introducción

MÉXICO estableció relaciones con la Unión Soviética en 1924 porque compartía su ideal de elevar el nivel de vida de los campesinos y los obreros a una posición de dignidad. Al hacerlo, expresó una actitud de solidaridad con un país que, como México, había luchado para darle fin a siglos de explotación. Igual que la Rusia Soviética después de su revolución, México fue considerado, en los primeros años veinte, un paria en el escenario internacional. Al establecer las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, el nuevo Estado mexicano reafirmó su identidad nacionalista, revolucionaria y soberana. México reconoció la legalidad de la Revolución bolchevique a pesar de ser vilipendiada por sus adversarios y a pesar de que los Estados Unidos la identificaron, con la mexicana, como la amenaza a su seguridad nacional.

El nacionalismo mexicano fue antiimperialista, en cuanto a que se oponía a que los inversionistas extranjeros utilizaran el recurso de los derechos extraterritoriales e invocaran el derecho internacional para perpetuarlos. Fue a la luz de la oposición a las leyes revolucionarias que el gobierno no pudo remontar, que a ciertos grupos sociales la Revolución bolchevique pareció cumplir sus sueños y aspiraciones. Además de inspirar a ciertos grupos de obreros y campesinos, la Revolución bolchevique parecía contener ideas que *la élite radical en el gobierno creía que se podían imitar o adaptar* a la realidad mexicana. Inicialmente, esta élite tuvo la esperanza de que el gobierno podía radicalizarse y llevar a cabo las reformas que la oposición interna y externa obstruía. Creyó que así como el nuevo gobierno soviético otorgó poder a los obreros y campesinos, mediante el control de las fábricas y las tierras, el gobierno mexi-

cano podía delegar poder en las clases populares redistribuyendo la riqueza que estaba en manos privadas. Durante la primera parte de los años veinte, la élite de izquierda creyó que el gobierno tenía la disposición de compartir el poder con aquellos a nombre de los cuales decía gobernar.

En México, la élite radical estaba comprometida con el cambio revolucionario en áreas como la reforma agraria, la defensa de los derechos laborales, la educación de las masas y las relaciones internacionales, y creyó que la Revolución bolchevique, que se decía *mundial*, podía ayudarle en su arduo proceso. Si para los norteamericanos la Rusia Soviética era la imagen inversa de su propia economía y sociedad, para la élite radical mexicana parecía ser la proyección de su futura revolución. Esta identificación con los ideales de la Revolución bolchevique y la creencia en el poder redentor de sus valores y principios duró todo el tiempo en que esa revolución permaneció como un mito. En la medida que más información sobre la Unión Soviética llegó a México, y los intelectuales tuvieron la oportunidad de visitar el país de sus ensueños, el mito palideció. La mayoría despertó a la decepcionante realidad de que los bolcheviques tenían poco que enseñarles a los mexicanos. Este despertar fue acompañado, y en parte estimulado, por los cambios políticos acaecidos en la Unión Soviética misma, las recurrentes crisis en el país y las dificultades con las que México se topó al resistirse a las presiones políticas y obstáculos económicos que Estados Unidos puso en su camino.

La élite izquierdista representó el ala más progresista de la revolución institucionalizada. A pesar de que pocas veces prevaleció sobre las decisiones del ejecutivo, tenía un peso considerable dados sus conocimientos técnicos, su educación, su integridad moral y, en el caso de los gobernadores regionales, por contar con un importante apoyo popular. Fue a iniciativa de este grupo que se establecieron las relaciones con la Unión Soviética, aunque sus motivos diferían de los del gobierno.

Los años veinte fueron un periodo de fortalecimiento del Estado y de la búsqueda de mecanismos para la legitimación de su dominación. Establecer las relaciones con la URSS constituyó un acto de

autonomía frente al poderoso vecino del norte y sirvió al mismo tiempo para mostrar su capacidad de seguir la agenda de la élite radical en el gobierno.

Sin embargo, establecer los contactos y luego reconocer a la Rusia Soviética no fue una tarea fácil. La imagen de la Revolución bolchevique que la prensa mexicana y la norteamericana proyectaron sobre el público fue una construcción ideológica. En los Estados Unidos, la propaganda periodística trató de demostrar que entre la Constitución de 1917 y el programa bolchevique –anatema de la civilización occidental– no había diferencia alguna. Ya desde 1918, los medios utilizaron imágenes desfiguradas del supuesto bolchevismo mexicano, hicieron aparecer sus ideas subversivas como responsables del desasosiego laboral y de la inestabilidad en México. Al mismo tiempo eran vistos como la amenaza a la seguridad de los Estados Unidos. La prensa de México tuvo en cuenta los riesgos de la propaganda antimexicana en los Estados Unidos, y trató de vender a los lectores la idea de que imitar las políticas soviéticas era inviable. Si para lograr su propósito tenía que recurrir a exageraciones, e inclusive a la presentación de complots fabricados, en un medio que se caracterizó por falta de información fidedigna, no tuvo empacho alguno en hacerlo.

Este fue el ambiente ideológico que caracterizó a México cuando el enviado de Lenin, Mijail Borodin, arribó al país para establecer las relaciones bilaterales, que se habían interrumpido por la Revolución bolchevique. Era cierto que Carranza buscaba ampliar el espectro de sus alianzas para poder resistir las presiones de los Estados Unidos y sus aliados europeos, sin embargo, evitó cualquier contacto con el ruso debido a las tensiones que existían entonces entre México y su vecino del norte, agravadas por el desafío al poder presidencial por parte de sus antiguos amigos políticos.

Obregón tuvo mayor espacio de maniobra que Carranza, una vez que su gobierno fue reconocido por el norteamericano, en 1923. Su objetivo principal en política exterior fue idéntico al de Carranza: ampliar las relaciones internacionales de México para contrarrestar la influencia de los Estados Unidos. Fue así como, a partir del reconocimiento norteamericano, Obregón pudo prose-

guir de manera abierta las negociaciones con la Rusia Soviética que había iniciado discretamente en 1921. En 1924 varios países europeos reconocieron al régimen soviético. Obregón creía que su prestigio internacional aumentaría si México hacía lo mismo. Además, después de la firma de los acuerdos de Bucareli, el reconocimiento de la Unión Soviética contrarrestaba la acusación que se le hizo entonces a Obregón de que su gobierno había hecho perder el camino de la revolución.

Calles heredó los logros de Obregón tanto en política interna como en relaciones exteriores. De reputación más radical que su antecesor fue, sin embargo, bajo su gobierno, que de repente las relaciones con la Unión Soviética se tensaron. Eso se debió a la participación del embajador soviético en las actividades del Partido Comunista Mexicano y a su ayuda en la organización del principal conflicto laboral de los años veinte: la huelga ferrocarrilera. Entonces, el embajador asumió además el papel de intermediario entre el comité de huelga de los ferrocarrileros y su gobierno para conseguir una ayuda económica de Rusia para los obreros mexicanos. Calles estaba al tanto de las actividades del embajador soviético, sin embargo, no rompió relaciones diplomáticas con la URSS. Hacerlo en 1926-1927, cuando las relaciones con los Estados Unidos estaban en su punto más bajo, hubiera dado a los norteamericanos la satisfacción de que México rompiera relaciones con su adversario tal como lo deseaba. México no rompió el nexo con la Unión Soviética sino hasta 1930, después de que sus relaciones con los Estados Unidos habían mejorado y la ruptura no podía verse como el resultado de la coacción norteamericana.

Los Estados Unidos tuvieron un impacto incuestionable sobre el curso y el ritmo de la Revolución mexicana durante los años veinte, y contribuyeron indirectamente a la ruptura de las relaciones entre México y la URSS. Ya desde 1918, y durante gran parte de la década de los años veinte, la propaganda de que las reformas mexicanas no diferían de la política confiscatoria soviética fue retomada por la prensa y los políticos de México que eran igualmente adversos a las reformas constitucionales. No tuvieron menor influencia sobre la suerte de las relaciones entre México y la URSS los in-

tentos de diferentes individuos por desinformar al Departamento de Estado sobre el radicalismo mexicano, haciéndolo aparecer como el semillero de la subversión hemisférica en la vecindad del país que se creía la excepción de la democracia y libertad en el continente. A pesar de que no es posible medir con exactitud el impacto de la desinformación sobre la política exterior norteamericana, se puede inferir de evidencias circunstanciales, que el retrato de México, en garras del bolchevismo, creó un clima de incertidumbre entre la clase política y motivó a más de un inversionista a buscar países menos proclives a cambios radicales para emplear su dinero. Además de la desinformación sobre México, llevada a cabo por la prensa y por las agencias de espionaje norteamericanas, se inventaban complots de supuesta inspiración soviética para desestabilizar al gobierno mexicano. En la mayoría de los casos sus autores no fueron identificados con precisión. La incertidumbre que el nebuloso origen y la desconocida magnitud de los complots creaba entre los políticos mexicanos, aumentaba el grado de su peligrosidad.

Generalmente, el gobierno mexicano aceptaba la veracidad de los documentos fabricados sin cuestionarlos, y actuó de acuerdo con la amenaza que supuestamente representaban para la estabilidad del país. Fue, sobre todo, después de la división de la élite gubernamental, a raíz de la muerte de Obregón en 1928, que el gobierno se volvió más sensible a los alegatos de planes subversivos tramados por la URSS y menos capaz de discernir la verdad de la invención. Los grupos de interés norteamericanos, que por tanto tiempo trataron de presionar a las autoridades mexicanas para que abandonara su programa de reformas, pudieron explotar su vulnerabilidad. Sin embargo, los complots que detallaron en vivos colores los planes comunistas de subvertir el orden mexicano, no habrían tenido el impacto deseado sobre el gobierno mexicano si no hubieran mostrado ser verdaderos. Después del cambio en la política exterior soviética, en 1928, que pasó de la coexistencia con el mundo capitalista a la abierta hostilidad hacia su sistema, la URSS no ocultó su actitud hacia los gobiernos que, como el mexicano, consideraba marionetas de las potencias imperialistas.

El gobierno soviético no comprendió el carácter y el alcance del nacionalismo, ni el proceso de construcción del Estado mexicano. Tampoco supo apreciar las costosas medidas que las administraciones tuvieron que emplear para resistir el embate de la oposición interna y de las potencias intervencionistas a su política reformista. Los ideólogos soviéticos consideraron a México como un mero instrumento de la rivalidad interimperialista (de Gran Bretaña y Estados Unidos) en América Latina. Aunque reconocieron el valor de la reforma agraria y la lucha anticlerical, en última instancia los consideraron como intentos fallidos de la vacilante pequeña burguesía frente al todopoderoso imperialismo. A partir de 1928, cuando la interpretación de la historia en la Unión Soviética tuvo que encajar en la visión teleológica de sus ideólogos, el gobierno mexicano perdió valor para los soviéticos y no mereció otro trato que ser derrocado.

Primera parte

Encuentro de dos revoluciones,
1917-1924

My policy regarding Russia is very similar to my Mexican policy.
I believe in letting them work out their own salvation,
even though they wallow in anarchy for a while.

WOODROW WILSON, 1918

Lo que distinguió al bolchevismo fue la subordinación de la meta subjetiva,
la defensa de los intereses de las masas populares,
a las leyes de la revolución como un proceso objetivamente condicionado.

LEON TROTSKY, *La historia de la Revolución rusa*

No sé qué significa el socialismo, pero yo soy un bolchevique,
como todos los patriotas mexicanos. Los yanquis no quieren a los bolcheviques,
son nuestros enemigos; por eso los bolcheviques
tienen que ser nuestros amigos y nosotros tenemos que ser sus amigos.
Todos somos bolcheviques.

Jefe militar de Aguascalientes, 1919

Capítulo 1

Estados Unidos y México: en búsqueda de una relación

La Revolución bolchevique "sacudió al mundo" en diez días, según las palabras de John Reed, e inmediatamente el experimento soviético se prestó a las más variadas interpretaciones. Los políticos y diversos grupos norteamericanos, de por sí adversos a las revoluciones, extendieron sus percepciones y malentendidos sobre la Revolución bolchevique a la Revolución mexicana. Su interpretación alimentó la hipótesis de que las dos revoluciones estaban emparentadas ideológicamente. La política exterior que los Estados Unidos aplicaran a una también debía ser aplicada a la otra. Aun cuando el parentesco entre las dos revoluciones no fuese claramente perceptible, dado el clima ideológico del antibolchevismo que dominaba la década de los años veinte, los interesados en presentar a México como una amenaza a la seguridad nacional de los Estados Unidos no tuvieron empacho en fabricarlo.

A partir de la Primera Guerra Mundial, pero sobre todo después del estallido de la Revolución bolchevique, los ideólogos del *statu quo* en el gobierno de los Estados Unidos, y entre los hombres de negocios, consideraron las aspiraciones de las naciones no desarrolladas a controlar sus destinos como inspiraciones bolcheviques dañinas a sus intereses. La Revolución bolchevique había despertado temores de que el "American way of life" pudiera ser destruido. El bolchevismo fue representado por sus adversarios con imágenes destructoras de los símbolos de la civilización, la toma del poder por los obreros, incendios y asesinatos, en fin, por un mundo puesto de cabeza. En los Estados Unidos algunos políticos del gobierno, representantes de grupos de negociantes y los medios de comunicación presentaron al comunismo como una ideología extraña y antinorteamericana, cuyo fin era destruir la libertad, la propiedad y la cristiandad.[1]

[1] Painter, 1987, p. xi.

Creyendo en que el bolchevismo había emprendido una cruzada inexorable a lo largo y ancho del mundo, se despertó el temor de que existía una conspiración antinorteamericana. Al crear una percepción distorsionada de la realidad, un "estilo paranoico" se apoderó de la política norteamericana después de que se produjeran genuinos conflictos sociales al final de la guerra europea, seguida por una depresión económica. Más aún, la Revolución bolchevique y la reacción norteamericana tuvieron un impacto significativo sobre el mundo de la inteligencia. Además de extremar la vigilancia, cuando faltaban datos fidedignos que probaran la conspiración rusa antinorteamericana, era común que las agencias del espionaje la inventaran.[2]

Cada vez con mayor certidumbre, los Estados Unidos evaluaron la política de la Revolución mexicana como un proceso inspirado en el comunismo. A pesar de que el nacionalismo económico mexicano fue anterior a la Revolución bolchevique, el temor de la subversión soviética impidió a los norteamericanos comprender que la mexicana tenía raíces domésticas. Así, durante una parte de los años veinte, funcionarios del gobierno y negociantes norteamericanos vieron a México a través de sus lentes anticomunistas. La Doctrina Monroe justificaba su interferencia en los asuntos internos mexicanos: no solamente las naciones extranjeras, sino también las ideologías europeas debían atacarse y excluirse del continente americano.[3]

El temor al peligro rojo

No obstante que los Estados Unidos resultaron fortalecidos económicamente de la guerra, no tenían suficiente confianza que ese poder fuese suficiente para preservar y engrandecer su importancia en el mundo. Los Estados Unidos se creían amenazados desde adentro. El presidente demócrata, Woodrow Wilson, había estrechado la relación entre los sindicatos obreros y el gobierno durante la guerra para contrarrestar los movimientos radicales anticapitalistas. Sin embargo, cuando hacia 1920 la bonanza de la guerra desapareció y los obreros vieron cómo se deterioraron los salarios, sus derechos sindicales y la democracia industrial –entendida como el derecho de los trabajadores de influir y controlar las condiciones laborales– también empeoró su relación con el gobierno.

[2] Hofstadter, 1965, pp. 2-40; Davis (ed.), 1971, pp. XIII-XXIV; Knightley, 1986, p. 78

[3] Heale, 1990, pp. XI-XIV; Fried, 1990, pp. 3-16; Schoultz, 1987, p. 119

Además, después de la guerra los demócratas dejaron de buscar los votos de los obreros y los patrones dejaron de necesitar su trabajo como durante la guerra. El congelamiento de los salarios y el compromiso de abstenerse de declarar huelgas, que los obreros habían respetado durante el conflicto bélico, seguían vigentes mientras aumentaban los precios de los artículos de primera necesidad. En consecuencia, a partir de 1919, los obreros iniciaron paros en todo el país a una escala que los norteamericanos no recordaban, despertando en el público la preocupación por el renovado radicalismo. Por su parte, los dirigentes patronales tacharon a los sindicatos como organizaciones subversivas y antinorteamericanas, e iniciaron una campaña por su eliminación y en favor de la contratación de mano de obra libre.[4] La paz social que había vivido durante los años de la guerra se desvaneció.

Antes de la guerra, la mayoría de los norteamericanos creía que los socialistas y los sindicalistas tenían un lugar en la sociedad. Sin embargo, la oposición de los "Wobblies" (miembros de la organización anarco-sindicalista llamada los Industrial Workers of the World) y de los socialistas a la guerra y al gobierno, y más tarde su apoyo a la Revolución bolchevique, cambió la opinión de muchos. La aparente inspiración de la izquierda norteamericana en el ejemplo soviético provocó un miedo al inminente *trastorno social, precisamente cuando los periódicos citaban a los dirigentes* bolcheviques de la Internacional Comunista sobre la existencia de las perspectivas óptimas para la revolución mundial, y al sindicalista Eugene Debs desde la cárcel que de pies a cabeza sentía orgullo de ser un bolchevique. Al ceder la prosperidad y el exagerado patriotismo del periodo de la guerra a la depresión económica y conflictos laborales, los norteamericanos temían que la "enfermedad" bolchevique, que ya había alcanzado a Alemania y Hungría, pronto contagiara también a Estados Unidos.[5] Cuando en junio de 1919 estallaron bombas en varias ciudades, el temor a la propagación del bolchevismo se intensificó aún más. Para apaciguar los temores de la expansión bolchevique y asestarle un golpe al radicalismo, el procurador general, Mitchell Palmer, creó la División General de la Inteligencia del Departamento de Justicia, y además de códigos antisindicalistas el gobierno también creó leyes de sedición, restringiendo la libertad de expresión.[6]

[4] Leuchtenberg, 1958, p. 204; Betty Miller Unterberger, en Link (ed.), 1982, "Woodrow Wilson and the Russian Revolution", p. 50; Singer, 1991, pp. 132-157; Montgomery, 1987, pp. 330-332, 388-393; Murray, 1969, pp. 82-89.

[5] Montgomery, 1987, p. 389.

[6] Filene, 1968, p. ix; Daniels, 1946, p. 546; Herman y Chomsky, 1988, p. 32; Buckingham, 1988, pp. 11-22.

Preocupó al dirigente de la American Federation of Labor (AFL), Samuel Gompers, la asociación errónea de los conflictos industriales y el desasosiego laboral con el bolchevismo. Durante la guerra, Gompers había logrado convencer al movimiento obrero de aceptar la participación norteamericana en la guerra europea y ahora veía mal que las demandas de la AFL, netamente sindicales, la patronal y la élite política las arrojaran al mismo cesto que las actividades de los socialistas y los "Wobblies". De allí en adelante, Gompers atacó a los bolcheviques, intensificó su lucha contra la izquierda y apoyó solamente aquellos paros que reivindicaban demandas estrictamente laborales. Sus pronunciamientos anticomunistas en los congresos de la AFL iban de la mano con sus demandas del aumento salarial y la reducción de la jornada laboral.

Gompers estaba preocupado por la posibilidad de que la Revolución mexicana tomara el mismo rumbo que la bolchevique, a menos que los Estados Unidos hicieran algo para aliviar la depresión económica y social en México. Su temor al bolchevismo lo convirtió en un persistente paladín anticomunista también en México. Para él, como para los dirigentes obreros William Green y John L. Lewis, quienes encabezaron el movimiento obrero dentro de la estructura del sistema capitalista que los comunistas querían destruir, el régimen soviético era un enemigo al que había que combatir y derrocar. No en vano el Secretario de Estado, Henry L. Stimson, en 1931 describió a la central sindical más grande del país como "nuestra barrera principal contra el comunismo".[7]

Para 1921 el miedo al peligro rojo desapareció de los encabezados de los periódicos, pero el antirradicalismo ya había impregnado al gobierno, las organizaciones de negociantes, la AFL y sobre todo la conciencia pública. El miedo a la existencia de un enemigo invisible dentro de la sociedad norteamericana continuó a pesar de que la izquierda dejó de ser un poderoso movimiento de masas. El alguna vez fuerte Partido Socialista de América se dividió en tres y la IWW permaneció viva pero como una leyenda. Para la mayoría de los norteamericanos, sin embargo, los socialistas y los comunistas no tenían que participar en manifestaciones callejeras o declarar huelgas para sentirlos como una amenaza. Era suficiente con que los inmigrantes europeos continuaran llegando a las ciudades norteamericanas para temer que trajeran ideologías extranjeras.[8]

[7] Citado por Gaddis, 1990 [orig. 1978], p. 113; Montgomery, 1987, p. 434, Filene, 1968, pp. 157, 173-185; Draper, 1986 [orig. 1960], cap. 9.

[8] Hunt, 1987, p. 115; Filene, 1968, pp. 160-161.

¿Cómo son los bolcheviques?

Los gobiernos y el público tenían sólo una noción vaga acerca de los verdaderos objetivos de los bolcheviques y acerca de lo que acontecía en la Rusia *Soviética después de octubre de 1917. Las noticias que llegaban de* Rusia eran confusas, contradictorias, fragmentarias, sensacionalistas y reflejaban en gran medida la manera en que se solían producir. En primer lugar, después de la revolución la mayoría de las agencias noticiosas y los periódicos tuvieron que evacuar la capital soviética. De allí en adelante recibían las noticias de Rusia en los países adyacentes como Letonia, y los corresponsales extranjeros no pudieron regresar sino hasta noviembre de 1921, junto con la organización norteamericana (*American Relief Administration*), encargada de aliviar la hambruna que había asolado la región del Volga.

En segundo lugar, si bien había periodistas con mucha experiencia en informar desde Rusia antes de la revolución, el cataclismo revolucionario los sorprendió y dejó mal preparados para escribir reportajes competentes sobre lo que aconteció después de que los bolcheviques tomaran el poder del Estado. Antes de su repentina y prematura muerte, acaecida en Rusia en 1920, John Reed escribió reportajes, quizá los más completos, sobre los sucesos producidos por la revolución. Sin embargo, al enviarlos al periódico neoyorquino de izquierda *The Call*, los principales periódicos y revistas no los retomaron. Al fin y al cabo, Reed se ganó la reputación de radical desde que fue el reportero de la Revolución mexicana.[9]

En tercer lugar, por lo menos durante el primer año de la revolución, *los gobiernos europeos y el norteamericano* conservaban la ilusión de que la oposición antibolchevique creciera al grado de reemplazar a los comunistas, o que los bolcheviques no tuvieran la capacidad de sostenerse en el poder. Fue esta ilusión, más que las noticias fidedignas, la que inspiró a los titulares especulativos y los reportajes sensacionalistas de los periódicos. Los periodistas, predispuestos hacia los bolcheviques a quienes consideraban "los enemigos de Dios y del hombre", y sin entender bien a bien el escenario soviético, tendieron a creer cualquier rumor y darlo por hecho.[10]

Walter Lippmann y Charles Merz, prestigiados periodistas de la revista *New Republic*, examinaron los reportajes publicados por *The New York*

[9] Duranty, 1935, p. 72; Hohenberg, 1964, p. 229.
[10] Desmond, 1982, pp. 229-230, 271, 329; Duranty, 1935, pp. 86-104.

Times entre 1917 y 1920 y concluyeron que sobre "todos y cada uno de los problemas esenciales presentados, el resultado final de las noticias fue casi siempre engañoso". Más de noventa y cinco veces el periódico informó que el régimen bolchevique estaba a punto del colapso. Lippmann y Merz acusaron al *Times* de citar acontecimientos y atrocidades que nunca ocurrieron, y a los periodistas de informar de oídas e inclusive a partir de su propia imaginación.[11]

Durante los años veinte, la calidad y la confiabilidad de las noticias sobre la Unión Soviética mejoraron. Además, empezaron a emigrar los primeros disidentes del régimen soviético, quienes proporcionaron información más detallada sobre la vida cotidiana en la Unión Soviética. Sin embargo, en la misma época nació un nuevo género de "noticia" y "documento": antibolcheviques, detectives y agencias de inteligencia estaban involucradas en la fabricación y negocio de evidencias para probar la expansión y la interferencia del Estado soviético fuera de su territorio y, de esa manera, alarmar a los gobiernos y a la opinión pública.[12]

¿Podemos reconocer a los bolcheviques?

Dentro del gobierno de los Estados Unidos existían distintas y contradictorias opiniones sobre el método que había que seguir para hacerle frente a la supuesta amenaza bolchevique durante los primeros años de la revolución. A pesar de que el presidente Wilson no consideró democrático al régimen soviético, tampoco era partidario de su derrocamiento como condición previa para renovar la cooperación entre los dos países. En contraste con Wilson, el Secretario de Estado Robert Lansing, un antisocialista a ultranza, se negó a iniciar o a aprobar cualquier contacto con los rusos. Según Lansing, "el bolchevismo es la cosa más horrible y monstruosa que la inteligencia humana haya concebido".[13] En el Departamento de Comercio, Herbert Hoover propuso un plan de ayuda material a los rusos con la esperanza de que la abundante asistencia norteamericana erosionara la confianza del pueblo en la autoridad bolchevique. El Secretario de Guerra, Newton D. Baker, quien se había opuesto a la intervención armada en la Rusia Soviética, en 1918 escribió al presidente: "No

[11] Lippmann y Charles Merz, "Test of the News, An Examination of *The New York Times* Reports on the Russian Revolution", en *New Republic*, 4 de agosto de 1920, citado en Lovenstein, 1941, pp. 31, 173, nota 10, Carroll, 1965, pp. 6-8; Desmond, 1982, p. 31.

[12] Kerensky, 1927; Besedovsky, 1931; Brook-Shepherd, 1977; Knightley, 1986.

[13] Citado en Gaddis, 1990, p. 105.

sé si entiendo bien el bolchevismo. Lo que entiendo no me gusta, pero creo que si les gusta a los rusos, es su derecho tenerlo".[14]

Sin duda alguna, el gobierno norteamericano estaba desconcertado por los acontecimientos en la Rusia Soviética. Para entenderlos mejor antes de tomar una posición definitiva hacia el régimen bolchevique, en febrero de 1919, el Senado creó un comité para que se encargara de su estudio. A su vez, el comité llamó a declarar a los hombres de negocios y banqueros que habían vivido en Rusia antes de la revolución y fueron testigos de los primeros meses del periodo revolucionario. Entre otros, John Reed y su compañera Louise Bryant dieron su testimonio; comparecieron el coronel Raymond Robins, quien dirigía la misión de la Cruz Roja Americana en Rusia después de la caída del zar Nicolás II y se quedó hasta 1918, y el embajador en Rusia David R. Francis.[15]

El comité rechazó los testimonios elogiosos de Reed y Bryant. Los puntos de vista que dominaron fueron los que condenaron al régimen soviético como "una despótica privación de los derechos civiles". El comité habló de Lenin y Trotsky con cierta deferencia, pero advirtió que no se les debía tener confianza por su determinación de "llevar el bolchevismo, por los medios justos y viles, a los cuatro puntos cardinales de Europa". El comité concluyó su investigación informando que Rusia Soviética era "una amenaza para todo el mundo".[16]

Esta fue la posición que adoptó el Departamento de Estado, encargado de conducir la política exterior norteamericana, cuyas agencias de inteligencia estaban cada vez más inquietas por las actividades de los partidos comunistas inspirados en el ejemplo soviético. El Tratado de Paz que Rusia y Alemania firmaron en marzo de 1918 a espaldas de los aliados, estimuló todavía más el antagonismo de Lansing hacia los bolcheviques.[17] Cuando, en marzo de 1919, los bolcheviques fundaron la Internacional Comunista y Lenin declaró: "pronto veremos el triunfo del comunismo en todo el mundo", el Departamento de Estado se dispuso a reforzar los lazos de colaboración con el Departamento de Justicia y

[14] Citado en Filene, 1967, pp. 51-52.

[15] "United States Inquiry Into Bolshevism: Lenine-Trotzky Regime in Russia Described by Eye Witnesses-Views of Sympathizers", en *Current History* X, abril-septiembre de 1919, pp. 128-144.

[16] *Idem*, pp. 134-135. Además véase "Lenine and Trotzky: Two Character Sketches", en *Current History* X, septiembre de 1918-abril de 1919, pp. 208-272.

[17] El tratado, firmado en Brest-Litovsk, entre Alemania y Rusia Soviética tuvo como objetivo asegurar la paz con Alemania para *salvar la revolución atacada por la oposición dentro y fuera de Rusia*.

a convertir los dos departamentos en el bastión de la intransigencia hacia el régimen bolchevique.[18]

Al igual que los políticos, los empresarios se oponían al régimen soviético, llamando al experimento de Lenin "una mancha sobre la civilización" del siglo XX. La lucha de clases, la autocracia bolchevique, el ateísmo oficial y la revolución internacional chocaron de frente con sus creencias en la empresa capitalista, la democracia y la civilización cristiana. La opinión de los liberales de que se debía reconocer al gobierno bolchevique fue desoída tanto por el Congreso como por los medios.[19] El gobierno, incrédulo de que alguien pudiera preferir el sistema soviético al norteamericano, siguió políticas que contravenían, inclusive, su declarada fe en la autodeterminación de las naciones.

Frente al nacionalismo económico mexicano

Además de asociarlo con todo lo que fuese antagónico a los tradicionales valores norteamericanos, el bolchevismo fue caracterizado como una teoría contraria a la estabilidad política y económica del mundo de la posguerra. Fue considerado como utópico pero sobre todo como una enfermedad contagiosa.[20] Cuando el gobierno norteamericano, los hombres de negocios y la *American Federation of Labor* se enfrentaron al nacionalismo económico mexicano, juntos y por separado, trataron de impedir la puesta en práctica de las reformas constitucionales en el entendido de que, igual que el comunismo, cuestionaban la inviolabilidad de los contratos mercantiles e impedían la libre expansión del capital norteamericano. En opinión del gobierno de los Estados Unidos y de las compañías afectadas por la Constitución de 1917, el nacionalismo económico mexicano contravenía los preceptos del capitalismo liberal, provocando el caos y la subversión en su territorio. Si los mexicanos aspiraban a construir un gobierno republicano y alcanzar un nivel económico superior, eran incapaces de lograrlo sin el tutelaje, la dirección y el capital norteamericanos.[21]

Durante la Primera Guerra Mundial, el propio gobierno norteamericano había asumido un papel activo en la dirección de la economía, sin embargo, después de la guerra, los políticos y los hombres de negocios consideraron esa dirección dañina para el progreso de la industria porque

[18] Jeffreys-Jones, 1977, pp. 146-153.
[19] Steffens, 1931, p. 735; Manning, 1978, pp. 38-39.
[20] Gardner, 1984, p. 203; Wilson, 1974, pp. 5-6.
[21] Hunt, 1987, pp. 108-111, 116-123; Gilderhus, 1977, p. xii; Williams, 1980, p. 148.

usurpaba la iniciativa, la libertad y los derechos individuales. En el mismo sentido interpretaron el control que el gobierno mexicano pretendía sobre los recursos naturales, los intereses extranjeros y la subordinación de la propiedad privada a la nación. Interpretaron el constitucionalismo como el deseo de México de eliminar la presencia del capital y capitalistas extranjeros.[22]

En 1918, los inversionistas crearon el Comité Internacional de Banqueros para defender sus intereses en México, y de paso impedirle al presidente Carranza acceso a créditos en los Estados Unidos y Europa. No contentos con estas medidas, a lo largo de 1918 y 1919, los hombres de negocios y sus representantes se acercaban al gobierno de Wilson con propuestas diseñadas para castigar a esa nación rebelde y restaurar un gobierno más a tono con los intereses norteamericanos.[23] Si bien, en 1914, Wilson estuvo de acuerdo en derrocar a Victoriano Huerta y, en 1916, en perseguir a Villa después de la incursión del rebelde mexicano en Columbus, en 1918 no permitió una medida tan drástica. El Departamento de Estado pudo enviar notas de protesta al gobierno de México para recordarle "nuestros requisitos" pero nada más. La posición del presidente era dejar que los mexicanos resolvieran sus problemas solos aunque "por un tiempo se revolcaran en la anarquía".[24] Si no los resolvían y el conflicto entre los dos países desembocaba en una guerra, el presidente demócrata prefería dejarle el problema a los republicanos que, todo indicaba, iban a ganar las elecciones en 1923.[25] En realidad, Wilson tenía las manos llenas con los asuntos europeos y dejó que el Departamento de Estado, junto con los grandes empresarios, utilizaran sus propios métodos para manejar los asuntos de México.

A lo largo de 1919, el subsecretario, el secretario Lansing, el embajador en México Henry Fletcher y el Secretario del Interior, Frank Lane, orquestaron un envío de notas amenazantes al gobierno mexicano con el propósito de que anulara el Artículo 27 si quería garantizar la coexistencia pacífica entre los dos países, pues de otra manera "el gobierno de los Estados Unidos puede sentirse obligado a adoptar un cambio radical en

[22] Krenn, 1990, pp. 40-41.

[23] Véase por ejemplo, Henry Lane Wilson a Philander Knox, Indianápolis, 15 de mayo de 1918, en National Archives U.S. Department of State, Records Relating to the Internal Affairs of Mexico, 1910-1929 (de aquí en adelante identificado como USDSMEX), rollo 62, exp. 812.00/21435, Smith, 1972, pp. 128-132, *ibidem*, 1972, pp. 128-132.

[24] Citado en Unterberger, p. 75.

[25] Katz, 1981, p. 539.

su política respecto a México".[26] Lane, Lansing y Fletcher dejaban entrever que después de las advertencias seguiría la intervención.[27]

Mientras el Departamento de Estado enviaba solamente insinuaciones al gobierno de México, el senador Albert Fall de Nuevo México estaba conspirando para que el presidente Wilson rompiera relaciones con el país vecino. Fall -él mismo un pequeño empresario con intereses en México- creía que los Estados Unidos debían instaurar un gobierno alternativo, dispuesto a repudiar la Constitución de 1917. Fall defendía la inviolabilidad de la propiedad norteamericana al sur de la frontera. Temeroso de que la "enfermedad" mexicana se expandiera al resto de América Latina, Fall trató de torcerle el brazo a Wilson, describiendo al régimen de Carranza como radical y ligado a "los elementos subversivos" en los Estados Unidos.[28]

Las compañías petroleras tampoco estuvieron conformes con la actitud del presidente Wilson de sólo amonestar a los mexicanos y adoptar una política de espera. Hacia fines de 1918 formaron su propia organización para defender sus intereses -la Asociación de Productores de Petróleo en México-. Para reforzar su posición, movilizaron a otros inversionistas en México y, en diciembre, fundaron una asociación nacional para la protección de los derechos de los norteamericanos en México. Su objetivo era provocar la indignación pública por la "confiscación" de la propiedad de los norteamericanos en México, y conseguir el apoyo público para tomar cualquier medida que asegurara que el gobierno mexicano no tocara la propiedad de sus compatriotas. Con ese propósito produjeron materiales de publicidad que diseminaron dentro y fuera de los Estados Unidos.[29]

A nivel más escandaloso a la vez que descabellado, los empresarios y los medios de comunicación se aprestaron a levantar el fantasma del bolchevismo en México con supuestas ramificaciones en los Estados Unidos. "Confiscación de la propiedad privada" fue el término legal con

[26] Del Subsecretario al Secretario de Estado, 30 de julio de 1919, en National Archives, Records of the Department of State Relating to Political Relations Between the United States and Mexico, 1910-1929 (de aquí en adelante USDSUS-MEX), rollo 2, exp 711.12/216.

[27] La Embajada Británica a Foreign Office, Washington, 18 de abril de 1919, en PRO, FO 371, exp. 3828, Lloyd Gardner, "Woodrow Wilson and the Mexican Revolution", en Link (ed.), 1982, pp. 27-30; Fletcher a Wilson, México, 18 de agosto de 1919, National Archives y Records Office, Records of the Department of State Relating to Political Relations Between the United States and Mexico, 1910-1929 (en adelante USDSUS-MEX), rollo 2, exp 711.12/187

[28] Stratton (ed.), 1966, p. 3; Ramón P. de Negri a la Secretaría de Relaciones Exteriores, 11 de octubre de 1919. Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores (en adelante ASRE), exp. 17-17-170.

[29] Kane, 1977, pp. 174-175.

el que los negociantes con intereses en México y sus partidarios dentro y fuera del gobierno definieron la economía política mexicana. Además de ser sinónimo de la confiscación de la propiedad, el término "bolchevismo" fue usado como una metáfora para denotar una amalgama de características psicológicas y culturales supuestamente inherentes a los ingenuos mexicanos que los agentes comunistas explotarían en su provecho. El prestigioso *The New York Times* encabezó la campaña. Artículos de primera plana describieron decenas de rusos radicales concurriendo a México atraídos por las "ultra-modernas" provisiones contenidas en la nueva constitución.[30] William Gates, un incansable propagandista hostil a Carranza, escribió varios artículos sobre el tema en la ampliamente leída revista *World's Work*. Según una de sus fantasías, el Artículo 27 escrito en México, fue luego traducido al ruso para "servirle a Lenin".[31]

Los diplomáticos norteamericanos añadieron su grano de arena a la diseminación de rumores de que México se estaba convirtiendo en el puntal del socialismo en América Latina. El cónsul en Yucatán opinó que el estado gobernado por Carrillo Puerto era un mal ejemplo para el resto de los campesinos y obreros mexicanos cuyas "mentes sencillas fueron adoctrinadas con ideas que su estado previo no les permitía entender".[32]

Boaz Long, en la División de los asuntos latinoamericanos del Departamento de Estado, proponía que a un régimen bolchevique como el de Carranza había que tratarlo como los Estados Unidos trataban en ese momento a Rusia: con la intervención militar.[33]

Por su lado, el senador Fall trató de empañar la imagen de México ante el Comité del Senado para los Asuntos Extranjeros. A fines de 1919, presentó un informe acompañado de un nutrido expediente sobre la supuesta colusión del gobierno mexicano con los radicales norteamericanos. Además de defender los intereses de los petroleros, Fall deseaba neutralizar los esfuerzos de la Liga Antiimperialista de la asociación de las naciones libres, fundada por un grupo de liberales norteamericanos para promover la paz después de la guerra europea. Uno de los objetivos de la Liga fue denunciar ante el público norteamericano las intentonas cons-

[30] "Russian Reds in Mexico", 21 de octubre de 1918, "Say Bolsheviki Dominate Mexico", 12 de marzo de 1919, "Find Russian Reds Work in Mexico", 15 de noviembre de 1919, "Washington Sets Time Limit for Carranza to Comply", 4 de diciembre de 1919, *The New York Times*.

[31] William Gates, "The Four Governments of Mexico", en *The World's Work*, abril de 1919.

[32] Marsh al Secretario de Estado, Progreso, 21 de octubre de 1918, USDSMIX, rollo 65, exp. 812.00/22315, en el mismo sentido informó Francis Dyer al Secretario de Estado, Nogales, Sonora, 16 mayo de 1919, rollo 65, exp. 812.00/22711

[33] Douglas Little, "Antibolshevism and American Foreign Policy, 1919-1939. The Diplomacy of Self-Delusion", en *American Quarterly*, num. 35, otoño de 1983, pp. 380-381

pirativas de las compañías petroleras contra México. Sus publicaciones buscaban demostrar que los mexicanos estaban en su derecho de oponerse a décadas de explotación norteamericana.[34]

Finalmente, algunos porfiristas que habían emigrado a los Estados Unidos después de la revolución, también contribuyeron a la campaña antimexicana. El una vez Secretario de Gobernación, Jorge Vera-Estañol, publicó en Los Angeles su versión sobre un Carranza teñido de carmesí.[35]

Sin embargo, todo el esfuerzo invertido durante 1918 y 1919 en la construcción de la imagen del peligro rojo mexicano, no provocó la esperada confrontación diplomática entre México y los Estados Unidos, aunque sí debilitó la posición de Carranza. A pesar de que el secretario Lansing, el embajador Fletcher, el director de la División de los Asuntos Latinoamericanos en el Departamento de Estado, Boaz Long y la Asociación para la Protección de los Derechos Americanos en México, fracasaron al intentar persuadir al presidente Wilson para que rompiera relaciones con México, lograron que Carranza no aplicara el Artículo 27 retroactivamente. Las presiones extranjeras lograron además que no se cumpliera la ley, sancionada por Carranza en febrero de 1918, según la cual las compañías petroleras estaban obligadas a solicitar un permiso para poder perforar nuevos pozos. La *Texas Company* perforó tres pozos sin hacer caso a la ley. Carranza tampoco logró que las compañías pagaran el impuesto que el gobierno había estipulado. Sin recurrir a medidas drásticas contra las compañías, el presidente utilizó otras estrategias para amenazarlas. Por un tiempo Carranza pretendió atraer capital alemán a la industria petrolera mexicana e invitó a compradores nacionales para que adquirieran tierras que las compañías extranjeras ya estaban explotando.[36]

Aun cuando Carranza devolvía algunas haciendas a sus antiguos dueños, brutalmente persiguió a los socialistas yucatecos y mandó tenderle una trampa a Emiliano Zapata para asesinarlo. La relación de las compañías petroleras con el país huésped seguía tirante a fines de 1919 y principios de 1920. El peligro rojo estaba en su apogeo en los Estados Unidos y la prensa consideraba las huelgas obreras como conspiraciones bolcheviques. Igualmente *The New York Times* calificó como complots comunistas los conflictos laborales que en 1919 irrumpieron en los campos

[34] Las publicaciones de la Liga Antiimperialista de la Asociación de las Naciones Libres incluyeron: Arthur Thomson, *The Conspiracy Against Mexico* (1919); Samuel Guy Inman, *Intervention in Mexico* (1919); J.K. Turner, *Hands Off Mexico* (1920); Leander J. de Bekker, *The Plot Against Mexico* (1919). Véase Mark T. Gilderhus, "Senator Albert B. Fall and «The Plot Against Mexico»", en *New Mexico Historical Review*, vol. XLVIII, núm. 4, octubre de 1973, pp. 302-303 y 310, núm. 10.

[35] Vera-Estañol, 1920.

[36] Brown, 1993, p. 232. Meyer, 1972, pp. 124-127; Zebadúa, 1994, cap. III

petroleros.[37] Según el Departamento de Estado, había llegado el momento para estrechar la vigilancia en México.

Las agencias de espionaje

La Oficina de Investigación del Departamento de Justicia (más tarde conocido como la Oficina Federal de Investigación, o FBI por sus siglas en inglés) había estado muy activa en México desde su creación, en 1908. En 1919, el gobierno norteamericano reforzó su red de espionaje en México enviando a un agente de la División Militar de Inteligencia (MID por sus iniciales en inglés, conocida también como G-2). La inteligencia militar solía compartir información con la Oficina y con su División de Inteligencia Especial. Ésta se encargaba de localizar a personas que tenían fama de radicales dentro y fuera de los Estados Unidos. Además de espionaje, el MID cuidaba la imagen de los Estados Unidos, haciendo propaganda a favor del pacifismo de su gobierno, que gozaba de una bien ganada reputación belicista.

Las actividades de la inteligencia militar estaban subordinadas al Departamento de Estado y divididas geográficamente según el mismo esquema de organización que tenía el Departamento. Además de la Oficina de investigación y la G-2, la Oficina de la inteligencia naval del Departamento de la Marina también envió a un agente suyo a México. Como las demás agencias, la naval era coordinada por el Departamento de Estado.[38]

La Oficina de investigación tenía en México a uno de sus agentes más eficaces, el legendario Emilio Kosterlitzky. Ruso de nacimiento, Kosterlitzky fue conocido originalmente como el puño de hierro de Porfirio Díaz. Durante el Porfiriato había sido jefe del servicio de espionaje en el norte del país y se distinguió por haber reprimido la huelga de Cananea en 1906. Desde 1917, Kosterlitzky fue agente de la Oficina de investigación, encargado de la vigilancia de la frontera para evitar actividades conjuntas de los izquierdistas mexicanos y norteamericanos. El gobierno mexicano tenía pleno conocimiento de Kosterlitzky y sabía que sus actividades formaban parte de toda una vasta operación norteamericana para "socavar el actual régimen mexicano".[39]

[37] "Bolshevist Agents Seized in Tampico", 4 de enero de 1920; "Reds Claim Aid of Mexican Heads", 12 de enero de 1920, en *The New York Times*.

[38] Power, 1987, p. 56; Jeffreys-Jones, pp. 49-53.

[39] Kosterlitzky al Bureau of Investigation, Los Angeles, 20 de julio de 1919; Richmond Levering al Bureau of Investigation, Nueva York, 15 de octubre de 1919; Gus T. Jones, El Paso, Texas, 25 de septiembre de 1919. Véase

Las diferentes agencias transmitieron mucha información, a sus sedes en Washington, que no siempre fue fidedigna. A veces no detectaron acontecimientos que hubieran podido ser incriminatorios para el gobierno mexicano. Por ejemplo, cuando el enviado de Lenin, Mijail Borodin, llegó a Nueva York, en la primavera de 1919, en busca del reconocimiento de Rusia Soviética por parte del gobierno mexicano, y para crear secciones de la Internacional Comunista en el Nuevo Mundo, el agente de la Oficina de investigación, Jacob Spolansky, descubrió su verdadera identidad y, junto con otros agentes, lo siguió durante toda su estancia en los Estados Unidos. Borodin, que no era ningún novato en el arte de burlar a la policía, se le escabulló a Spolansky y cruzó la frontera hacia México en julio o agosto de 1919. Al parecer, el agente lo perdió de vista y los espías en México nunca lo detectaron. Con igual habilidad, Borodin desapareció de México a fines de 1919, mientras que uno de los espías militares informó de sus actividades subversivas en el ejército casi un año después.[40]

Tal vez la presea más grande de la inteligencia militar fue la colaboración de José Allen, un mecánico de la fábrica de armas y municiones del gobierno, y luego, secretario general del Partido Comunista Mexicano. Por lo menos durante 1920, Allen enviaba informes regulares a la embajada norteamericana sobre la situación interna en las organizaciones obreras, las riñas personalistas entre los dirigentes que se disputaban el liderazgo comunista, y sobre las relaciones de apoyo mutuo que guardaban el movimiento obrero y el gobierno.[41]

Otro caso de informante fue Martin Krainin. Éste se acercó a la embajada norteamericana en mayo de 1920, y por una suma exorbitante ofreció proporcionar nombres y retratos políticos de militantes comunistas que él había conocido. El coronel Campbell de la oficina del agregado militar no desdeñó la propuesta pero negoció el precio hasta hacer un trato aceptable para las dos partes. Campbell no creyó lo que Krainin le dijo de sí mismo, ni que su nombre fuera Krainin, sin embargo, la informa-

---

Records of the Federal Bureau of Investigation, Investigative Case files, 1907-1923 (en adelante FBI), rollo 867. Smith 1970, p. 172; "Memorandum", Embajada de México en Estados Unidos, Washington, 10 de junio de 1919, [illegible], rollo 65, exp. 812.00/22800.

[40] Spolansky, 1951, pp. 172-175; U.S. Military Intelligence Reports, en *General Intelligence Bulletin*, México, 4 de septiembre de 1920, p. 14.

[41] El informante firmaba sus misivas con las iniciales E.O. y las enviaba a la embajada norteamericana, donde los militares tenían su oficina. Véase Military Intelligence Division, "Political, Radical and Labor Activities". U.S. National Archives, Record Group 165, caja 2290. *Cfr.* Carr, 1992, pp. 20-21; Taibo, 1986, pp. 45-46.

ción que proporcionó coincidía con la que ya tenía y arrojaba nueva luz sobre el paradero de importantes militantes mexicanos y extranjeros.[42]

Los agentes del espionaje norteamericano carecieron de la clave para comprender el escenario mexicano; sus oficinas solían producir y transmitir más fantasías que información factual. Igual que el gobierno norteamericano, los agentes no hacían una distinción entre sindicalistas y comunistas, y entre el bolchevismo y las reformas constitucionales.[43] Los agentes, que por lo general eran hostiles a México, hacían creer a sus departamentos de inteligencia que en el país se urdían conspiraciones en gran escala que afectaban los intereses norteamericanos. Sus consejos al gobierno para que corrigiera el curso de su política mexicana y restaurara la incontestable preponderancia norteamericana en México, generalmente caían en suelo fértil.[44]

En busca de una política

A principios de los años veinte, el paranoico anticomunismo, la campaña antimexicana que se había llevado a cabo en los Estados Unidos a lo largo de 1918 y 1919, y a la que los informes de las agencias de espionaje habían contribuido, provocaron un clima de alarma en el Departamento de Estado. *La incógnita de quién se quedaría en la silla presidencial en las* próximas elecciones era de suma preocupación. Esa incertidumbre, y la imposibilidad de intervenir en las elecciones directamente, explican la inclinación del Departamento de Estado por creer los rumores que se filtraban desde México: "Se le informa al Departamento que un tal Pismer acaba de llegar a México, enero 1o. Se sospecha que es un agente bolchevique. También se nos dice que hay treinta rusos en México en calidad de propagandistas bolcheviques. Favor de investigar y avisar por aire."[45]

El nerviosismo de los norteamericanos alcanzó notoriedad y fue percibido por los ingleses quienes detallaron su estado de ánimo:

[42] R.M. Campbell al director de la Inteligencia Militar, México, 26 de mayo de 1920, U.S. Military Intelligence Reports (en adelante MID), caja 2290.

[43] Edgar Burr, Mayor de Caballería, México, 25 de agosto de 1919, MID, rollo 1, p. 1280 y 10 de septiembre de 1919, p. 1658.

[44] Jeffreys-Jones, 1977, p. 155

[45] Departamento de Estado a la embajada, Washington, 27 de marzo de 1920, USDSMEX, rollo 90, exp. 812.00113/2; Departamento de Estado al cónsul en Veracruz, Washington, 23 de abril de 1920, rollo 70, exp. 812.00/23663. Desde México la situación no se veía tan alarmante como desde Washington, y el cónsul Foster replicó desde Veracruz que "[l]os buques de guerra no han llegado y probablemente no serán necesarios a menos que haya un cambio en la situación". Foster al Secretario de Estado, Veracruz, 8 de mayo de 1920, USDSMEX, rollo 71, exp. 812.00/23880.

> ...el Departamento de Estado está gastando grandes sumas de dinero en su servicio secreto para observar el desarrollo de los acontecimientos. Hace poco llegó a la Embajada información de una fuente confiable indicando que el Departamento de Estado apoyaba a Félix Díaz. En nuestras conversaciones, Mr. Fletcher muestra preferencia personal por González. Pero en realidad, como siempre, Estados Unidos carece de una verdadera política y no la tendrá hasta que el Presidente Wilson haga algo.[46]

Sin embargo, a principios de 1920, Wilson hizo poco por resolver las enmarañadas relaciones entre México y los Estados Unidos. En consecuencia, en febrero de 1920, el embajador Fletcher y el cónsul general Chamberlain renunciaron a sus puestos "en protesta por la actitud del presidente Wilson hacia los extravíos de este gobierno". Según el diplomático británico, Fletcher "ha asumido la posición, junto con muchos miembros del Congreso en Washington, de que debe encontrarse una manera de poner orden en la casa mexicana y de restaurar el sacrificado prestigio de los Estados Unidos". En una charla confidencial con el inglés, Fletcher expresó que "la única política adecuada para la situación mexicana era el uso de la fuerza para imponer el respeto a los derechos internacionales y las instituciones extranjeras".[47]

En mayo de 1920, se presentó la oportunidad que los halcones del gobierno de los Estados Unidos estaban esperando para romper las relaciones diplomáticas con México: el gobierno de Carranza fue derrocado por el movimiento de Agua Prieta y cuando huía de la capital el presidente fue asesinado. En agosto de 1920, Bainbridge Colby, el Secretario de Estado que reemplazó a Robert Lansing, decidió que la política exterior de los Estados Unidos hacia Rusia Soviética era aplicable también a México. El restablecimiento de las relaciones con cualquiera de los dos países era impensable mientras que sus regímenes se negaran a honrar "el código que subyacía a toda la estructura de la ley internacional".[48] Además, según informó al Congreso un comité neoyorquino que investigaba la infiltración comunista a los Estados Unidos, México se había convertido en un peligro no sólo por haberse constituido en uno de los puntos desde donde los comunistas penetraban a la unión americana, sino porque el radi-

[46] Lindsay a Foreign Office, Washington, 23 de enero de 1920, FO, PRO 371, exp. 4490/157.
[47] Cunard Howard Cummins a Lord Curzon, Mexico, 15 de marzo de 1920, PRO, FO 371, exp. 4491.
[48] Citado por Wilson, 1974, p. 17

calismo mexicano ya se había incubado en el gobierno que patrocinaba al movimiento obrero.[49]

En la segunda mitad de 1920, Wilson intentó enmendar las relaciones entre los Estados Unidos y México y envió a George Creel, su propagandista durante la guerra, y a Henry Morgenthau, su candidato, para reemplazar a Henry Fletcher como embajador, a México. Morgenthau era uno de los políticos que creía en el reconocimiento incondicional del gobierno mexicano como el medio para fortalecer su régimen constitucional. Sin embargo, los senadores republicanos Henry Cabot Lodge y Albert Fall bloquearon la nominación de Morgenthau para impedir el reconocimiento. Fall insistía en que los Estados Unidos no podían cooperar con México mientras que "no interpretara la Doctrina Monroe como las demás naciones latinoamericanas". Si no se le ponía un dique al nacionalismo económico mexicano, otros países de América Latina seguirían su ejemplo.[50]

Esta fue la posición que adoptó la administración de Warren Harding a partir de marzo de 1921, en la que Fall fue nombrado (no por mucho tiempo) Secretario del Interior. Después de desvincularse de sus alianzas europeas, el gobierno republicano temía quedar aislado en el continente si otros países latinoamericanos seguían el ejemplo mexicano.

Las grandes empresas triunfan sobre las pequeñas

Para reconocer al régimen de Obregón, el gobierno de Harding exigió al mexicano que se comprometiera a establecer una comisión mixta que evaluara los daños sufridos por los extranjeros durante la revolución. Además, exigió que el Artículo 27 no fuera aplicado retroactivamente, que se reanudara el pago de la deuda externa y se eliminaran las oficinas que el gobierno revolucionario había establecido en América Latina para diseminar su propaganda. Según el incansable y beligerante Fall, este requisito era necesario porque, "los mexicanos estaban actuando de mala fe y nosotros no podemos negociar a menos de que contemos con firmes y formales acuerdos". Fall consideró imperativo un acuerdo previo para evitar que México apelara a la solidaridad latinoamericana.[51]

[49] New York State Legislative Joint Committee Investigating Seditious Activities, vols. 1 y 2, Nueva York, 1920, s.p., v. 1, p. 494 y v. 2, pp. 1770-1771.

[50] Gardner, 1984, pp. 37-38; W. Hanna al Secretario de Estado, Mexico, 26 de octubre de 1920, USNSMA, rollo 21, exp. 812.00/24759.

[51] Albert Fall a la Asociacion Nacional para la Proteccion de los Derechos Americanos en Mexico, Washington, 19 de enero de 1921, FRO, rollo 371, exp. 5580.

Las compañías petroleras dictaban la política norteamericana hacia América Latina, y en México continuaban demandando la anulación del Artículo 27 como garantía de la inviolabilidad de sus propiedades. En junio de 1921, el gobierno mexicano aumentó el impuesto sobre la exportación del petróleo para hacerse de recursos y poder pagar la deuda externa. Las compañías respondieron con la suspensión de envíos del crudo. Durante los siguientes dos meses, unos veinte mil trabajadores quedaron sin empleo. En agosto, el gobierno redujo el impuesto originalmente estipulado y así pudo llegar a un arreglo con las compañías.[52]

Si bien el Departamento de Estado estaba coludido con los petroleros, bloqueando el mejoramiento de las relaciones bilaterales, el Departamento de Comercio quería que las relaciones comerciales mejoraran para hacerle frente a la competencia europea. Según el Departamento de Comercio, los números hablaban por sí solos: el balance comercial entre México y los Estados Unidos entre 1915 y 1920 había aumentado en 93 por ciento. Tanto el Departamento como numerosos empresarios y banqueros consideraban a México como un tesoro mundial y creían que no había otro país que le proporcionara a los Estados Unidos tantas oportunidades comerciales.[53]

Fue esta clase de negociantes la que buscó nuevas oportunidades en México por las alentadoras expectativas económicas a pesar de la incertidumbre política. Una empresa consultora que veló por los intereses de comerciantes, banqueros e inversionistas pequeños y medianos, fue la Organización Estadística Babson de Massachusetts. La empresa se dedicaba a proporcionar proyecciones y análisis económicos y políticos a aquellos que ya tenían inversiones en México y a los que apenas estudiaban el terreno. En 1921, por ejemplo, Babson advirtió a sus clientes que no obstante que las condiciones habían mejorado en México, Obregón aún no garantizaba la protección de vidas y propiedades norteamericanas. Sin embargo, Babson urgió a los inversionistas a proceder con cautela: "no dejar demasiado dinero en los bancos mexicanos", pero sí correr riesgos moderados para retener a sus clientes y no perder el pie en México, "ya que se viene el momento de convertirse en uno de nuestros mercados extranjeros más provechosos". Las estadísticas apoyaban el optimismo de Babson: a pesar de las dificultades políticas entre los dos

[52] Meyer, 1972, pp. 165-177; Smith, 1972, pp. 190-194.

[53] George D. Beelen, "The Harding Administration and Mexico: Diplomacy by Economic Persuasion", en *The Americas*, vol. XII, num. 2, octubre de 1984, pp. 181-183 y "Mexico Under a New President", en *The New York Times Current History*, 13 de octubre de 1920-marzo de 1921, pp. 112-114

países, las exportaciones de los Estados Unidos hacia México iban en aumento.[54]

Entre los empresarios que tenían confianza en México y estaban convencidos de que solamente apoyando a Obregón los intereses norteamericanos serían protegidos, se contaba el magnate John Hays Hammond. Ingeniero minero con largos años de experiencia en el manejo de negocios en México y, desde 1916, dueño de la Mexican Sealord Oil Company, se dirigió a principios de 1921 al comité de Relaciones Exteriores del Senado para defender la ampliación de negocios con México.[55] Había otros pequeños manufactureros y comerciantes dispuestos a aceptar la nueva legislación mexicana, que estaban en desacuerdo con la interferencia de las grandes compañías en los asuntos internos de México y con su cabildeo para obtener apoyo del gobierno de los Estados Unidos para realizar sus negocios.

Los empresarios que eran partidarios del reconocimiento al gobierno mexicano por parte del norteamericano, con el fin de favorecer la expansión de las relaciones comerciales entre los dos países, veían afectados sus propios intereses si México seguía pobre y tiranizado por los Estados Unidos, el gobierno, al no poder dar trabajo a los obreros, éstos emigraban a los Estados Unidos y quitaban empleo a los norteamericanos. Por el contrario, un México próspero proporcionaría trabajo a los mexicanos y mercado para las mercancías norteamericanas.[56]

Sin embargo, las grandes compañías prevalecieron sobre las compañías pequeñas. La política del no reconocimiento del Departamento de Estado pesó más que la política del Departamento de Comercio, la opinión de prominentes personalidades como Henry Ford, William Randolph Hearst y Samuel Gompers, de las cámaras de comercio en los estados fronterizos y sus gobernadores, quienes querían ampliar relaciones con México. La colusión de las grandes compañías –atrapadas en la ideología de la frontera ilimitada y la puerta abierta para sus negocios– con el Departamento de Estado, pudo más que el sentido común de los empresarios dispuestos a aceptar los nuevos vientos que soplaban desde el sur del continente y del este europeo.

[54] Véase Roger W. Babson, "Mexico Reaching a Crisis", preparado por Statistical Organization de Babson, Massachusetts, 29 de marzo de 1921, USDSMEX, rollo 74, exp. 812.00/933-6.

[55] "Un Mes de Intercambio con México es mas Importante que Varios Años con Rusia", en *Excélsior*, 19 de febrero de 1921; Hays, 1935, pp. 748-753.

[56] Gregory A. Andrews, "Toward a Consensus on U.S. Hegemony in Latin America: American Labor and U.S. Officials View the Mexican Revolution", ponencia presentada en la Southwestern Social Science Association, marzo de 1991, p. 12; Levenstein, 1971, pp. 94-95, 100-101; Radosh, 1969, p. 353

La fabricación de un complot rojo

El Secretario de Estado Charles Evans Hughes, recibía sugerencias periódicamente sobre la manera de resolver el atolladero mexicano. Los irresponsables intrigantes no perdían la oportunidad para proponer el derrocamiento del gobierno mexicano. El juez F. J. Kearful, alguna vez consejero del comité presidido por Fall, recomendó a Hughes que estableciera un protectorado sobre México. El adversario de Obregón, Manuel Calero, se acercó al Secretario de Estado para pedirle apoyo para la insurrección que tenía planeada, o al menos que no la impidiera. El negociante William F. Buckley y sus socios concibieron el plan de tomar Baja California.[57] Hughes rechazó todas y cada una de estas propuestas.

Otro proyecto que le fue presentado a Hughes en 1921, fue concebido por Henry Marsh, un acomodado neoyorquino con algunos intereses en México, y el coronel Arthur Woods, ex jefe de policía en Nueva York y sobrino político del magnate bancario J. Pierpont Morgan. A Woods le interesaba invertir en la industria maderera mexicana. Ambos habían participado en la persecución y erradicación organizada de personas y movimientos sospechosos de radicalismo durante los meses que duró la histeria antiextranjera y antirroja.[58] Los dos creían que el comunismo estaba en la raíz del problema mexicano. Sólo faltaba probarlo.

En febrero de 1921, Marsh y Woods contrataron a Jacob Nosovitsky para que viajara a México y consiguiera la evidencia necesaria. Nosovitsky era el hombre competente para la misión. Nacido en Kiev, Ucrania, había sido miembro del Partido Bolchevique desde antes de la revolución, pero, desilusionado, desertó de sus filas y emigró de Rusia. En 1919 ofreció sus servicios al Departamento de Justicia para "ayudar en la lucha del gobierno contra el comunismo". Su primer encargo en los Estados Unidos fue ganarse la confianza de los representantes soviéticos e infiltrar las filas de los comunistas. Nosovitsky se ganó la confianza tanto de los soviéticos como de sus superiores en el Departamento.

Marsh y Woods transmitieron a Nosovitsky su preocupación por el peligro que "el poderoso movimiento comunista mexicano" representaba para los Estados Unidos. Además, "Mr. Marsh dijo haber oído que los miembros del gabinete del presidente Obregón eran comunistas"[59] pero

[57] Smith, 1972, pp. 194-201.

[58] Jeffreys-Jones, 1977, p. 111.

[59] "Toda una Vasta Conspiración Comunista Fue Fraguada en México por Dos Audaces y Peligrosos Aventureros", en *Excélsior*, 21 de septiembre de 1925

necesitaba evidencias para probarlo. Marsh y Woods ofrecieron a Nosovitsky veinticinco mil dólares por el trabajo.

Al llegar a México, gracias a su reputación como un camarada del partido, Nosovitsky se ganó la confianza de Linn Gale, quien encabezaba uno de los dos grupos que en 1921 se decían partidos comunistas. El de Gale –el Partido Comunista de México–, era todavía menos visible que el Partido Comunista Mexicano, dirigido por José Allen. Nosovitsky quedó asombrado por la discrepancia entre la situación amenazante que le habían anticipado Marsh y Woods y la realidad que encontró: "Francamente, el movimiento comunista mexicano fue un chiste". Nosovitsky no encontró la esperada gran ola anticapitalista, ni una organización que se pareciera a un soviet. En cambio, encontró a Gale, quien, sin sospechar que colaboraba con un agente de la inteligencia norteamericana, de buena fe se hizo cómplice del plan tramado por Nosovitsky. Juntos escribieron una carta al presidente de la Internacional Comunista, Grigori Zinoviev, en la que describieron a México como el baluarte del comunismo continental, "algo que complaciera a mis patrones de Nueva York más que un verdadero informe a Zinoviev". Nosovitsky se comprometió con Gale a llevar el mensaje personalmente a Moscú. La carta describía con vivos colores los avances constantes del partido entre las masas para el pronto establecimiento "de la dictadura del proletariado y del Estado Comunista". La parte más comprometedora de la carta apócrifa, se refería a "la presencia de varios verdaderos camaradas en el gobierno de Obregón". La carta concluyó con la aseveración de que, sin temor a equivocarse, "no hay país en el mundo donde las perspectivas de una pronta revolución comunista sean mejores que en México [...] Es seguro que las llamas de la revuelta encendidas en México se deslizarán a toda América Latina, y tal vez absorberán a los Estados Unidos".[60]

Nosovitsky y Gale asistieron a la convención del Partido Laborista de la CROM en Pachuca, Hidalgo, en abril de 1921, para convencer a los cromistas de adherirse a la Internacional Comunista. No se sabe si Nosovitsky invitó al agente del espionaje militar a la convenión, pues también estuvo allí. Del artículo de uno y del informe del otro sabemos que Nosovitsky no logró que la CROM se adhiriera al Comintern. De haberlo logrado,

> ...hubiera sido una prueba para el gobierno norteamericano de que Moscú controlaba al Partido Laborista mexicano, que incluía gente

[60] "Soviet Spy Worked Way into U.S. Secret Service", en *New York American*, 4 de octubre de 1925

> tan importante como Morones, Celestino Gasca, el gobernador del Distrito Federal, Villarreal, el secretario de Agricultura, Adolfo de la Huerta, el Secretario de Hacienda y Plutarco Elías Calles, el primer ministro.[61]

Ya que Nosovitsky no logró convencer a los laboristas, fabricó una resolución mediante la cual los moronistas adherían su partido al Comintern. Con los dos documentos falsos Nosovitsky regresó a los Estados Unidos.

Al revisarlos, Marsh dijo que "necesitaban otra evidencia que probara de manera más concluyente que en México existía un fuerte cuerpo de comunistas capaces de derrocar al gobierno y de establecer uno de tipo soviético". Fue entonces cuando Nosovitsky falsificó otro documento, autentificado con sellos que mandó fabricar, probando la creación "del Consejo Comunista del Ejército Rojo de México", cuya obligación "será organizar un poderoso ejército de obreros, campesinos y soldados de México, dispuestos a actuar instantáneamente bajo la dirección del Consejo".

Marsh, en compañía de Woods y Nosovitsky, y con la anuencia del director del Departamento de Justicia, Edgar Hoover, llevó los documentos al Departamento de Estado para someterlos al secretario Hughes, con la esperanza "de que gracias a los documentos se pospondría el reconocimiento de México".[62] Entrevistado en 1925, el subsecretario de Estado, Fletcher, recordó los documentos, pero negó que hubiesen influido en la decisión del Departamento respecto al reconocimiento diplomático de México. En cambio, entrevistado en su librería en Washington, Linn Gale confirmó al reportero del *New York American* los hechos de la fabricación de "la falsa amenaza «roja» contra el pueblo de México".[63]

No hay evidencia concluyente para afirmar que los documentos falsificados por Nosovitsky influyeron en la decisión del Departamento de Estado de posponer el reconocimiento norteamericano del gobierno mexicano. Más bien son un testimonio de la falta de escrúpulos de aque-

[61] Jeffreys-Jones, 1977, pp. 155-156.

[62] "Super Spy Tells, «How I Faked the Constitution of the Red Army in Mexico to Scare the U.S.»", en *New York American*, 27 de septiembre de 1925.

[63] Nosovitsky dio a conocer los pormenores de cómo fraguó el complot mexicano en 1925 por medio de varios artículos publicados en el *New York American*: "Amazing Story of International Spy", 20 de septiembre de 1925; "Super Spy Tells How I Faked the Constitution of the Red Army in Mexico to Scare the U.S.", 27 de septiembre de 1925, "Soviet Spy Worked His Way Into U.S. Secret Service", 4 de octubre de 1925; "Spy Uses Ocean Greyhound to Uncover Soviet Secrets", 11 de octubre de 1925. *Excélsior* reprodujo dos de los cuatro artículos. La versión que Nosovitsky dio de su intervención en México se puede corroborar en Wolfe 1981, pp. 163-164 y en Draper, 1960, p. 175

llos individuos, que por defender intereses propios actuaron sin principios y *en contra de los intereses de México.* Marsh y Woods probablemente no habrían gastado su tiempo y dinero si no pensaran que su esfuerzo daría resultados. Además, su intriga es un testimonio de la posible complicidad del Departamento de Justicia en la fabricación de un complot como un instrumento político usado en contra de un gobierno renuente a someterse a los designios de la política exterior norteamericana.

Finalmente, la importancia de los documentos yace en su longevidad, pues fabricados en abril de 1921, entraron en circulación de papeles y rumores cuando Nosovitsky se fue de México, y siguieron circulando por varios años más. El mismo mes de abril, los documentos llegaron a manos del agente de la inteligencia del Departamento de Estado. Citando, palabra por palabra, el texto que Nosovitsky había inventado, el agente informó que en México se preparaba una revolución bolchevique, y a la cabeza de su "ejército rojo" estaba el presidente Obregón. El agente de la inteligencia militar informó que el consejo del Estado, dirigido por los comunistas, "está actualmente otorgando en secreto valiosas concesiones de tierras y petróleo al gobierno japonés".[64] Los mismos documentos reaparecerían en 1924, y serían usados para evidenciar que el gobierno del presidente Calles continuaba utilizando estrategias subversivas para engañar a los Estados Unidos.

Las negociaciones del reconocimiento

Si bien no se puede concluir que los documentos falsificados influyeron en el Departamento de Estado, es innegable que el fantasma del bolchevismo rondó por el Departamento y afectó al secretario Hughes. Al hablar ante una cámara de comercio, según *El Universal*, el secretario concebía un paralelo entre Rusia Soviética y México gobernado por Obregón. En esa ocasión aludió al gobierno mexicano como el discípulo de los consejeros soviéticos, que enseñaban a los funcionarios mexicanos "los trucos comunistas".[65] Cuando el representante del Comité Internacional de Banqueros, Thomas Lamont, se acercó al secretario para que le diera luz verde y se iniciaran las negociaciones con el gobierno mexicano sobre la deuda externa, el banquero trató de explicarle a Hughes que no se debía

[64] "Memorandum" sin firma dirigido al Departamento de Estado, 13 de abril de 1921, USDSMEX, rollo 90, exp 812.00B/52; MID, *General Intelligence Bulletin*, 30 de abril de 1921, p. 26. Más adelante, el mismo informe boletinó el rumor de que Obregón sufría de sífilis lo que explicaba su debilidad mental y, por lo tanto, su pérdida de la fuerza de voluntad y control.

[65] "Lo que Piden a México los Estados Unidos" en *El Universal*, 5 de mayo de 1922.

poner a México en la misma categoría que a Rusia Soviética. Lamont enfatizó que los desacuerdos entre México y los Estados Unidos se debían a problemas económicos concretos y no a diferencias ideológicas.[66]

Lamont no creía que el gobierno mexicano estuviera infiltrado por agentes de la Tercera Internacional o anarquistas. El banquero y sus socios criticaron la constitución mexicana no por su contenido radical sino por considerarla poco práctica, según los criterios de los hombres de negocios. El cabildeo de Lamont en el Departamento de Estado y en el Congreso, abrió el camino para que Estados Unidos negociara con México el pago de su deuda externa y luego, en agosto de 1923, reconociera la legitimidad del gobierno mexicano.[67]

Sin embargo, las premisas ideológicas sobre las que el Departamento de Estado le negaba el reconocimiento diplomático al gobierno mexicano, no desaparecieron. Los individuos que habían criticado la constitución mexicana desde 1917, abogando por medidas drásticas para obligar al gobierno mexicano a desistirse de aplicarla, permanecieron en altos puestos de la administración. Henry Fletcher fue nombrado subsecretario de Estado, Matthew Hanna se fue de la embajada en México al Departamento de Estado para encargarse de los asuntos mexicanos. Los dos mantuvieron estrechos contactos con la inteligencia militar. Estos funcionarios, así como los departamentos que representaban, seguían rechazando el nacionalismo económico mexicano como el medio legítimo para mejorar el bienestar del país.[68]

La vigilancia de México por los diferentes aparatos de inteligencia de los Estados Unidos persistió, y fue una muestra de la seriedad con la que el Departamento de Estado seguía considerando el problema del nacionalismo económico como amenaza a su seguridad nacional. La Primera Guerra Mundial le había dado un gran empuje a la economía de los Estados Unidos, que veían con preocupación las perspectivas de la sobreproducción si faltaran los mercados latinoamericanos. América Latina absorbía las manufacturas norteamericanas y proporcionaba las materias primas, entre las cuales el petróleo era la más valiosa. Este flujo vital debía ser preservado. Así, la profunda preocupación del Departa-

[66] Smith, 1972, pp. 197-214.

[67] Murray, 1969, p. 331; Wilson, 1974, pp. 59-60.

[68] "Summary of the Principal Factors Menacing the Obregon Administration in Mexico and Biographical Sketch of Principal Leaders Involved", 4 de marzo de 1922, MID, rollo 1; Paul Foster al Secretario de Estado, Veracruz, 27 de abril de 1922, USDSMEX, rollo 78, exp. 812.00/25590, Hanna al Secretario de Estado, Washington, 16 y 20 de junio de 1922, exps. 812.00/26029 y 26060; "American-Mexican Special Commission", 12 de mayo de 1923, MID, rollo 1, exp. 1895 y 2 de junio de 1923, exp. 3935

mento de Estado por la posibilidad de que el nacionalismo –para algunos funcionarios todavía sinónimo de bolchevismo– alcanzara la expansión del capitalismo norteamericano en América Latina, siguió vigente a lo largo de los años veinte. Fue así que cuando el equipo de los diplomáticos norteamericanos llegó a México después del reconocimiento, su trabajo primordial consistió en tratar de regresar al *statu quo* prerrevolucionario. Su trabajo se complicó cuando cayó en la cuenta de que Calles no era Obregón y México parecía ser un aliado de la Unión Soviética.

Capítulo 2

México en el cálculo de los soviéticos

CON CIERTA frecuencia los diarios *Pravda* e *Izvestiia* y las revistas académicas y políticas de las instituciones soviéticas, publicaban artículos sobre México, en el contexto de una severa crítica al capitalismo y la presentación de la Unión Soviética como la tierra de la gran promesa para la justicia y la libertad. El Comisariado del Pueblo para los Asuntos Exteriores (Narodnyi komissariat inostrannykh del o Narkomindel) publicaba *Mezhdunarodnaia zhizn'*, (*Vida internacional*). El Comintern daba a conocer su punto de vista y directivas a través de *Kommunisticheskii internatsional* (*La Internacional Comunista*), su órgano oficial y doctrinario, y el más popular semanario *International Press Correspondence* (*Inprekorr*), editado en alemán, inglés y francés (no en español). La organización sindical del Comintern, el Profintern, publicaba *Krasnyi internatsional' profsoiuzov* (*la Internacional roja de sindicatos obreros*) y *Mezhdunarodnoe rabochee dvizhenie* (*el Movimiento obrero internacional*). Los asuntos agrarios y campesinos se discutían por la revista *Agrarnye problemy* (*Problemas agrarios*) y *Na agrarnom fronte* (*En el frente agrario*).[1]

Los periódicos y las revistas rebasaban la mera presentación de noticias. Sus objetivos eran políticos y los hechos eran adaptados con fines de propaganda y agitación tanto en el contenido como en el estilo. Los articulistas eran, no solamente dirigentes del Partido bolchevique, sino un equipo especializado, *mezhdunarodniki* (*los internacionalistas*), experto en las relaciones internacionales y especialista en las diferentes áreas geopolíticas. *Estos comentaristas ideológicos reunían materiales sobre* los distintos países, los analizaban y los enviaban a los comisariados.[2] Los partidos comunistas y las embajadas soviéticas eran otra fuente de datos

[1] "*Bibliograficheskii ukazatel' periodicheskoi i neperiodicheskoi literatury o strannakh Latinskoi Ameriki*", en *Revoliutsionnyi vostok*, núms. 3-4, 1932-1934, pp. 346-359; Oswald, 1965, pp. 691-706; Scarzanella, 1980, pp. 193-213, Uldricks, 1979, pp. 36, 144

[2] Comisariados y comisarios eran los equivalentes a secretarías y secretarios de Estado

demográficos, económicos, de información sobre las comunicaciones, la composición étnica de cada país y los datos científicos para mantener a la administración soviética al día. Generalmente, el establecimiento de las relaciones diplomáticas facilitaba los estudios sobre un país, mientras que su ausencia los limitaba. Los dirigentes bolcheviques no confiaban del todo en los datos que les proporcionaban los comunistas extranjeros, sospechando que carecían de una visión global, minusvaloraban la importancia de las relaciones económicas más allá de sus propias fronteras.[3]

El Comintern contaba con un departamento de información que lo mantenía al tanto de los acontecimientos mundiales. El departamento empleaba a especialistas que leían los principales periódicos y revistas de todas las tendencias políticas y de las que abstraían las noticias más importantes que luego publicaban en su boletín semanal. Los datos que mayor relevancia tenían para los fines de propaganda, eran los informes acerca del debilitamiento de las centrales obreras rivales de las comunistas, y las afiliaciones de obreros y campesinos a las organizaciones del Comintern. Además de tener un valor propagandístico a nivel internacional, tales noticias estimulaban a los trabajadores soviéticos a continuar en su propia lucha para un futuro mejor a pesar de las dificultades del momento.[4]

Antes de 1926, los expertos sobre Asia y el Este publicaban también artículos sobre América Latina. En realidad, los estudios sobre el Oriente precedieron cualquier otra especialización regional en el entendido de que los países coloniales y semicoloniales asiáticos compartían las características históricas con los países occidentales no desarrollados. No fue sino hasta que los soviéticos reconocieran a los Estados Unidos como una potencia económica mundial, en los años veinte, que también empezaron a ver la especificidad de su área de influencia. Desde 1926, el Comintern contó con el secretariado para América Latina y con un equipo de expertos sobre la región, que elaboraba materiales para las demás instituciones soviéticas.[5]

[3] Kenez, 1985, pp. 39-44; Brooks, "Public and Private Values in the Soviet Press, 1921-1928", en *Slavic Review*, vol. 48, num. 1, primavera de 1989, pp. 16-19; Eran, 1979, pp. 9-25.

[4] Hopkins, 1970, p. 69; Kuusinen, 1974, p. 43.

[5] "Bibliograficheskii ukazatel", en *Revoliutsionnyi vostok*, p. 348; Szlajfer, "Latin America and the Comintern An Interesting Book with Many Mistakes", en *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, vol. 46, junio de 1989, pp. 110-118, Eran, 1979, p. 31, Trotsky, 1957, pp. 6-7

México visto por los ideólogos soviéticos

Los artículos que los periódicos y revistas publicaban sobre México generalmente aumentaban la importancia del proletariado, mientras que subestimaban los esfuerzos del gobierno mexicano por reconstruir el país *con base en los recursos propios y por consolidar la soberanía nacional.* Los artículos soviéticos tenían poco qué decir sobre la burguesía nacional y, más bien, menospreciaron el nacionalismo revolucionario. Los informes afirmaban que México, definido como un país semicolonial dominado por el capital extranjero, que sufría todavía de relaciones feudales de producción y socialización, por sí solo era incapaz de generar fuerzas sociales de liberación. Los artículos retrataban los esfuerzos de México por desarrollarse económicamente como luchas fallidas contra el imperialismo. Las luchas del gobierno contra la Iglesia, por el reparto de la tierra entre los campesinos, y las luchas de los anarquistas y obreros por no caer en la dependencia del gobierno –eran loables pero inexorablemente subordinadas a las fuerzas del imperialismo y de antemano perdidas–.[6] Debido a la posición auxiliar de México en el sistema capitalista mundial, *un autor no pudo explicarse* el contenido de la Constitución de 1917 más que por la influencia directa de la Revolución bolchevique.[7]

La historia agraria de México se conoció en la Unión Soviética a través del destacado economista húngaro Eugen Varga, director del Instituto agrario internacional, y su revista mensual *Agrarnye problemy.* Varga solía comparar a México con China en donde, antes de 1927, el Kuomintang y los comunistas colaboraban para llevar a cabo una reforma agraria. Para el economista, la experiencia de los dos países sugería la posibilidad de que una revolución social podría ser dirigida por los campesinos organizados en lugar del proletariado, según enseñaba la doctrina marxista, en

[6] Artículos sobre el movimiento obrero: "Pis'mo k meksikanskim rabochim", en *Krasnyi Internatsional Profsoiuzov*, núm. 1, 30 de agosto de 1921, pp. 330-331; "Meksika. Profesional'noe i politicheskoe dvizhenie", *op. cit.*, núm. 6, 20 de octubre de 1921, pp. 247-249; "Meksika. Kongress Vseobshchei Konfederatsii Rabochikh", *op. cit.*, núm. 10, 11 de diciembre de 1921, pp. 484-485, 534; Luis Fraina, "Meksika. Bor'ba za prisoedinenie k Krasnomu Profinternu" y "Rost bezrabotnitsy", *op. cit.*, núm. 1 (12), enero de 1922, pp. 60-63; A. Nin, "Meksika. Rabochee dvizhenie v Meksike", *op. cit.*, núm. 1, enero de 1923, pp. 90-95; "Meksika. Sovremennoe polozhenie rabochikh organizatsii i bor'ba za edinnii front", *op. cit.*, núms. 5-6, mayo-junio de 1923, pp. 875-877; "II-i Kongress Vseobshchei Konfederatsii Rabochikh", en *Mezhdunarodnoe Rabochee Dvizhenie*, núm. 12, abril de 1923, p. 8; "Meksika. Raboche-professional'noe dvizhenie", *op. cit.*, núm. 40, noviembre de 1923, pp. 9-10; Artículos sobre el petróleo y los Estados Unidos: All Ferid, "Die Petroleumrevolution in Mexiko", en *Inprekorr*, núm. 15, 1o. de febrero de 1922, p. 1537; "Istoshchenie meksikanskikh neftianykh istochnikov", *en Mezhdunarodnaia zhizn'*, núm. 8, 8 de junio de 1922, pp. 46-47; Communist International, *Ezhegodnik Kominterna*, Petrogrado y Moscú, Communist International, 1923, pp. 760-764.

Sobre el movimiento campesino: *Krest'ianskii Internatsional*, núm. 1, abril de 1924.

[7] "Soedinennye Shtaty i Meksika", en *Mezhdunarodnaia zhizn'*, núm. 12, 1926, pp. 34-42.

los países en los que el proletariado era el eslabón más débil en la estructura de clases. Esa posibilidad, sin embargo, era obstaculizada por el asfixiante dominio de los Estados Unidos. A pesar de su limitación, decía Varga, la reforma agraria mexicana mejoró las condiciones del proletariado urbano. Varga, como los demás comentaristas de la Revolución mexicana, estuvo asombrado con la política del gobierno de armar a los campesinos cada vez que necesitaba su apoyo y los desarmaba una vez que la amenaza pasaba. En lugar de que el gobierno dejara que los campesinos defendieran la revolución agraria frente a la oposición de los latifundistas y el imperialismo, detenía y frenaba la revolución.[8]

Dada la distancia geográfica de México, y la importancia secundaria del imperialismo norteamericano frente al británico en la estrategia global de *Rusia Soviética a principios de los años veinte, México jugó un papel* menor en la política exterior soviética. Sin embargo, en la medida en que los Estados Unidos adquirían una relevancia cada vez mayor a nivel mundial, también México se volvía un lugar estratégicamente importante para la Unión Soviética. Al constituirse Estados Unidos en una potencia económica y tecnológica, se convirtió en un codiciado socio comercial y en una posible fuente de inversiones para desarrollar las concesiones que, a partir de 1921, el gobierno soviético puso a disposición del capital extranjero. Al mismo tiempo, a medida que los Estados Unidos adquirieron una posición mayor como la potencia hegemónica en el hemisferio occidental, los soviéticos consideraron que el continente que dominaba y oprimía era un aliado potencial de los rusos.

Si bien Argentina era un laboratorio para estudiar la confrontación entre el imperialismo británico y el norteamericano, México, en la esfera de influencia de los Estados Unidos, proporcionó a los ideólogos soviéticos un fértil campo para debatir temas como el colonialismo, el imperialismo, la revolución y la lucha de clases. Los numerosos artículos publicados sobre México a lo largo de los años veinte, permiten conocer los argumentos que los funcionarios de la administración estatal y del Comintern sostuvieron sobre la política exterior y su intersección con la esfera ideológica del poder soviético.

El debate que se desarrolló en torno a México, y al resto de América Latina, fue dominado por la teoría del imperialismo de Lenin. A través de ese prisma teórico, los ideólogos soviéticos generalmente hicieron caso omiso de las formas particulares de la integración de cada país al sistema

[8] Eugen Varga, "Meksika" en *Planovoie joziaistvo*, núm. 9, septiembre de 1926, pp. 137-151.

capitalista a finales del siglo IXX. Aquellos leninistas que se interesaron por México –Lenin mismo– miraban a México a través de leyes históricas que creían universales. Según Lenin, el capitalismo en su última fase de desarrollo creció dentro de un sistema mundial de opresión colonial y estrangulación financiera, que la mayoría de los pueblos sufrían por parte de un puñado de países avanzados (Estados Unidos, Gran Bretaña, Japón) en guerra unos con los otros para repartirse el botín.[9]

Además, en naciones como México, Egipto, Turquía o Argentina el imperialismo ponía obstáculos infranqueables al desarrollo del capitalismo nacional. En consecuencia, el capital financiero se había convertido en una fuerza tan poderosa y decisiva en las relaciones económicas e internacionales que subordinó a *países que gozaban de independencia* política. La dominación imperialista significaba además la inexistencia, o la dependencia, de la burguesía nacional del capital foráneo. De esta concepción de los ideólogos soviéticos se derivó la posición de que la lucha de los nacionalistas –como los revolucionarios mexicanos o los chinos– no podía prosperar para cambiar la estructura económica y política de un país, porque durante el periodo del imperialismo capitalista los países semicoloniales *"constituyen un eslabón en la cadena de las operaciones del* capital financiero mundial".[10]

La rivalidad imperialista, inicialmente la anglo-norteamericana, significó que la disputa por los mercados se regulara por la fuerza militar. Así, para el Partido bolchevique y el Comintern, era inconcebible pensar que el gobierno mexicano pudiera manipular aquella rivalidad en su beneficio en lugar de ser su víctima. Era cierto que el imperialismo había *penetrado en la estructura económica precapitalista*, creando una modesta clase industrial y una incipiente clase obrera en un país predominantemente campesino, pero por sí solas éstas eran incapaces de tomar la conciencia de su deber y combatir "el imperialismo capitalista de los Estados Unidos".[11]

Las controversias ideológicas y las confrontaciones políticas que tuvieron lugar entre los dirigentes bolcheviques reflejaron distintas reacciones y formulaciones teóricas ante las coyunturas políticas inesperadas e imprevistas. Mientras que algunos activistas del Comintern enfatizaron

[9] Service, 1991, vol. 2, p. 157. Lenin "Preface to the French and German editions", 26 de abril de 1920, en Varga y Mendelsohn (eds.), s/f, p. 6. Lenin escribió su libro sobre el imperialismo en 1916. En 1920, Varga y Mendelsohn lo actualizaron con nuevos datos sobre América Latina que no estaban en el original.

[10] *Idem*, pp. 180-188.

[11] Trotsky, 1945, vol. 1, p. 22. Executive Committee of the Communist International, 1923, pp. 6-7.

el potencial revolucionario del proletariado mexicano, otros ideólogos sostenían que en un país con una población predominantemente campesina, cuya burguesía nacional era poco numerosa y frágil porque la propiedad y la industria estaban en manos extranjeras, el proletariado nacía políticamente muerto.

Sin embargo, las definiciones y redefiniciones de México por los ideólogos soviéticos, tenían que ver menos con la realidad mexicana y más con la adaptación de las premisas teóricas en un mundo que no siguió el camino revolucionario previsto. En realidad, el partido y el Comintern redefinieron su percepción del mundo y cambiaron las estrategias a seguir varias veces durante los años veinte. Con cada giro cambió la manera de percibir a México, de conducir la política exterior y de dirigir las actividades del Comintern.

Diplomacia y revolución en la Rusia Soviética

Para garantizar la seguridad nacional y prevenir la formación de coaliciones hostiles al régimen bolchevique, la Unión Soviética buscó la manera de fortalecer las relaciones económicas y políticas con los países occidentales. La apremiante necesidad de capitales y de capacidad técnica, obligó a los bolcheviques a dejar de lado su aprensión y desconfianza hacia los capitalistas y a buscar un acercamiento con los países occidentales. Más aún, las relaciones diplomáticas que Rusia Soviética estableció en los primeros años veinte no fueron determinadas necesariamente por consideraciones ideológicas. Los dirigentes soviéticos estaban dispuestos a llegar a un compromiso con cualquier sistema, con tal de garantizar la sobrevivencia del régimen bolchevique. Por ejemplo, cuando en 1922 llevaron a cabo las negociaciones sobre la cooperación económica y la normalización de sus relaciones con Italia, no importó que los fascistas de Benito Mussolini acabaran de llegar al poder del Estado. En ese mismo año, a espaldas de los demás países con los que negociaba el restablecimiento de relaciones comerciales, la Rusia Soviética concluyó el Tratado de Rapallo con su antiguo adversario, Alemania. De esta manera, para 1924 los soviéticos lograron establecer acuerdos comerciales y reconocimientos diplomáticos de parte de las principales potencias, excepto los Estados Unidos.

El éxito diplomático de Rusia Soviética a principios de los años veinte se debió también al pragmatismo que las potencias europeas adoptaron frente a la Revolución bolchevique. Si bien en los primeros años de la revolución los países occidentales habían contribuido al debilitamiento del

poder soviético, la introducción de la Nueva Política Económica de 1921 y el retorno a la economía del mercado, les inspiró la idea de que con la Rusia Soviética se podía negociar. Los países europeos creyeron entonces que su propia reconstrucción, después de la guerra, no podía hacerse dándole la espalda a una Rusia de la que se creía que podía ofrecer mercados para sus productos.[12]

Sin embargo, una de las peculiaridades de la diplomacia soviética fue la superposición de la diplomacia y la política partidista. El objetivo del Comintern era dirigir a los partidos comunistas y al movimiento obrero internacional para derrocar a los mismos gobiernos con los que el soviético entablaba relaciones diplomáticas. Según lo expresó el Comisario para los Asuntos Extranjeros, Georgi Chicherin, en 1919, el compromiso fundamental de los bolcheviques era con el proletariado mundial para derrocar el capitalismo y cambiar radicalmente su realidad, no con la burguesía, con la que podía firmar protocolos y tratados.[13] A lo largo de los años veinte, los bolcheviques trataron de ocultar la sobreposición de su política exterior y su lucha ideológica, argumentando que el Comintern era una organización internacional compuesta de partidos comunistas nacionales y totalmente independiente del Estado soviético. Si bien era cierto que en el Comintern convergieron partidos comunistas de varias decenas de países que representaban muchas realidades nacionales, el Comintern era el brazo político internacional del Partido Bolchevique, y en la jerarquía de las instituciones soviéticas el gobierno y el Comintern estaban subordinados a las decisiones del partido. Fue dentro de la cúpula del partido donde se tomaban las decisiones que orientaron el trabajo del gobierno y del Comintern.

Tanto la política exterior del gobierno como la línea estratégica del Comintern cambiaron de acuerdo con la interpretación que los dirigentes bolcheviques hicieron de la estabilidad o fragilidad del sistema capitalista y de la cordialidad u hostilidad del mundo exterior hacia el régimen soviético. Según esa interpretación, el Comintern cambió de táctica varias veces y cada cambio se reflejó en su relación con los partidos comunistas y con las organizaciones que estaban bajo su influencia.

Después del triunfo de los bolcheviques en Rusia, Lenin y sus colaboradores creyeron que la revolución en el occidente era inminente, y que los

[12] Gorodetsky, 1977, pp. 1-6

[13] Georgi Chicherin, "La Politique Exterieure des Deux Internationales", en *L'Internationale Communiste*, núm. 6, octubre de 1919, pp. 853-864 y "Address by USSR People's Commissar of Foreign Affairs G. V. Chicherin at the Fourteenth Congress of the VKP (b) (1925)" en *Russian Studies in History*, vol. 31, primavera de 1993, pp. 84-85

bolcheviques tenían la experiencia y la autoridad para enseñarles a los dirigentes obreros el camino a seguir. Durante este periodo los bolcheviques apoyaron la creación de partidos comunistas en el occidente y oriente y buscaron la adhesión, sin reservas, de los sindicatos y organizaciones de masas al Comintern, considerada como el único partido de la revolución mundial. Su optimismo se acabó con la abortada insurrección comunista de Hamburgo en 1923, reprimida por el gobierno socialdemócrata alemán.

Entre 1923 y 1928 los dirigentes bolcheviques percibieron que el sistema capitalista estaba en plena recuperación y estabilización y que la coexistencia pacífica entre los dos sistemas sociales era posible. Esta interpretación de la realidad mundial se tradujo en la táctica de colaboración con la socialdemocracia y los nacionalistas con el objetivo de ganar posiciones para los comunistas en los gobiernos y entre las masas. El fracaso más espectacular de esta línea sucedió en China en 1927, en donde el Kuomintang nacionalista bajo Chiang Kai-shek colaboró y luego masacró a los comunistas que militaron en sus filas.

En 1928, el Comintern cambió su política radicalmente, en el entendido de que el capitalismo estaba en crisis y el occidente se preparaba para asaltar y destruir a la Unión Soviética. La profunda crisis en la que cayó el capitalismo mundial a partir de 1929 confirmó lo que en 1928 había sido una hipótesis. Aunado a lo anterior, y bajo la influencia del fracaso de la política de colaboración táctica con la socialdemocracia, el laborismo y el nacionalismo, el Comintern cambió de línea, condenó a todas esas tendencias, sindicatos y organizaciones de masas que las apoyaban, como los socialfascistas. La instrucción que el Comintern dio a los partidos comunistas fue destruirlas.[14]

Si bien es cierto que durante la primera mitad de los años veinte la política exterior de la Unión Soviética se orientó hacia la consolidación de las relaciones comerciales y diplomáticas con otros gobiernos, el objetivo del Comintern seguía siendo la revolución mundial. Sin embargo, a medida que a partir de la segunda mitad de la década se consolidó el estalinismo, o más bien dicho el poder personal del secretario general del partido Yosef Visarionovich Stalin, la razón del Estado adquiría priori-

[14] Ante el ascenso del fascismo a principios de los años treinta, y dado el virulento anticomunismo y antisovietismo racial de Hitler, en 1935 Stalin sancionó la línea política del frente popular entre los comunistas y las fuerzas antifascistas, incluyendo a los socialdemócratas y laboristas que la línea anterior había condenado al basurero de la historia por traidores. En 1943, Stalin disolvió el Comintern para cimentar su alianza con las potencias occidentales en contra del enemigo común la Alemania nazi.

dad sobre los objetivos originales de la Internacional Comunista como el vehículo para organizar y encabezar la revolución. La relación estrecha entre el Partido Comunista de la Unión Soviética y los partidos de cada país nunca dejó de existir. Los partidos comunistas nacionales continuaron jugando su papel como los organizadores de los movimientos obreros y campesinos, pero además sirvieron de apoyo a la defensa y al engrandecimiento de la Unión Soviética. De esta manera, los bolcheviques fueron capaces de utilizar los movimientos sociales afines al comunismo, y la solidaridad internacional con la Unión Soviética, como un sutil y eficaz instrumento diplomático en su apoyo.

La convergencia de la diplomacia y el internacionalismo

Inicialmente, Lenin y los dirigentes bolcheviques estaban convencidos de que la Revolución de Octubre había despertado a las masas trabajadoras del letargo milenario y las indujo a luchar contra el imperialismo mundial. Desde Moscú, "la sede de la revolución mundial", el Comintern les iba a proporcionar el apoyo ideológico y material para socavar el poder de su adversario. Al iniciar sus actividades, el Comintern rebozaba de optimismo y fe en la inminente internacionalización de la revolución.[15]

La Revolución bolchevique había atraído a numerosos simpatizantes dentro del movimiento obrero y socialista además de intelectuales progresistas. Sin embargo, a Lenin y a los bolcheviques no les interesaba un movimiento internacional compuesto por simpatizantes, sino un cuerpo de militantes disciplinado y comprometido, un cuerpo de combate para la conquista del poder. Los partidos políticos que no estuvieran dispuestos a adoptar la estructura leninista, no podían entrar o permanecer en la nueva Internacional para no debilitarla con su reformismo, su oportunismo o su "cretinismo parlamentario" como alguna vez había dicho Marx. Para el combate que se avecinaba se necesitaban soldados de la revolución.[16]

Cuando Lenin envió a Mijail Markovich Gruzenberg (conocido por su nombre de guerra como Mijail Borodin, prototipo del ideal del combatiente comunista) a los Estados Unidos y a México a mediados de 1919, el dirigente bolchevique dio los primeros pasos para poner en práctica la diplomacia de la revolución. Borodin, nacido en 1884, fue un revolu-

[15] Aldo Agosti, "World revolution and world party of the revolution: the evolution of two concepts". Kirill Shirinia, "The Comintern: A World Party and Its National Sections", trabajos presentados en la conferencia científica internacional *La Historia del Comintern a la Luz de los Nuevos Documentos*, Moscú, 20-22 de octubre de 1994.

[16] Hobsbawm, 1994, p. 69.

cionario desde los dieciséis años. Participó en la revolución de 1905, fue encarcelado y luego exiliado. En 1906 emigró a los Estados Unidos, estudió leyes y filosofía en la universidad de Valparaíso en Indiana, y participó en el Partido Socialista de América. Borodin regresó a Moscú en julio de 1918 y fue reclutado para trabajar en el Comisariado para los Asuntos Extranjeros (Narkomindel por sus siglas en ruso), a la vez que en el Comintern. Con esta doble capacidad, Lenin envió a Borodin al Nuevo Mundo para apoyar económicamente la misión comercial soviética establecida en Nueva York en 1918, y para organizar y financiar partidos comunistas en América Latina teniendo a México como su epicentro.[17]

Inicialmente, los bolcheviques creyeron que después de la revolución, algunos de los diplomáticos del antiguo régimen seguirían las directrices del nuevo gobierno. Si bien hubo quienes se declararon leales al gobierno soviético, por convicción o conveniencia, la mayoría se negó a aceptar la legitimidad del nuevo régimen y a entregar las embajadas y consulados a los representantes del gobierno bolchevique. De esa manera, en varios países el Narkomindel no pudo recuperar sus misiones diplomáticas, algunas de las cuales se convirtieron en los centros de actividades antisoviéticas.

Por su parte, los gobiernos ante los cuales los diplomáticos del régimen anterior habían sido acreditados, seguían considerándolos como los representantes legítimos del Estado ruso y hacían caso omiso de las exhortaciones de los bolcheviques para desconocerlos. Ante estas circunstancias, el Narkomindel nombraba a sus representantes sin consultar a los gobiernos que los debían acreditar. En los Estados Unidos, por ejemplo, Boris Bajmetev fue el embajador ruso nombrado por el gobierno provisional. Como el presidente Wilson lo consideraba la personificación de la democracia rusa, no reconoció a Ludwig K. Martens, a quien el gobierno soviético nombró en enero de 1919 para que encabezara la misión comercial en Nueva York.[18]

Por la intervención de las tropas extranjeras y el consecuente bloqueo de Rusia, la misión soviética en Nueva York se quedó sin medios para

[17] R. Edward Glatfelter, "Borodin", en Wieczynski (ed.), 1976, pp. 140-141. Borodin se hizo legendario en China como el consejero y representante soviético ante el Kuomintang desde 1923 y hasta que los comunistas fueron perseguidos por Chan Kai-shek en 1927. Después del fracaso de la política del Comintern por lograr la alianza coyuntural entre los comunistas y los nacionalistas, Borodin cayó en la oscuridad. Fue arrestado en Moscú en 1949 durante las purgas antijudías y murió en 1952 en la cárcel mientras era interrogado. Véase Sudoplatov 1994, p. 334, nota 7.

[18] Véase Uldricks, 1979, pp. 15-24; Ulam, 1968, pp. 92-93; Linda Killen, "The Search for a Democratic Russia: Bakhmetev and the United States", en *Diplomatic History*, vol. 2, núm. 3, verano de 1978, p. 253.

continuar funcionando. Una de las tareas de Borodin fue proporcionárselos. Borodin recibió del gobierno joyas de la familia imperial –de valor aproximado a quinientos mil dólares– mismos que debía llevar de contrabando a los Estados Unidos y convertir en billetes. Detenido en Haití, *Borodin dejó su maleta con las joyas empotradas en el interior en manos* de un compañero de viaje y procedió hacia los Estados Unidos para recuperarlas más tarde.[19]

Además, a Borodin se le encargó la obtención del reconocimiento diplomático mexicano y, con el dinero que las joyas debían proporcionar, fomentar el movimiento comunista. Los servicios de inteligencia británicos y norteamericanos creían que Borodin había sido nombrado representante del gobierno soviético para América Latina, de la misma manera que Martens lo había sido para los Estados Unidos. Suponían también que Borodin tenía instrucciones de convencer al gobierno mexicano de suministrar alimentos y materias primas a Rusia. Según los mismos servicios de espionaje, Borodin viajaba bajo el disfraz de cónsul general mexicano en Rusia Soviética, con un pasaporte diplomático mexicano expedido en Moscú.[20]

Sin dinero, Borodin no pudo completar su misión en los Estados Unidos. *Además, su permanencia atrajo la atención de la Oficina de* Investigación, por lo que no le quedó más alternativa que cruzar la frontera para llevar a cabo la otra parte de su encargo. Sin saber el español, los camaradas norteamericanos le proporcionaron un intérprete.

Una vez en la Ciudad de México, Borodin detectó que uno de los periódicos capitalinos, *El Heraldo de México*, tenía una sección en inglés y que sus artículos eran notablemente izquierdistas. Borodin envió a su intérprete a investigar y de esa manera conoció al editor de la sección, Charles Phillips. A través de éste conoció a Manabendra Nath Roy.[21]

Durante y después de la revolución, México se convirtió en el refugio de los socialistas norteamericanos que objetaron la participación de los *Estados Unidos en la guerra europea*, y su reclutamiento al ejército. Charles Phillips era uno de ellos. Roy era de otra especie: nacionalista hindú, su misión original fue conseguir dinero y armas alemanas para llevarlas a la India de contrabando y combatir al gobierno colonial británico. La

[19] Roy, 1964, pp. 196-203.

[20] Spolansky, 1951, p. 173; Roy, 1964, pp. 187-197; Lazitch, 1974, pp. 143-164; *Great Soviet Encyclopedia*, Nueva York, Macmillan, 1973, traducción de *Bol'shaia Sovetskaia Entsiklopedia*, vol. 3, p. 473, Lydia Holubnychy, "Michael Borodin and the Chinese Revolution", tesis doctoral, Columbia University, 1979, p. 45.

[21] Manuel Gómez, "From Mexico to Moscow", en *Survey*, núm. 53, octubre de 1964, p. 36. Manuel Gómez fue uno de los seudónimos de Charles Phillips; los otros fueron Frank Seaman, Jesus Ramirez y el último Charles Shipman. Bajo ese nombre se publicaron sus memorias. Vease Shipman, 1993, p. 82

búsqueda lo llevó de la India a Indonesia y de Japón a China. Detectado y perseguido por los británicos, Roy tuvo que cruzar el Pacífico y buscar un escondite en los Estados Unidos.[22] Allí encontró toda una red clandestina de nacionalistas hindúes que esperaban, equivocadamente, que los veinte millones de alemanes e irlandeses norteamericanos los apoyaran en su cruzada antibritánica. Una vez que los Estados Unidos declararon la guerra a Alemania en 1917, el gobierno persiguió a los hindúes por sus conexiones con Alemania. Roy fue arrestado brevemente en Nueva York y para evitar más persecución se escapó a México que "en estado de revolución permanente, parecía ser la tierra prometida".[23]

En México Roy conoció a funcionarios cercanos a Carranza y a través de sus artículos en *El Pueblo* sobre la explotación de la India por el imperialismo británico y la necesidad de la revolución social para sacudirlo, conoció a los dirigentes del Partido Socialista Mexicano. Al lado de ellos hizo amistad con los pacifistas norteamericanos y sobre todo con Charles Phillips.

Roy era el tipo de persona que Borodin necesitaba. Después de haberse ganado mutua confianza, Borodin le habló a Roy de la pérdida de las joyas y su urgente necesidad de dinero. Roy proporcionó a Borodin cinco mil dólares para la misión comercial en Nueva York y le ayudó a organizar el rescate de las extraviadas joyas que consideraba eran "propiedad de la revolución".[24] A pesar de haberlo intentado, Borodin nunca las recuperó. Desde entonces, la pérdida de las joyas imperiales se ha convertido en una de las leyendas en la historia del Comintern, junto con las fábulas sobre el incontable oro de Moscú para financiar las actividades de los partidos comunistas.

Según Roy, Borodin logró reunirse con altos funcionarios del gobierno mexicano y con el mismo presidente Carranza. Llegó a plantearles la posibilidad de crear una oficina latinoamericana del Comintern como un frente común antiimperialista. Supuestamente, Carranza no se comprometió a nada pero puso a disposición de Borodin los canales de comunicación gubernamentales para ponerse en contacto con Moscú. La versión de Charles Phillips, alias Shipman es otra:

> A Carranza le daba gusto verse con Roy, pero el hostigado viejo se negó a recibir a Borodin ni siquiera informalmente. No iba a hacer nada que pareciera reconocimiento de la Rusia Soviética cuando estaba en el

[22] Roy, 1964, p. 22
[23] *Idem*, pp. 23-29, citado en p. 43.
[24] *Idem*, p. 201

aire la insurrección de los generales Obregón, Calles y de la Huerta en torno a la sucesión presidencial.[25]

Con o sin el contacto directo con el presidente, Borodin interpretó las muestras de la hospitalidad del gobierno mexicano hacia los izquierdistas extranjeros, como una tendencia ideológica favorable a los bolcheviques y como una disposición a reconocer al gobierno soviético. Esto no sucedió porque así se lo hubieran expresado, sino porque así se lo hizo creer Roy. Bajo esa impresión, el bolchevique prosiguió con el siguiente punto en su agenda que era convertir al Partido Socialista de México en un partido comunista. Borodin creyó también que el gobierno mexicano no iba a objetar la creación de un partido comunista y su adhesión al Comintern siempre y cuando sus pronunciamientos públicos fueran moderados.[26]

A todas luces, fue Borodin quien propuso que se convocara un Congreso Nacional del Partido Socialista. A fines de agosto se reunió más de una veintena de delegados que representaban a sindicatos y grupos obreros, anarquistas y socialistas de varios matices, mexicanos y extranjeros. Según Phillips y Roy, Borodin dirigió las piezas en el tablero del Congreso tras bambalinas: "Su consejo nos ayudó a deshacernos de Morones. Y sin Borodin no hubiéramos pensado en la afiliación de nuestro partido ampliado a la Tercera Internacional" (comunista).[27]

El Congreso no transformó al partido socialista en un partido comunista, aunque adoptó los principios comunistas como la propiedad, la producción y la distribución socializada de los medios y la meta de construir una sociedad de los trabajadores. Aunque el partido socialista no cambió de nombre a comunista, la actitud de los delegados avanzó en esa dirección.[28] Puede ser que el grupo cercano a Roy y Borodin, que se quedó con la dirección del nuevo partido, hiciera esa concesión para que el gobierno lo tolerara.

Durante el congreso salieron a relucir divisiones al interior del partido, no sólo en la lucha por su dirección sino que chocaron las diferentes corrientes que lo componían: la anarcosindicalista y la reformista con el grupo que dirigió Borodin. Posiblemente, sabiendo que representaban una minoría en el congreso, Roy y su grupo ocultaron ante los demás que

[25] Shipman, 1993, p. 84
[26] Roy, 1964, p. 210
[27] Shipman, 1993, p. 82; Carr, 1992, p. 22
[28] Taibo II, 1986, p. 11; Carr, 1992, p. 24

Borodin lo escogió a él y a Phillips para que lo acompañaran a Moscú en representación del proletariado mexicano al Segundo Congreso del Comintern.[29]

México en la agenda soviética al regresar Borodin a Moscú

Al marcharse de México, en diciembre de 1919, Borodin tenía la plena confianza de que en México había sembrado la semilla de la futura revolución latinoamericana. Hacía falta fortalecer la embrionaria organización del Comintern que se había establecido con el apoyo logístico y dirección ideológica de los bolcheviques. Con esta idea, Borodin llegó a Amsterdam en donde, en octubre de 1919, se había creado el Buró Occidental del Comintern con el fin de establecer relaciones permanentes entre Moscú y el movimiento comunista en Europa y América, en vista del bloqueo de Rusia Soviética. Su funcionamiento debió permanecer en la clandestinidad.

En febrero de 1920, el Buró de Amsterdam organizó una conferencia internacional que debió ser secreta. Los comunistas holandeses estaban a cargo del Buró de Amsterdam y de la organización de la conferencia. Careciendo de la experiencia en el trabajo clandestino, no pudieron evitar que el lugar de la reunión fuera infiltrado por la policía. Al ser descubierta, la conferencia fue suspendida. En realidad, fue Borodin quien encontró al policía con el aparato auditivo en un closet de la sala. Además de la policía holandesa, en la conferencia estuvo Nosovitsky -el agente del Departamento de Justicia que en 1921 fabricara los documentos sobre la existencia del Ejército Rojo Mexicano- disfrazado de militante comunista.[30] México estuvo en la agenda de la conferencia de Amsterdam de manera que Nosovitsky, y por lo tanto el Departamento de Justicia, obtuvieron información de primera mano sobre la existencia del nexo ruso-mexicano.

El Buró Occidental del Comintern en Amsterdam nunca se consolidó. Tampoco pudo proporcionar la esperada ayuda al Buró de la Tercera Internacional en México que, mientras tanto, languidecía por falta de medios y dirección. En abril de 1920, el Buró de Amsterdam fue disuelto y su autoridad y tareas fueron devueltas a Moscú, en donde ya se llevaban a cabo los preparativos para el Segundo Congreso del Comintern.

[29] Roy, 1964, p. 211; Shipman, 1993, p. 89.
[30] Lazitch y Drachkovitch, 1974, pp. 165-166 y 182-189.

De regreso a la capital soviética, Borodin puso a Lenin y a los funcionarios del Comintern al tanto de su viaje a México. A su vez, Roy y Phillips, quienes llegaron a Moscú por separado, informaron a los dirigentes bolcheviques sobre "el sumamente interesante experimento de estrategia revolucionaria" que se llevaba a cabo en México. Lenin aparentemente escuchó con interés los informes pero consideró que la revolución en el Nuevo Mundo no era inminente. Por ello, Lenin instruyó a Roy para que de allí en adelante se dedicara a la tarea de la movilización de las masas oprimidas y explotadas de Asia "en un gigantesco movimiento revolucionario" que llegaría a México a su debido tiempo.[31]

De la conversación con Lenin, Phillips recordó que el dirigente bolchevique se interesó más por el movimiento campesino mexicano, la cuestión nacional e indígena y la fuerza del antiimperialismo que por el socialismo mexicano que dijo debía ser rudimentario. Para Lenin, lo más relevante de México era su ubicación estratégica en el hemisferio occidental como vecino de los Estados Unidos.[32]

El Segundo Congreso del Comintern fue inaugurado en julio de 1920 en Petrogrado, y México fue tema de discusión durante las deliberaciones sobre los países coloniales y semicoloniales. México fue mencionado por los delegados comunistas norteamericanos Louis Fraina y John Reed. Siguiendo el esquema de Lenin sobre el imperialismo, Fraina describió a México y al resto de América Latina como la base colonial de los Estados Unidos, que debía combatirse fomentando movimientos revolucionarios. Sin siquiera mencionar los cambios políticos efectuados por la Revolución mexicana, Fraina describió cómo México y América Latina sufrieron pasivamente la agresividad del opresor, sin oponer resistencia a la hegemonía económica y política norteamericana.[33]

La segunda vez que México apareció en la agenda del Comintern fue en el Congreso de los Pueblos Orientales en Bakú, Azerbaidján, en septiembre de 1920. Este Congreso fue considerado como la continuación del que se había iniciado en Petrogrado, y que continuó luego en Moscú en julio. El tema de esta reunión fue la unificación del pueblo oriental con los trabajadores revolucionarios occidentales en la cruzada contra el imperialismo británico bajo la bandera del Comintern. En esa ocasión, Reed fue el orador de mayor relevancia y fue quien reivindicó las aspiraciones de los re-

[31] Jacobs, 1981, p. 81; Roy, 1964, pp. 125 y 346

[32] Gómez, 1964, p. 43; Shipman, 1993, p. 118.

[33] *Second Congress of the Communist International. Minutes and Proceedings*, 2 vols., New Park Publications, Inglaterra, 1977, vol. 1 p. 125.

volucionarios mexicanos por lograr la soberanía nacional. Idealizando sus alcances, Reed expresó que: "después de muchos años de la guerra civil, la gente formó su propio gobierno, que no es un gobierno proletario sino democrático, que busca conservar la riqueza de México para los mexicanos y cobrarles impuestos a los capitalistas extranjeros".[34]

Fraina y Reed presentaron dos perspectivas diferentes sobre México, pero ambas alentadoras en torno a las posibilidades del desarrollo de un movimiento revolucionario capaz de desafiar al imperialismo norteamericano. Al parecer, Fraina ganó más respeto de los delegados y de los dirigentes soviéticos, aunque la influencia de Reed no dejó de ser palpable. Fue Reed, no Fraina, quien resultó electo en el Comité Ejecutivo del Comintern como el representante de los comunistas norteamericanos. Entonces circulaba el rumor de que Fraina había sido informante del Departamento de Justicia. Sin embargo, por su fervor e idealismo revolucionario, y para evitar choques entre él y los camaradas norteamericanos, el Comintern envió a Fraina a México con el fin de llevar a cabo la política sindical que el congreso acababa de adoptar.[35]

Los soldados de la revolución mundial en México

En 1919, los bolcheviques creían en el inminente triunfo del sistema soviético en el occidente, y la cuestión del sindicalismo revolucionario frente al reformista no les preocupaba. Sin embargo, después de que los intentos de crear repúblicas soviéticas en Hungría y Alemania ese mismo años fueron derrotados, y después de que la reformista Federación Internacional de Sindicatos -conocida también como la Internacional de Amsterdam- se reorganizara y revitalizara, se temió en Moscú que las débiles fuerzas comunistas quedaran aisladas. A principios de 1920, el presidente del Comintern, Grigori Zinoviev, propuso que se fundara la Internacional sindical roja como la asociación que aglutinara al movimiento obrero bajo el techo del Comintern. Lenin mismo hizo declaraciones sobre la necesidad de que los comunistas trabajaran en "los sindicatos reaccionarios" de la misma manera que lo habían hecho los sindicatos revolucionarios rusos antes de la revolución. En consecuencia, los dirigentes bolcheviques discutieron el asunto con las diferentes delegaciones extranjeras antes y durante el Segundo Congreso del Comintern. No obstante que la reacción inmediata de los sindicalistas de los países capitalistas fue

[34] Pearce (ed.), 1977, p. 86.
[35] Shipman, 1993, pp. 119 y 123.

negarse a cualquier asociación con los reformistas, el Comintern impuso su criterio de que los comunistas debían participar en sus sindicatos.[36]

Para los bolcheviques los sindicatos eran una gran reserva de masas populares que estaban inquietas por las deprimidas condiciones económicas después de la guerra. Esta circunstancia había que aprovecharla para radicalizar al movimiento obrero. Los comunistas debían trabajar para convertir a los sindicatos "en órganos conscientes de lucha para liquidar el régimen capitalista y hacer triunfar el comunismo".[37]

La Internacional sindical roja (Profintern por sus siglas en ruso) no se fundó sino hasta julio de 1921. Sin embargo, los emisarios del Comintern que llegaron a México en el transcurso de los primeros meses de ese año, estuvieron en Moscú mientras que su creación se discutió. Estaban empapados de los acalorados argumentos que finalmente llevaron a su creación, y como disciplinados soldados de la revolución llevaron la nueva política sindical a la práctica.

El norteamericano Louis Fraina y el veterano organizador del movimiento obrero japonés, Sen Katayama, de más de setenta años, fueron elegidos para encabezar la misión del Comintern en México, con Charles Phillips como su asistente. La Ciudad de México iba a ser la sede del centro coordinador del Profintern para el resto de América Latina. De los tres, solamente Phillips conocía México y sabía español.

Phillips salió de Moscú en noviembre de 1920 acompañado de Natalia Alexandrovna Mikhailova, una joven de dieciocho años que trabajaba en el Comintern como intérprete. Era guapa, no le interesaba la revolución y tenía ganas de irse de Rusia. A Phillips, quien meses antes se había separado en México de su compañera norteamericana, le agradó el cortejo de Natalia y se casó con ella para que pudiera acompañarlo. La pareja llegó a México en enero de 1921. Unas semanas después llegó Katayama y luego Fraina, quien también se casó en Moscú con una empleada del Comintern de nombre Esther Nesvishskaia.[38]

Cuando los internacionalistas llegaron a México, encontraron que el Partido Comunista Mexicano -formado en noviembre de 1919 como una escisión del Partido Socialista- existió solamente de nombre. Sus integrantes originales habían desaparecido. Solamente José Allen, su secretario

[36] Reiner Tosstorff, "The Red International of Labour Unions", en Jürgen Rojahn (ed.), *The Communist International and its National Sections*, en prensa.

[37] *Los Cuatro Primeros Congresos de la Internacional Comunista*, Siglo XXI, México, 1981, p. 143 (traducción del francés, editado por François Maspero, París, 1970).

[38] Shipman, 1993, pp. 124 y 127.

general, y un grupo organizado en la Federación de Jóvenes Comunistas, encabezado por José Valadés, quedó fiel a la idea de la construcción del comunismo en México.[39] Sin embargo, los cominternistas fueron alentados a poner manos a la obra en la recomposición de las filas comunistas por el aparente ambiente de libertad de expresión y manifestación que existía en México según su percepción. Aprovechando el entusiasmo de aquel puñado de comunistas, los activistas del Comintern canalizaron sus energías a labores de organización y propaganda.

El trío enviado por Moscú, estableció la oficina del Profintern latinoamericano que se encargó de difundir los principios de la organización sindical, de buscar la adhesión de las organizaciones obreras a la central comunista y de elegir a sus delegados al Congreso fundador de la Internacional sindical roja. Con este fin, la oficina publicó un semanario *El Trabajador* y *Boletín Comunista* que dieron a conocer, entre otros, los principios que guiaban el funcionamiento del Comintern, resumidos en 21 puntos. Según Phillips, su trabajo se hizo más fácil gracias a que al mismo tiempo que los comunistas hacían su propaganda en favor del Congreso del Profintern, los moronistas se unieron con los dirigentes de la AFL para organizar la Federación Panamericana del Trabajo. Para algunos delegados obreros, el nombre de la proyectada federación olía demasiado a monroísmo[40] por lo que fueron renuentes a adherírsele. Los comunistas aprovecharon ese descontento e invitaron a los cromistas desafectos a una convención anticromista junto con los sindicatos anarco-sindicalistas y los independientes.

Esta convención tuvo lugar en febrero de 1921 y de ella surgió la Confederación General del Trabajo. Si bien la CGT nombró a un delegado para que la representara en el primer congreso del Profintern, también acordó asumir una actitud provisional frente a la central sindical comunista y una posición definitiva hasta después de que regresara de Moscú e informara sobre sus objetivos. Sin embargo, a espaldas de los congresistas, y probablemente instruido por Katayama, el delegado llevó a Moscú una carta de adhesión de la CGT a la Internacional sindical roja que no había sido ratificada por el congreso.[41]

[39]José Allen a Edgar Woog, México, 29 de abril de 1920; *Juventud Mundial*, Órgano de la Federación de Jóvenes Comunistas, en Archivo del Partido Comunista Mexicano, Centro Ruso para la Protección y Estudio de los Documentos de Historia Reciente (*Rossilskii Zentr Iranenia i Izuchenia Dokumentov Novieshei Istorii*) (en adelante identificado como APCM Moscú), fondo 495, registro 108, carpeta 3 y 26; Taibo II, 1986, p. 54.

[40]Derivación de la Doctrina Monroe

[41]Shipman, 1993, pp. 129-130, *Nuestros Ideales*, 2 de junio de 1922; Salazar y Escobedo, 1923, 2a. parte, pp. 113-114.

Con el dinero del Comintern, Katayama, Fraina y Phillips montaron una editorial, la Biblioteca Internacional, que publicó folletos y libros sobre y de renombrados dirigentes sindicalistas y socialistas europeos. Pagados con los fondos del Comintern, los comunistas adheridos a la oficina del futuro Profintern, viajaron a lo largo y ancho del país, buscando enlaces con los sindicatos de la provincia. Tal vez viendo en la tolerancia del gobierno hacia sus actividades la debilidad del Estado y su fuerza propia, el 1o. de mayo de 1921, los comunistas hicieron gala de su presencia en las calles de la capital e izaron su bandera en el techo de la catedral. Similares manifestaciones populares fueron reportadas de Morelia, Michoacán.[42]

Obregón reaccionó a la militancia en la calle con la represión y la deportación de los activistas extranjeros. El gobierno expulsó a Phillips de México y lo deportó a Guatemala. Sin Phillips, el trabajo de Katayama fue obstaculizado pero no se detuvo. El incansable revolucionario japonés continuó con la labor de propaganda en inglés a favor del sindicalismo rojo. Los camaradas mexicanos traducían al español sus misivas y luego las distribuían en los sindicatos más importantes. Katayama seguía urgiendo a los obreros a que se afiliaran al Comintern, se desentendieran de la CROM, de la AFL y de sus dirigentes.[43]

El alcance que tuvieron las exhortaciones de Katayama en la clandestinidad, sin ningún contacto directo con la realidad mexicana sino más bien mediatizado por la actividad de los comunistas mexicanos, fue sumamente limitado. Además, en el campo de la lucha por la conquista de los sindicatos, los comunistas de México se enfrentaban no sólo a la CROM sino ahora también a la CGT. En el Congreso de septiembre de 1921, la CGT repudió la política de persecución de los anarquistas en la Rusia Soviética, expulsó a los comunistas de sus filas y se retractó de su intención por ingresar al Profintern.[44]

Katayama no se dio por vencido. En una carta a Moscú escribió: "estoy firme y haré todo lo que sea necesario para luchar contra el Imperialismo en América, del que el gobierno mexicano es un títere".[45] Ayudado nuevamente por Phillips, quien regresó con Natalia clandestinamente a México desde Guatemala, bajo el nombre de Manuel Gómez, Katayama

[42] *Idem*, pp. 120-121. Katayama a R (¿Roy?), Mexico, 12 de abril de 1921, APCM, Moscú, fondo 495, registro 108, carpeta 11. Shipman, 1993, p. 130.

[43] Katayama al Congreso de la *Confederación Sindical del Estado de Puebla*, *5 de junio de 1921*; Katayama al Congreso de la CROM en Orizaba, 25 de junio de 1921. APCM, Moscú, fondo 495, registro 108, carpeta 10

[44] Taibo II, 1986, p. 138

[45] Katayama a los Camaradas, México, 26 de mayo de 1921, APCM, Moscú, fondo 495, registro 108, carpeta 11

continuó insistiendo a los comunistas de la Federación de Juventud que era necesario "continuar la lucha en la CGT a través de nuestros miembros comunistas en los sindicatos para formular un programa práctico de reformas para la CGT, hacer que los sindicatos adopten el programa y de esa manera regenerar y rejuvenecer a la CGT".[46] Pero Katayama pudo impartir poca orientación práctica a los obreros. Cuando surgieron los conflictos laborales en los campos petroleros en Tamaulipas, Katayama, ni tardo ni perezoso, escribió a los obreros para que se adhirieran al Profintern. Creyendo en el poder propagandístico del ejemplo soviético, mandó traducir y publicar un folleto del dirigente del Profintern, A. Lozovsky, sobre los sindicatos soviéticos, adaptando la introducción a las circunstancias mexicanas. No obstante su espíritu combativo, a fines del año, Katayama escribió a Moscú y dijo, que a pesar de haber admirado la abnegación y la entrega de los militantes comunistas como José Valadés, "es muy difícil organizar a los mexicanos".[47]

El último acto heroico de los cominternistas en México antes de dar por concluida su misión, fue volver a fundar el Partido Comunista Mexicano, en diciembre de 1921. Katayama se fue de México en octubre, antes de que el Congreso tuviera lugar, pero participó en su preparación. Cuando el Congreso se reunió, llegaron veintiún delegados que representaban a unos mil comunistas. Fraina informó al Comintern que "el rasgo más importante del Congreso fue su sobriedad y formalidad" y no el notorio entusiasmo y frases sonoras que caracterizaban a los Congresos mexicanos. Fraina no participó en las discusiones del Congreso abiertamente. Igual que Borodin en 1919, el militante del Comintern se reunía con los dirigentes mexicanos a diario tras el escenario del Congreso. Si bien las tesis y las resoluciones del Congreso coincidieron con las del Comintern en la mayoría de los puntos tratados, cuando se discutió el punto de las elecciones, los mexicanos no dieron su brazo a torcer: "Construyamos primero el partido, se me dijo, y que los obreros adquieran confianza y luego podemos adoptar el programa de participar en las elecciones."

Fraina informó que los comunistas mexicanos querían la revolución y la querían ya, aunque él y Katayama no veían las condiciones para su inminente realización. En México no existía una clase que pudiera ejercer el poder político, ni siquiera la burguesía que "gobernaba gracias a la de-

[46] Agencia Americana del Profintern al Comité Ejecutivo de la Federación de la Juventud, México, 17 de noviembre de 1921, APCM, Moscú, fondo 495, registro 108, carpeta 10.

[47] Agencia Americana del Profintern al Pequeño Buró del Comité Ejecutivo del Comintern, México, s/f., APCM, Moscú, fondo 495, registro 108, carpeta 11

bilidad de las otras clases". "Katayama y yo –admitió Fraina nos habíamos equivocado en nuestro juicio sobre la situación, imaginando que el movimiento era más grande o capaz de crecer." Finalmente, Fraina sugirió que el Comintern enviara a un experimentado militante ruso para orientar el trabajo del renacido Partido Comunista Mexicano. Él partiría a América del Sur para investigar las condiciones de organización y propaganda en la región.[48] Por su parte, Phillips, alias Manuel Gómez, y Natalia, se fueron a los Estados Unidos en la primavera de 1922.

Así, a finales de 1921 se terminaba la primera etapa en las relaciones entre los comunistas mexicanos y los bolcheviques. El experimento del *Comintern en México fracasó, principalmente porque los ideólogos y* activistas de la Tercera Internacional subestimaron el alcance de los cambios provocados por la Revolución mexicana: la reestructuración que sufrió la relación entre el Estado y la sociedad, la relación estrecha que se había establecido entre el gobierno y el movimiento obrero y la marginación de los comunistas y los sindicatos anarcosindicalistas, celosos de preservar su independencia. Los dirigentes soviéticos y los activistas del Comintern evaluaron a México a través de una visión teleológica de las etapas sociopolíticas, tuvieron la increíble ilusión de que los generales mexicanos podían ser fácilmente atraídos a las filas comunistas y que el proletariado mexicano iba a responder a sus exhortaciones. El proletariado resultó menos revolucionario y el Estado más activo de lo que el Comintern había anticipado.[49]

[48] Louis Fraina al Pequeño Buró del Comité Ejecutivo del Comintern, México, 2 de enero de 1922, AIKM, Moscú, fondo 495, registro 108, carpeta 21.

[49] Esther Corey, "Passage to Russia", en *Survey*, núm. 55, abril de 1965, p. 108.

Capítulo 3

Rusia Soviética en la política mexicana

La manera en que los sucesos de los primeros años de la Revolución bolchevique fueron presentados en México reflejó indirectamente las coyunturas políticas del país y el estado que guardaban sus relaciones con los Estados Unidos. Por temor a la prolongación de las convulsiones sociales, en vista de la poca disposición de Carranza para llevar a cabo las reformas contenidas en la Constitución, y por temor a las consecuencias de las presiones norteamericanas para que Carranza dejara el poder, la mayoría de los periódicos cayó en el hechizo anticomunista. Un retrato favorable de la Revolución bolchevique podría provocar más trastornos. En consecuencia, mucho de lo que los periódicos informaron acerca de la Rusia Soviética, y su supuesta o real influencia sobre México, fue muchas veces distorsionado o inventado.

Las noticias sobre las revoluciones de Febrero y de Octubre de 1917 llegaron a México a través de la prensa comunista europea, la prensa anarquista española y a través de las agencias de noticias y periódicos extranjeros. En todos los casos fueron incompletas y reflejaron el ánimo y la ideología de los periódicos que las captaron. A falta de reporteros propios en el lugar de los hechos, los principales periódicos metropolitanos de México dependieron de fuentes externas para informar sobre la Revolución bolchevique. Así, inevitablemente, los periódicos mexicanos difundieron, junto con el contenido, los sesgos, las medias verdades y los prejuicios de sus fuentes. Por la misma razón, los primeros artículos que se publicaron en México sobre la revolución, reflejaron la ilusión que tenían las potencias europeas de que surgiera una oposición al régimen bolchevique que lo sustituyera. Con frecuencia fue esa ilusión la que inspiraba los encabezados especulativos y sensacionalistas y los artículos de primeras planas que ofuscaban el escenario soviético.[1] Tampoco hay

[1] "León Trotski Quiere Renovar la Lucha Contra Alemania", 20 de marzo de 1918; "Se Habla de la Restauración de la Monarquía en Rusia", 22 de marzo de 1918; "Se Considera Inevitable la Caída del Primer Ministro

que descartar que el tono subido de las noticias se debió al afán de cada uno de los medios por atraerse lectores y demostrar la astucia de sus periodistas.

Además, la actitud que cada periódico asumiera respecto a Rusia tuvo que ver con la posición que había adoptado durante la guerra: del lado de Alemania o en favor de los Aliados. *El Demócrata*, fundado en 1905, recibía financiamiento alemán y defendía a Alemania. *El Universal*, fundado en 1916, y el *Excélsior*, fundado en marzo de 1917, fueron voceros de los Aliados en México.[2]

Alemania, que se benefició del armisticio unilateral de Rusia en 1918, consideraba a los bolcheviques gobernantes legítimos. En consecuencia, *El Demócrata* siguió la misma línea. Dada su vocación y política editorial progresista, *El Demócrata* fue el único periódico que publicó la proclamación histórica de Lenin: "A todos los obreros, soldados y campesinos", el compromiso de los bolcheviques por distribuir el pan, la tierra y la paz para el pueblo ruso y la emancipación de la esclavitud y la explotación a los oprimidos de todo el mundo. *El Demócrata* publicó además el altisonante pronunciamiento de Lenin sobre la abolición de la propiedad privada y de los privilegios, y la promesa de instaurar la igualdad de todas las etnias que habitaban el antiguo imperio ruso. A pesar de recibir información contradictoria, *El Demócrata* quiso que sus lectores se quedaran con la impresión de que el régimen bolchevique crecía y se consolidaba.[3]

Ruso Lenin", 28 de marzo de 1918, en *El Universal*; "Ha Sido Derrocado el Gobierno Bolsheviki", 29 de junio de 1918; "Alemania Quiere Intervenir en Rusia para Sostener el Gobierno de Lenine", 30 de junio de 1918, en *Excélsior*; "Los Bolsheviques Fusilaron al ex Zar", 27 de junio de 1918; "Estado de Sitio en Moscú", 10 de junio de 1918; "Kerensky en París, que el Pueblo Ruso del Lado de Aliados", 11 de julio de 1918; "La Libertad Roja" de Herman Bernstein, 8 de septiembre de 1918, en *El Universal*. "Protesta Diplomática por Ejecuciones en Masa de Civiles y Militares, Opositores del Régimen Bolshevique", 9 de septiembre de 1918; "Estados Unidos Protesta Contra el Salvajismo que Está Imperando en Rusia", 22 de septiembre de 1918; "Un Golpe de Estado en Omsk", 22 de diciembre de 1918; "Llegaron a París Ex-Ministro Miliukov y Ex-Embajador Nicolás Fedeko", 23 de diciembre de 1918; "La Entente Discute el Arduo Problema Ruso", 24 de diciembre de 1918, en *Excélsior*.

[2] Ross, 1965, p. 247.

[3] "Kerensky Cayó. Transferencia de Poder sin Derramamiento de Sangre", 9 de noviembre de 1917; "El Gobierno de los Bolsheviky se Consolida con Gran Rapidez", 9 de noviembre de 1917; "Obreros y Campesinos Controlarán el Gobierno", 10 de noviembre de 1917; "Combates Callejeros en Moscú, Petrogrado en Llamas", 16 de noviembre de 1917; "Se Hacen Grandes Elogios de la Sangre Fría de N. Lenine", 15 de noviembre de 1917; "La Cuestión de la Asamblea Constituyente Rusa Adquiere Carácter en Extremo Grave", 25 de noviembre de 1917; "Bajo los Mejores Auspicios Comenzaron las Negociaciones para el Concierto de la Paz Entre los Imperios Centrales y Rusia", 26 de noviembre de 1917; "La Suspensión de la Asamblea Constituyente Puede Dar Lugar a un Serio Conflicto en Rusia", 28 de noviembre de 1917; "Una Manifestación en Petrogrado de Civiles y Militares Para la Inmediata Convocatoria a Asamblea Constituyente", 22 de noviembre de 1917; "Lenin Anuncia Pacto de Armisticio", 24 de noviembre de 1917; "Discurso del Canciller Alemán Richard von Kuehlmann ante Reichstag", 4 de diciembre de 1917, en *El Demócrata*.

En cambio, *Excélsior* y *El Universal* se centraron en el reportaje de las fuerzas destructivas de la revolución: las explosiones de la cólera popular contra la aristocracia, el robo en la calle y asalto "a la gente bien vestida", que Lenin aprobaba según se decía en sus artículos. Ambos periódicos relataron episodios de protestas de obreros y burócratas contra el poder soviético y la lucha interna entre los dirigentes en medio del hambre, las epidemias y el terror. Observando el escenario soviético, aunque fuera desde lejos, en 1919 *Excélsior* y *El Universal* concluyeron que el bolchevismo era "un fenómeno ominoso".[4]

Con el paso del tiempo, durante los años veinte, la calidad de los reportajes sobre la Unión Soviética mejoró gracias a la diversificación de las fuentes y el acceso más directo de los periodistas a las fuentes de información. Se empezaron a publicar las primeras reflexiones de intelectuales europeos como H.G. Wells y Bertrand Russell sobre el experimento soviético después de sus viajes al lugar que habían considerado el paraíso obrero. Al lado de los artículos críticos e introspectivos sobre la realidad soviética, nunca se dejaron de publicar artículos entusiastas, escritos por idealistas como el francés Henri Barbusse o el mexicano Rafael Ramos Pedrueza, para los cuales la defensa de la patria de los soviet era un acto de fe contra sus detractores atrincherados en el campo de los enemigos.[5]

Los bolcheviques ya están en México

A tono con los primeros reportajes, desde finales de 1918 y a lo largo de 1919, *El Universal* y *Excélsior* retrataron un México amenazado del "contagio" bolchevique. Antes de la Revolución de Octubre los periódicos

[4] "El Golpe de Estado en Rusia", 9 de noviembre de 1917; "Fracasa Sistema de Gobierno de Fabricas Implantado por Trotsky y Lenine", 24 de diciembre de 1918; "El Robo Es la Divisa del Gobierno Bolsheviki", 30 de diciembre de 1918, en *Excélsior*; "Los Bolsheviki Han Capturado Varias Ciudades", 21 de enero de 1919; "Disminuye la Fuerza de los Bolsheviki", 25 de enero de 1919; "Trotzky, el Ministro Bolsheviki de la Guerra Ha Sido Capturado", 27 de enero de 1919; "La Recaptura de la Ciudad de Nerva Exige Lenine", 29 de enero de 1919, en *El Universal*; "El Pueblo Ruso Perece a Millares Atacado por el Hambre y la Peste". "Esta Dolorosa Situación se Debe a la Época de Terror que Predomina Originada por los Bolsheviki, Lenine y Trotzky", 7 de marzo de 1919; "Levantamiento de Obreros en Petrogrado", 23 de abril de 1919; "Ha Sido Arrestado Nikolai Lenine, Jefe del Gobierno de los Soviets Rusos", 9 de octubre de 1919, en *Excélsior*.

[5] Bertrand Russell, "El Fracaso del Comunismo en Rusia", en *El Demócrata*, 1o. de noviembre de 1925. Además de recurrir a las agencias de noticias, los periódicos mexicanos publicaron artículos informativos del *The New York Times*, del *New York Herald Tribune*, del *Chicago Tribune*, del *Public Ledger*, de Filadelfia, del *New York American* y ocasionalmente del *Times*, de Londres. En 1924, *El Demócrata* publicó una serie de treinta y cuatro elogiosos artículos del comunista norteamericano residente en México, Bertram Wolfe, sobre los éxitos del socialismo soviético. *El Demócrata* le dio también espacio al senador comunista Luis Monzón para hacer proselitismo y defender a la Unión Soviética. Véase Monzón, 1924

atribuían las reivindicaciones populares a las promesas que los revolucionarios mexicanos no cumplieron. Las dificultades económicas que México experimentaba fueron imputadas a la inflación, a la devaluación de la moneda o a las erróneas políticas monetarias del gobierno. Los periódicos solían llenar de improperios a la *Industrial Workers of the World* y su contraparte mexicana, la Casa del Obrero Mundial. Después de octubre de 1917, los periódicos arrojaron las mismas invectivas sobre los bolcheviques y el bolchevismo.[6]

A pesar de que la histeria antibolchevique había tenido su origen en los Estados Unidos, los medios mexicanos –sobre todo el *Excélsior*– se hicieron sus cómplices, dispuestos a diseminarla en México. En realidad, el llamado *peligro rojo* de 1919-1920 en México fue una réplica del mismo fenómeno que se desarrollaba al norte de la frontera. La mayor parte de la evidencia que los periódicos presentaron a los lectores como "la amenaza bolchevique" fue fabricada o acríticamente reeditada de la prensa norteamericana. Es posible pensar también que ese tipo de artículos fue publicado por la prensa norteamericana o en la prensa mexicana como un medio de desinformación.

Desde finales de 1918, aparecieron artículos presentando oleadas de agentes soviéticos sin nombres, sin caras, cruzando las fronteras de América del Sur, de Europa y de los Estados Unidos, sin pedir permiso a nadie, para sembrar la semilla del bolchevismo entre los obreros desprevenidos, campesinos inocentes y reclutas recientemente incorporados al ejército. Estos agentes –según los periódicos– trajeron "las terribles ideas bolcheviques que se están combatiendo con tenacidad en todas partes del mundo por creerse que están en la raíz del desorden y los disturbios sociales".[7]

Artículos de ese tipo buscaron exonerar al gobierno mexicano de la responsabilidad por el desasosiego social y la oposición popular al régimen. Para lograr su propósito, los periódicos solían dramatizar su discurso sobre el bolchevismo mexicano. *El Universal* utilizó el falso temor al bolchevismo para hacer responsable del trastorno social a una fuerza extranjera en lugar del gobierno de Carranza. El *Excélsior*, por el contrario, utilizó "la pesadilla del bolchevismo" para llamar la atención sobre la incapacidad del gobierno. Además, para inspirar en el público cierto temor a los Estados Unidos, el periódico publicó artículos, supuestamente retoma-

[6] Meyer, 1991, p. 199; Knight, 1990, vol. 2, p. 427.

[7] "El Bolshevismo en la América del Sur Toma Incremento", en *Excélsior*, 22 de diciembre de 1918; "Varios Rusos Pretendieron Derrocar a los Gobiernos de Argentina y Uruguay", 13 de enero de 1919; "Se Teme que IWW en Comunicación con Sociedades Obreras en Veracruz", 8 de febrero de 1919. *El Universal*

dos de la prensa norteamericana, sobre la amenaza que esa ideología representaba para la seguridad nacional de los Estados Unidos y, por lo tanto, para las relaciones entre los dos países.[8] El *Excélsior*, por ejemplo, anunció en mayo de 1919 que acababa de descubrir en la región petrolera de Tampico el centro de propaganda bolchevique, precisamente cuando los obreros de la Pierce Oil Corporation se declararon en huelga contra la compañía porque ésta se negó a negociar su pliego petitorio. El *Excélsior* distorsionó la información sobre la huelga y presentó el conflicto laboral como la exagerada aceptación de los obreros "de las ideas que profesan Trotzky y Lenine" (*sic.*). El periódico aprobó el gesto del comandante militar de cerrar la Casa del Obrero Mundial por ser "el centro bolchevique" en Tampico. En actitud de censura, el periódico informó sobre la huelga de veinte mil obreros textiles de Orizaba que, caminando por las calles, vitorearon a Rusia y gritaron mueras a la "aristocracia".[9]

Para 1920, el *Excélsior* descubrió que el bolchevismo estaba afectando no solamente a los sindicatos sino que estaba penetrando en los cuarteles y alcanzando a los campesinos. En Campeche, por ejemplo, José Prevé, un militante de la CROM, "acompañado de un moscovita de los soviets" y con un grupo de mal pertrechados indios iban de ranchería en ranchería "tratando de influirlos con las ajenas y corruptas teorías". Prevé, según el vigilante periódico capitalino, aconsejó a los campesinos que dejaran de trabajar, atacaran a los ricos y tomaran "lo que les pertenece porque son ellos los productores de la riqueza".[10]

Pero así como el *Excélsior* descubría las "perniciosas" influencias de los "depravados" bolcheviques, al mismo tiempo buscaba asegurar a sus lectores que los obreros, salvo excepciones, eran inmunes a su sedición porque estaban convencidos de que su redención no se podía alcanzar destruyendo el capital. *El Universal*, por su parte, veía el fracaso del bolchevismo estrellarse contra las buenas acciones del gobierno mexicano, que aseguraba el mejoramiento en las condiciones de vida de la población.[11]

[8] "Los Bolsheviqui Han Cruzado la Frontera", 27 de diciembre de 1919; "Aires de Primavera del Bolshevismo en México", 18 de enero de 1919, *El Universal*; "Terribles Vaticinios para México", en *Excélsior*, 27 de agosto de 1919

[9] "En Tampico Va en Aumento la Idea Bolsheviki", en *Excélsior*, 6 de mayo de 1919, señaló a Tampico como un Centro Bolsheviki", en *Excélsior*, 10 de junio de 1919. Para el contexto histórico véase Adleson, 1979, p. 635

[10] "Muy Activa Propaganda Bolsheviki", 25 de agosto de 1920, "Se Descubre la Cuna del Bolshevismo", 27 de agosto de 1920, *Excélsior*. Véase Dulles, 1967, p. 240.

[11] "Los Alemanes Introducen el Bolshevismo en México", en *El Universal*, 19 de febrero de 1919, "Propaganda Bolsheviki en México", en *Excélsior*, 10 de octubre de 1919. "La Gestión Bolsheviki en México", 31 de agosto de 1920, "Nuestros Campesinos ante los Agitadores", 13 de septiembre de 1920. "No Ha Prosperado la Campaña Bolchevique en México", 4 de septiembre de 1920; "Fracasó la Propaganda Sindicalista Entre los Trabajadores de los Campos", 13 de septiembre de 1920, en *El Universal*.

Vilipendiado o defendido, en 1920, el bolchevismo se estableció como santo y seña a cierto nivel de la cultura política mexicana. Por toda la propaganda negativa en su contra, se le asociaba menos con los bolcheviques que estaban en el poder en la Rusia Soviética, que con una fuerza que buscaba subvertir el orden existente o eliminar obstáculos para la emancipación universal. Los conservadores dentro y fuera del gobierno –igual que sus contrapartes en los Estados Unidos– lo consideraron una amenaza al orden social mexicano.

Por el contrario, los sindicatos obreros y campesinos, influidos por los comunistas o el aura que rodeaba la Revolución de Octubre, asociaban el bolchevismo con reformas radicales sin mediaciones y consideraban al gobierno soviético como su aliado. Con su asistencia podían vencer los obstáculos que yacían en el camino de su emancipación. El ala radical dentro de las administraciones mexicanas de los años veinte, por un tiempo al menos, pensó que el gobierno mexicano podía utilizar la alianza con la Unión Soviética en su provecho como la palanca para contrarrestar el poder hegemónico de los Estados Unidos.

Los intelectuales en el poder

Uno de los resultados más importantes de la Revolución mexicana fue la irrupción de obreros y campesinos en el escenario político y la subsecuente ampliación del espectro de la participación política en relación con el porfiriato. El otro cambio significativo fue la composición social de la élite gobernante que antes perteneció a la clase alta, y a raíz de la revolución, a la clase media. Otro rasgo nuevo que caracterizó a las administraciones posrevolucionarias fue la inclusión de una élite intelectual radical en puestos de importancia política.

Los que llegaron a constituir la élite intelectual gobernante maduraron políticamente durante la fase armada de la revolución. Algunos de sus representantes participaron en el Congreso Constituyente de Querétaro en 1916. De entre veinte y treinta años de edad durante el periodo de la reconstrucción, los intelectuales estaban dispuestos y ansiosos de trabajar por su país. Los herederos intelectuales de Zapata llevaron el proyecto agrario al gobierno para realizarlo desde las alturas del poder estatal. Otra corriente de intelectuales, originalmente maderista y luego reclutada por Carranza, igualmente creía en la virtud del poder estatal para ejecutar reformas que ninguna de las facciones revolucionarias había logrado

realizar.[12] Sabían que iba a ser difícil llevar a cabo la Constitución de 1917, pero esperaban poder radicalizar o influir en la política del gobierno para realizar la distribución de la tierra y redimir a las clases subalternas de la ignorancia y de la pobreza. Marte R. Gómez probablemente fue sincero cuando se describió a sí mismo como "radical y honrado, sin más preocupación que batallar por la realización de los ideales en los que mi inquietud ha condensado el deseo de mejoramiento colectivo del que tanto hablamos y por el que tan poco hacemos".[13]

La élite intelectual radical se consideró la conciencia del gobierno al que servía. A pesar de que nunca se cohesionó en un grupo autónomo, como individuos creían en la posibilidad de infundir un programa y una ideología a la revolución para hacerla avanzar en la educación, el bienestar social y el fortalecimiento del Estado. Los intelectuales eran críticos de las administraciones anteriores como instrumentos de la agresión política y defensa del privilegio político, y creían que el gobierno estaba obligado a mejorar las inequidades sociales creadas por el sistema económico dominante. En general, la élite política radical creía que el gobierno debía estar al servicio del pueblo.[14]

A pesar de censurar las administraciones en las que servían, los intelectuales raras veces se pasaron a la oposición. Por ejemplo, el economista y sociólogo Rafael Nieto, a quien Jesús Silva Herzog llamó "el vacilante marxista", criticó el marco legal de la Revolución mexicana, mismo que no podía resolver las inequidades sociales cuando tan pocos tenían todo y la mayoría no tenía nada. No obstante, Nieto fue subsecretario de Hacienda en el gobierno de Carranza y tuvo puestos en los gobiernos subsecuentes hasta su muerte, acaecida en 1926. El economista e historiador Jesús Silva Herzog ocupó numerosos puestos en la Secretaría de Hacienda durante los años veinte, convencido de que solamente desde dentro se podían mejorar las deficiencias en la organización de la administración. Por su parte, el abogado Manuel Gómez Morín, antes de confiar a José Vasconcelos que "una cosa es la revolución y otra las tonterías y los «crímenes» que en su nombre se cometen",[15] puso su talento al servicio de la Secretaría de Hacienda cuando fue encabezada por Adolfo

[12] Krauze, 1976; Quirk, 1960, p. 10; Knight, 1990, vol. 2, pp. 472-473; Susana Quintanilla, "Los intelectuales y la política mexicana, estudio de casos", en *Secuencia*, núm. 24, septiembre-diciembre de 1992, pp. 47-73.

[13] *Marte R. Gómez a José Vasconcelos, Chapingo, 22 de septiembre de 1924*, en Gómez, 1978, p. 40.

[14] Liss, 1984, p. 209.

[15] Manuel Gómez Morín a Vasconcelos, México, 7 de junio de 1926, Archivo de Manuel Gómez Morín, vol. 589, exp. 1976.

de la Huerta, en 1921, y luego colaboró con Calles en el saneamiento de las finanzas públicas para lograr que México fuera más independiente y soberano económicamente. Es bien conocido que antes de pasarse a la oposición, en 1928, como Secretario de Educación, Vasconcelos se dedicó a la difusión de textos políticos, entre los que incluyó a pensadores antiguos y socialistas modernos. Su objetivo era ampliar el horizonte cultural de los mexicanos.

Ramón P. de Negri trabajó en el servicio exterior, servicio secreto y puestos administrativos desde el gobierno de Carranza hasta el de Portes Gil; igual su amigo Juan de Dios Bojórquez. El ingeniero agrícola Marte R. Gómez ocupó diferentes puestos y con diligencia y tenacidad trabajó para acelerar el proceso del reparto agrario. Cuando, a fines de la década, el gobierno retrocedió en la aplicación de la política agraria, Gómez decidió mantener perfil bajo hasta que la actitud oficial cambiara. También había revoltosos radicales en la administración pública, como el diputado Rafael Ramos Pedrueza y el senador comunista Luis Monzón. A pesar de haber sido una piedra en el zapato del gobierno, el "peligro" que significó para la estabilidad del gobierno fue deliberadamente exagerado por la prensa.

La élite política radical se adhirió al socialismo, sin embargo, buscó la manera de adaptar las corrientes del pensamiento europeo a las tradiciones nacionales para que sirvieran en la construcción de un programa auténticamente mexicano.[16] La Revolución bolchevique impresionó profundamente a algunos de los cuadros administrativos e intelectuales de la Revolución mexicana. No obstante, al observarla desde lejos y sin entender cabalmente el sentido de los acontecimientos soviéticos, los intelectuales vieron el ejemplo de la Revolución bolchevique para inspirarse y para pedir prestada una que otra de sus ideas. Díaz Soto y Gama consideraba el reparto agrario soviético como "la completa, absoluta, integral realización del ideal socialista" que contenía el manifiesto de Marx. Vasconcelos admiraba el programa de educación para las masas del comisario Anatoli Lunacharsky. Manuel Gómez Morín –sin ser socialista–, a la vez que administraba el Banco de México, por un breve tiempo fungió como consultor de la embajada soviética, aconsejando a los rusos sobre las formas de ensanchar las relaciones comerciales entre los dos países, para que México diversificara sus relaciones mercantiles. La curiosidad de Jesús Silva Herzog por conocer los métodos para industrializar un país no desarrolla-

[16] Carr, 1992, p. 4.

do lo impulsó en 1928 a solicitar al presidente Portes Gil que lo enviara a la Unión Soviética como embajador, para estudiar la Revolución bolchevique de cerca. Algunos visionarios entre esos intelectuales –De Negri por ejemplo– tenían la esperanza de que México quedara sumergido bajo la ola de la "revolución mundial" para que barriera las viejas estructuras económicas y políticas que el Estado mexicano no podía o no quería eliminar.[17]

La élite radical era antiimperialista pero a la vez consciente de la realidad geopolítica de México. Esta conciencia la matizó para formular y llevar a cabo un programa radical al interior del país. Sin embargo, lo que atemperó el ímpetu radical de la élite fue, sobre todo, su participación inequívoca en la construcción del Estado mexicano, basada en el principio de la conciliación de las clases sociales y una relación funcional con los Estados Unidos. Las contradicciones que surgieron una y otra vez entre la ideología de la élite radical y las políticas del gobierno fueron reconciliadas por la interdependencia del gobierno y sus funcionarios. La élite radical creía genuinamente en el papel dirigente del Estado como el promotor y defensor del bienestar de las clases subalternas, pero además dependía del gobierno para su empleo y sustento. Por su parte, el gobierno necesitaba a los economistas, abogados, ingenieros y agrónomos por sus conocimientos técnicos y no menos por su dedicación y honestidad desempeñada en el trabajo.

Fue esta élite intelectual la que impulsó el establecimiento de las relaciones diplomáticas entre México y la Unión Soviética, y luego mantuvo un nexo estrecho con los diplomáticos rusos, aunque fue por razones de Estado que en 1924 se renovaron las relaciones entre los dos países.

La diplomacia de Carranza hacia la Rusia Soviética

Después de la Revolución de Octubre la política mexicana hacia Rusia revolucionaria fue incierta. En septiembre de 1918, el embajador norteamericano Henry Fletcher preguntó al secretario de Relaciones Exteriores, Cándido Aguilar, sobre la disposición mexicana hacia el gobierno bolchevique, pues "la población pacífica rusa de Moscú, Petrogrado y otras ciudades está siendo víctima de una campaña de terrorismo general y sujeta a toda clase de ejecuciones". El secretario no respondió.[18]

[17] Dulles, 1967, p. 98; Vasconcelos, 1982 [originalmente publicado en 1938], p. 19; Vaughan, 1982, pp. 249-251.

[18] Henry Fletcher a la SRE, Mexico, 21 de septiembre de 1918; General Aguilar a Manuel Troncoso, México, 1o. de octubre de 1918, ASRE, 17-5-26 y Arriola (ed.), 1994, pp. 195-196

Si bien la cancillería solicitó informes sobre la situación en Rusia a las embajadas que se encontraban en países vecinos, el gobierno mexicano no se alineó con los Estados Unidos en la condena al régimen bolchevique. En realidad, el gobierno mexicano se tomó su tiempo para formular una actitud hacia la Rusia Soviética. La primera razón, y la más importante, fue que tenía asuntos más importantes que arreglar y, en política exterior, Rusia no era una prioridad. En cualquier caso, su actitud parecía la de espera mientras no se aclarara si los bolcheviques quedaban en el poder y eran reconocidos por las potencias occidentales o si la oposición rusa, apoyada por las tropas extranjeras, los derrocaba.

En 1918, la cancillería mexicana perdió cualquier contacto con sus representantes en Rusia. La embajada había cerrado sus puertas en Petrogrado a raíz de la revolución, pero a diferencia de las embajadas de los países aliados, que se mudaron hacia el norte de Rusia bajo la protección de sus tropas, no las volvió a abrir. El consulado de Moscú quedó funcionando hasta mediados de 1919, no obstante el caos ocasionado por la guerra civil y la intervención extranjera. Poco tiempo después también el consulado fue obligado a cerrar.

Un buen día, un grupo de soldados soviéticos entró en las oficinas del consulado mexicano y detuvo al encargado de negocios Basilio Blidin, y se llevó todos los sellos, archivos y pasaportes en blanco. El 1o. de julio de 1919, los soldados encarcelaron a Jorge Villardo, otro empleado del consulado, por ser ciudadano de un país "imperialista" y "reaccionario". Cinco días después se le comunicó a Villardo que iba a ser fusilado a menos que diera salvoconducto a dos militantes bolcheviques a Berlín, los equipara con pasaportes mexicanos falsos y los presentara en la frontera como empleados del consulado. Todo indica que Villardo se tomó a pecho la advertencia de los soldados, de que si revelaba la identidad de sus acompañantes "cualquiera que fuera el país de mi residencia, me asesinarían y agregaron que si yo aceptaba dichas condiciones me dejarían libre y que si no en el acto me fusilarían y arrestarían a mi familia".[19]

A pesar de que hay inconsistencias en el relato de Villardo, o en el informe de Leopoldo Ortiz –el encargado de negocios de la embajada mexicana en Berlín– lo más probable es que uno de los dos bolcheviques que Villardo llevó a Berlín y luego presentó a Ortiz fuera Borodin. Después del encuentro, Ortiz informó a la cancillería que Villardo, quien se pre-

[19] Leopoldo Ortiz a SRE, Berlín, 29 de diciembre de 1919, ASRE, 17-15-4. Este documento se puede consultar en Arriola (ed.), 1994, pp. 231-234. Los diplomáticos argentinos tuvieron experiencias similares a la de los representantes mexicanos en Rusia. Véase Rapoport, "Argentina and the Soviet Union: History of Political and Commercial Relations (1917-1955)", en *Hispanic American Historical Review*, vol. 66, num. 2, 1986, p. 241; Vacs, 1984, p. 3

sentó como el secretario del consulado mexicano en Moscú, llegó a la legación con Michael Gruzenberg "que se hacía llamar vice-cónsul del mismo". Gruzenberg, alias Borodin, hizo creer a Ortiz que era "un americano de California que dice tener honda simpatía por México". Ortiz se quedó con la impresión de que Borodin era un empresario inteligente "que conoce a fondo los cambios políticos y sociales de Rusia". Ortiz no sospechaba que tenía delante de sí a un dirigente bolchevique a quien Lenin envió al Nuevo Mundo para radicalizar el continente. Tampoco sospechó que el joven Villardo, que "mereció mi confianza", probablemente temiendo por su vida encubrió el verdadero origen de Borodin.[20]

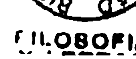
Aunque tal vez algunos funcionarios del gobierno conocieron a Borodin personalmente, lo más probable es que Carranza no tuvo un contacto directo con él. Después de todo, por la prensa el presidente sabía que la Revolución bolchevique fue acremente discutida en la Conferencia de Paz en París como la amenaza a la paz. Además, después de haberse fundado la Internacional Comunista, en 1919, con el explícito propósito "de avanzar hacia el corazón de Europa", los países europeos rechazaron al régimen bolchevique como un igual entre los pares.[21] Aunado a lo anterior, el año de 1919 fue de intensa propaganda antimexicana por parte de la prensa norteamericana. Tanta publicidad negativa incitó a Carranza a contrarrestarla. El presidente hizo circular su tratado *La Doctrina Carranza y el acercamiento Indo-Latino* entre la población hispana de los Estados Unidos. Concebido como la antítesis de la Doctrina Monroe, el libro de Carranza condenó la política exterior de los Estados Unidos en el hemisferio por buscar el sojuzgamiento de los países latinoamericanos, a los que Carranza exhortó a cerrar filas para mejorar su posición frente a aquellos que los despreciaban por su "inferioridad material".[22]

Además de contrapropaganda, Carranza envió, en junio de 1919, a Cándido Aguilar, su yerno y ex ministro de Relaciones Exteriores, a los Estados Unidos para tratar de influir sobre su opinión pública y conseguir un préstamo para sanear la economía mexicana, y a Europa para

[20] Ortiz a SRE, Berlín, 29 de diciembre de 1919, ASRE, 17-15-4.

[21] "Desean Iniciar una Revolución Mundial los Maximalistas", 14 de marzo de 1919; "La Política de Lenine y la Dictadura del Proletariado", 29 de abril de 1919, "Bombardean a Petrogrado los Aliados", 28 de mayo de 1919; "Chicherin Informa Sobre la Verdadera Situación en Rusia", 28 de mayo de 1919; "El Peligro Bolsheviki Vuelve a Preocupar al Congreso de Paz", 3 de junio de 1919; "Extensa Región Controlada por las Tropas del Gral. Denikine" 13 de junio de 1919; "Por Negarse a Combatir sus Tropas, los Maximalistas ya Están Evacuando Petrogrado", 28 de agosto de 1919; "Yudenich Detenido por los Maximalistas a 7 Millas de Petrogrado", 17 de octubre de 1919; "Los Bolsheviques Ocuparon Omsk" 29 de noviembre de 1919, en *Excélsior*. Para la fase inicial de la reacción y rechazo occidental al régimen soviético, véase Fischer, 1930, vol. 1, pp. 279-292; Keeble, 1990, pp. 58-61.

[22] Carranza a Hermila Galindo, México, 29 de junio de 1919, USDSMEX, rollo 68, exp. 812.00/23111; Galindo, 1919, p. 134.



comprar armas. Aguilar fue a Italia para negociar con la Casa Ansaldo la construcción de una fundidora en México. Eso le permitiría ser autosuficiente y hacerle frente a los periódicos embargos que los Estados Unidos imponían sobre la exportación de sus armas a México. Supuestamente, los italianos prometieron mantener la fábrica equipada con las más recientes innovaciones tecnológicas a cambio de envíos regulares del petróleo mexicano.[23]

Antes de salir para Italia, Aguilar se reunió en París con Frank Polk, secretario de Estado interino. Polk pertenecía al bloque anticarrancista dentro del gobierno norteamericano. Durante la conversación, el secretario aprovechó la oportunidad para hacer una alusión casual a la supuesta insistencia de los gobiernos de Gran Bretaña y Francia para que los Estados Unidos intervinieran en México también a nombre suyo. Polk indicó que el gobierno norteamericano estaba resistiéndose a una acción drástica en contra de México, pero en caso de que los tres gobiernos acordaran algo serio, se lo haría saber a Aguilar. De hecho, en los medios diplomáticos circulaba entonces el rumor de que existía un tratado secreto entre los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. El mismo embajador mexicano en Francia, Alberto Pani, expresó repetidamente la preocupación por "el ambiente de manifiesta hostilidad hacia nuestra Revolución y, particularmente, hacia el Gobierno del presidente Carranza".[24] El gobierno mexicano, que no sabía a ciencia cierta si el tratado existía o no, en 1919 actuó con suma cautela. Además, los antiguos aliados de Carranza, Álvaro Obregón sobre todo, se estaban convirtiendo en adversarios del presidente. El descontento hacia el gobierno era rampante en varias partes del país y su legalidad fue cuestionada.[25]

Éste fue el contexto dentro del cual Roy urdió la historia del encuentro entre Carranza y Borodin. Roy probablemente fantaseó en sus memorias al describirlo. Era cierto que Carranza buscaba para México una política exterior independiente de los Estados Unidos pero Roy fue demasiado lejos al describir un encuentro entre los dos políticos durante el cual supuestamente acordaron unir esfuerzos para luchar contra el imperialismo norteamericano.[26] Más verídica parece ser la versión de Charles Phillips de que Carranza declinó reunirse con Borodin por temor a que un acer-

[23] Corzo *et al.*, 1986, pp. 233-238.

[24] Hilario Medina a Carranza, México, septiembre de 1919, ASRE, 17-16-63; Hanna al Secretario de Estado, México, 6 de octubre de 1920, USDSRS-MEX, rollo 3, exp. 711.12/292. El tratado es mencionado en Gardner, 1984, pp. 204-205; Pani, 1959, p. 271

[25] Krauze, 1987, p. 74

[26] Roy, 1964, pp. 206-208.

camiento con los soviéticos, los norteamericanos lo interpretaran como una provocación. En realidad, hay evidencias de que el presidente rechazó cualquier sugerencia de iniciar una relación oficial con los bolcheviques.

En octubre de 1919, dos funcionarios del gobierno soviético se acercaron a Ramón P. de Negri, entonces cónsul general mexicano en Nueva York y un ferviente partidario de la Revolución bolchevique, para investigar la posibilidad de que se estableciera una misión comercial soviética en México. De Negri se entusiasmó por la idea y buscó el consentimiento del presidente. Carranza la rechazó por inconveniente.[27] De Negri no se dio por vencido e insistió:

> Creo que es de gran importancia para nuestro gobierno estudiar las tendencias de la administración Soviet rusa por la simpatía que ésta ha demostrado por la nuestra y porque el gobierno de los Estados Unidos, a pesar de la intransigencia con el expresado régimen, se muestra ahora arrepentido y se dispone a enviar a agentes especiales a Rusia para estudiar su situación actual y porque los gobiernos de Inglaterra e Italia se inclinan a reconocer al ruso.[28]

De Negri exageró el arrepentimiento del gobierno norteamericano hacia los soviéticos. En realidad, el envío de los agentes a Rusia al que aludió De Negri, era un viaje secreto del consejero del gobierno William C. Bullitt a Moscú en febrero de 1919 para conseguir que los soviéticos pagaran su deuda exterior a los acreedores norteamericanos, no para hacer la paz con la revolución.

Pero Carranza no dio su brazo a torcer y su actitud hacia Rusia Soviética siguió cautelosa. Además, en el mismo momento en que De Negri le aconsejaba un acercamiento a los soviéticos, el presidente recibió noticias perturbadoras sobre los supuestamente siniestros designios de la Internacional Comunista en México. Desde Rotterdam, el cónsul mexicano detalló el establecimiento de la oficina del Comintern en Amsterdam, misma que debía encargarse de la propaganda bolchevique en México "para fomentar huelgas, insurrecciones en los cuarteles, destrucciones y revoluciones sangrientas".[29] Ésta fue la versión que los medios diplomáticos y las agencias de inteligencia difundieron acerca de la reunión del

[27] Ramón de Negri a SRE, Nueva York, 20 de octubre de 1919; Subsecretario de Relaciones Exteriores a Ramón P. de Negri, *México, 21 de noviembre de 1919*, ASRE, *17-17-217*.

[28] Ramón P. de Negri a Hilario Medina, Nueva York, 11 de febrero de 1920, ASRE, 17-17-336. El texto completo del documento está en Arriola (ed.), 1994, pp. 239-240.

[29] M. C. Prieto a SRE, Rotterdam, 18 de febrero de 1920, ASRE, 17-17-341

Comintern a principios de 1920 en la cual participó Borodin y que, como ya sabemos, fue infiltrada por la policía holandesa y el agente del Departamento de Justicia, Nosovitsky.

Poco tiempo después, en mayo de 1920, Carranza fue derrocado. A la luz de los documentos hoy disponibles, el propagandista de Obregón, Emile Dillon, exageró cuando aseveró que Carranza había introducido doctrinas comunistas en el país y gastado dinero del gobierno para hacer propaganda comunista "sin tener en cuenta las consecuencias".[30] Más cerca de la verdad parece ser la apreciación de Marjorie Ruth Clark, quien estimó en los años treinta que Carranza había pensado usar a Rusia Soviética contra los aliados y, sobre todo, contra los Estados Unidos sin simpatizar con su ideología: "Si estimuló la propaganda comunista fue porque esperaba utilizarla en el intrincado juego político que estaba manejando."[31] La arena movediza que el gobierno pisaba impidió a Carranza completar el juego. Su posición en el poder era cada vez más precaria por la actitud anticomunista y beligerante de los norteamericanos y su política social en franco retroceso. Poco a poco, Carranza perdía el apoyo dentro y fuera del país. Acercarse a la Rusia Soviética hubiera sido un paso en falso.

Obregón y la política de equilibrio en la cuerda floja

El exitoso ascenso de Álvaro Obregón al poder en 1920 se debió en parte a sus proezas militares durante la revolución y en parte a su habilidad política para atraerse a los campesinos, a quienes el gobierno todavía no entregaba la tierra que les había prometido, y a los obreros, quienes sentían que el gobierno no los había recompensado por su entrega a la causa revolucionaria. Obregón incluyó en su gabinete a dirigentes campesinos con ligas zapatistas. Durante su presidencia se repartió casi un millón de hectáreas, que fue más de lo que distribuyeron juntos Carranza y De la Huerta cuando éste fue presidente interino en 1920. Obregón recompensó a sus aliados obreros fortaleciendo al Departamento de Trabajo. Sin embargo, lo que Obregón buscó no fue repartir la riqueza, sino equilibrar los intereses reñidos de grupos sociales en conflicto. Urgía pacificar al país y asegurar el apoyo al gobierno, no obstante las presiones internas y externas por detener el proceso de la distribución de la riqueza nacional.[32]

[30] Dillon, 1923, p. 222.

[31] Clark, 1984, p. 69 [originalmente publicado en Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1934].

[32] Womack, 1970, pp. 365-336; Linda B. Hall, "Alvaro Obregon and the Politics of Mexican Land Reform, 1920-1924", en *Hispanic American Historical Review* 60, núm. 2, 1980, pp. 213-238; Heather Fowler Salamini, "Tamaulipas: Land Reform and the State", en Benjamin *et al.*, 1990, pp. 185-186.

La política popar de Obregón intentó amortiguar los antagonismos sociales entre los ıratenientes y los campesinos, y entre los patrones y los trabajadores. E]residente estaba convencido de que el bienestar de los obreros dependía,rimero que nada, de la recuperación económica del país mediante el eıilibrio entre los factores de la producción, la disponibilidad del crédi y la inversión de capital, por un lado, y, por el otro, de la participación sciplinada del trabajo sin cortapisas como las huelgas. Para lograrlo, hací:alta que los poderosos fueran más revolucionarios y que los revoluciorrios lo fueran menos. Por ejemplo, cuando en 1920 la lucha por el po(r entre los socialistas y sus adversarios estaba al rojo vivo en Yucatán, Oregón advirtió a los primeros que la revolución había terminado y que suobjetivos tenían que alcanzarse gradualmente. El mensaje a los hacendaos fue exactamente al revés: "Las revoluciones no terminan mientras qı no cumplen con sus objetivos." De sus colaboradores, Obregón espeɔa que gobernaran en favor de todas las clases, no en favor de una clase expensas de otra.[33]

Sin embargo, lconciliación de intereses de los terratenientes y de los campesinos, y de ıtrones y obreros en México, sonaba como anatema entre los colaboraores radicales del gobierno de los años veinte. La conciliación de clases cultaba la drástica inequidad y la injusticia ancestral que la revolución ·mada no había erradicado. Los campesinos seguían presionando para ue la tierra se distribuyera y en los centros industriales, en donde los pzones se oponían a la legislación obrera y a la sindicalización de los trabadores, las huelgas se multiplicaban.[34]

Para los gobern.dores como Felipe Carrillo Puerto en Yucatán, y Adalberto Tejeda en Vracruz, igual que para los políticos radicales en el gobierno, la polítii de conciliación de clases y el solícito trato de los intereses extranjerosreflejaba la cobardía de la administración. Francisco Múgica, Ramón P.le Negri, Marte R. Gómez, Jesús Silva Herzog, Rafael Nieto, Luis Monzn, Aurelio Manrique y Antonio Díaz Soto y Gama, creían que la deteninación del gobierno de llevar a cabo la revolución hasta sus últimas ›nsecuencias era el camino a seguir señalado por los bolcheviques.

[33] "Discurso pronuncia› en el banquete que le fue ofrecido por el Partido Socialista, en el Parque del Centenario, en Yucatán, 9 de sejembre de 1920"; "Discurso pronunciado en Sodzil, Yucatan, 10 de septiembre de 1920"; "Discurso pronuncia› por el C. General Álvaro Obregón, Presidente de la República, con motivo de la recepción que en su honor verificó en Veracruz, 2 de septiembre de 1920", *Discursos del General Álvaro Obregón*, Dirección General de Educacn Militar, México, 1932, pp. 266, 289 y 392; Dulles, 1967, p. 87.

[34] Falcon y Garcia, 198 Joseph, 1982, parte III; Benjamin, 1989, Adleson, "Coyuntura y conciencia: factores convergentes en la fundacione los sindicatos petroleros de Tampico durante la década de los 20", en Frost, Meyer y Vázquez, p. 634

El entusiasmo de la élite radical por la Revolución bolchevique se derivó de su propio compromiso ideológico con la justicia social. Su objetivo no era reemplazar el sistema legal mexicano por el soviético. Sabían que eso era irrealizable. Más bien querían aprender de los éxitos rusos en el campo de la educación de las masas, la construcción de las cooperativas, la organización partidaria y la disciplina militar. El parentesco que la élite radical creía que existía entre la Revolución mexicana y la bolchevique se basaba en su idea de que compartían objetivos. Enarbolando un compromiso con las clases populares, la élite intelectual en el gobierno se creía con el derecho de presionar a la administración para cumplir sus promesas y leyes revolucionarias.[35]

Obregón sabía que algunos de sus colaboradores eran más radicales de lo necesario para allanar las diferencias que existían dentro del gobierno, los estados y los distintos intereses gremiales. Sin embargo, el presidente siempre guardó una carta en la manga para balancear disparidades políticas y apaciguar a sus oponentes.[36] Para moderar a los inquietos revolucionarios, y neutralizar a los radicales inconformes sin antagonizarlos, Obregón envió a varios a la Unión Soviética con todos los gastos pagados. De esta manera, Obregón no objetó cuando la CROM quiso enviar a uno de sus dirigentes a Rusia, y el mismo presidente consideró conveniente que Luis León, colaborador fiel pero sin experiencia, conociera el "paraíso obrero". Al financiar los viajes a la Unión Soviética de José María Sánchez y de Rafael Ramos Pedrueza, el presidente se desembarazó del fastidiosamente radical gobernador de Puebla y del diputado federal tan gritón. Obregón trató de persuadir a Francisco Múgica, otra espina en su costado, a que aceptara irse a Moscú cuando se establecieran las relaciones con la Unión Soviética en 1924. Múgica rechazó la oferta y prefirió seguir a salto de mata hasta que el periodo presidencial de Obregón terminara.[37]

[35] Carrillo Puerto a Dora Carrillo Palma, Mérida, 12 de octubre de 1919 y 22 de marzo de 1920, cartas exhibidas en el Museo de Felipe Carrillo Puerto en Motul, Yucatán. Carrillo Puerto no hizo secreta su adhesión ideológica a la Revolución bolchevique y su apoyo al control obrero del Estado. No tuvo empacho en poner los principios fundamentales de la Internacional Comunista sobre el papel membretado del Partido Socialista del Sureste que utilizaba para toda su correspondencia. Falcón y García s/f., p. 310; "Testimonio del ingeniero Marte R. Gómez", en Sáenz, 1969, pp. 114-120.

[36] Hall, 1980, p. 219.

[37] León, 1987, pp. 139-141; José María Sánchez a Pani, México, 4 de octubre de 1922, ASRE, 18-5-59. "El General J.M. Sánchez como Agente Soviet", en *Excélsior*, 26 de octubre de 1922. *Cfr.* Dulles, 1967, p. 268; Rafael Ramos Pedrueza a Obregón, París, 15 de diciembre de 1923, AGN, Ramo O/C, exp. 809-R-209; Obregón a De Negri, México, 20 de diciembre de 1923, AGN, Ramo O/C, 609-R-26; Pedrueza a Obregón, París, 20 de febrero de 1924, AGN, Ramo O/C, 826-R-51; Obregón al cajero del Palacio Nacional, 29 de abril de 1924, AGN, Ramo O/C, 104-R-11, Ramos, 1929; Mena, 1986, pp. 23-24. Mondragón, 1966, pp. 309-316.

El presidente no transigía con los críticos radicales de su gobierno y buscó la manera de neutralizarlos. Cuando se trataba de extranjeros, simplemente los expulsaba de México. Tal fue el caso suscitado en mayo de 1921 cuando las protestas de la calle subieron hasta la Cámara de Diputados, y los que las encabezaban se abrieron paso a un salón en sesión. Dirigiéndose al Congreso de la Unión en septiembre de 1921, el presidente informó que en mayo habían sido expulsados 28 "agitadores extranjeros de las clases populares" que violaron la organización política de México. Entre ellos estaban Linn Gale, acusado de haber hecho propaganda en contra del gobierno y de la CROM; Charles Phillips como alias Frank Seaman, su esposa Natasha, el anarquista Sebastián Sanvicente y otros.[18] Probablemente sin saberlo, Obregón ayudó a desmantelar el equipo del Comintern, que había llegado a México a principios del año, para movilizar a los trabajadores en contra del gobierno.

Obregón y los Estados Unidos

Igual que en la política interna, hacia el exterior Obregón fue un equilibrista. El presidente estaba consciente de que en los Estados Unidos su régimen era tachado de bolchevique y que el bolchevismo era utilizado como pretexto para socavar su poder. Obregón sabía del daño que causaba la imagen distorsionada de México fuera del país y puso todo su empeño en corregirla antes y tan pronto ocupó la silla presidencial en diciembre de 1920. Obregón adoptó una estrategia de propaganda inversa a la de Carranza. El presidente mandó confeccionar publicidad sobre México y sobre sí mismo, acorde con lo que pensaba que el mundo quería oír, en lugar de ir desmintiendo cada prejuicio y supuesto. Aun antes de ser presidente, Obregón dio una cordial bienvenida a los empresarios extranjeros. Luego, a través de su agente de propaganda, Emile Dillon, se presentó ante el mundo de los empresarios como un intérprete de la constitución diferente de Carranza. Obregón no iba a favorecer al obrero por encima del empresario porque esa política desequilibraba la relación entre el capital, el trabajo y la inteligencia humana. El problema agrario, en palabras de Dillon, no era la escasez de tierra sino la falta de inversión y trabajo en tierra abundante. Bajo el régimen de Carranza, México se estancó porque el ex presidente subordinó el ejercicio de los programas de gobierno a su

[18] Obregón a Pani, México, 15 de mayo de 1921, ASRE, 17-14-128; Obregón al Congreso, septiembre de 1921, ... Histórico de la Diplomacia Mexicana, 1935, p. 329.

afán de mantenerse en el poder. Lo que Carranza había logrado era llevar a México y a Estados Unidos al borde de la guerra.[39]

Cuando Warren G. Harding llegó a la Casa Blanca en marzo de 1921, Obregón hizo público su beneplácito por la designación del presidente, aunque dudó de la sabiduría de haber incluido a Albert Fall en el gobierno. En una aparente aceptación de la Doctrina Monroe, Obregón dijo apoyar a la unión panamericana como la mejor garantía contra la codicia europea y asiática. Él reconocía el liderazgo de los Estados Unidos en el hemisferio.[40] La estrategia de Obregón era disipar el temor de los norteamericanos de que México era ingobernable. También pretendía asegurar el reconocimiento de su gobierno por el vecino del norte, y, al mismo tiempo, asegurar el flujo de capitales extranjeros a México, con el fin de poder llevar a cabo una política interna y externa sin la interferencia de los Estados Unidos.

Obregón envió a varios representantes suyos al otro lado de la frontera para tantear las posibilidades del reconocimiento. Sabía que existían varios grupos de presión, además de los petroleros y los banqueros, con los que debía establecer un enlace para conseguir apoyo a su gobierno. La AFL había cabildeado a nombre del gobierno mexicano en los Estados Unidos en el pasado durante las recurrentes crisis entre los dos países; Obregón aprovechó ahora el momento para enviar a Luis Morones a Washington a concertar una cita en la Casa Blanca con la ayuda de la AFL. Aunque Morones no consiguió ningún resultado tangible, dejó a sus interlocutores con la impresión de que México estaba dispuesto a satisfacer los "requerimientos" de los norteamericanos.[41]

El otro grupo de presión en los Estados Unidos que favorecía el reconocimiento eran los pequeños empresarios y comerciantes. Su posición era parecida a la de AFL. Ambos grupos creían en la virtud de las buenas relaciones entre México y los Estados Unidos para crear condiciones favorables a las inversiones norteamericanas. Debilitado por la pobreza, la represión de las clases populares y las relaciones enmarañadas con los Estados Unidos tenían un efecto negativo sobre los obreros y la economía norteamericana. La falta de empleos en México obligaba a los obreros mexicanos a emigrar a los Estados Unidos, y se creía que con ello quitaban

[39] Summerlin al Secretario de Estado, México, 16 de junio y 25 de agosto de 1920, USDSMEX, rollo 90, exp. 812.00B/132; "Offer to Invest Millions in Mexico", en *The New York Times*, 23 de julio de 1920; Dillon, 1921, pp. 139-156.

[40] Murray, 1969, p. 329.

[41] Attorney Myron Parker a Bainbridge Colby, Washington, 24 de mayo de 1920, USDSMEX, rollo 71, exp. 812.00/24129; Levenstein, 1971, p. 103; Gregory A. Andrews, "American Labor and the Mexican Revolution, 1910-1924", tesis doctoral, Northern Illinois University, 1988, p. 193.

el trabajo a los norteamericanos. Convenía a todos que la economía mexicana se expandiera y se ampliaron su mercado de trabajo y los mercados para los productos norteamericanos.[42]

El establecimiento de las relaciones con Rusia

Sin duda alguna, el objetivo principal del gobierno mexicano en política exterior era lograr el reconocimiento del gobierno de Washington para restablecer el flujo de capitales hacia México. Pero aun buscando la soberanía económica, el gobierno quería preservar la soberanía política del país. Sin el reconocimiento norteamericano Obregón no se sentía maniatado, aunque sí limitado en su capacidad de actuar soberanamente frente al "coloso del norte".

Un ejemplo del afán de Obregón por actuar de modo independiente se dio cuando, en febrero de 1921, se le acercó el representante ruso de la Cruz Roja, D.H. Dubrovski. Éste le solicitó la asistencia mexicana para la población de la región del Volga, que había sido azotada por una aguda escasez de alimentos. En otras circunstancias el acontecimiento hubiera pasado como un acto humanitario y nada más. En la presente coyuntura de intransigencia de las potencias que eran vitales para México, la recolección y envío de los granos a Rusia se convirtió en un subterfugio. Obregón quería ayudar a los soviéticos pero se vio obligado a ocultar el gesto para no ser interpretado erróneamente.

Solamente el secretario de Hacienda, De la Huerta, sabía de la petición soviética, y el general Ángel Flores, un cercano colaborador de Obregón, fue el encargado de conseguir los granos. Los diez mil sacos de maíz y tres mil de arroz cruzaron el Atlántico sin que el envío se hiciera público en México. Dubrovski consiguió también cinco mil sacos de maíz de Carrillo Puerto pero no logró contratar un barco para enviarlos.[43]

A pesar de la cautela, a Obregón le salió el tiro por la culata. Las agencias de espionaje de los Estados Unidos e Inglaterra se enteraron del clandestino envío y sospecharon que los sacos de granos despachados para

[42] Andrews, "Toward a Consensus on U.S. Hegemony in Latin America: American Labor and U.S. Officials View the Mexican Revolution", ponencia presentada en Southwestern Social Science Association, marzo de 1991, p. 12; Levenstein, 1971, pp. 94-95, 100-101, Radosh, 1969, p. 353.

[43] Doctor D.H. Dubrovsky a Obregón, Nueva York, 11 de febrero de 1921, AGN, O/C, 805-R-101; Commission Mixte du Comité International de la Croix-Rouge et de la Ligue des Sociétes de la Croix-Rouge a SRE, Ginebra, 5 de agosto de 1921, ASRE, 7-21-172; Dubrovsky a Obregón, México, 23 de enero de 1922 y Dubrovsky a Obregón, Nueva York, 13 de mayo de 1922, AGN, O/C, 205-R-103. Como nota al pie de página hay que añadir que el barco que México envió a Rusia en junio de 1922 todavía en febrero de 1923 estaba sin descargar en Riga porque se perdió el permiso de descarga. Los granos enviados de México en mayo de 1922 fueron distribuidos finalmente en abril de 1923

aliviar el hambre en la región de Volga fueron enviados para alimentar a las tropas del Ejército Rojo. Mientras el gobierno mexicano estaba apenas negociando con Dubrovski, la embajada de los Estados Unidos en Londres cablegrafió al Departamento de Estado: "Recibí información sábado pasado de fuente extremadamente confiable en el pasado que Obregón acaba de firmar un tratado político y comercial con Lenin."[44] En el verano de 1922, al estar en alta mar la ayuda mexicana, el Departamento de Justicia investigó la maniobra. Al presentarla al Departamento de Estado como algo ilícito, el secretario Hughes solicitó más información a la embajada en México sobre la visita de Dubrovski "por invitación personal del presidente Obregón para arreglar un envío de dos barcos de suministros desde México para el Ejército Rojo".[45]

No obstante las limitaciones para maniobrar, impuestas por la falta de relaciones diplomáticas con los Estados Unidos y la negativa publicidad sobre los supuestos nexos entre México y la Rusia Soviética,[46] Obregón no dejó de explorar los beneficios que le podría traer a México una relación discreta con los rusos. Obregón tenía amplia evidencia de que aumentaba el papel de Rusia como socio comercial de los países europeos y que, nación tras nación, establecía relaciones diplomáticas con el país que había sido considerado como el paria en la política europea.[47]

Tal vez fueron estas circunstancias las que motivaron a Obregón a explorar las posibilidades de establecer relaciones comerciales con Rusia

[44] Wright al Secretario de Estado, Londres, 3 de mayo de 1921, en U.S. Department of State, Records of the Department of State Relating to Political Relations Between Mexico and Other States, 1910-1929 (en adelante USDSPOLMEX), exp. 712.61.

[45] Hughes a la Embajada de los Estados Unidos en México (telegrama cifrado), Washington, 7 de julio de 1921, USDSPOLMEX, exp. 712.61.

[46] "México Invitado a una Conferencia Internacional en Moscou": "¿Sólo Hay que Confiar en Cañones y Bayonetas?", 23 de mayo de 1922; "México en Moscou", 24 de mayo de 1922; en *El Universal*; "México Considerado como Importante Centro Soviet", en *Excélsior*, 28 de agosto de 1922.

[47] "Las concesiones de la Rusia Sovietista al capital extranjero", Moscú, 23 de noviembre de 1920. Este documento firmado por Lenin fue traducido al español y enviado a la Secretaría de Relaciones Exteriores en febrero de 1922, ASRE, 18-7-218.

"Puede Asegurarse que Europa Tiene ya Reconocido al Gobierno Sovietista Ruso", 1o. de enero de 1922, "El Gobierno Soviet Quiere que se le Reconozca en Génova", 1o. de abril de 1922: "Las Perspectivas del Soviet Ruso", 14 de abril de 1922; "Los Aliados Están Redactando un Ultimátum para los Rusos", 27 de abril de 1922; "Lo que Ofrecen 17 Países a Rusia para que Acepte las Demandas de la Conferencia", 30 de abril de 1922; "Si el Soviet no Acepta el Memorándum Aliado se Suspenderán las Negociaciones hasta que Haya otra Forma de Gobierno en Rusia", 3 de mayo de 1922, en *Excélsior*.

"Rusia Contesta el Memorándum de los Aliados", 12 de mayo de 1922; "Que Pague Rusia Para Ser Reconocida", 4 de mayo de 1922; "Rusia Contesta el Memorándum de los Aliados", 12 de mayo de 1922; "El Pacto de Rapallo, Alma de la Política del Soviet", 28 de mayo de 1922; "El Problema de Rusia no se Resuelve ni con una Docena de Conferencias", 27 de julio de 1922; en *El Universal*, "Los Delegados en La Haya Dispuestos a Discutir los Créditos", en *Excélsior*, 28 de junio de 1922; "Fracasaron las Conferencias de La Haya", en *El Universal*, 14 de julio de 1922; "Acercamiento Entre Rusia y Francia", en *Excélsior*, 18 de octubre de 1922; "El Gobierno Francés Reconoce al Soviet", en *El Universal*, 11 de febrero de 1923.

Soviética cuando se le presentó la oportunidad. En junio de 1922, el cónsul mexicano en Dinamarca, Lázaro Basch, solicitó a la cancillería la autorización para visitar Rusia y promover los negocios entre los dos países. Obregón le dio luz verde. Basch compartía la creencia, común en ese entonces, de que al introducir la Nueva Política Económica en 1921 –que restableció las relaciones de mercado y ofreció concesiones a empresas extranjeras– la Rusia Soviética se convertía en la mina de oro para la inversión y comercio exteriores. Además, se creía que los bolcheviques habían heredado fabulosas riquezas del régimen zarista. Lo que el Occidente no sabía era el grado de la devastación económica que existió después de siete años de guerra mundial, guerra civil y disturbios generalizados.[48]

Basch pasó varios días en Petrogrado y Moscú. Desde allí, el cónsul escribió una carta al representante mexicano en Berlín en la cual describió la acogedora recepción ofrecida por los soviéticos, su impresión de la buena organización de las instituciones gubernamentales y se refirió a las condiciones favorables que existían para entablar relaciones comerciales y diplomáticas.[49] Es muy probable que Basch escribiera esta carta bajo la presión de la censura del correo al extranjero que prevalecía en Rusia, ya que a su regreso a Dinamarca dio una versión de su viaje totalmente distinta.

El viaje de Basch despertó sospechas en Dinamarca, país que no tenía relaciones con los soviéticos. Para salvar su reputación ante los daneses, Basch escribió un artículo antisoviético y dio una entrevista a una revista semioficial danesa en la que describió su viaje a Rusia como un fracaso. Afirmaba que además de incómodo, hacía frío, no había mucho qué comer, pero lo más importante era que los soviéticos habían rechazado la propuesta de Basch de promover el comercio con México sin antes reconocer su régimen. El comercio seguiría después del reconocimiento diplomático. Basch declaró además que México se disociaba del bolchevismo. El mismo artículo apareció más tarde en *Christian Science Monitor* bajo el título "Russia Refuses to Grant Mexico Commercial Treaty" (Rusia se niega otorgar el tratado de comercio a México).[50]

Las iniciativas de Basch agradaron a los daneses pero irritaron a Obregón. La cancillería mexicana prohibió a Basch hacer cualquier otra decla-

[48] Moshe Lewin, "The Civil War", en Diane Koenker, William Rosenberg y Ronald Grigor Suny (eds.), 1989, pp. 404-409.

[49] Basch al doctor Alfredo Caturegli, Moscú, 5 de octubre de 1922, *Arkhiv Vneshnei Politiki Rossiiskoi Federatsii* (Archivo de la Política Exterior de la Federación Rusa (en adelante AVPRF), Oficina de México, fondo 110, registro 1b, exp. 12 y registro 1m, exp. 13.

[50] *Christian Science Monitor*, enero de 1923

ración.[51] Quizás, Obregón no quería que se cerraran las puertas a la posibilidad de futuras relaciones con los soviéticos.

Un año después, en 1923, Obregón nombró a Juan Manuel Álvarez del Castillo como embajador mexicano en Alemania. Fue entonces que las negociaciones con Rusia Soviética empezaron a establecerse en serio. En ese momento las circunstancias eran favorables: las negociaciones con los Estados Unidos sobre la deuda externa se terminaron satisfactoriamente, los banqueros extranjeros abrieron líneas de crédito a México y las negociaciones para el reconocimiento estaban por concluirse. Entonces se supo también que Albert Fall, el alguna vez archienemigo de los bolcheviques, se reconcilió con su revolución después de haber adoptado la Nueva Política Económica. Existían perspectivas promisorias para el enriquecimiento de los empresarios petroleros norteamericanos, como la Sinclair Oil Company, de la que Fall era socio.[52]

Cuando Obregón envió a Álvarez del Castillo a Alemania, el objetivo principal era socavar la base de apoyo que Adolfo de la Huerta había creado en la Cámara de Diputados para su candidatura como el futuro presidente. Álvarez del Castillo era amigo íntimo de De la Huerta, y en la Cámara había encabezado al grupo de diputados organizados en el Partido Cooperatista Nacional, mismo que lanzó la candidatura del secretario de Hacienda. Obregón había escogido a Plutarco Elías Calles para reemplazarlo en la presidencia.[53]

Álvarez del Castillo, de veintinueve años en 1923, carecía de cualquier experiencia en la diplomacia y se fue de México sin que Obregón le encomendara tarea alguna. Había estudiado leyes y estaba familiarizado con las diferentes corrientes del socialismo. Los libros y autores que había leído lo convencieron de que el socialismo de Estado era el mejor sistema económico para promover la igualdad y el bien colectivo.[54]

Una vez en Berlín, Álvarez del Castillo conoció al embajador soviético Nikolai Krestinski. Abogado de oficio y de la misma generación que el mexicano, Krestinski tenía un largo historial revolucionario. Desde 1903 había sido miembro del partido de Lenin, fue arrestado por sus actividades revolucionarias y exiliado a Siberia varias veces. Después de la revolución, trabajó como director del banco estatal y brevemente como el

[51] Basch a la SRE, Copenhague, 17 de julio de 1922; Basch a SRE, 4 de agosto de 1922; Basch a SRE, 8 de noviembre de 1922; SRE a Basch, México, 29 de noviembre de 1922, ASRE, 31-22-22.

[52] "Rusia Es un Factor de Importancia en la Situación Mundial", 21 de julio de 1923; "El Reconocimiento de Rusia por el Gobierno de los Estados Unidos", 23 de julio de 1923; "Parece que se Ha Reconciliado con el Comunismo Albert Fall", 30 de julio de 1923, en *Excélsior* y Werner, 1959, p. 103.

[53] Álvarez del Castillo, 1960, pp. 150-197.

[54] *Idem*, p. 203.

comisario de finanzas antes de irse a Alemania. Krestinski fue el principal negociador entre su gobierno y los industriales alemanes que deseaban *invertir en la Unión Soviética.*

El ruso hechizó a Álvarez del Castillo, quien escuchó con enorme interés sus pláticas sobre los éxitos soviéticos de la colectivización de la tierra, el socialismo de Estado y el socialismo agrario. Los dos diplomáticos se visitaron varias veces y se trataron como viejos conocidos. En sus encuentros, Krestinski solía averiguar sobre el estado que guardaban las relaciones entre México y los Estados Unidos, cuya actitud hacia México fue censurada por el ruso. El embajador soviético indicó que su gobierno quería suspender las importaciones de algodón de los Estados Unidos y comprárselo directamente a México. Aunque le entusiasmaron las perspectivas comerciales y el acercamiento entre los dos países que Krestinski proponía, Álvarez del Castillo no pudo comprometerse mientras que no tuviera la autorización de Obregón.[55]

Las respuestas de Obregón a las entusiastas cartas de Álvarez del Castillo fueron circunspectas: México iniciaría las conversaciones con la Unión Soviética exclusivamente en torno a los productos que se podían vender en el mercado de cada uno de los dos países. Las conversaciones sobre *las relaciones diplomáticas seguirían al establecimiento de las* relaciones comerciales. Después de que los Estados Unidos reconocieron al gobierno mexicano, en el verano de 1923, Krestinski pidió que México negociara con la URSS ante los ojos del mundo. El subcomisario soviético *para los asuntos exteriores* Maxim Litvinov notificó a México que en las nuevas y más propicias circunstancias la Unión Soviética aceptaría reconocimiento primero y negociaciones del tratado de comercio después.[56]

La rebelión de De la Huerta, entre diciembre de 1923 y mayo de 1924, impidió la continuación de las negociaciones. Una de las razones consistió en que Álvarez del Castillo renunció a su puesto en Berlín para unirse a su amigo en México. De la Huerta lo nombró su canciller y lo comisionó para que fuera a los Estados Unidos y tratara de impedir que Washington enviara armas a Obregón. De la Huerta fue derrotado y Álvarez del Castillo lo siguió al exilio norteamericano.[57]

Las negociaciones entre México y la Unión Soviética se reanudaron después de que la rebelión fue derrotada. Se concluyeron en julio de 1924

[55] *Idem*, pp. 203-204.

[56] Álvarez del Castillo a Obregón, Berlín, 2 de mayo de 1923; Obregón a Alvarez del Castillo, México, 13 de septiembre de 1923; Álvarez del Castillo a Obregón, México, 17 de octubre 1923, AGN, Ramo O/C, 104-R-7, Téllez a SRE, Washington, 20 de septiembre de 1923, ASRE, 15-28-30; Cárdenas y Sizonenko, 1981, pp. 32-35; Ministerstvo Innostrannykh del SSSR, 1962, vol. 7, pp. 437, 443.

[57] Álvarez del Castillo, s/f, p. 221.

a unos meses de que Obregón dejara el poder. El país no era próspero pero se esperaba que el reconocimiento norteamericano permitiera que fluyeran hacia México créditos e inversiones. Era cierto que los acuerdos de Bucareli habían disgustado a muchos dentro y fuera del gobierno. A Vasconcelos, por ejemplo, le molestó la reserva con la que se llevaron a cabo. Los colaboradores radicales de Obregón objetaron los acuerdos por haber concedido a los ciudadanos norteamericanos el derecho a la indemnización en efectivo por las pérdidas, o daños, a sus propiedades durante la revolución y al gobierno norteamericano la aplicación no retroactiva de la constitución. Algunos consideraron que se estaba negando el tenor del artículo 27, otros cuestionaron la legitimidad del régimen revolucionario. A todas las objeciones Obregón replicó que no quería pasar a la historia sin que su gobierno fuera reconocido por las principales potencias del mundo civilizado. Para lograrlo, había que hacer algunas concesiones, como cualquier otro gobierno que quisiera llegar al entendimiento con otras naciones.[58] De hecho, después de que los Estados Unidos restablecieron las relaciones diplomáticas con México, otros países, salvo Gran Bretaña, siguieron su ejemplo.

El establecimiento de las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, en 1924, influyó en la opinión pública sobre el gobierno mexicano. La prensa conservadora no lo aplaudió, pero vio con beneplácito que el nuevo aliado de México diera marcha atrás en la aplicación de medidas económicas drásticas y aplicara la sensata Nueva Política Económica. La izquierda dentro del gobierno y los sindicatos obreros y campesinos, inclusive algunos cromistas, recibieron con gusto la iniciativa de Obregón de hacer valer la autonomía y la independencia de México frente a los Estados Unidos. Sin embargo, lo que reflejó el enlace con la URSS fue la política presidencial de no "poner todos los huevos en una sola canasta". Obregón percibió que una postura radical le traería dividendos políticos. De hecho, con el acto de establecer las relaciones con la Unión Soviética, Obregón desmintió a sus críticos que después de la firma de los acuerdos de Bucareli lo habían acusado de convertirse en el títere de los norteamericanos.

[58] "Vito Alessio Robles", en Sáenz, 1969, pp. 236-239; Dulles, 1967, pp. 156-176, Guzmán (ed.), 1957, p. 230



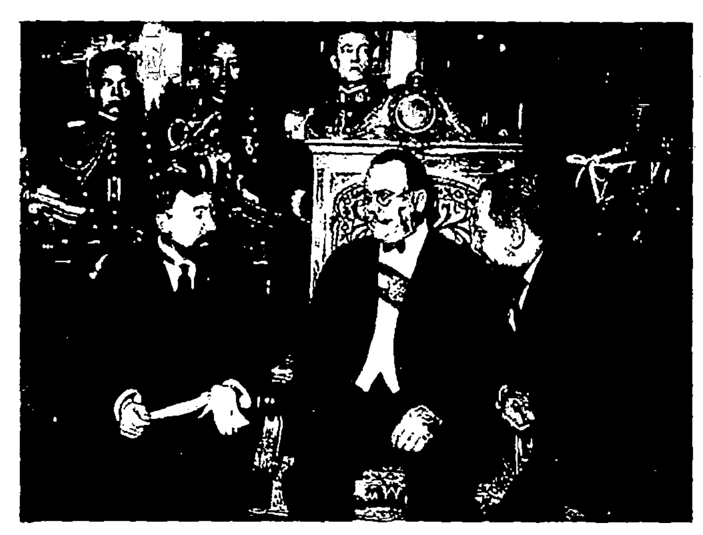
El día que el diputado agrarista Antonio Díaz Soto y Gama pronunció un fogoso discurso, y los obreros, dirigidos por los anarquistas y los comunistas, interrumpieron una sesión de la Cámara de Diputados. 13 de mayo de 1921. (Fototeca INAH, Casasola, no. 41855.)



El Presidente Obregón con los delegados mexicanos y norteamericanos en 1923, antes de empezar las pláticas de Bucareli. (Fototeca INAH, Casasola, no. 42878.)



Caos vial en 1923 debido al paro de choferes de camiones y de carros de alquiler en protesta por el aumento de los impuestos y en contra de los bajos salarios. (Fototeca INAH, Casasola, no. 43993.)



El 7 de noviembre de 1924, aniversario del triunfo de la Revolución de Octubre, Stanislav Pestkovsky presentó sus cartas credenciales al presidente Obregón. En su discurso, el ruso ensalzó la similitud de los ideales de México y la URSS. (Fototeca INAH, Casasola, no. 41882.)



Gracias a la militancia obrera en la calle, el embajador bolchevique se sentía en México como entre los suyos. En la foto se encuentran huelguistas tranviarios en 1925. (Fototeca INAH, Casasola, no. 43992.)



Pestkovsky en compañía de varios amigos y colaboradores. Entre ellos se encuentran Bertram y Ella Wolfe (a la derecha de Pestkovsky y abajo de Wolfe respectivamente), la pareja de comunistas norteamericanos que entre 1923 y 1925 participó en la reorganización del Partido Comunista Mexicano. (Foto: Hoover Institution Archives, Colección de Bertram D. Wolfe.)



La sede del Partido Comunista Mexicano y de su periódico *El Machete* en la Calle de Mesones. Foto atribuida a Tina Modotti.



Rafael Carrillo, conocido también como "el Frijolillo" porque todo lo enredaba, fue el secretario general del PCM entre 1924 y 1929. (Foto: Hoover Institution Archives, Colección de Bertram D. Wolfe.)

Segunda parte

....

Desavenencias diplomáticas, 1924-1927

It is the instability of Mexico which is maddening: a land so rich, so beautiful; a race, the Indians, so tender, lovable; but all smeared over with a slime of political intrigue and treachery in which my own country has played its shameful part.
EDWARD WESTON, 1924

La política ha cambiado. Ahora se permite el mercado libre y los teatros, los tranvías y los periódicos etcétera cuestan dinero. Pero Lenin ha conservado un oasis de socialismo en Rusia -las oficinas del gobierno y sus empleados- mientras permite que el resto del país viva como capitalista. Hasta dónde se puede prever, la segunda fase de nuestra revolución será una lucha entre estos dos principios, el socialista y el capitalista.
MARIETTA SHAGINIAN,
apunte en su diario el 17 de diciembre de 1923

Nuestra Revolución social, diferente o similar a la Rusa,
mejor o peor orientada, más o menos traicionada,
necesita de intelectuales que sean capaces de entender bien
su proceso técnico y puedan explicárselo a las masas que sólo lo intuyen.
MARTE R. GÓMEZ, 1925

Capítulo 4

Estados Unidos desafía a México

EN OCTUBRE de 1924, James Rockwell Sheffield llegó a México en calidad del nuevo embajador norteamericano. Para este abogado acomodado y conservador, de cepa republicana y de poca experiencia fuera de su país, la vida en México resultó ser una interminable pesadilla. Alguna vez Sheffield escribió al presidente Coolidge que su único solaz "de los deprimentes contactos oficiales" era mirar las rosas en flor en el jardín de la embajada.[1]

Sin ninguna preparación en la diplomacia, y sintiendo poca simpatía por el país al que fue asignado, Sheffield logró hacer más daño que bien a las relaciones entre México y los Estados Unidos. Este novato en el servicio exterior compartía el punto de vista, entonces común, de que la diplomacia debía estar al servicio de los intereses económicos de los norteamericanos y que cada asunto en política internacional no dejaba de ser un asunto de negocios.[2] Sus percepciones distorsionadas y evaluaciones subjetivas de un entorno físico y social que no entendía, además de sus interpretaciones ideológicamente sesgadas sobre la información que recibía, fueron la materia prima con la que el embajador urdía sus recomendaciones al Departamento de Estado. Sus malentendidos y tergiversaciones del medio político mexicano creaban tensiones y aumentaban los conflictos latentes entre los dos países. Más aún, Sheffield estaba dispuesto a creer cualquier rumor que corría en el medio diplomático o chisme que le llevaban los periodistas. Así, bajo la influencia de sus propios prejuicios, reforzados por la insistente influencia de los grandes negociantes en el Departamento de Estado con el fin de no relajar la presión sobre el gobierno mexicano en la anulación del artículo 27, Sheffield no negociaba sino que ostentaba un gran garrote en sus encuentros con los funcionarios mexicanos. Cuando Sheffield fue removido de su puesto en

[1] Sheffield a Coolidge, México, 7 de mayo de 1926, USDSIIS-MEX, rollo 5, exp. 711 12/755.
[2] Heinrichs, 1986, p. 100 [reimpreso de Boston, Little, Brown and Company, 1966].

1927, las relaciones entre los dos países habían alcanzado el punto más bajo en lo que iba de la década.

Para empezar, Sheffield tuvo la suerte de llegar a la ciudad de México poco después de habérsele extendido el reconocimiento diplomático a la Unión Soviética y el mismo mes en que arribó el embajador soviético Stanislav Pestkovsky. Desde que se anunció en la prensa el establecimiento de las relaciones diplomáticas con la URSS, la embajada norteamericana se mostró alarmada porque, según comunicó: "La actividad de los agitadores comunistas está por intensificarse en este país." Los rumores eran confiables "si se les juzga simplemente a la luz de las cada vez más frecuentes disputas industriales".[3] El cónsul Schoenfeld informó que, según los observadores con experiencia en los asuntos mexicanos, "la agitación activa entre los trabajadores industriales no es propia de la psicología nacional mexicana", por ello los disturbios "pueden explicarse solamente por la presencia de agitadores extranjeros que provocan deliberadamente conflictos entre los obreros fabriles". No obstante que el canciller Aarón Sáenz trató de explicarle al norteamericano que los disturbios laborales se debían a la resistencia de los patrones a mejorar las condiciones de trabajo de sus empleados, el cónsul no quedó convencido.[4]

Antes de que llegara a México, Sheffield debió haber leído la correspondencia entre la embajada y su gobierno, asimismo debió de informarse sobre la posición de los Estados Unidos hacia su vecino del sur y de las experiencias del ex embajador Henry Fletcher quien renunció en 1920.[5] Si bien Sheffield llegaba ya predispuesto en contra de México, sus primeros contactos solamente confirmaron sus prejuicios. Por coincidencia, Sheffield arribó a la capital mexicana el mismo octubre de 1924 en que el embajador soviético arribó a las costas mexicanas. No pudo dejar de darse cuenta de la cálida bienvenida que Pestkovsky había recibido al desembarcar con su familia en el puerto de Veracruz, y la ovacionada recepción de que fue objeto en la estación de trenes de la ciudad de México unos días después. El día que se escogió para que Pestkovsky presentara sus cartas credenciales ante el gobierno mexicano fue el simbólico aniversario de la Revolución bolchevique del siete de noviembre. Lo irónico del protocolo diplomático fue que tan pronto Pestkovsky terminara con sus obligaciones oficiales, se quitó el smoking y se reunió con los obreros e intelectuales a festejar el aniversario de la Revolución rusa.

[3] Arthur Schoenfeld al Secretario de Estado, México, 19 de agosto de 1924, USDSMEX, rollo 90, exp. 812.00B/79.

[4] Schoenfeld al Secretario de Estado, México, 5 de septiembre de 1924, USDSMEX, rollo 90, exp. 812.00B/79.

[5] Véase cap. 1.

La embajada norteamericana estuvo al tanto de todo. Un funcionario siguió a Pestkovsky e informó al embajador sobre lo que se dijo en aquella reunión, de tal suerte que el Departamento de Estado supo de primera mano que los oradores hablaron "del plan comunista para alcanzar el control en México". También informó sobre la alocución de Pestkovsky en torno a las bondades de la teoría marxista de la revolución que permitía un análisis de la situación política y social "con precisión". Además, Pestkovsky dijo a los obreros, y de paso al enviado de la embajada norteamericana, que el Partido Comunista "disciplinado y centralizado como un buen ejército", fue el que permitió que los bolcheviques triunfaran en Rusia.[6] Para los norteamericanos una diplomacia tan poco ortodoxa fue un anatema.

La consternación de la embajada por la hazaña nada diplomática de Pestkovsky reflejó el persistente ademán del Departamento de Estado hacia la Unión Soviética como el malhechor internacional. Esta posición, adoptada primero por el secretario Lansing y luego convertida en postura oficial del Departamento, continuó con el sucesor de Lansing, Bainbridge Colby. En 1920, Colby declaró que los Estados Unidos no podían reconocer o extender relaciones amistosas con un gobierno decidido "a conspirar contra nuestras instituciones". En 1923, el secretario de Estado Hughes sostuvo que "los que están en control en Moscú no han dejado de perseguir su objetivo original de destruir los gobiernos existentes en donde puedan". Después de la muerte de Warren G. Harding, en 1923, el presidente Calvin Coolidge siguió la misma actitud de negarle la legitimidad al gobierno soviético hasta que demostrara la disposición de "compartir con todos nosotros las tareas de la civilización". Todavía en 1928 el secretario de Estado, Frank Kellogg, expresó la preocupación de su gobierno por la interferencia soviética en otros países llevando a cabo "extensas y cuidadosamente planeadas operaciones con el propósito de derrumbar el orden existente en esas naciones".[7] Después del establecimiento de relaciones entre México y la Unión Soviética, la semioficial y reconocida revista *Foreign Affairs* opinó que la "influencia rusa en México será desfavorable para los Estados Unidos y no será agradable tener una base de propaganda comunista al sur de nosotros. Sin embargo, probablemente nos debería preocupar menos que la influencia japonesa".[8]

[6] Schoenfeld al Secretario de Estado, México, 2 de diciembre de 1924, USDSMEX, rollo 90, exp. 812.00/85.
[7] Citado en Gaddis, 1990, p. 105; Hunt, 1987, p. 138.
[8] "After the Election", firmado por E., en *Foreign Affairs*, vol. 3, núm. 2, 15 de diciembre de 1924, p. 176

Sheffield no fue ajeno a las discusiones que se externaron entre sus colegas y en la prensa sobre el comunismo en México, y no le agradó estar en un país que reconocía la legalidad del gobierno soviético. Su incomodidad llegó al grado de negarse a asistir a la toma de posesión de Calles como presidente en noviembre de 1924. Sheffield adujo que "la presencia del representante soviético entre el cuerpo diplomático crearía una situación embarazosa" para los Estados Unidos, que no reconocían a la Unión Soviética. Sin decirlo, Sheffield quería además insultar al gobierno mexicano: el embajador quiso manifestar que, no obstante la transmisión del poder de Obregón a Calles, parecía ser la más pacífica en catorce años, la ocasión no merecía ser celebrada sino aceptada como algo usual. El secretario Hughes tuvo que amonestar a Sheffield y urgirlo a participar en la ceremonia de la toma de posesión: su presencia no significaba el reconocimiento norteamericano de la Unión Soviética.[9]

Las tribulaciones de Sheffield en México apenas empezaban. Desde los acuerdos de Bucareli en 1923, las reformas sociales contenidas en la Constitución de 1917 habían sido letra muerta. Los norteamericanos esperaban que Calles mantuviera el *statu quo*. La prensa y la embajada expresaron su beneplácito porque el gobierno mexicano combatía al enemigo "rojo" en su propio país. La embajada se mostraba optimista porque "si bien parecía que Calles ayudaba al proletariado, no hay indicios de que deja la mano libre a los comunistas". También la comunidad empresarial norteamericana tenía la impresión de que Calles no iba a tolerar la interferencia "bolchevique" con la propiedad privada.[10]

Sin embargo, en abril de 1925, la embajada reconsideró su posición previa hacia Calles. Según afirmó Sheffield, el presidente no frenó la aplicación de las leyes agrarias, su actitud hacia los sindicatos obreros era demasiado amigable y para ayudar a resolver los problemas del país no empleó a los norteamericanos y "a los mexicanos cultos que habían servido en el régimen de Díaz". Tanto el agente de la inteligencia militar como el embajador estaban alarmados por la creciente importancia política de Morones quien, se rumoraba, tenía aspiraciones presidencia-

[9] Sheffield al Secretario de Estado, México, 14 de noviembre de 1924; Hughes a Sheffield, Washington, 14 de noviembre de 1924; USDSMEX, rollo 82, exp. 812.00/27448.

[10] "Mexicans Oust Bolsheviki", 21 de noviembre de 1924, "Ask Mexico to Oust Reds", 2 de enero de 1925, en *The New York Times*; Alexander Weddell al Secretario de Estado, México, 6 de enero de 1925, USDSMEX, rollo 83, exp. 812.00/27495; Informe de G-2, 28 de enero de 1925, MID, rollo 1, exp. 27; Sheffield al Secretario de Estado, México, 17 de marzo de 1925, USDSMEX, rollo 90, exp. 812.00B/89; Weddell al Secretario de Estado, México, 21 de mayo de 1925, USDSMEX, rollo 83, exp. 812.00/27542.

listas y la CROM, que él dirigía, supuestamente estaba bajo la influencia soviética aún más que la AFL.[11]

Pese a que entre el establecimiento de las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, llevado a cabo en 1924, y la anunciada renovación del programa reformador de Calles, un año después, no parecía que hubiera relación alguna, Sheffield fue rápido en establecerla y sostenerla con tenacidad. Nunca se dejó convencer de que la Revolución mexicana y la bolchevique no eran una y la misma cosa.

En los Estados Unidos se sabía que los miembros del gabinete mexicano estaban divididos en torno a tratar el ritmo y la amplitud con que debía llevarse a cabo el programa revolucionario del gobierno. Los funcionarios norteamericanos estaban conscientes de que su antagonismo a las reformas motivaba a algunos a insistir en una aplicación cautelosa de la reforma agraria. Alberto Pani, en la Secretaría de Hacienda, prefería un ambiente de estabilidad política para atraer el capital extranjero. El ingeniero agrario Marte R. Gómez, por el contrario, valoraba la política agraria radical por encima del bien que pudiera brindarle a México el capital foráneo. Estas dos concepciones del programa de recuperación económica: una basada en la idea de que sin el concurso del capital extranjero México no se podía reconstruir y la otra en una vía casi autárquica, dominaron el pensamiento político a lo largo de los años veinte. Entre estas dos posiciones se insertaba una tercera que era enarbolada por Morones y la CROM. Según los observadores norteamericanos esta posición era oportunista, sin principio alguno, y seguida solamente por el hambre de poder de sus dirigentes. Morones se oponía a una reforma agraria radical solamente en apariencia, puesto que la perseguían sus contrarios en el gobierno, quienes se ganaron la popularidad entre el campesinado, de la que carecía la CROM.[12]

Cuando el gobierno norteamericano decidió tomar cartas en los asuntos mexicanos públicamente, se aprovechó precisamente de las encubiertas divisiones internas. En mayo de 1925, apenas seis meses después de su llegada, Sheffield regresó a los Estados Unidos para sostener conferencias con el secretario Kellogg. El embajador estaba convencido de que México necesitaba una severa amonestación. Después de las conversaciones, Kellogg hizo pública la amenaza del gobierno norteameri-

[11] Sheffield al Secretario de Estado, México, 6 de abril de 1925, USDSMEX, rollo 83, exp. 812.00/27533. Informe de G-2, 2 de abril de 1925, MID, rollo 1, exp 165.

[12] Haynes, 1981, pp 110-128, tesis doctoral.

cano a la élite gubernamental mexicana para que abandonara la realización de las reformas constitucionales.

México en el banquillo de los acusados

Después de que Calles asumió la presidencia, Kellogg también pensó que las condiciones en México mejoraron. El secretario atribuyó el cambio a que el embajador Sheffield logró "proteger" (*sic.*) la propiedad de los norteamericanos y demás extranjeros, gracias a lo que las relaciones entre los dos países eran más amigables. Sin embargo, Kellogg creía que la propiedad que ya había sido confiscada ilegalmente y sin indemnización alguna, ponía a las autoridades de México en entredicho: "El gobierno de México está en juicio ante el mundo", proclamó el 12 de junio de 1925.[13]

La declaración de Kellogg cayó como rayo. El gobierno mexicano rechazó la ofensiva del secretario de Estado por arrogante, por amenazar la soberanía nacional y alentar el levantamiento de las fuerzas de oposición en su contra. La CROM envió "una enérgica protesta del pueblo trabajador mexicano" contra las declaraciones de Kellogg. Todos los periódicos del país apoyaron a Calles.[14]

A Kellogg no le preocuparon las protestas mexicanas y las arrojó por la borda del desprecio:

> Este Departamento tiene la esperanza de que una vez que se calme la emoción inicial y baje la excitación entre los elementos disidentes que rodean al presidente Calles por la supuesta interferencia extranjera, se aceptará el punto de vista del pronunciamiento del secretario y los mejores y más conservadores elementos en el gobierno buscarán la manera de apoyar al presidente Calles en la ejecución del programa que había iniciado tan promisoriamente y del que se ha desviado últimamente.[15]

Kellogg estaba seguro de que su pronunciamiento iba a tener el impacto esperado porque circulaba el rumor de que en México se estaba preparando otra revolución. Sabía que además de las divisiones acerca del ritmo y la profundidad de las reformas, la "familia revolucionaria" estaba dividida entre los partidarios de Obregón y los de Calles, y que el

[13] Kellogg a Sheffield, Washington, 12 de junio de 1925, USDSUS-MEX, rollo 4, exp. 711.12/546a.
[14] Eduardo Moneda a Kellogg, México, 17 de junio de 1925, USDSUS-MEX, rollo 4, exp. 711.12/563.
[15] Kellogg a Sheffield, Washington, 15 de junio de 1925, USDSUS-MEX, rollo 4, exp. 711.12/548.

país estaba fragmentado en cacicazgos regionales que ningún gobierno tenía la esperanza de poder controlar. En junio de 1925, Kellogg decidió aprovecharse de las divisiones internas de México y condicionar la asistencia militar de los Estados Unidos, en caso de que fuera necesario, a la adopción del compromiso mexicano de proteger las vidas y la propiedad de los norteamericanos.[16]

¿Por qué se suscitó una nueva crisis entre los dos países? preguntó el *New York Times*. El coronel James Reeves de la inteligencia militar tampoco supo explicarse el repentino cambio en las relaciones entre México y los Estados Unidos, que "seguramente ha dejado perplejo al pueblo americano". El coronel supuso correctamente que en México el mensaje de Kellogg se podía ver "como la interferencia de los Estados Unidos en los asuntos netamente mexicanos y como un intento por dictar y coaccionar a la actual administración mexicana a que satisficiera los intereses egoístas americanos".[17]

Al capitán Bogart, del Estado Mayor de la inteligencia militar, le pareció que la declaración de Kellogg era una indicación de que "el gobierno de los Estados Unidos está dispuesto a recurrir a cualquier medida extrema para proteger adecuadamente los intereses y los derechos de los americanos y otros extranjeros en México y para que el gobierno mexicano cumpla los compromisos y las obligaciones internacionales". Al carecer de una explicación mejor en torno al discurso de Kellogg, Bogart especuló que fue el resultado "de la preocupación por algo serio que pudiera suceder en el futuro y hacia lo cual está encaminada la situación actual". Además, según Bogart, Kellogg se quería distanciar de "un gobierno establecido en México cuyas políticas no eran muy diferentes de las de Rusia Soviética".[18]

¿Había otras razones que explicaran la declaración amenazante de Kellogg además de las que adujeron él y los observadores militares? Probablemente había dos más que subyacían a las abiertamente declaradas. En marzo de 1925, el comisario para los Asuntos Extranjeros de la Unión Soviética, Georgi Chicherin, se refirió al reconocimiento mexicano de la URSS. Entonces hizo la malograda declaración sobre la popularidad de su país y la conveniencia de tener relaciones con México para proporcionar-

[16] Sheffield al Secretario de Estado, México, 14 de noviembre de 1924, USDSMEX, rollo 82, exp. 812.00/27448.

[17] "What Lies Back of New Mexican Crisis", en *The New York Times*, 21 de junio de 1925; Coronel James Reeves, "Memorandum for the Chief of Staff", 18 de junio de 1925, MID, rollo 1, exp. 592.

[18] Mayor R.R. Burleigh, Jefe del Estado Mayor al agregado militar, Washington, 23 de junio de 1925, MID, rollo 1, exp. 597; capitán James Bogart, "Memorandum for the Chief of Staff", Washington, 17 de junio de 1925, MID, rollo 1, exp. 607

que si Calles cedía ante Kellogg, los agraristas y los laboristas lo derrocarían. Si se oponía al gobierno norteamericano, De la Huerta, en connivencia con nuestro Gobierno, debería hacer que cayera. Si hemos que tener problemas en México, pongamos a los mexicanos por delante".[23]

El plan de recurrir a De la Huerta en Estados Unidos y a sus seguidores en México, se puede corroborar en las *Memorias* del mismo sonorense. De la Huerta intentó justificar y exculpar su conducta durante el levantamiento militar de 1923 y aunque no todo lo que dice es confiable, su narración del plan norteamericano puede seguirse a grandes rasgos. Según el testimonio del ex ministro y presidente, un grupo de empresarios norteamericanos se le acercó para que encabezara una revolución en México. Le iban a proporcionar dinero, barcos y aviones para asegurar un triunfo veloz. Para congraciarse con De la Huerta, alegaron que en 1923 y 1924 se habían equivocado al apoyar a Obregón en lugar de haberlo apoyado a él. A cambio de llevarlo al poder, los empresarios le exigieron el compromiso de otorgarles concesiones para construir carreteras, puertos y presas. Las ganancias derivadas de los lucrativos negocios pagarían los gastos empleados en el levantamiento. El trato no se llevó a cabo, según De la Huerta, porque él se dio cuenta de que el Departamento de Estado estaba metido en el asunto. Al parecer, el plan fracasó no solamente por los supuestos escrúpulos de De la Huerta, sino porque no se podía poner de acuerdo con sus cómplices sobre el reparto del botín aún antes de que usurparan el poder político.[24]

En febrero de 1926, fue presentado al Departamento de Estado otro plan para derrocar al gobierno de México por Howard T. Oliver, presidente del comité ejecutivo de una organización neoyorquina conocida como The Mexico Pilgrims (Los Peregrinos de México). Oliver presentó el plan al subsecretario Joseph Grew, en espera de que el Departamento de Estado apoyara su coordinación con los empresarios norteamericanos y "los grupos revolucionarios" en México con el fin de constituirse en una fuerza de oposición al gobierno.

No obstante que Grew fue partidario de usar mano dura hacia América Latina, creía que los Estados Unidos tenían la obligación "de preservar la paz y asegurar gobiernos constitucionales en esos países". Si bien el gobierno mexicano manifestaba "rasgos de miopía oriental" al pensar que podría permanecer en el poder sin el apoyo de los Estados Unidos, Grew

[23] Henry Lane Wilson al senador George H. Moses. Indianápolis, 16 de junio de 1925, USDSUS-MEX, rollo 4, exp. 711.12/565.

[24] Espinoza, 1957, p. 283.

creyó en la inviolabilidad de las formas constitucionales. Grew fue enfático al contestarle a Oliver: "Este Gobierno no solamente no escuchará ni considerará por un momento un plan para fomentar revoluciones en un país con el que hemos tenido relaciones amistosas, sino que al enterarse de él, de buena fe comunicará los hechos al gobierno en cuestión."[25]

Sin embargo, la diplomacia de Kellogg en ese entonces fue una combinación de timidez y bravatas, y más de lo segundo en su política con México. Cada vez más, en el Departamento de Estado, Kellogg delegaba el poder de decisión a su antiguo socio de despacho de abogados Robert Olds. A medida que la influencia de Olds crecía, la del subsecretario Grew disminuía al grado de quedarse a oscuras sobre las medidas que el Departamento tenía planeado ejecutar en México.[26]

Cara a cara al redoblado esfuerzo reformador

En el verano de 1925, el gobierno mexicano expulsó al norteamericano Bertram Wolfe por su participación en el Partido Comunista Mexicano y los sindicatos obreros. Su expulsión dejó buena impresión en la embajada norteamericana pero no engañó a los diplomáticos.[27] Por este solo hecho Sheffield no veía razón alguna para relajar la línea dura en su trato con el gobierno mexicano. Para entonces, el embajador ya se había hecho una idea acerca de todos y cada uno de los miembros del gabinete de Calles, y llegó a la conclusión de que el gabinete era simplemente malo e ineficiente; se caracterizaba por la avaricia y un nacionalismo indio, no latino y que odiaba todo lo que no fuera de su raza. Sheffield lamentó que circulara tan poca sangre blanca en las venas de los gobernantes mexicanos.[28]

En diciembre de 1925, el gobierno de Calles promulgó leyes que reafirmaban el papel dirigente del Estado en la economía nacional, y que debían entrar en vigor en enero de 1927. Las leyes que reglamentaban la explotación petrolera y la posesión de tierra en las franjas fronterizas y los litorales del mar por los extranjeros, fueron consideradas como confiscatorias y exacerbaron la posición hostil de Sheffield respecto a México. La ley petrolera obligaba a las compañías a solicitar concesiones del go-

[25] Grew, 1953, p. 669

[26] Heinrichs, 1966, pp. 109-110.

[27] Arthur Schoenfeld al Secretario de Estado, 2 de julio y 10 de septiembre de 1925, USDSMEX, rollo 90, exp 812.B/95; John Q. Wood al Secretario de Estado, Veracruz, 12 de septiembre de 1925, exp. 812.00B/96.

[28] Sheffield a Nicholas Murray Butler, 17 de noviembre de 1925, citado en Ferrell, 1963, p. 31.

bierno, válidas por cincuenta años, en lugar de gozar de la propiedad de la superficie bajo la cual explotaban el hidrocarburo desde años antes. Cerca del 70 por ciento de los productores (50 por ciento según el gobierno de México) se negó a acatar la disposición.[29]

La nueva ley de tenencia de la tierra prohibió a los extranjeros poseer propiedades dentro de cincuenta kilómetros en la costa, y de cien kilómetros en las fronteras. Además, las compañías extranjeras no podían tener sino una participación minoritaria en las empresas agrícolas, y tampoco podían recurrir a su gobierno para que interviniera a su nombre en caso de alguna disputa de negocios en México. Antes de someter las nuevas leyes al Congreso, Calles reanudó el pago de la deuda externa -interrumpido después de haber estallado la rebelión militar en 1923- con el fin de suavizar el impacto que iban a producir en los Estados Unidos tales leyes.

Ambos decretos se oponían a los acuerdos de Bucareli, que habían exonerado a las compañías petroleras de las disposiciones del Artículo 27, siempre y cuando demostraran que explotaban los pozos antes de mayo de 1917. La iniciativa de Calles demostró además que el presidente en turno no se veía obligado a cumplir acuerdos tomados por su antecesor.[30]

Una vez definidas las posiciones, Estados Unidos se dedicó a atacar a México mediante un aluvión de correspondencia diplomática y una guerra de propaganda. En enero de 1926, el agregado militar hizo una rabieta y dijo que México "se ha envenenado con los modernos dogmas del socialismo y los más arcaicos tipos de comunismo que hoy existen en el mundo, y el colectivismo y el sindicalismo están mezclados produciendo un caos peor del que existe en Rusia".[31] En realidad, el intento del gobierno mexicano por volver a encarrilar la Constitución de 1917 llevó a los dos países al borde de la guerra.

Escaramuzas diplomáticas y guerra de propaganda

Debido a que el Departamento de Estado objetaba la promulgación de las nuevas leyes solamente mediante notas diplomáticas, la compañías petroleras y algunos banqueros tomaron la defensa de sus intereses en sus propias manos. En conversaciones privadas con los funcionarios mexi-

[29] Jonathan C. Brown, "Why Foreign Oil Companies Shifted Their Production from Mexico to Venezuela during the 1920s", en *The American Historical Review*, vol. 90, núm. 2, abril de 1985, pp. 362-385; Dulles, 1967, pp. 319-320

[30] Ellis, 1961, p. 33.

[31] G. M. Russell, Agregado Militar, Informe de G-2, México, 18 de enero de 1926, MID, rollo I, exp. 740

canos, algunos representantes de las compañías y bancos decían expresar el punto de vista del Departamento de Estado al darles a entender que se estaba preparando un conflicto internacional de gran envergadura si México no desistía en la ejecución de las leyes anunciadas. Durante una visita a la embajada mexicana en Washington, por ejemplo, un representante del magnate petrolero Sinclair insinuó al embajador Manuel Téllez que "las autoridades superiores" le impidieron llegar a un arreglo con el gobierno mexicano. Elmer Jones, quien representaba al Comité Internacional de Banqueros en México, quiso hacerle creer al presidente del Banco Nacional que si México no se retractaba de su posición "Estados Unidos vendría a la Ciudad de México con las fuerzas armadas para establecer un gobierno que respetara los derechos de vida y propiedad de los norteamericanos y lo apoyaría hasta que se pudiera sostener solo". El embajador Sheffield siguió insistiendo al Departamento que adoptara una política más agresiva para proteger a las compañías norteamericanas.[32]

Las escaramuzas diplomáticas entre México y los Estados Unidos iban de la mano con la guerra de propaganda librada por la prensa de los dos países. En la ciudad de México John Page, el corresponsal de *Public Ledger* y *New York Evening Post*, iba y venía de la embajada para mantener a Sheffield al tanto de los chismes que recogía sobre la ola de oposición que se había levantado en contra de las presiones ejercidas por los Estados Unidos. Page supo en uno de sus recorridos que el dirigente obrero Morones estaba a punto de ir a los Estados Unidos para organizar una campaña de propaganda en contra de Sheffield. En otra ocasión, Page informó al embajador que Robert Haberman, el socialista norteamericano empleado por el gobierno mexicano, llamó al embajador ese "condenado necio" que no debía meterse con los mexicanos porque "nosotros podemos levantar más ruido en Estados Unidos" que él en México. Más adelante, Page intimó a Sheffield que el doctor Ernest Gruening, quien reunía materiales para su historia de la Revolución mexicana, estaba por regresar "para crear una oposición en el senado de los Estados Unidos a la política del Departamento de Estado" y cabildear ahí para que el embajador fuera retirado. Este profesional del chisme, informó al embajador que el canciller Sáenz

[32] Sheffield al Secretario de Estado, México, 26 de enero de 1926, USDSUS-MEX, rollo 5, exp. 711.12/671, Sheffield al Secretario de Estado, Mexico, 16 de febrero de 1926, USDSUS-MEX, rollo 5, exp. 711.12/685. Kellogg "Memorandum of Conversation Between the President of the United States, the Secretary of State, and the Mexican Ambassador", Washington, 21 de marzo de 1927, USDSUS-MEX, rollo 7, exp. 711.12/143 y "Forged correspondence", exp. 711.12/145

> ...dijo ayer a mis amigos de la prensa mexicana que usted ha vivido más de lo debido en México y que ya se estaba cansando de verlo por aquí. El mismo gobierno de los Estados Unidos, está en juicio ante la opinión pública por el uso indebido de su poder superior al tratar de coaccionar a los gobiernos de México y de otras repúblicas americanas más débiles.[33]

La atmósfera en México se tensaba día con día. El profesor Frank Tannenbaum de la Universidad de Columbia, que se encontraba en México para reunir datos para su historia agraria, se dio una vuelta por la embajada, al parecer en común acuerdo con algunos funcionarios del gobierno mexicano. El objetivo de su visita fue dejar en claro que si los Estados Unidos derrocaban a Calles, su sucesor podría ser Morones o alguien todavía más hostil a los norteamericanos. Tannenbaum insinuó que sería más barato si los Estados Unidos indemnizaban a los ciudadanos cuya propiedad fuera confiscada en lugar de hacerle la guerra a México.[34]

El gobierno mexicano no se quedó con las manos cruzadas ante los incesantes insultos, abiertos y velados. A través de sus propios medios de propaganda rechazó las amenazas norteamericanas, y declaró que no sólo estaban afectando a México sino que atemorizaban a la humanidad entera. La resistencia de México era una lucha a nombre de todos los pueblos de América Latina.[35]

Desconcertado, el Departamento de Estado tuvo que admitir que la propaganda mexicana logró su propósito e influyó en la opinión pública norteamericana. El subsecretario Grew apuntó en su diario el 1o. de febrero de 1926: "Nos odian allí con todo su corazón y no es fácil prever cuál será el desenlace".[36] El Departamento de Estado se encontraba en un dilema: si seguía desmintiendo al gobierno de México, proporcionaba más información a la prensa sobre "las dañinas tendencias de la legislación mexicana actual y futura". De esta manera, influiría sobre la opinión pública y crearía una actitud antagónica hacia México. Podía darse el caso

[33] John Page a Sheffield, México, 23 de enero de 1926 y Sheffield al Secretario de Estado, 25 de enero de 1926, USDSUS-MEX, rollo 5, exp. 711.12/671.

[34] Estas noticias fueron publicadas por *Excélsior*, 26 de enero de 1926, *El Demócrata*, 23 de enero de 1926 y *El Universal*, 22 de enero de 1926, traducidas al inglés y enviadas al Departamento de Estado, en USDSUS-MEX, rollo 5, exp. 711.12/667-668.

[35] "Un problema continental", en *El Universal*, 22 de enero de 1926; "La responsabilidad de México ante el pueblo de América", en *El Demócrata*, 23 de enero de 1926, "De nuevo la diplomacia del dólar", en *Excélsior*, 26 de enero de 1926.

[36] Grew a Weddell, Washington, 6 de febrero de 1926, USDSUS-MEX, rollo 5, exp. 711.12/711; Division of Mexican Affairs al Secretario de Estado, 15 de febrero de 1926, rollo 5, exp. 711.12/695; Grew, 1953, p. 667.

que, se le exigiría al gobierno que rompiera relaciones diplomáticas, o peor, que interviniera en México militarmente. Grew propuso una actitud de espera y mientras,

> ...ser cortés y paciente a menos que, o hasta que, la legislación se ejerza de tal manera que se vea si los intereses creados de los americanos son afectados por su aplicación retroactiva. Estamos observando con cuidado la evolución de los acontecimientos, evitando poner al presidente Calles en una posición que lo forzara a actuar con dureza para salvar la cara.[37]

La prensa hizo caso omiso del llamado de Grew a la cautela con el fin de evitar que las emociones del público norteamericano se exacerbaran con noticias sensacionalistas y surgieran sentimientos antimexicanos. La propaganda incitada por la prensa continuó y fue reproducida por los periódicos mexicanos. En abril de 1926, por ejemplo, el *Excélsior* publicó una historia del *New York Times,* basada supuestamente en "documentos" que pusieron al descubierto que en el mes de enero y febrero anteriores se llevaron a cabo "reuniones secretas" en Moscú en las que se fraguaron planes para "provocar revoluciones y otros disturbios en varias partes del mundo". Entre otros se mencionó el plan de provocar un conflicto armado entre México y los Estados Unidos.[38]

Sin duda, estas noticias e historias inventadas reflejaban el interés en que tuviera lugar tal conflicto armado. El embajador Sheffield fue uno de los que capitaneaban al grupo de presión que creía que solamente con la fuerza se podían salvaguardar los derechos norteamericanos en México.[39]

Hacia un enfrentamiento diplomático

Hacia fines de 1926 y principios de 1927, la plegaria de Sheffield pareció cumplirse. El gobierno norteamericano acusó a México de ser el centro del bolchevismo en el hemisferio y, por tanto, una amenaza a la seguridad de los Estados Unidos. El pretexto inmediato fue el apoyo público de Calles al candidato presidencial liberal nicaragüense Juan Sacasa y el

[37] Grew, 1953, p. 670.

[38] "Siniestros Planes de los Soviets", en *Excélsior,* 26 de abril de 1926.

[39] Sheffield nunca se cansó de repetir de que existía "una curiosa coincidencia" entre la administración mexicana y las prácticas del gobierno soviético. Sheffield a Coolidge, México, 5 de abril de 1926, USDSUS-MEX, rollo 5, exp. 711.12/744; Sheffield al Secretario de Estado, Mexico City, 4 de mayo de 1926, rollo 5, exp. 711.12/753 1/2; Sheffield al Secretario de Estado, México, 29 de junio de 1926, USDSMEX, rollo 90, exp. 812.00B/122.

envío secreto de armas a Nicaragua.[40] Los Estados Unidos vieron con alarma que México disputó sus pretensiones hegemónicas en América Central, y temieron que el desafío mexicano pudiera influir negativamente sobre los demás países de América Latina. Estos factores radicalizaron su posición y precipitaron el conflicto entre México y Estados Unidos. Los políticos mexicanos y la prensa norteamericana interpretaron el conflicto como el preludio de una guerra.[41]

Para justificar la agresión, el gobierno norteamericano necesitaba presentar al público pruebas fehacientes de que México era dominado por los bolcheviques. La oportunidad se presentó a mediados de 1926, cuando el gobierno soviético removió a Stanislav Pestkovsky y envió a Alexandra Kollontai para que lo reemplazara en la embajada en México. Entonces, el nombre de Kollontai fue asociado en la conciencia pública con la Revolución bolchevique, en la que ella había jugado un papel protagónico, y no con la teoría del papel de la mujer en la nueva sociedad, que era lo que más le preocupaba en 1926.

Para llegar a México desde Noruega, Kollontai intentó pasar por los Estados Unidos. Sin embargo, el Departamento de Estado le negó la visa, alegando que su misión no era como Kollontai decía, el fortalecimiento de las relaciones comerciales y amistosas entre la Unión Soviética y México, sino la subversión. Se le negó la visa además para que el público norteamericano no fuera engañado y no creyera en la buena voluntad de la Unión Soviética.[42] La prensa y los políticos conservadores celebraron la actitud del Departamento de Estado como una "sabia exclusión de un acreditado agente del gobierno soviético [...] que se encamina a trabajar en un país conocido como el centro de acciones comunistas dirigidas contra los Estados Unidos y las repúblicas de América Central".[43]

Alexandra Kollontai cruzó el Atlántico directamente hacia Veracruz, de donde tomó el tren a la capital. En el puerto el gobernador Heriberto Jara la colmó con atenciones. Al llegar el tren a la estación de Buenavista, el cónsul norteamericano Wood estaba entre la muchedumbre para evaluar el recibimiento que los comunistas ofrecieron a la embajadora. El cónsul informó que había unas setecientas personas, meneando bande-

[40] Kane, 1977, p. 183, Smith, 1972, p. 236; Salibury, 1988, p. 77; Buchenau, 1996, pp. 165-167.

[41] "Tirantez Mexicana-EU por la Supuesta Ingerencia de México en Nicaragua", en *Excélsior*, 6 de diciembre de 1926.

[42] Frederic Lewis Propas, "The State Department, Bureaucratic Politics and Soviet-American Relations", tesis doctoral, University of California, Los Ángeles, 1982; Propas, 1982, p. 53.

[43] Citado por H.G. Chilton a Foreign Office, Washington, 11 de noviembre de 1926, PRO, FO 371, exp. 11780.

ras rojas. Además, "la muchedumbre cantó una canción, supongo que La Internacional, pero como no conozco la tonada ni la letra, no puedo afirmarlo con exactitud". El cónsul notó la proverbial belleza y elegancia de la embajadora y terminó su informe complacido porque la CROM –a la que equivocadamente consideró una organización de izquierda– estaba ausente.[44] Aparentemente, el acontecimiento careció del acostumbrado entusiasmo revolucionario. Tampoco la toma de posesión de Kollontai como embajadora fue conspicua. Sin embargo, a pesar de que su estancia fue breve y de perfil bajo, su presencia en México durante siete meses fue suficiente para dar pie a rumores y a la fabricación de noticias acerca de sus instigaciones de disturbios revolucionarios al norte de la frontera y al sur hasta alcanzar, supuestamente, el canal de Panamá.

La llegada de Kollontai a México cayó como anillo al dedo del asistente del secretario de Estado Robert Olds, y le proporcionó el esperado pretexto para incitar a la opinión pública en Estados Unidos contra el país vecino. El 16 de noviembre de 1926, Olds llamó a los corresponsales de cuatro cadenas de prensa a una conferencia para darles una sensacional y detallada descripción de las actividades comunistas en México al sur de su frontera. Olds urgió a los periodistas a darle el debido espacio en sus medios pero solamente la Prensa Asociada accedió.[45]

El intento de Olds por hacer aparecer a México como el malhechor bolchevique no prosperó. En consecuencia, en diciembre de 1926, la División de Asuntos Mexicanos del Departamento de Estado elaboró un memorándum en el que buscó probar que las instituciones, las leyes y los miembros del gabinete mexicano estaban penetrados por el radicalismo. Echando mano del memorándum, en enero de 1927, el presidente Coolidge comunicó a la prensa que las vidas y la propiedad de los norteamericanos debían ser protegidas en México: "No nos importa cómo se hace, solamente que tiene que hacerse."[46]

El 12 de enero de 1927, el secretario Kellogg entregó al Comité de Relaciones Exteriores del senado un informe titulado *Bolshevik Aims and Policies in Mexico and Central America* (Objetivos y políticas bolcheviques en México y América Central) junto con una recopilación de documentos comprobatorios. Kellogg quería que se difundiera la opinión de que Méxi-

[44] Sheffield al Secretario de Estado. México. 9 de diciembre y 18 de diciembre de 1926, USDSMEX, rollo 90. exp. 812.00B/135 y 812.00B/138.

[45] Ellis, 1961, p. 38.

[46] "Memorandum. Radical and Socialistic Influences in Mexico", por Wm. S. Howell, Jr., Division of Mexican Affairs, Departamento de Estado, Washington. 14 de diciembre de 1926, USDSMEX, rollo 90. exp. 812.00B/134; *Excélsior*, 9 de enero de 1927.

co era la cabeza de playa del gran plan de la Unión Soviética por iniciar la revolución mundial:

> Los dirigentes bolcheviques tienen ideas fijas respecto al papel que México y América Latina deben jugar en su programa de la revolución mundial. Una de sus tareas fundamentales es la destrucción de lo que llaman el imperialismo americano como el requisito necesario para el desarrollo exitoso del movimiento revolucionario internacional en el Nuevo Mundo. De esa manera, conciben a América Latina y México como las bases para su actividad contra los Estados Unidos.[47]

Para fundamentar los cargos y hacer su posición convincente, Kellogg recurrió a la División de Asuntos de Europa Oriental y a su jefe Robert F. Kelley. Esta oficina en el Departamento de Estado había sido creada en 1924, y desde entonces se dedicó a proporcionar información al Departamento de Asuntos Mexicanos cada vez que lo requiriese. Kelley, egresado de la universidad de Harvard donde estudió el ruso, tuvo experiencia en espionaje durante la Primera Guerra Mundial. Sus conocimientos fueron aprovechados después de la guerra por el Departamento de Estado y por la Oficina de Investigación, cuando necesitaban la recopilación de información sobre los sospechosos del radicalismo y subversión.[48]

En 1926, Kellogg pidió a Kelley que le proporcionara la información necesaria para poder acusar a México ante el senado, como el instigador del movimiento comunista en el hemisferio. Kelley tenía suficiente material para armar un caso contra México. Ya el año anterior había alertado a Kellogg cuando por iniciativa del Comintern se formó la Liga antiimperialista. Según le informaron a Kelley sus hombres, colocados en el consulado norteamericano y centro de espionaje en Riga, Letonia, México fue escogido como la sede de la Liga. El objetivo principal de la Liga era "organizar un movimiento revolucionario en las posesiones (*sic.*) territoriales de los E.U."[49] Adicionalmente, Kelley explicó entonces al secretario que

> ...uno de los objetivos principales de la política revolucionaria bolchevique es unificar los movimientos y tendencias anti-americanas en varios países de América Latina en uno solo para abarcar todo el

[47] Citado en Harold Nicholson, 1930, p. 307

[48] Propas, 1982, pp. 18-134; Buckingham, 1988, pp. 36-38; Little, 1983, p. 379.

[49] F. W. B. Coleman al Secretario de Estado, Riga, Letonia, 17 de septiembre de 1925, USDSMEX, rollo 90, exp 812.008/97; Propas, 1982, p. 53.

continente americano y crear lo que los bolcheviques llaman el frente unido contra el imperialismo americano.[50]

Un año después, en 1926, el expediente que Kelley entregó a Kellogg, y que el secretario presentó al Senado como la evidencia de los propósitos siniestros de México, consistió en ciento siete páginas, que incluían recortes de periódicos soviéticos que se referían a México y documentos del propio Departamento sobre el comunismo en México. El expediente contenía además, extractos de las publicaciones del Comintern y de las declaraciones de los dirigentes del Partido Comunista de la Unión Soviética, de los órganos de los partidos comunistas en los Estados Unidos y México, declaraciones de sus dirigentes, de los periódicos oficiales, pronunciamientos de los dirigentes de la AFL y la CROM y de los presidentes mexicanos. Esta rica recopilación abarcaba del periodo de 1920 a fines de 1926. Kelley añadió al expediente una carta en la que proporcionó la clave para interpretar las actividades a las que se referían los documentos, y un esquema del marco institucional para explicar cómo funcionaba el sistema soviético.[51] Después de que los documentos fueran entregados al Senado, y la noticia se filtró a los medios, los periódicos hicieron lo suyo para convertirla en una venal propaganda en contra de México. El presidente Coolidge añadió su grano de arena.

Lo que transcurrió a lo largo de 1925 y 1926 entre México y los Estados Unidos fue suficiente para convencer al gobierno mexicano de que su vecino del norte se estaba preparando para romper relaciones o inclusive para una acción militar. Todo indica que el gobierno tomó las diferentes amenazas de los norteamericanos al pie de la letra: los informes de los empresarios de que el Departamento de Estado les impedía someterse a las leyes mexicanas, la propaganda de la prensa y las intimidaciones directas e indirectas de Kellogg y Olds para que México no interfiriera en América Central. Anticipándose a una intervención militar, Calles transfirió unos cinco mil soldados de Sonora a Tampico e instruyó a sus colaboradores más cercanos –a Portes Gil, a los generales Arnulfo Gómez y Lázaro Cárdenas, comandante en jefe de las operaciones militares en Tampico– a incendiar la propiedad de los norteamericanos en la región petrolera en caso de una invasión. Calles envió además mensajes a las

[50] Kelley al Secretario de Estado, Washington, 17 de diciembre de 1925, USDSMEX, rollo 90, exp. 812.00B/103.

[51] Kelley a Olds, Washington, 6 de diciembre de 1926, USDSMEX, rollo 90, exp. 812.00B/195; Ellis, *Kellogg*, p. 40

embajadas pidiendo que utilizaran sus fondos para contrarrestar la propaganda *norteamericana en contra* de su gobierno.[52]

A través de sus agentes y cónsules, el Departamento de Estado observó el movimiento de tropas en México. Dándole una vez más una interpretación distorsionada a los acontecimientos, en febrero de 1927 el Departamento envió una circular a todos los cónsules para estar alerta ante los posibles recibimientos de armas y municiones rusas en México. Un boletín tan ridículo provocó respuestas igualmente cómicas. Desde Guadalajara, el cónsul Dwyre informó que tres norteamericanos le dijeron que habían visto una carreta tirada por caballos que salió de la estación del ferrocarril cargada con armas y municiones. Supuestamente las cajas estaban marcadas con la palabra "Ruso".[53] Unos días después, Sheffield no dudó en prestar credibilidad al malicioso rumor de que Alexandra Kollontai había organizado la emigración de mil quinientos obreros mexicanos a los centros industriales en los Estados Unidos "en donde estarían en contacto estrecho con otros trabajadores extranjeros y tratarían de inculcarles los principios del comunismo en esperas de fomentar el odio contra las «causas del capitalismo»".[54]

George Seldes, un periodista aguerrido del *Chicago Tribune* y corresponsal en Rusia durante la Revolución y expulsado en 1922, también fue presa de la histeria suscitada en torno a México a principios de 1927. El *Chicago Tribune* envió a Seldes a México en 1926 para cubrir las anticipadas hostilidades entre México y Estados Unidos. Dos años después de los hechos, Seldes escribió que la encantadora y culta Kollontai "dirigía un complot comunista en una docena de países". Los fantasiosos rumores convirtieron la modesta embajada que Kollontai tenía a su cargo en un monumental edificio con numerosos departamentos, "cada uno dedicado a un país o grupo de islas en América Central y del Sur, o a una tarea especial como la propaganda de prensa o apoyo a ligas y clubes, y movimientos cuyos objetivos e intenciones son antiamericanas". Según Seldes, la embajada enviaba agitadores por todo el país y sobre todo a las regiones petroleras, las fábricas textiles y los sindicatos ferrocarrileros:

[52] Richard A. Melzer, "Dwight Morrow's Role in the Mexican Revolution: Good Neighbor or Meddling Yankee?", tesis doctoral, The University of New Mexico, 1979, p. 88; "Acuerdo Presidencial", 1o. de enero de 1927, USDSUS-MEX, rollo 5, exp. 711.12/929 3/4; "Kellogg Explains Red Mexico Report", 4 de enero de 1927, "Coolidge Sends More Ships to Nicaragua", 7 de enero de 1927, "Mexico Denies Charge Made by Kellogg", 14 de enero de 1927, "Says Mexicans Fight Reds", 15 de enero de 1927, en *The New York Times*.

[53] Dudley Dwyre a Sheffield, Guadalajara, 3 de febrero de 1927, USDSMEX, rollo 85, exp. 812.00/28232, Sheffield al Secretario de Estado, Mexico, 4 de febrero de 1927, rollo 85, exp. 812.00/28223.

[54] Sheffield al Secretario de Estado, México, 7 de febrero de 1927, USDSMEX, rollo 90, exp. 812.00B/158.

> Los agentes rusos, disfrazados de buhoneros, andan por el campo aparentemente vendiendo cosas baratas pero en realidad predican la doctrina roja. A veces, cuando un campesino dice "no tengo dinero, soy demasiado pobre", estos agentes de Moscú contestan, "levántate y tómalo. Toma la tierra. Toma las fábricas. Prepárate para la dictadura del proletariado".[55]

Este era el clima que las compañías petroleras y las agroindustrias, como la International Harvester Company, aprovecharon para seguir presionando al Departamento de Estado a que actuara con rigor en México. A pesar de que algunas de las compañías hacía meses habían abandonado sus negocios en México instalándose en Venezuela -de tal manera que México dejó de ser su fuente vital de inversión- en su opinión, las leyes nacionalistas que no habían logrado derrocar en México, seguían siendo un precedente peligroso para el resto de América Latina.[56]

Se cuestiona la tirantez norteamericana

Mientras que México se preparaba para la guerra, en Estados Unidos aumentaban los críticos de la política exterior del gobierno norteamericano en América Latina. El Senador por Idaho, y presidente del Comité para los Asuntos Extranjeros del Senado, William Borah, ridiculizó al gobierno por no otorgarle la visa a Kollontai y se burló de la estrechez de criterios del Departamento de Estado, contraria a las tradiciones nacionales:

> Aquí hay una mujer que se ha distinguido en el servicio diplomático, representa a un gobierno que ha sido reconocido por los grandes poderes del mundo. Está en camino como embajadora a un país amigo y no se le permite visitar los Estados Unidos. Tal pareciera que nuestras instituciones no aguantarían la tensión. ¿Son tan frágiles nuestras instituciones? ¿O hemos sacrificado y dejado de lado para siempre todas las tradiciones que nos dieron la distinción excepcional entre las naciones?[57]

George Seldes estaba convencido de que las ideas comunistas estaban difundidas en México. Sin embargo, pensó que Olds iba demasiado lejos

[55] Seldes, 1929, p. 384.

[56] Melzer, 1979, pp. 66-70. Alex Legge a Kellogg, International Harvester Company, Chicago, 16 de febrero de 1927, USDSUS-MEX, rollo 6, exp. 711.12/984.

[57] Citado por H.C. Chilton a Foreign Office, Washington, 11 de noviembre de 1926, PRO, FO 371, exp. 11780

cuando se presentó ante los periodistas para ponerlos sobre el aviso de las perspectivas de complots e intrigas de los mexicanos para convertir a los Estados Unidos al comunismo y armar a Centroamérica y las Antillas contra su país.[58]

El mismo Senado rechazó los documentos que Kellogg entregó como evidencia de que la política mexicana fue dirigida desde Moscú. En cambio, resolvió que la controversia entre México y los Estados Unidos "relativa a la supuesta confiscación o daño a la propiedad y a las corporaciones de los ciudadanos americanos en México" fuera dirimida a través del arbitraje.[59]

Desde México, el presidente de la CROM señaló al secretario de Estado que la organización que dirigía se inspiraba en ideas mexicanas, no rusas:

> Primero, no es cierto y usted lo sabe, porque nosotros tenemos pruebas irrefutables de que lo sabe, que las teorías y actividades de los bolcheviques de Rusia y los Estados Unidos no influyen sobre el gobierno mexicano o las masas trabajadoras mexicanas. Los intentos de propaganda que han hecho de sus ideas durante algún tiempo, prácticamente han cesado porque aquí fracasaron.[60]

A raíz de su política tirante hacia México, el Departamento de Estado fue atacado desde varias direcciones: las organizaciones pacifistas, la AFL y los Quakers, la prensa liberal en los Estados Unidos y la mayoría de la prensa latinoamericana participó en ella. Los periodistas Scott Nearing y Joseph Freeman publicaron en 1927 su libro *Dollar Diplomacy*, con el que atacaron duramente al "imperialismo americano" en México. Cordell Hull, el senador demócrata por Tennessee y futuro secretario de Estado, escribió en abril de 1927: "La carencia de visión, de conocimiento práctico y de moral en nuestra política exterior ha sido totalmente desastrosa." Los Estados Unidos habían sembrado sospecha, desprecio y animadversión.[61]

La comunidad empresarial norteamericana estaba dividida en materia de política intimidatoria hacia México. Se supo, por ejemplo, que Henry Ford había objetado la intervención de Estados Unidos en México porque, para fines de 1926, después de menos de un año de hacer negocios en el país, se había apoderado del expansivo mercado de automóviles

[58] Selders, 1929, p. 382.
[59] "Frank B. Kellogg", Ferrell, 1963, pp. 33-34.
[60] Ricardo Treviño a Kellogg, México, 13 de enero de 1927, USDSIS-MEX, rollo 6, exp. 711.12/855.
[61] Hull, 1948, vol. 1, p. 128.

en la Ciudad de México. El amedrentamiento y la guerra eran malos socios de los negocios. Herbert Hoover, del Departamento de Comercio, y los banqueros Thomas Lamont y Dwight Morrow se opusieron al rompimiento de relaciones y con mayor razón a la guerra con México. Otros empresarios que promovían la política de "puerta abierta" en México consideraron que los embargos, las amenazas diplomáticas e intervención militar eran perjudiciales para el desarrollo del comercio y las inversiones. Además desalentaban el pago de las deudas a las empresas y bancos norteamericanos. Por si fuera poco, los diferentes tipos de boicots daban juego a los competidores europeos.[62]

Bajo una presión generalizada, el secretario Kellogg reconsideró la política del Departamento hacia México. De allí en adelante, se negó a sancionar el papel de consultor e interventor que hasta entonces el Departamento había desempeñado a nombre de las empresas norteamericanas. Kellogg avisó a sus representantes que en el futuro tendrían que negociar sus demandas directamente con las autoridades del gobierno de México. Hasta la Oficina de la inteligencia naval cambió de línea, y se quejó ante el Departamento de Estado acerca de la conducta beligerante de Sheffield. En respuesta, Kellogg cablegrafió una amonestación al embajador para que dejara de amenazar a México con la intervención norteamericana.[63]

El 25 de abril de 1927, Coolidge hizo una declaración a la prensa en Nueva York que las autoridades en México percibieron como la menos amenazante de los últimos tiempos. Coolidge dijo en esa ocasión que su gobierno protegería la propiedad de los norteamericanos fuera de su país lo mismo que adentro, pero no arremetió contra la legislación mexicana como lo había hecho anteriormente en circunstancias parecidas.[64] Para mediados de 1927, el Departamento de Estado decidió buscar una solución que satisficiera a todas las partes involucradas en la controversia petrolera. Para empezar, Kellogg sugirió a Coolidge que reemplazara a Sheffield por Dwight Morrow, el vicepresidente del elefante financiero J.P. Morgan Company.[65]

La selección de Dwight Morrow fue oportuna. Su estilo de diplomacia iba a estar de acuerdo con el *savoir faire* que los negociantes, con largos

[62] Melzer, 1979, pp. 29-33, 45-65.

[63] Kellogg a Sheffield, Washington, 14 de abril de 1927, USDSUS-MEX, rollo 6, exp. *711.12/1042a*. Sobre la pérdida de confianza del Departamento de Estado hacia Sheffield, véase Friedrich Katz, "El gran espía de México", en *Boletín del Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca*, num. 20, septiembre-diciembre de 1995.

[64] Sheffield a Kellogg, México, 28 de abril de 1927, USDSUS-MEX, rollo 6, exp. 711.12/1045; "Address of President Coolidge Before United States Press Association", abril de 1927, en *Foreign Relations of the United States, 1927*, vol. III, Washington, U.S. Government, 1941, pp. 209-225.

[65] Hicks, 1960, p. 157; Kane, 1977, pp. 181-186; Meyer, 1972, pp. 255-266.

años de experiencia en México, solían recomendar a los embajadores. James Smithers, quien representaba a J.G. White Engineering Corporation desde el Porfiriato, constantemente sugería que los embajadores norteamericanos en México debían ajustarse a los muy diferentes patrones de conducta de los mexicanos.[66]

Además de adoptar una actitud conciliatoria hacia los problemas que por tanto tiempo complicaron las relaciones entre México y los Estados Unidos, Morrow iba a desechar la endiablada cuestión del bolchevismo. El nuevo embajador usaría un lenguaje suave y asumiría una actitud cordial hacia Calles para lograr a través de la cortesía diplomática lo que sus antecesores no alcanzaron por medios coercitivos.

Sin embargo, "el nuevo curso" de la diplomacia norteamericana hacia México, no sería del agrado ni de los demás diplomáticos de la embajada ni de la inteligencia militar. En octubre de 1927, el cónsul general, Alexander Weddell, escribiría al Departamento de Estado que dudaba se pudiera llegar a un entendimiento con México. Los Estados Unidos no podían confiar en un país que, como ningún otro "a excepción tal vez de Rusia", contrató a un artista para que pintara en las paredes de una de sus secretarías más importantes "expresiones de desprecio y hostilidad hacia un país vecino" con el que decía tener relaciones amistosas. Weddell se refería al permiso que el gobierno dio a Diego Rivera para que pintara, sin restricción alguna, los murales de la Secretaría de Educación y que el artista cubría además con los signos del dólar, la estatua de la libertad "como meras decoraciones" y a los honorables ciudadanos como John D. Rockefeller, Henry Ford y J.P. Morgan como símbolos del imperialismo norteamericano. Un gobierno que permitía tal insulto no se merecía la confianza de los Estados Unidos.[67] Para Weddell y la inteligencia militar, México no dejaba de ser el caldo de cultivo del comunismo latinoamericano.

[66] Schoenfeld al Secretario de Estado, México, 20 de octubre de 1927, USDSUS-MEX, rollo 6, exp. 711.12/1109

[67] Weddell al Secretario de Estado, México, 20 de octubre de 1927, USDSUS-MEX, rollo 6, exp. 711.12/1110

Capítulo 5

Los soviéticos malentienden a su amigo mexicano

STANISLAV Pestkovsky pertenecía al grupo de los viejos bolcheviques. Stalin lo conocía desde que compartieron la oficina del Comisariado del Pueblo para las Nacionalidades, creado por Lenin en 1918. Debido a *que el Comisariado no provino de un ministerio previo, carecía de per-* sonal e inicialmente también de una función concreta, la oficina sirvió para elaborar propaganda partidaria. Pestkovsky, quien hubiera preferido trabajar en el Comisariado del Pueblo para los Asuntos Extranjeros, pero fue rechazado, fue encargado de la elaboración del material de propaganda.[1]

Pestkovsky nació en Polonia en 1882, en el seno de una familia noble. Como estudiante ingresó al Partido Social Demócrata Ruso (precursor del Partido Bolchevique) y participó en la revolución de 1905. Hasta 1913, cuando huyó a Inglaterra, estuvo desterrado y condenado a trabajos forzados en Irkutsk. Cuando estalló la revolución en 1917, Pestkovsky regresó a Rusia y Lenin lo nombró comisario de las oficinas del telégrafo y teléfono en San Petersburgo.[2]

En 1919, Pestkovsky formó parte de uno de los primeros grupos de oposición al gobierno bolchevique. Este grupo, que se decía del centralismo democrático, criticó la excesiva concentración del poder político en el partido, la restricción de la iniciativa de los soviets locales, y el rígido control desde arriba sobre la industria, el partido y las localidades. El grupo acusó al régimen de irse acercando a la dictadura del partido en lugar de buscar la dictadura del proletariado.[3] Pestkovsky nunca apoyó abiertamente la noción de Trotsky de la revolución permanente, pero en 1922 fue uno de los bolcheviques que concluyeron que la travesía hacia la revolución mundial iba a ser larga y ardua. En preparación para el

[1] Conquest, 1993, p. 70.
[2] Pestkowski, 1961
[3] Daniels, 1960, pp. 95, 114; Volkogonov, 1991, pp. 101-116.

largo camino, un grupo de funcionarios de la administración soviética, del partido y del Comintern, fundaron en 1922 la Organización Internacional para la Ayuda a los Luchadores Revolucionarios (*Mezhdunarodnaia organizatsiia pomoshchi bortsam revolutsii* (MOPR), o el Socorro Rojo Internacional).[4] Enviar a Pestkovsky a México pudo haber sido una manera en que Stalin se deshiciera de un crítico, pues aplicó el mismo ostracismo oficial a Alexandra Kollontai y otros opositores, a la creciente dictadura stalinista en el partido y en el gobierno de la URSS.

El ímpetu revolucionario de Stanislav Pestkovsky

Pestkovsky vivía para el partido y consideraba al Socorro Rojo Internacional (SRI) como uno de sus brazos. Con la expansión de la red del SRI en México y en América Latina, y con la asistencia material y espiritual a "los presos del capitalismo", Pestkovsky creía que ayudaba a engrandecer al partido y a hacer avanzar la revolución.[5] Con una fe inquebrantable, el dirigente bolchevique llegó a mediados de 1924 a México para poner en práctica el ideario de su vida.

Pestkovsky, el internacionalista, infundió un espíritu revolucionario a la rutina de su trabajo diplomático. Quizá el embajador compartía la opinión, común entre los funcionarios del Comintern, de que el gobierno mexicano era un títere del imperialismo norteamericano. El proletariado, por lo tanto, requería de su atención profesional, pues cuando no asistía a cocteles oficiales, dedicaba su tiempo y los recursos de la embajada para ayudar al Partido Comunista Mexicano y a la vez irse adentrando en la realidad del país. Pestkovsky ayudó a mantener a flote la prensa del PCM, estudió la historia del movimiento obrero y campesino mexicanos y fungió como consejero de los dirigentes sindicales con el fin de desvincularse de la CROM y adherirse al Partido Comunista y al Comintern.

A pesar de que fracasó la intentona de atraer a los sindicatos reformistas y anarquistas al Profintern en 1921,[6] en 1924 el gobierno soviético pensó que iba a ser tarea fácil llevar a la práctica las políticas del Comintern en México. Al fin y al cabo, unos meses antes de que el gobierno mexicano diera luz verde para el establecimiento de las relaciones diplomáti-

[4] Pestkowski, 1961, pp. 137-138; Sworakowski, 1965, p. 444; Wolfe, 1981, p. 341.

[5] Pestkovsky a Ella Wolfe, junio de 1926, Bertram D. Wolfe Collection. Hoover Institution Archives, caja 8, exp. 29; Communist International. *The Years of International Red Aid in Resolutions and Documents. 1922-1932*, Executive Committee of the International Red Aid, s.e, 1932, p. 255.

[6] Véase cap. 2.

cas con la Unión Soviética, el embajador en Berlín, Pascual Ortiz Rubio, se entrevistó con Krestinsky, el enviado ruso en Alemania. En esa ocasión, según la interpretación que Krestinsky dio a su conversación, Ortiz Rubio le transmitió el sentir de los mexicanos: "nuestro gobierno y todos nosotros somos sus discípulos y estamos haciendo lo que ustedes ya han logrado" y Calles "es casi un bolchevique". Aunque Obregón no era un teórico sino un hombre pragmático, Ortiz Rubio le hizo creer a Krestinsky que el presidente pertenecía al ala izquierda del gobierno pequeñoburgués en el poder.[7]

Seguramente fue información como esta la que contribuyó a que el Comisario para los Asuntos Exteriores, Chicherin, llegara a pensar que las relaciones con México iban a darle la cobertura legal a la URSS para ampliar sus relaciones encubiertas en América Latina y Estados Unidos. Una vez que supo del beneplácito mexicano hacia la reanudación de las relaciones, Chicherin se acercó al presidente del Comintern, Grigori Zinoviev, con el fin de que sugiriera a una persona que fuera la más adecuada para el puesto del embajador porque "puede ser de gran utilidad para llevar a cabo nuestras tareas americanas. Debe prestársele atención desde el punto de vista de las tareas del Comintern".[8]

Chicherin pidió a Zinoviev aprovechar la oportunidad del V Congreso del Comintern, que se encontraba en sesión en ese momento en Moscú, para discutir con los delegados norteamericanos "la mejor forma de aprovechar al futuro personal de la embajada mexicana". Ante la insistencia de los mexicanos, Chicherin urgió a Stalin para que designara al embajador y propuso a Pestkovsky. Stalin estuvo de acuerdo.

Como el soldado de la revolución que era, Pestkovsky iba a México a llevar a cabo las directrices del Comintern con fidelidad y disciplina. Cuando no coincidieron con las del gobierno, el embajador, guiado por su conciencia revolucionaria, más de una vez hizo a un lado los escrúpulos diplomáticos.

La cotidianidad de Pestkovsky en México

El día 7 de noviembre de 1924 (aniversario del triunfo de la Revolución de Octubre), Pestkovsky presentó sus cartas credenciales al presidente Obre-

[7] Krestinsky a Litvinov, Berlín, 8 de febrero de 1924, Arkhiv vneshnei politiki Rossiiskoi Federatsii (Archivo de la Política Exterior de la Federación Rusa, en adelante AVPRF), Oficina de México, registro 4, exp. 1, p. 101.

[8] Chicherin a Zinoviev, Moscú, 4 de julio de 1924, AVPRF, Oficina de México, registro 4, exp. 1, p. 76; Chicherin a Stalin, Moscú, 26 de julio de 1924, *idem*, p. 54.

gón como embajador soviético en México. En su discurso, Pestkovsky ensalzó la similitud de los ideales por los que ambos países luchaban. Habló de la simpatía que mostraban los obreros y campesinos soviéticos hacia las masas mexicanas, por el esfuerzo de sacudirse la pesada carga de la opresión imperialista. Esa lucha era la mejor garantía para que las relaciones entre los dos países fueran estrechas. Finalmente, Pestkovsky dijo que la Unión Soviética apreció el reconocimiento diplomático por parte de México, pues sabía cuántos obstáculos tuvo que remontar para poder realizarlo.

Cuando le tocó responder a Obregón, el presidente también hizo hincapié en los objetivos que México y la Unión Soviética compartían, como el mejoramiento de las masas necesitadas y por tanto tiempo oprimidas; sin embargo, eludió hacer cualquier conexión entre el reconocimiento de la URSS y las relaciones de México con los Estados Unidos. A México y a la Unión Soviética los unían objetivos comunes.[9] El reconocimiento de la URSS por parte de México fue el acto de una nación soberana y solidaria con otra que también buscaba liberarse del sojuzgamiento a las fuerzas ajenas al bienestar del país.

Después de la ceremonia en el Palacio Nacional, Pestkovsky se cambió de ropa y por la tarde se reunió con los comunistas, los obreros y otros simpatizantes de la Revolución rusa. La reunión tuvo lugar en la Escuela Preparatoria de San Ildefonso, entonces centro de la apasionada controversia sobre el valor estético de los murales ejecutados por Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y José Clemente Orozco, quienes decían que su obra era la guerra al "individualismo burgués" en el arte. La prensa y los intelectuales adversos al muralismo revolucionario pusieron el grito en el cielo y declararon que aquellas pinturas no eran arte sino propaganda que envilecía a México y representaba a "la hez de la sociedad".[10]

Delante de los murales y ante un ferviente público, Pestkovsky trazó la historia de la Revolución bolchevique y destacó el papel que jugó el partido comunista en su triunfo. El ruso habló en inglés y Bertram Wolfe tradujo su discurso al español. Luego Wolfe citó una carta de Emiliano Zapata a su colaborador, Genaro Amézcua, en la que el morelense equiparó la Revolución mexicana y la bolchevique como redentoras de la humanidad. Alguien declamó un poema dedicado a Lenin y cantó el corrido "La Valentina comunista".[11]

[9] "El Excmo. Sr. Ministro de la Rusia Soviet Presenta Hoy sus Credenciales", en *El Demócrata*, 7 de noviembre de 1924. El discurso de Obregón se puede consultar en AGN, Ramo O/C, 104-R-28 y en el *Excélsior* del 8 de noviembre de 1924.

[10] Rivera, 1960, p. 130; Wolfe, 1963, pp. 134-140; Tibol, 1979, pp. 49-50.

[11] El discurso de Pestkovsky fue publicado bajo el título "Estamos creando un Mundo Nuevo", en *El Demócrata*, 8 de noviembre de 1924.

En una carta al Subcomisario de los Asuntos Exteriores, Maxim Litvinov, Pestkovsky se refirió a aquella memorable reunión y a la cálida acogida que había recibido en México. En esa ocasión, informó el embajador, se juntaron mil quinientas personas y la velada duró cuatro horas. Los dirigentes de las ligas agrarias de Michoacán y Veracruz, que no pudieron asistir, enviaron sus saludos e invitaron a Pestkovsky a sus comunidades. Hasta el sindicato ferrocarrilero, independiente tanto de la CROM como del Partido Comunista, mandó una delegación. Pestkovsky creía que también el cuerpo diplomático lo había recibido bien.[12]

La misión diplomática de la URSS era pequeña: el embajador, su esposa e hija, el secretario León Gaykiss e Isaac Zeitlin, el mecanógrafo, quien no sabía otro idioma más que el ruso y apenas podía escribir a máquina. Más tarde se les unió Viktor Volinsky como secretario de prensa y Grigori Lapikian como agregado laboral. La embajada norteamericana sospechaba que Lapikian era en realidad un espía.[13] El periodista Carleton Beals describió a Pestkovsky como "un hombre corpulento y de buena salud, cuyos dientes chuecos y tabacosos se dejaban entrever detrás de una oscura barba [...] un hombre brusco y sin tacto, pero jovial, muy obstinado, agresivo e irascible". Beals se refirió a la señora Pestkovsky como "una persona sencilla y bondadosa, más hogareña que una típica esposa de diplomático".[14]

A decir verdad, la embajada tenía poco quehacer. La primera obligación de Pestkovsky era ayudarles a los inmigrados rusos a regularizar su estancia en México. Ya que casi no existían relaciones comerciales entre los dos países, Pestkovsky tuvo tiempo para dedicarse al estudio de la historia mexicana y a la comprensión de la Revolución. En menos de un mes de estar en México, el embajador envió sus primeras observaciones a Moscú. Lejos de lo que Ortiz Rubio quiso hacer creer a Krestinsky cuando lo visitó en Berlín respecto al radicalismo del presidente, Pestkovsky observó que Obregón hacía concesiones a los norteamericanos en lo económico para preservar su independencia política. El revolucionario ruso creyó que eso era una utopía. Además, el gobierno, que se decía laborista, mandaba a romper huelgas que fueron declaradas a las empresas extranjeras, pero permitía huelgas en empresas mexicanas. De todo el movimiento popular, Pestkovsky notó, sobresalía el agrarista. Sin embargo, lo debilitaban los caudillos que lo dirigían y el anarco-bandolerismo.[15]

[12] Pestkovsky a Litvinov, México, 25 de noviembre de 1924, AVPRF, Oficina de México, registro 4, exp. 1.
[13] "Report on Propaganda" por H.K.V., s. f., USDSMEX, rollo 90, exp. 812.00B/119.
[14] Beals, 1938, p. 338.
[15] Pestkovsky a Litvinov, México, 25 de noviembre de 1924, AVPRF, Oficina de México, registro 4, exp. 1.

Pestkovsky fue sensible a cualquier analogía con la realidad rusa y veía un parecido entre el agrarismo mexicano y *majnovschina*. Este movimiento campesino antilatifundista y antigubernamental fue dirigido por Nestor Majno en Ucrania en los primeros años de su revolución, y los bolcheviques lo reprimieron con especial ahínco porque se dirigió también contra ellos.[16]

El embajador tuvo buenos contactos y los cultivó con los funcionarios mexicanos, el cuerpo diplomático y los intelectuales. Sin embargo, las relaciones más cercanas las mantuvo con los comunistas mexicanos y extranjeros. La organización y la propaganda comunista le eran más cercanas que la vida del protocolo y la etiqueta. Así, el trabajo de Pestkovsky tenía dos caras: una visible y la otra oculta. Abiertamente, el embajador organizaba reuniones para conmemorar la muerte de Lenin, el triunfo de la Revolución bolchevique o el día del trabajo. Sus fiestas en la embajada eran la comidilla de la ciudad, pues invitaba tanto a los comunistas como a los diplomáticos y les pedía que se pusieran ropa informal. A veces, Diego Rivera se daba una vuelta por allí directamente desde el andamio y todavía manchado de pintura. Pestkovsky exhibía películas soviéticas y servía té. A cada reunión invitaba a todos los secretarios y al presidente, quien con la misma frecuencia declinaba las invitaciones. Unas veces Calles aducía que tenía demasiado trabajo, otras, que tenía compromisos o que la invitación de la embajada había llegado demasiado tarde.[17] Si bien Calles no pudo dejarse ver en cercanía de los soviéticos, otros funcionarios no sentían los mismos escrúpulos. Emilio Portes Gil, Jesús Silva Herzog y Manuel Díaz Morín visitaban la embajada regularmente o por lo menos la visitaron en alguna ocasión. Ramón P. de Negri llegó a ser amigo íntimo del embajador.[18]

Periódicamente, Pestkovsky organizaba veladas para exhibir las más recientes películas soviéticas. Al hacerlo, el embajador intentaba algo más que proporcionar un mero pasatiempo a sus invitados. Los bolcheviques promovían su revolución también a través del arte y el entretenimiento. La cinematografía, más que otras formas de la creación artística, buscaba despertar la admiración por los actos heroicos de la Revolución

[16] Voline (seudónimo de Vsevolod Eichenhaum), 1975, pp. 541-710.

[17] Wolfe, 1981, pp. 343-348; Alexander Weddell al Secretario de Estado, México, 31 de marzo de 1925, USDSMEX, rollo 83, exp. 812.00/27518; Oficina del presidente a Leon Gaykiss, 10 de noviembre de 1926, AGN, Ramo O/C, 205-R-35; Torreblanca a Pestkovsky, México, 6 de octubre de 1927, AGN, Ramo O/C, 205-R-44.

[18] El 1o. de marzo de 1925, Pestkovsky empezó a escribir un diario diplomático, *Dnevnik Polpreda*, que cubre el siguiente año y medio en Mexico y termina en Berlín después de su forzada salida del país. AVPRF, colección 110, registro 5, exp. 101

de Octubre, con un sentido de recalcar la participación de las masas y su compromiso revolucionario. Las películas servían, además, como el medio para educación política y promoción de los intereses del Estado soviético. Las que se exhibieron en México fueron de Eisenstein: *Huelga* (1925), en la cual los obreros resistieron heroicamente la opresión y fueron derrotados; *El acorazado Potemkin* (1926), basado en la historia de la insurrección en el barco zarista del mismo nombre en 1905 y las manifestaciones callejeras en Odessa; *Mat'* (Madre, 1926), basada en la novela de Gorky, en la que una madre decide seguir a su hijo y unirse a la lucha revolucionaria. Todas estas películas buscaban legitimar la revolución y al régimen que de ella emanó.[19]

A un nivel más discreto, Pestkovsky colaboró con el Partido Comunista Mexicano, proporcionando ideas y medios para su órgano de difusión, *El Machete*, y para el periódico de combate de la Liga antiimperialista, *El Libertador*. El dinero que tenía a su disposición no debió ser abundante. En julio de 1925, después de haber publicado cuatro números de *El Libertador*, Pestkovsky escribió al Comisariado para los Asuntos Extranjeros que no sólo carecía de información política y por lo tanto de línea a seguir, sino de medios para continuar trabajando. También trató de explicar a sus superiores que México era un país excepcional. Aquí había un gran campo propicio para la acción, más importante para la Unión Soviética que Noruega o Grecia, porque "tenemos un continente entero por emancipar del imperialismo extranjero".

Pestkovsky necesitaba dinero urgentemente para los gastos de representación y un fondo secreto. Lo primero para poder invitar a los mexicanos a comer y hacer amigos políticos, y el segundo para poder continuar con la publicación de *El Libertador* a través del cual los soviéticos podrían extender su influencia sobre toda América Latina. Pestkovsky quería además publicar en español un órgano de la embajada, informando sobre los alcances sociales de la Unión Soviética. En suma, Pestkovsky necesitaba más de trescientos dólares mensuales para los gastos de prensa.[20]

Sin embargo, las buenas intenciones y el esfuerzo desplegado por Pestkovsky causaron desagrado en Moscú. No fue suficientemente discreto. En alguna ocasión no solamente hizo una mención denigrante en un informe no cifrado sobre los funcionarios mexicanos, sino que mantenía relaciones demasiado visibles con las organizaciones obreras y cam-

[19] Rosenberg (ed.), *1984*, p. 366; Kenez, *1985*, pp. *206-216*.
[20] Pestkovsky a NKID, México, 15 de julio de 1925, ASPRP, Oficina de México, registro 4, exp. 1.

pesinas y con los comunistas. En febrero de 1925, Litvinov amonestó a Pestkovsky a que se atuviera al protocolo diplomático y mantuviera un bajo perfil.[21] Lo más probable es que Pestkovsky hiciera caso omiso de esa advertencia.

En su diario, Pestkovsky apuntó: "ya antes había recibido información de los círculos comunistas de que el embajador japonés propuso a diferentes «personalidades de izquierda» (entre ellas a D.N.)[22] su «asistencia» en la lucha contra los Estados Unidos".[23] Pestkovsky decidió ir a ver al japonés y proponerle que coordinaran sus actividades. Pestkovsky no tuvo una propuesta concreta que hacerle sino que fue a tantear el terreno. Ingenuo o suspicaz, el embajador nipón le preguntó a Pestkovsky si el objetivo de los rusos era "sacar" al capital extranjero de América Latina. Por supuesto que no se trataba de otra cosa que no fuera enmarcada en la legalidad, contestó el ruso. El objetivo era impedir la subordinación económica y política de los países latinoamericanos a los Estados Unidos e Inglaterra. El mismo Pestkovsky admitió que la reunión fue de tanteo, porque él no tenía información oficial sobre el carácter de las relaciones ruso-japonesas ni instrucciones sobre la conveniencia de una "coordinación" de actividades con el embajador japonés en México. Por su parte, éste, además de no comprometerse a nada, se distanció de su colega soviético. Según confesó días después, lo hizo así para no llamar la atención de los servicios de espionaje norteamericanos sobre la posibilidad de una conspiración ruso-japonesa contra ellos, en el preciso momento de la firma del tratado de amistad entre Japón y México.[24]

En otra ocasión, sin haber recibido una invitación al desfile del 1o. de mayo en 1925, Pestkovsky fue a la plaza de toros en donde se reunieron unas veinte mil personas para celebrar el día del trabajo. Pestkovsky fue el único diplomático presente. Calles y algunos secretarios sí asistieron a la ceremonia. Los oradores fueron los laboristas, Ricardo Treviño, y Luis N. Morones. Además de distinguir entre el buen capital y el que contravenía la constitución y las leyes mexicanas, el dirigente obrero dijo: "Cerraremos nuestras fronteras a aquellos que buscan causar divisiones dentro del movimiento obrero y contra la Confederación Obrera Mexicana".[25] Pestkovsky sabía que la frase estaba dirigida a él.

[21] Litvinov a Pestkovsky, Moscú, 11 de febrero de 1925. En una carta a Trotsky, Litvinov se quejó de que Pestkovsky desconocía el código de conducta de un diplomático y que el comisariado tenía que írselo enseñando constantemente; Litvinov a Trotsky, Moscú, 13 de octubre de 1925, AVPRF, Oficina de México, registro 4, exp. 1.

[22] D.N. era Ramón P. de Negri.

[23] *Dnevnik Polpreda*, s/f., p. 73.

[24] *Idem*, pp. 7, 20-21

[25] *Idem*, pp. 9-10.

Para entonces, Pestkovsky ya se había ganado la animosidad de la CROM y la frialdad de Calles. Morones y los suyos sabían del subsidio que Pestkovsky proporcionaba al Partido Comunista para sostener sus periódicos que denunciaban con vehemencia no sólo "el imperialismo yanqui" sino también la subordinación de la CROM ante el gobierno mexicano y la AFL.[26] Pero lo que resultó inaceptable fue la creciente influencia de los comunistas, apoyados económicamente por la embajada soviética, en el sindicato ferrocarrilero que los cromistas habían perdido.[27]

Más aún: a principios de mayo de 1925, los periódicos en México y Estados Unidos publicaron un discurso que Chicherin había pronunciado en marzo ante el comité ejecutivo del partido en Tiflis, Georgia. Al evaluar el estado de las relaciones exteriores de la Unión Soviética en el contexto de la negativa norteamericana por reconocer a su gobierno, Chicherin hizo la siguiente observación: "Logramos restablecer relaciones diplomáticas con el vecino de los Estados Unidos, México, y eso nos da una base política en el nuevo mundo."[28]

Chicherin añadió que la Unión Soviética gozaba en México de una extraordinaria popularidad y el camarada Pestkovsky se topaba a diario con expresiones de afecto y simpatía hacia la Unión Soviética. El Comisario *concluyó su alocución con el parabién de que "México nos propor*ciona una base conveniente para la expansión de nuestros lazos en América".[29]

La noticia cayó como una bomba. Por la noche de aquel día, en que la publicaron los periódicos, se llevó a cabo un espectáculo de danzas "revolucionarias", organizado por la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios. Pestkovsky asistió y se encontró con De Negri, quien le transmitió la gran contrariedad que el discurso de Chicherin había provocado en Calles y Morones. Además, Calles veía con malos ojos la participación del embajador en las actividades de los comunistas.[30]

La noticia no pudo haber aparecido en un momento menos oportuno. El embajador alemán tenía razón cuando hizo la observación a Pestkovsky de que el discurso de Chicherin fue visto como una intromisión soviética en los asuntos internos de México, y de que el tajante repudio público presidencial se debió menos al discurso mismo y más a

[26] Weddell al Secretario de Estado, México, 11 de febrero de 1925, USDSMEX, rollo 83, exp. 812.00/27508, Alexander, 1957, p. 326.

[27] Véase la siguiente sección

[28] Vadillo a la SRE, Moscú, 30 de abril de 1925, ASRE, 18-22-86; Clissold (ed.), 1970, p. 87.

[29] *Ibidem*

[30] *Dnevnik Polpreda*, pp. 11-12

las tirantes relaciones con los Estados Unidos.[31] La noticia coincidió con el cambio de actitud del Departamento de Estado hacia México después de que Calles intensificara el reparto agrario, y el embajador Sheffield saliera repentinamente a los Estados Unidos para conversar con Kellogg.[32] Lo que Calles menos necesitaba era que los soviéticos echaran leña al fuego norteamericano.

Pestkovsky trató de explicar al canciller Sáenz el sentido inocuo del discurso de Chicherin como una mera referencia al desarrollo de las relaciones diplomáticas de la URSS en el continente americano. Él comprendía la reacción mexicana y simpatizaba con el gobierno en vista de sus dificultades con los Estados Unidos. Sin embargo, en caso de volver a suceder, exigía que una declaración antisoviética fuera previamente discutida con el embajador y, en segundo lugar, que fuera redactada en un tono menos agresivo.[33] Allí quedó el asunto. Unas semanas después, en junio, Kellogg pronunció su enjuiciamiento de México. Entonces, Calles se vio envuelto en un conflicto con los Estados Unidos que hizo perder importancia a la escaramuza con la Unión Soviética.

El oro de Moscú para los ferrocarrileros mexicanos

Los comunistas se enfurecieron con Calles por su reacción ante el discurso de Chicherin, mismo que interpretaron como una muestra de hostilidad hacia la Unión Soviética. A través de *El Machete* y *El Libertador* acusaron al presidente de sometimiento ante los Estados Unidos. "¡Si Calles declara su «independencia» de Rusia, por qué no la declara de los Estados Unidos!", recordó años después Bertram Wolfe que sintetizaba el sentir de los comunistas en ese entonces.[34]

Los dirigentes de la CROM, por el contrario, empezaron a presionar a Calles para que hiciera más que declaraciones y expulsara a Pestkovsky y a los demás activistas comunistas extranjeros de México. La CROM vio con desagrado la creciente influencia de los comunistas, que ella nunca pudo lograr, entre los setenta y cinco mil miembros de la Confederación de Sociedades Ferrocarrileras. En 1925, los cromistas habían creado una organización rival a dicha Confederación, la Federación Nacional de los Ferrocarrileros, pero atrajeron apenas un puñado de trabajadores.[35]

31 *Idem*, p. 12.
32 Véase cap. 4.
33 *Dnevnik Polpreda*, p. 13.
34 Wolfe, 1970, p. 350
35 Vadillo a SRE, Moscú, 10 de junio de 1925, ASRE, 39-8-13; Wolfe, 1963, pp. 350-359; Beals, 1938, p. 340.

Era cierto que el PCM veía su gran oportunidad de influir entre los ferrocarrileros apoyando su resistencia tenaz a la CROM y la defensa de sus conquistas laborales. En su tercer Congreso en abril de 1925, el partido discutió las probables ganancias y pérdidas en el campo de la organización de masas. El delegado norteamericano al Congreso, Charles Phillips, alias Manuel Gómez, resumió la situación de la siguiente manera: los campesinos estaban bien organizados pero no sabían nada del bolchevismo, los obreros industriales no tenían una organización eficaz pero eran receptivos a las lecciones del partido aunque carecían de cuadros para enseñárselas. El esfuerzo del partido debía centrarse en los sindicatos independientes y, sobre todo, en la Confederación Ferrocarrilera en donde ya había uno que otro camarada. Ya que no había mejor escuela que la lucha misma, una de las consignas con la que el Congreso del PCM terminó sus trabajos fue "todos por la huelga ferrocarrilera".[36]

Los dirigentes de la CROM sabían que los comunistas estaban aleccionando a los rieleros no sólo en la historia, la sociología, la economía y el pensamiento político de "la lucha de clases a través del tiempo", sino también en la organización para mantenerse independientes financiera y políticamente del gobierno y de la confederación obrera. Bertram Wolfe, quien impartía las clases a los ferrocarrileros, daba además consejos prácticos, como, por ejemplo, parar las locomotoras echando jabón en las calderas. Wolfe fue una verdadera piedra en el zapato de la CROM, y siendo extranjero fue fácil deshacerse de él. Una mañana en junio de 1925, dos policías lo interceptaron en el camino a su trabajo y en julio fue deportado a Estados Unidos.[37]

Así como los ferrocarrileros trataron de resistir la interferencia de la CROM en sus sindicatos, se oponían a la reorganización y a la rehabilitación que Calles quería lograr en los Ferrocarriles Nacionales de México, que era una compañía con participación mayoritaria estatal. Dañada durante la revolución y las rebeliones que la sucedieron, la compañía estaba endeudada y tenía conflictos laborales. Un estudio detallado demostró que mientras que en 1909 las ganancias de la compañía llegaron a 41 por ciento, para 1926 bajaron a 6 por ciento. En 1910 el salario promedio de un obrero había sido de 56.13 pesos mensuales mientras que en 1927 era de 124.78; el incremento era de 225 por ciento. El gobierno quería devolver la empresa a manos privadas para quitarse de encima el peso de una deu-

[36] Informe sobre el PCM y su Tercer Congreso anual, 7-13 de abril de 1925 por M. Gómez. Archivo del Comintern, Moscú, fondo 495, registro 108, exp. 48

[37] Wolfe, 1981, pp. 352-359.

da de 260 millones de pesos. El trato no se hizo porque el posible comprador puso como condición de compra la reducción del número de obreros y sus salarios. Por razones políticas, el gobierno no consintió. En su lugar, la compañía pasó a depender de la Secretaría de Comunicaciones, en virtud de lo cual los obreros se convirtieron en empleados federales y, por ley, fueron impedidos a parar sus labores. La nueva administración llevó a cabo un ajuste de salarios y de mano de obra. En diciembre de 1926, los mecánicos se declararon en huelga y la compañía los despidió.[38]

El Presidente de la CROM y Secretario de Industria, Comercio y Trabajo, Luis Morones, declaró la huelga ilegal y reemplazó a los huelguistas por esquiroles. En febrero de 1927, los obreros de otros sindicatos de la Confederación declararon huelgas de solidaridad con los mecánicos. Los huelguistas se enfrentaron con el ejército y con los esquiroles y hubo heridos y muertos. De allí en adelante, la compañía negoció solamente con la CROM.

La embajada soviética apoyó a los trabajadores del ferrocarril en su resistencia a la reorganización de la compañía y en su decisión de irse a la huelga. No se conocen los detalles de ese apoyo, pero los comunistas no mantuvieron secreto el apoyo económico que a través de la embajada les envió la Confederación Soviética de los Transportistas. Los cincuenta mil rublos (veinticinco mil dólares) llegaron hasta marzo de 1927, cuando Pestkovsky ya se había ido y Alexandra Kollontai fue la embajadora.[39] Gracias al donativo soviético, los obreros se cambiaron a una casa más grande que pudo alojar a las familias de aquellos huelguistas que ya no podían pagar sus rentas. También se pudo organizar un comedor popular y publicar un boletín informativo. Cuando el dinero se acabó, los obreros dejaron de publicarlo y evacuaron la casa. Las penurias económicas que sufrieron de allí en adelante debilitaron a los huelguistas. Los sindicatos perdieron afiliados a medida que los ferrocarrileros regresaban al trabajo, convencidos de que no podían luchar contra la empresa y contra el gobierno. La huelga fue derrotada.[40]

El apoyo que la embajada soviética otorgó a los ferrocarrileros provocó un escándalo mucho antes de que el dinero llegara. Ya en su conven-

[38] Villaseñor, 1976, vol. 1, p. 280; Meyer, Krauze y Reyes, 1981, pp. 159-166; Krauze, Meyer y Reyes, 1981, pp. 83-97.

[39] Amosov a Elías Barrios, Moscú, 22 de marzo de 1927, RTsKhIDNI, colección 534 (*Profintern*), registro 6, exp. 107.

[40] Barrios, 1978, pp. 111-165. Barrios fue uno de los miembros del comité de huelga. Wolfe, 1981, p. 352; Clark, 1984, pp. 111-115.

ción de marzo de 1926, la CROM decidió enviarle una nota a Pestkovsky y pedirle que dejara de darle "apoyo moral y económico" a los comunistas, "enemigos de la CROM y de nuestro gobierno". Los soviéticos no tenían ningún derecho de imponer sus creencias y control sobre las actividades de los obreros mexicanos.[41]

Según un informe de la inteligencia norteamericana, el presidente mexicano se reunió con Pestkovsky y le advirtió que si no dejaba de inmiscuirse en las actividades de los sindicatos, sus cartas credenciales serían canceladas. Supuestamente, Pestkovsky pidió dos días de gracia para poder comunicarse con su gobierno. Cuando volvió a entrevistarse con Calles, le comunicó que el Comisario Chicherin había resuelto que si México rompía relaciones con la Unión Soviética, el embajador en París, Rakovsky, tenía instrucciones de publicar la correspondencia secreta que intercambiaron el gobierno soviético y Obregón antes de que se anunciara el reconocimiento diplomático públicamente y que no era nada halagüeño para los Estados Unidos. Según el mismo informe, la idea alarmó a Calles, quien aseguró a Pestkovsky que las objeciones del gobierno hacia el apoyo comunista a los ferrocarrileros fueron motivadas por la necesidad de cultivar buenas relaciones con la AFL.[42]

Pocos meses después, en octubre, Pestkovsky se fue de México, aparentemente por iniciativa propia. Probablemente, el gobierno soviético lo llamó por temor a que el gobierno mexicano lo expulsara. Antes de su partida, el embajador organizó su última velada a la que, como en todas las ocasiones anteriores, invitó a Calles. De nuevo, el presidente declinó la invitación.[43] La CROM expresó su beneplácito por la salida de Pestkovsky de México y esperó que Calles rompiera relaciones diplomáticas con la URSS. Pese a su insistencia, el presidente las mantuvo.[44]

Pestkovsky no tuvo otra alternativa que irse de México, pues fue uno de los responsables del choque de las políticas de los dos gobiernos, porque por encima de su misión como diplomático puso su vocación como revolucionario. Pero el ruso no pudo haber actuado de otra manera. En su concepto, el Estado mexicano, aunque involuntariamente, era un aliado del imperialismo. El proletariado, aunque débil organizativamente, fue la única clase que podía dar la lucha contra el imperialismo. La misión de Pestkovsky era ayudarle en esa histórica tarea.

[41] "To the Minister of Russia in Mexico City", citado en Clissold (ed.), 1970, p. 12.

[42] Sheffield al Secretario de Estado, México, 21 de abril de 1926, USDSMEX, rollo 90, exp. 812.00B/115.

[43] Pestkovsky al presidente Calles, s/f., y Torreblanca a Pestkovsky, México, 6 de octubre de 1926, AGN, Ramo O/C, 205-R-44.

[44] Véase cap. 6.

Los soviéticos retiraron a Pestkovsky sin que su salida se convirtiera en un accidente diplomático. En ese momento, el gobierno soviético estaba enredado en un conflicto internacional con Gran Bretaña. En mayo de 1926, los obreros ingleses declararon huelga general. Los sindicatos soviéticos les ofrecieron ayuda económica, cosa que la British Trade Union Congress rechazó. Los conservadores más intransigentes del gabinete inglés atacaron a la Unión Soviética como exportadora de revoluciones, y en 1927 lograron que el parlamento rompiera relaciones con la URSS.[45]

A pesar de la seriedad de la confrontación anglo-soviética, los bolcheviques prosiguieron con la organización de la ayuda a los obreros mexicanos, incluso después de que Pestkovsky se fuera. La política exterior soviética hacia México se fundamentaba en principios diferentes a los que tenía con Inglaterra. México ni era un socio comercial ni una potencia mundial pero tenía un movimiento obrero activo. Cada triunfo que los obreros alcanzaran, por más pequeño que fuera, acercaba a la humanidad al objetivo último de derrocar el sistema capitalista mundial. Según los soviéticos, una huelga era una muestra de la energía revolucionaria del proletariado, y evidencia de la incapacidad del capitalismo para resolver los conflictos de clase. Destituir a Pestkovsky de la embajada de México era un precio insignificante comparado con los grandes dividendos que se ganaba erosionando al capitalismo, aunque fuera en la periferia del sistema.

Alexandra Kollontai: presa del peligro rojo y la desilusión

Kollontai nació en 1872 en una familia aristocrática de San Petersburgo. Ya casada, en 1898 dio la espalda a la riqueza y a los privilegios y se fue a Suiza a estudiar el marxismo. Al regresar a San Petersburgo, ingresó al partido de Lenin y se dedicó a dar conferencias y a escribir artículos sobre los problemas del momento desde el punto de vista marxista. Kollontai creía en la necesidad de la emancipación de la mujer, pero era contraria a las feministas de la clase media, quienes, según ella, querían ampliar los derechos de la mujer pero sin preocuparse por su liberación de la pobreza. Por el contrario, ella creía que la emancipación de las mujeres obreras no podía realizarse sin la lucha revolucionaria, pero decía que sus necesidades eran específicas por el peso de las tradiciones que las vinculaba a la sociedad. Aun formuladas de esta manera, los dirigentes masculinos

[45] Gorodetsky, 1977, pp. 145-179; Keeble, 1990, pp. 102-108.

del partido rechazaron sus ideas, argumentando que las mujeres debían unirse a la lucha revolucionaria general.

En 1908, Kollontai tuvo que huir de Rusia para no ser arrestada, y durante los siguientes nueve años vivió en el exilio. Cuando los bolcheviques tomaron el poder, Lenin la nombró Comisario para el Bienestar Social. Kollontai redactó varias leyes sobre la protección de la maternidad por el Estado y, en colaboración con los otros comisariados, redactó leyes que establecían la igualdad legal y política de la mujer. Además, Kollontai dirigió la campaña para que las mujeres salieran de sus hogares y participaran en actividades y puestos políticos. Después de mucha insistencia de Kollontai y otras mujeres del partido, en 1919, el gobierno estableció el Departamento para el Trabajo entre las mujeres obreras y campesinas.

En 1922, Kollontai dejó su puesto y salió de Rusia después de haberse destacado como una de las defensoras de la libertad sindical, del control obrero en las fábricas y de la democracia en el partido. Se calificó su teoría social sobre el matrimonio y el papel de la mujer en la sociedad como feminista y, por lo tanto, diferente de los objetivos que perseguía la construcción del socialismo. De allí en adelante, Kollontai se dedicó a la diplomacia, a escribir cuentos y uno que otro artículo sobre las cuestiones de la mujer. Aunque en el fondo continuó creyendo en la revolución como la única fuerza emancipadora, decidió servirle al partido y al gobierno por el resto de su vida, aun cuando la política del gobierno era de coexistencia con los países del Occidente y cuando sus dirigentes se preocupaban más por las cuotas de producción y el poder personal que por el bienestar de la población. Kollontai hubiera preferido dejar el servicio en el gobierno, tal vez establecerse en Francia y escribir sus memorias, pero el partido no la dejó hacerlo. El trabajo diplomático era todo lo que le quedaba si no quería engrosar las filas de los emigrados rusos.[46] Cuando se hizo público el nombramiento de Kollontai como embajadora, nadie sabía del drama y los dilemas personales que la acechaban, y nadie pudo haber sospechado que Kollontai carecía del ímpetu revolucionario que caracterizó a Pestkovsky.

A lo largo de 1926 y 1927, los artículos relativos a México en la prensa soviética, hicieron eco de la posición agresiva norteamericana hacia el país y a su ayuda a Nicaragua. Los comentaristas retrataron a México como una desventurada víctima del imperialismo, que no tenía otra alternativa más que sucumbir o participar en la Revolución proletaria. Después de que

[46] Clements, 1979, pp. ix-xii. Eso fue lo que Kollontai confió a Marcel Brody, un amigo cercano, antes de salir para México. Véase Marcel Brody, "Alexandra Kollontai", en *Preuves*, núm. 14, abril de 1952, p. 23.

Gran Bretaña rompiera relaciones con la URSS en 1926 y los nacionalistas masacraran a los comunistas en China en 1927, el gobierno soviético llegó a la conclusión de que la coexistencia pacífica con el mundo capitalista había llegado a su fin y que el Occidente se preparaba para la guerra contra el régimen bolchevique.[47] Sin embargo, en el comportamiento de Kollontai no se manifestó cambio. Por el contrario, la embajadora trató de salvar la apariencia de la normalidad y más bien remediar la dañada imagen de la diplomacia soviética a causa de las actividades de su predecesor.

Unas semanas antes de embarcarse hacia México, Kollontai declaró a la prensa que "un diplomático actual debería ser escrupuloso en abstenerse de cualquier tipo de propaganda o interferencia en los asuntos internos del país en el que está acreditado".[48] Kollontai no era ninguna novata en la diplomacia y sabía tantear el terreno para no dar un paso en falso. La embajadora estaba consciente del lugar estratégico de México para la política exterior soviética, pero también conocía la cada vez más intensa tirantez norteamericana hacia México. La solapada expulsión de Pestkovsky y la negativa del Departamento de Estado para dejarla pasar por los Estados Unidos, fueron claros indicios de que en México iba a pisar terreno minado y que debía atenerse estrictamente al protocolo diplomático.[49]

La mañana antes de salir por tren de Berlín a Rotterdam, el entonces cónsul, De Negri, fue a verla y le pidió que pospusiera su viaje. De Negri argumentó que la conflictiva relación entre México y los Estados Unidos podía desembocar en una guerra. En tal caso, De Negri esperaba que la Unión Soviética asumiera un papel "más activo que hasta ahora" en su política en México. En otra ocasión, Kollontai informó que al pasar por Berlín durante su travesía a Moscú, Pestkovsky se reunió con De Negri y le dio a entender que en caso de una agresión norteamericana, la Unión Soviética no se quedaría de observador pasivo.[50]

Pero la misma Kollontai no iba a emprender el trabajo de agitación, organización y propaganda. Aun antes de pisar la tierra mexicana, y durante las primeras semanas de su estancia en el país, tuvo que comportarse

[47] "The Intervention of the United States in Nicaragua and Mexico", en *Inprekorr*, núm. 12, 4 de febrero de 1927, p. 230; "Die jungsten Intrigen der Vereinigten Staaten in Mexiko" de Wicks, en: *Inprekorr*, núm. 107, 1o. de noviembre de 1927, p. 2311; "Der Oelfrieden zwischen den Vereinigten Staaten und Mexiko" de Loewen, *Inprekorr*, núm. 33, 30 de marzo de 1928, p. 616. *Cfr.* Enrica Collotti Pischel y Chiara Robertazzi, 1968.

[48] "Madame Kollontay se Siente Feliz por su Viaje a México", 16 de octubre de 1926; "La Diplomacia Moderna no es ya de Intriga", en *Excélsior*, 19 de octubre de 1926.

[49] Kollontai a Litvinov, México, 1o. junio de 1927, AVPRF, Oficina de México, registro 4, exp. 1, p. 101.

[50] Kollontai a Litvinov, París, 18 de noviembre de 1926, AVPRF, Oficina de México, registro 1-z, exp. 2, p. 12.

de tal manera que su conducta fuera capaz de disipar las más extravagantes y hostiles calumnias y chismes periodísticos sobre su pasado revolucionario, su apariencia o su guardarropa. Todo ello la acompañó a su llegada a México en diciembre de 1926.[51] Por el eco que su nombramiento había provocado en los Estados Unidos, la prensa conservadora mexicana criticó a Calles por haber permitido que una revolucionaria todavía más renombrada que Pestkovsky representara a la Unión Soviética. Además de habérsele negado la visa norteamericana, cuando el barco en el que viajó zarpó en La Habana, las autoridades cubanas no le permitieron bajar al muelle para reunirse con una delegación de mujeres que llegó al puerto para saludarla.[52]

En México, en cambio, Kollontai recibió una cálida bienvenida, aunque el *Excélsior* trató de minimizarla. Cuando el barco en el que viajaba arribó al puerto de Veracruz, el gobernador jarocho, Heriberto Jara, la colmó de honores. Una delegación de comunistas la esperó en la estación de Buenavista aun sin saber la hora en la que el tren llegaría.[53]

Durante la presentación de sus cartas credenciales ante el gobierno mexicano, el 22 de diciembre, Kollontai elogió los avances políticos y sociales que México había alcanzado y señaló las similitudes y la cercanía entre los dos países. *La embajadora destacó la importancia de la participación de la clase obrera en la política, y las dificultades sociales y económicas que México enfrentaba debido a la hostilidad del imperialismo.* Kollontai enfatizó sin querer dejar duda alguna de que su trabajo principal en México era promover el comercio entre los dos países.[54]

Kollontai trató de ganarse la amistad de los dirigentes de la CROM pero en vano. Como parte del programa para que los dirigentes obreros estudiaran las legislaciones y las políticas laborales de los diferentes países, la CROM había enviado a Eulalio Martínez a la Unión Soviética. Cuando el enviado mexicano regresó, trajo poca experiencia aprovechable para México y muchos relatos sobre cómo fue espiado, cómo se le abría la correspondencia antes de llegar a él y cómo no se le permitió viajar libremente por el país. La CROM intensificó el vilipendio público en contra de las políticas laborales restrictivas de los soviéticos, y las contrastó con las prác-

[51] "Diplomacia con Antifaz", en *Excélsior*, 20 de octubre de 1926; Enrique Santana a la SRE, Praga, 13 de octubre de 1926; Lázaro Basch a SRE, Copenhague, 10 de diciembre de 1926, ASRE, 41-26-27; Beals, 1938, pp. 340-342; D.V. Kelly a Sir Austin Chamberlain, 27 de julio de 1927, PRO, FO 371, exp. 12003.

[52] Los artículos en favor y en contra de Alexandra Kollontai conforman todo un expediente, véase ASRE, 41-26-27. "No Habrá Manifestaciones para la Señora Kollontay", en *Excélsior*, 7 de diciembre de 1926.

[53] "En Rusia se Tiene Grande Simpatía por México y se Admira a Nuestro Pueblo", en *Excélsior*, 8 de diciembre de 1926.

[54] "Mme. Kollontai presentó sus credenciales", en *Excélsior*, 25 de diciembre de 1926.

ticas bondadosas de las mexicanas. Cuando el dinero de los transportistas rusos llegó a México, en marzo de 1927, la CROM levantó una campaña en contra de Kollontai y demandó su expulsión de México. Ya que la Secretaría de Relaciones Exteriores no respondió a la llamada de la CROM; Morones, el ministro, prohibió la exhibición de películas soviéticas en los cines comerciales.[55]

Igual que Pestkovsky, Kollontai organizó veladas en la embajada, durante las cuales proyectaba películas soviéticas y servía té *a la fourchette* con el fondo de la música folklórica rusa. Sus fiestas, sin embargo, se caracterizaron por la sobriedad y el decoro; solía invitar a cada una a los miembros del gabinete. Algunos iban por gusto o por curiosidad, otros por compromiso; el presidente no asistió nunca.[56]

A pesar de su esfuerzo, la estancia de Kollontai en México levantó más controversias que frutos para los dos países. Cuando llegó el donativo soviético para los ferrocarrileros, lo más probable es que la embajadora lo canalizara hacia sus destinatarios. Inmediatamente, la prensa le colgó el estigma de "subversiva", aunque su reputación de ferviente bolchevique contrastaba con su condición de exiliada de la Unión Soviética.

La política de los Estados Unidos de seguir acusando a México de ser la cuna del bolchevismo continental también le restó valor a la seriedad y eficacia con la que Kollontai quería llevar a cabo su trabajo. La severa crítica de Kellogg en enero de 1927, de que México buscaba expandir el bolchevismo más allá de sus fronteras, y el señalamiento de Sheffield de que la embajadora embarcó a obreros mexicanos a Estados Unidos para que les infectaran el virus comunista, la puso en una situación delicada frente a Calles.

Sin embargo, desde que le fuera negada la visa para entrar a los Estados Unidos, y luego de la hostilidad norteamericana hacia ella cuando ya estaba en México, Kollontai no lo interpretó como algo dirigido a la Unión Soviética. La embajadora veía que el gobierno de los Estados Unidos la utilizaba como chivo expiatorio para arreglar cuentas con México. En su informe a Litvinov, Kollontai no quiso que se le diera importancia al expediente que Kellogg entregó al Senado como prueba de que México

[55] "Meksika. Ocherednoi s'iezd KROM", en *Mezhdunarodnoe rabochee dvizhenie*, num. 21, mayo de 1926, pp. 13-15; "El Comunismo no Existe en Nuestro País", 5 de enero de 1927; "El Bolshevismo no Aparece aún en Esta Nación", 23 de marzo de 1927; "Dinero de los Rusos para los Huelguistas", 26 de marzo de 1927; "Dinero Soviet Enviado a los Ferroviarios", 27 de marzo de 1927, en *Excélsior* "Contra la Sra. Kollontay", en *El Universal*, 12 de abril de 1927

[56] Torreblanca a Kollontai, 3 de febrero de 1927, AGN, Ramo O/C, 205-R-35. Informe de la embajadora soviética en México, AVPRF, Oficina de México, registro 6, exp. 2, p. 102. Entrevista con Ella Wolfe, Palo Alto, California, 24 de julio de 1990

era un malhechor continental dirigido desde Moscú. Kollontai minimizó el incidente, no porque no supiera lo precaria que era su situación en México, sino porque consideró el conflicto mexico-norteamericano como una parte del deterioro de la situación mundial, y el enfrentamiento entre las fuerzas progresistas y conservadoras.[57] A Kollontai le sorprendió más bien la tolerancia de Calles hacia el gobierno soviético en el momento de la llegada del donativo ruso. Tampoco vio indicios de que la ruptura anglo-soviética afectara la postura del gobierno mexicano hacia el suyo.[58]

Desde el punto de vista personal, la estancia de Kollontai tuvo sus momentos placenteros, pero también fue amargada por la publicación pirata de su cuento *Bol'shaia liubov'* (Un gran amor) bajo el título sensacionalista de *Amor rojo*. Publicado originalmente en 1923, el cuento pertenecía a la colección titulada *Zhenshchina na perelome* (La mujer ante el punto decisivo) y se basó en la experiencia de la autora, quien quería autorrealizarse a través de su trabajo, por encima y contra la opinión de su marido. En este cuento, como en el resto de su narrativa, la novelista utilizaba una trama sentimental y romántica para popularizar su teoría sobre la emancipación de la mujer y su liberación de la moral burguesa. El libro, que fue publicado en México, carecía del contenido didáctico que la escritora buscaba lograr en las traducciones de sus cuentos.[59] Kollontai trató de detener la edición o por lo menos de leer las pruebas antes de que el libro saliera de la imprenta, pero la embajadora no hablaba español. Beals le ayudó a mejorar las más vulgares alteraciones de su texto original, pero aun así el libro resultó ser un romance cursi y sensacionalista.[60] El contacto de Kollontai con el pequeño mundo de las mujeres feministas fue, por el contrario, lo más grato de su estancia. Las comunistas la visitaban con frecuencia y, según el testimonio de la militante y cantante de corridos revolucionarios, Concha Michel, "salíamos orientadas de una conversación con ella".[61]

Con todo, Kollontai fracasó en su intento por demostrar que la revolución y la diplomacia, el Comintern y el gobierno soviético, funcionaban independientemente uno del otro, porque no era así. Tampoco logró promover el comercio entre México y la Unión Soviética. En 1926, los gobiernos cancelaron el tratado de comercio firmado de 1909, pero no

[57] Kollontai a Litvinov, México, 30 de enero de 1927, *Dokumenty vneshnei politiki*, vol. x, p. 34.

[58] Kollontai a Chicherin, Berlín, 3 de junio de 1927, AVPRF, Oficina de México, registro 6, exp. 2, p. 102.

[59] Brigitta Ingemanson, "The Political Function of Domestic Objects in the Fiction of Aleksandra Kollontai", en *Slavic Review*, vol. 48, núm. 1, primavera de 1989, p. 74.

[60] Beals, 1938 p. 342; Clements, 1979, p. 229.

[61] *Citado por Tuñón, 1992, p. 28.*

pudieron firmar uno nuevo. El gobierno soviético se quejó de que el texto que el embajador mexicano Basilio Vadillo compuso era inaceptable, porque no tomaba en cuenta las diferencias entre una economía capitalista y otra basada en la propiedad estatal. A su vez, Vadillo rechazó el texto de los soviéticos porque incluyó la cláusula, políticamente inconveniente, de que México sería un país con trato preferencial.[62] Así, para 1927, los productos mexicanos que los soviéticos compraban, y la gran parte de los que los soviéticos vendían a México, pasaban, como antes, por los intermediarios norteamericanos sin generar muchos beneficios a los productores.[63]

Kollontai sintió que había agotado los recursos que tenía en sus manos para mejorar las relaciones bilaterales entre México y la Unión Soviética. Frustrada y sufriendo por la altitud de la capital, la embajadora solicitó a su gobierno que la relevara de su puesto. Kollontai se fue en junio de 1927, dejando el puesto de embajador vacío y las relaciones entre México y la Unión Soviética en puntos suspensivos.

CUADRO 1

EXPORTACIONES DE LA URSS PARA 1926-1927

País	*Toneladas*	*Miles de rublos*
E.U.	235,000	81,652
Argentina	1,450	1,157
México	51	105

CUADRO 2

IMPORTACIONES DE LA URSS PARA 1926-1927

País	*Toneladas*	*Miles de rublos*
E.U.	213,506	508,361
Argentina	39,035	89,672
México	2,633	2,729

Fuente: *Vneshniaia Torgovlia*, SSR, 1918-1940, Moscú, Vneshorgizdat, 1960, pp. 1044-1073.

[62] Vadillo a SRE, Moscú, 11 de noviembre de 1927, ASRE, 7-17-115. Cárdenas y Sizonenko, 1981, p. 74.

[63] Representación Comercial de la URSS, URSS: *Anuario para 1927*, México, Representación Comercial de la URSS, 1927, pp. 74-82. De otra fuente se han podido extraer los siguientes datos. Véanse los cuadros

Capítulo 6

México en la encrucijada

DURANTE los años veinte, los periódicos mexicanos ahondaron sobre la Revolución bolchevique y, con sus reportajes y comentarios, informaron a sus lectores sobre todo lo relacionado con los altibajos de la Nueva Política Económica (NEP) y las vicisitudes políticas de León Trotsky. Su suerte simbolizaba el éxito o el fracaso de la revolución. El desenvolvimiento de la Revolución rusa servía de espejo e inspiraba una reflexión sobre la mexicana. Tanto los intelectuales radicales en el gobierno, como los periódicos liberales y conservadores, bosquejaban paralelismos entre las dos. Si bien primero yuxtaponían la Revolución mexicana y la rusa, cada vez definían más a la primera en oposición a la bolchevique.

Cuando, a mediados de 1924, los periódicos anunciaron el establecimiento de *las relaciones entre México y la Unión Soviética, se tenían como* puntos de referencia, para asir una imagen de la situación mundial, el antagonismo de los Estados Unidos a la URSS y a México, una NEP en cierne y a León Trotsky en la cumbre del poder político. Dos años más tarde, la NEP fue atacada y Trotsky había perdido el poder. En México, ambos fenómenos fueron interpretados como el retroceso de la Revolución bolchevique.

La NEP: el criterio de la revolución

Cuando Lenin anunció el abandono del comunismo de guerra e introdujo la Nueva Política Económica, en marzo de 1921, los periódicos mexicanos apaludieron el cambio. Los medios veían en la transición de la política comunista extrema hacia la moderada, el reconocimiento de que un país devastado por la guerra y la revolución no podía reconstruirse sin la inversión del capital. La introducción de la NEP fue interpretada en México, como la confesión de que el comunismo había sido derrotado y Lenin había ganado la batalla para que los extranjeros pudieran invertir y reha-

bilitar al país. Rusia no podía explotar sus materias primas, el *Excélsior* decía citar palabras de Lenin, "a menos que los extranjeros proporcionen la maquinaria, instruyan a los trabajadores rusos y les enseñen los mejores métodos de producción".[1]

Una vez puesta en práctica, la NEP fue un gran éxito, pues la Rusia Soviética, aislada y boicoteada por los gobiernos extranjeros y los capitalistas, no tuvo muchas opciones para hacer frente al hambre y al descontento campesino que surgieron como consecuencia de las medidas drásticas del comunismo de guerra implantado en 1918. La NEP surgió también por la necesidad de adaptar a la nueva realidad los complejos residuos sociales y culturales de la Rusia prerrevolucionaria, que estaban reñidos con el objetivo de construir una sociedad comunista. La NEP debía proporcionarle a la sociedad el respiro necesario para alcanzar ese objetivo, y entretanto poder aguantar las consecuencias de la convulsión revolucionaria.[2] Lenin consideró la NEP (1921-1929) como un retroceso en el camino hacia el socialismo, mas no su abandono. El ideal de establecer el intercambio directo de las mercancías entre el campo y la ciudad de golpe, fracasó; sin embargo, Lenin, Trotsky y Bujarin, entre los dirigentes bolcheviques, tenían la esperanza de que ese objetivo se lograra a través de un proceso gradual; algunos, Lenin entre ellos, dudaban de que se pudiera construir el socialismo con los capitalistas de la NEP.[3]

Lenin acuñó la NEP con la frase "capitalismo de Estado". El Estado retuvo el poder político y el control sobre las empresas clave, permitiendo a los pequeños capitalistas y a un grupo de empresarios extranjeros hacer negocios y operar concesiones. Sin embargo, los bolcheviques esperaban restringir la actividad de la iniciativa privada, y algunos creyeron que por su mayor eficiencia y mejores resultados, a la larga, el sector socializado de la economía rebasaría al sector privado.[4]

Algunos bolcheviques se oponían a la NEP y la consideraron una traición a su revolución y al socialismo. Kollontai, por ejemplo, temía el regreso de los valores burgueses cuya amoralidad impedía la emancipación

[1] "Triunfo de Lenine en el Congreso Soviet", 5 de enero de 1921, "Es Publicado en Londres el Convenio Preliminar entre Rusia y la Gran Bretaña", 25 de enero de 1921, "Es Inevitable la Caída del Actual Régimen Soviet"; "La Insurrección de los Campesinos Contra el Régimen de los Soviets", 1o. de febrero de 1921; "Propaganda de los Bolsheviki", 17 de febrero de 1921; "Hay Desacuerdo Entre Lenine y los Extremistas", 25 de febrero de 1921; "El Hundimiento de un Régimen", 15 de julio de 1921; "El Comunismo de los Soviets se Declara Vencido", 25 de julio de 1921, "Llamamiento de Rusia a los Capitalistas", 8 de agosto de 1921, "El Noveno Congreso de los Soviets Aprobó la Nueva Política Económica Anunciada por Lenine", 27 de diciembre de 1921, en *Excélsior*.

[2] Rosenberg, 1991, p. 3.

[3] Ball, 1987, pp. 10-11 y pp. 174-175, núm. 42

[4] *Idem*, pp. 27-28; Shapiro, 1959, p. 378.

de las mujeres.[5] Otros culparon a la NEP de la lenta recuperación industrial. En 1922, en comparación con el periodo prerrevolucionario, la Rusia Soviética produjo la cuarta parte de la industria ligera, mientras que la industria pesada estaba paralizada. A su vez, las manufacturas que producían las fábricas no encontraban mercados entre los campesinos, para quienes sus precios eran demasiado altos. En consecuencia, el enlace previsto entre los obreros y los campesinos nunca se llevó a cabo. En realidad, la diferencia de precios entre los productos agrícolas y los industriales tendía a crecer. Así como los campesinos no podían comprar las manufacturas, tampoco estaban incentivados a vender su producción. Estas diferenciaciones de precios, o "tijeras" como las llamó Trotsky, ponían en peligro las relaciones económicas entre la ciudad y el campo y, por lo tanto, también ponían en entredicho la alianza política entre las dos clases sociales. Para corregir esta disonancia, la economía debía ser planificada en favor del sector socialista –las empresas del Estado y las cooperativas– hasta que por su preponderancia absorbiera o eliminara gradualmente al sector privado y superara los límites de la NEP.[6]

Los observadores externos de la NEP que tenían interés en derrotar al régimen bolchevique, confundieron el carácter transitorio de la NEP con el desfallecimiento del comunismo. Al comentar los acontecimientos en la Rusia Soviética –como la moderación de la revolución–, los periódicos mexicanos señalaron que se confirmaba el correcto ritmo pausado de la Revolución mexicana y su proceso evolutivo hacia la reconstrucción del Estado y la sociedad sobre bases nuevas. Por más paradójico que fuese, después de que la sociedad rusa empezó a recuperarse de la desintegración que había sufrido durante la revolución y la guerra civil, los comentaristas mexicanos identificaron a Lenin con la moderación en la conducción del proceso revolucionario en la Rusia Soviética.[7]

Si Lenin significaba la moderación según los medios conservadores mexicanos, los adversarios de la NEP representaban el ultrarradicalismo. Después de la muerte del dirigente bolchevique en 1924, se les consideró como los traidores de sus ideales. Así, según los periódicos mexicanos, el dirigente del Comintern, Zinoviev, fue consignado como uno de los extremistas entre los bolcheviques porque quería desmantelar la NEP. El *Excélsior* lo citó ante los delegados al Quinto Congreso de la Internacional

[5] Ingemanson, 1989, p. 28.

[6] Carr, 1954, pp. 14-15, 295-301.

[7] "La NEP y Cooperación Exterior Parecen una Tregua", 12 de abril de 1923; "En el Congreso Comunista Leonid Krasin Abogo por Créditos Exteriores", 21 de abril de 1923; "La Realizacion de los Idealismos de Lenin", 29 de abril de 1923, en *El Universal*.

diciendo que "el capitalismo era la peor de las tiranías". Según la nota periodística, Zinoviev manifestó su desprecio por los países burgueses que si bien habían reconocido a la Rusia Soviética, seguían siendo sus enemigos y la lucha contra ellos continuaría. Las revoluciones no habían triunfado en Europa occidental, pero en el país de los soviets el comunismo crecía a pasos agigantados.[8]

A lo largo de 1924 y 1925, los periódicos mexicanos reportaron éxitos económicos y una relativa paz política en la Rusia Soviética, que correlacionaron con la supuesta disolución del Comintern. En realidad, una de las interpretaciones constantes del desenvolvimiento de la Revolución bolchevique que podía percibirse a través de los medios oficiales y semioficiales mexicanos, fue la de relacionar el crecimiento de la economía soviética con el debilitamiento del Comintern y viceversa: un mayor despliegue de las actividades de la Tercera Internacional significaba el decaimiento económico y pérdida del control del Estado sobre el gigantesco país.[9]

Sin embargo, el optimismo de los países europeos por la recuperación de la Rusia Soviética y su coexistencia pacífica con los países capitalistas duró poco tiempo. A lo largo de 1926, también los periódicos mexicanos informaron que el Consejo económico supremo advertía a los empresarios y a los obreros que faltaba maquinaria para las industrias, que aumentaban los costos de la producción debido a la mala administración en las fábricas y que los obreros carecían de disciplina laboral y organización de trabajo. De allí en adelante, el gobierno emprendió una campaña contra la indolencia, la indiferencia y la negligencia administrativa.[10]

Durante el mismo periodo, la prensa informó que el Comintern intensificaba sus actividades en Europa y Asia. La interferencia de los soviéticos en la huelga general de los obreros ingleses en 1926, y el subsecuente

[8] "El Czarismo es Opacado por los Métodos Soviets", 8 de septiembre de 1923; "Los Bolsheviki son Peores que los Capitalistas", 21 de octubre de 1923, en *Excélsior* "Primer Paso para Poner en Práctica los Planes de Lenin", 1o de febrero de 1924; "La Guillotina en Lugar de la Mazmorra al Capitalista", 2 de febrero de 1924; "A Pesar del Reconocimiento de las Grandes Potencias, el Comunismo Ruso Seguirá Combatiendo Contra la Burguesía", 29 de febrero de 1924, en *El Universal*; "Ex-Funcionarios de Rusia Sentenciados a la Pena Capital", 8 de mayo de 1924, "Ha Tenido Buen Éxito el Gobierno de los Soviets", 19 de junio de 1924, "Sólo en Rusia Han Aumentado los Comunistas" 30 de junio de 1924, en *Excélsior*.

[9] "El Gobierno Ruso se Aparta de sus Principios para Dar Mayor Libertad al Campesino", 9 de enero de 1925; "Las Finanzas Soviéticas" de Luis Lara Pardo, 11 de marzo de 1925; "La Tercera Internacional Está por Desaparecer", 26 de marzo de 1925, en *Excélsior*.

[10] "Se Admite en Moscou que Existe la Insurrección", 28 de julio de 1926; "No ha habido Movilización de Tropas del Soviet"; "La Verdad que ni en Rusia se conoce la Verdad", 9 de agosto de 1926; en *El Universal*, "Peligra la Industria de los Soviets", en *Excélsior*, 19 de septiembre de 1926.

rompimiento de relaciones diplomáticas con la URSS en 1927, llegaron a los encabezados. Adicionalmente, los periódicos trajeron reportajes sobre el intento abortado de los soviéticos por radicalizar a China y a las regiones industriales de Alemania. A la vez, los observadores del escenario soviético se sintieron perplejos ante la oleada represiva en la misma Unión Soviética, después de que un estudiante monarquista asesinara al embajador ruso en Polonia para vengarse de la ejecución del zar y su familia, *llevada a cabo por los bolcheviques en 1918.*[11]

Era cierto que los dirigentes soviéticos nunca habían resuelto su ambigüedad respecto a la NEP. La adopción de los instrumentos del mercado y el reconocimiento del papel necesario de los comerciantes y pequeños empresarios fue el resultado de un compromiso con los campesinos, pero sus adversarios creyeron que la NEP era incompatible con la industrialización. El debate en favor y en contra de la NEP dentro del gobierno dio pie a políticas encontradas. Después de la crisis de precios en 1923, el Estado restringió las actividades de los empresarios y comerciantes, y redujo sus créditos del banco estatal así como las ventas de sus empresas. El Estado aumentó los impuestos y aplicó controles sobre los precios de sus productos y mercancías. Cada vez más, los adversarios de la NEP percibían a los empresarios y comerciantes como los enemigos de clase, y la rivalidad entre las empresas privadas y las estatales era vista como una manifestación de la lucha de clases.[12] A partir de 1929, la NEP fue desmantelada y reemplazada por la colectivización forzada y la industrialización conducida desde la cumbre del poder soviético. El ataque a la economía de empresa mixta y el gradual cambio hacia la economía estrictamente estatal, se reflejó en el deterioro de las relaciones exteriores de la Unión Soviética. En México, coincidió con la embajada de Pestkovsky y Kollontai y la asistencia financiera soviética a los ferrocarrileros. Según los perió-

[11] "Inglaterra contra los Bolsheviki", 9 de enero de 1926; "Los Soviets han Fortalecido su Posición en el Extremo Oriente", 23 de enero de 1926; "Sinovieff Pretendía Sembrar la Doctrina de los Bolsheviki en el Norte de África", *11 de febrero de 1926; "Tendrán que Salir de Berlín Algunos Comisionados Rusos", 16 de febrero de 1926;* "En la Primavera Próxima Estallará una Nueva Revolución Comunista en la Rica Región Industrial del Valle del Ruhr", 23 de febrero de 1926, en *Excélsior*. "En el País de los Soviets" de Henri Beraud, en *El Universal*, 4 de enero de 1926; "Huelga General en Gran Bretaña", 28 de abril de 1926; "Los Obreros Ingleses Rechazan a los Rojos", 9 de mayo de 1926; "El Fracaso del Socialismo en Europa" de Jesús Guisa y Azevedo, 12 de mayo de 1926; "No Romperá Ahora el Gobierno Británico con el Bolshevique", 18 de junio de 1926; en *Excélsior*. "La Propaganda Comunista Hace Peligrar las Relaciones entre Alemania y Rusia", 5 de junio de 1927; "Ministro Ruso en Polonia Voikov Asesinado", 9 de junio de 1927; "El Caos Rojo en la República de los Soviets", 16 de junio de 1927; en *Excélsior*, "Negro Cuadro de la Situación en Rusia: Asesinatos, Fusilamientos de Jefes Militares y Hasta Suicidios", en *El Universal*, 15 de junio de 1927

Cfr. Carr, 1976, parte I, pp. 64-65; Great Britain. Stationary Office, Documents *Illustrating the Hostile Activities of the Soviet Government and Third International against Great Britain*, HMSO, Londres, 1927; Gorodetsky, 1977, pp. 134-168.

[12] Lewin, 1974, pp. 84-96, Ball, 1987, pp. 43-47

dicos de mayor circulación, México estaba envuelto en los designios siniestros del Comintern. En vista del asedio político y económico de los Estados Unidos, hacía falta deslindar claramente la política radical soviética y el proceso gradual mexicano.

León Trotsky: la medida del temple revolucionario

La contienda por el poder en la Unión Soviética también fue vista en México como la lucha entre el gobierno y el Comintern -una lucha entre el bien y el mal-. Las dos instancias fueron consideradas como entidades separadas, una buscando someter a la otra. Desde que Lenin se enfermó en 1922, en la Rusia Soviética se dio una guerra de aniquilación para ganar la sucesión del dirigente bolchevique. Después de su muerte, en 1924, los periódicos dieron por sentado que la lucha por el poder en el Partido bolchevique era entre Trotsky, el general del Ejército Rojo, y Grigori Zinoviev, el "ultra-radical" dirigente del Comintern. Los medios no mencionaron a Stalin sino hasta 1926.

Se creía entonces que Trotsky era el heredero político de Lenin. Su desaparición repentina en el transcurso de 1924, sin explicación alguna por los soviéticos, llamó la atención de los medios de comunicación, incluso en México. El *Excélsior* y *El Universal* comentaron profusamente su caída estrepitosa de las alturas del poder. Una vez la explicaron a través de la disparatada noticia de que Trotsky se había aliado con los monarquistas, otra vez diciendo que ambicionaba convertirse en un dictador.[13] Después de que fueran negadas estas versiones tan absurdas, los periódicos presentaron a Trotsky como el símbolo de la democracia y a sus adversarios como los autócratas. Un suceso llamó la atención de los medios: en 1925 Trotsky fue removido de la dirección del comisariado de Guerra sin protestar públicamente ni insubordinarse como lo hubiera hecho cualquier general mexicano en circunstancias similares.[14]

[13] "Trotzki Está en Relaciones con los Monarquistas", en *El Universal*, 21 de febrero de 1924; "¿Cuáles son las Personalidades de la Rusia Sovietista?", en *Excélsior*, 1o. de marzo de 1924.

[14] "La Caída de Trotzky es Peligrosa para los Rusos", 17 de diciembre de 1924; "Trotzky es el Blanco de Formidables Ataques", 24 de diciembre de 1924; "Los Tiranos Bolsheviquis han Hecho de Rusia un País de Esclavos", 31 de diciembre de 1924; en *El Universal*, "Temores por la Vida del Caído León Trotzky", 30 de enero de 1925; "León Trotzky Regresó Otra Vez a Moscow", 31 de enero de 1925; "La Literatura Revolucionaria Rusa según Trotzky y la Literatura Revolucionaria Mexicana", 8 de mayo de 1925; en *Excélsior*, "El Espejo de Rusia" de Federico Gamboa, en *El Universal*, 12 de mayo de 1925; "Terrible Lucha entre la Autocracia y la Democracia en Rusia", 17 de octubre de 1926; "El Testamento Político de Lenin Predice que una Escisión en el Partido Matará al Soviet" de Max Eastman, 18 de octubre 1926, en *Excélsior*; "Han castigado ya a Trotzky, a Zinovieff y a sus partidarios", 24 de octubre de 1926; "Los Comunistas Están Reunidos", 28 de octubre de 1926; "Los Burgueses Atacarán a la Rusia Soviet", 30 de octubre de 1926, en *Excélsior*

El Demócrata dio un giro diferente a los acontecimientos dramáticos de la Unión Soviética. El periódico de Vito Alessio Robles otorgó casi carta blanca al comunista norteamericano, Bertram Wolfe, para que escribiera sus impresiones e interpretaciones de su viaje a la URSS, en 1924, como delegado del PCM al Quinto Congreso del Comintern. Durante varios meses, en 1924 y 1925, *El Demócrata* publicó sin censura los treinta y tantos artículos que Wolfe escribió.

Por fe y disciplina los comunistas solían embellecer la historia soviética para no dar más armas a sus detractores. Así, los artículos de Wolfe, inteligentes y bien escritos, además de informar tenían el objetivo de desmentir las versiones de los otros periódicos acerca de la situación en la URSS y, sobre todo, de la inexplicable desaparición de Trotsky. Wolfe, otro soldado de la revolución, quiso darle a Trotsky el lugar prominente que creía que el dirigente bolchevique se merecía en la historia. En uno de los artículos, anotó:

> Ese Trotski, tantas veces muerto, tantas veces aprehendido, tantas veces expulsado, Trotski el enfermo, Trotski el "bonapartista" que quiere hacerse emperador de Rusia, Trotski el moribundo [...] está marchando, codo a codo conmigo y mis miradas furtivas me muestran un hombre alto, fuerte y robusto en traje semimilitar.[15]

Wolfe habló de la popularidad de Trotsky pero sin mencionar que en ese entonces se llevaba a cabo una campaña en su contra, que explicaba por qué el comunista norteamericano no pudo verlo jugar un papel protagónico durante el congreso.[16]

En la Unión Soviética, Wolfe fue testigo de la campaña en favor de las cooperativas estatales y contra el comercio privado de la NEP, considerado como la especulación. Para describir sus impresiones de manera gráfica, Wolfe transmitió a sus lectores el delicioso sabor de la leche de una cooperativa y la contrastó con el líquido amarillento de la tienda privada a la que tuvo que recurrir un domingo cuando la primera estaba cerrada. Aunque no todo en las cooperativas era miel sobre hojuelas, su evolución hasta entonces prometía abaratar la vida de los obreros y mejorar su calidad. Sin embargo, mientras no se desarrollara la producción

[15] Véase "La Tumba de Lenin" de Bertram D. Wolfe, en *El Demócrata*, 17 de octubre de 1924.

[16] Décadas después, Wolfe admitió que no entendía entonces por qué el silencio en torno a Trotsky durante el dramáticamente escenificado congreso (Wolfe, 1981, pp. 307, 323).

y el comercio de las cooperativas en todas las ramas de la industria ligera, la NEP suplía temporalmente la carencia.[17]

Era común entonces que la prensa interpretara la pérdida del poder de Trotsky como el resultado de la confrontación ideológica e institucional entre la moderación y el extremismo, y entre el gobierno soviético y el Comintern. Según esta versión, de la prensa, la contienda la ganaban el extremismo y el Comintern.

El embajador mexicano en la URSS también envió un largo comentario sobre el tema a sus superiores. Vadillo tituló su misiva "El peligro bolchevique" y trató de explicar que el peligro no provenía del gobierno, que se caracterizaba por el pragmatismo de una "administración burguesa", sino de las ideas bolcheviques. Estas ideas fueron generadas por la máquina de propaganda del Comintern, que difundía "la teoría general de la revolución".[18]

Sin duda alguna, las ideas que la prensa difundía y la cancillería sistematizaba acerca de la Unión Soviética, sus dilemas y sus contradicciones internas y su posición en el mundo, influyeron en la manera en que los políticos y comentaristas mexicanos interpretaron, por analogía u oposición, el desenvolvimiento social de México y sus incesantes conflictos con los Estados Unidos. Las mismas ideas influyeron sobre la opinión que los políticos y observadores se hicieron en torno a la alianza de México con la URSS.

Calles "el bolchevique"

En diciembre de 1924, unos días después de haber tomado posesión como presidente, Calles anunció que el proceso revolucionario había entrado en su fase constructiva. Con este mensaje Calles quiso dar la impresión de que tenía una política propia, pero que ésta no dejaba de ser una continuación fiel del camino trazado por su predecesor.[19] La reconstrucción material de México era impensable sin el concurso del capital y las

[17] "Sobre la solución del problema agrario en Rusia", "Una Nepman vista de cerca", "El «bolsheviquismo» de México y la «NEP» rusa". Los artículos se encuentran en la Colección Bertram D. Wolfe en la Hoover Institution Archive, Stanford University, California. En sus memorias escritas en los años setenta, Wolfe reflexiona sobre sus artículos escritos cincuenta años antes y dice que el material que utilizó fue extraído, en gran parte, de los folletos que el departamento de agitación del Comintern distribuyó entre los participantes al congreso (Wolfe, 1981, pp. 332 y 572)

[18] "El peligro bolchevique", Vadillo a SRE, Moscú, 25 de septiembre de 1925, ASRE, 39-8-13; Vadillo a SRE, Moscú, 20 de noviembre de 1924, ASRE, 36-2-17 e *Izvestiia*, 19 de noviembre de 1924, ASRE, 21-5-177. *Cfr.* Cárdenas, 1993, pp. 171-175.

Basilio Vadillo fue maestro rural en Zapotitlán, Jalisco. Desde 1919 fue un ferviente obregonista, y en 1922 fue gobernador de su estado. Sin embargo, sus adversarios y los de Obregón lo derrocaron y el presidente lo compensó con el puesto de embajador primero en Oslo, Noruega, y a partir de 1924 con la embajada de Moscú.

[19] Véase la correspondencia entre Calles y Obregon en Macías (ed.), 1991, pp. 145-158.

inversiones extranjeras. Igual que Obregón, Calles ligó el desarrollo económico, la soberanía nacional, la redención del proletariado y el campesinado a las necesidades de los capitalistas. Sin embargo, enfatizó también que los capitalistas no podían pasar por encima del bienestar popular, pues la miseria material producía el descontento social y la inquietud política. Las reformas eran la única alternativa para la revolución. Calles encaraba el mismo dilema que Obregón sobre cómo conciliar las demandas de los obreros para mejorar sus condiciones de trabajo, y de los campesinos que necesitaban tierras de cultivo, con la necesidad de dar garantías a los capitalistas que se oponían, precisamente, a la satisfacción de esas demandas.[20] Pero al igual que Obregón, Calles sabía que la estabilidad de su gobierno dependía del apoyo del movimiento obrero bajo la dirección de Luis Morones, sin que por ello desdeñara el apoyo de los comunistas, los sindicatos independientes y los agraristas. Las buenas relaciones con los Estados Unidos eran, por supuesto, una prioridad.[21]

Calles, mucho más que Obregón, gozaba de la reputación de "bolchevique". Antes de su toma de posesión, Calles visitó los Estados Unidos donde, según Carleton Beals, juró ante los obreros norteamericanos que "antes de traicionar al proletariado, me envolveré en la bandera roja y me arrojaré al precipicio".[22] La anécdota puede ser apócrifa pero refleja la fama que Calles tenía como político radical y pro-obrero que lo acompañó durante su periodo presidencial. Hasta el joven Valadés, militante del Partido Comunista Mexicano, tuvo que admitir su habilidad para demostrarles a los obreros que el Estado nacional podía darles "tanto y más de lo que ofrecían los sindicatos y el socialismo". Lo que los comunistas prometían como conquistas del futuro, Calles les entregó a los obreros y campesinos sin cortapisas. Según Valadés, Calles "nos arrancó, pues, nuestras charreteras y se las sujetó a los hombros".[23] Y mientras que Pestkovsky creía que en Calles había encontrado a un compañero de viaje en la histórica lucha por la emancipación del hemisferio occidental de las garras del imperialismo, los periódicos conservadores, en México y Estados Unidos, veían en el nuevo presidente el prototipo del dirigente radical que impedía la armoniosa relación con el país vecino.[24]

[20] Krauze, 1987, p. 49; Haynes, 1981, p. 137.

[21] Obregón a Calles, Navojoa, Sonora, 20 de enero de 1925, en Macías (ed.) 1991, pp. 146-147.

[22] "Calles en la Washington Irving High School en Nueva York, en diciembre de 1924", en Beals, 1938, p. 229

[23] Valadés, 1986, pp. 171 y 181

[24] "El Señor Ministro de Rusia no Hará Propaganda Soviet", en *Excélsior*, 9 de noviembre de 1924; "Propaganda Bolshevique se Desarrolla en México", traducción del artículo de *The Herald Tribune*, publicado por *El Universal*, 29 de diciembre de 1924, además, el editorial "La Esterilidad del Comunismo", en *El Universal*, 30 de diciembre de 1924

Calles simpatizó con el experimento soviético, pero por la reacción que provocaba entre sus adversarios, el presidente buscó la manera de disociar las dos revoluciones. En una entrevista, en abril de 1924, Calles contestó a una pregunta sobre sus ideas en torno a si el bolchevismo y la Revolución mexicana eran idénticas. El presidente puso las revoluciones en el contexto de su tiempo como la tendencia universal de las sociedades pero que tenían que ser dirigidas para que su impetuosidad no se convirtiera en una fuerza destructiva. En cuanto a la Rusia Soviética, Calles sostuvo que era demasiado pronto para juzgar su evolución aunque consideró que los cambios acaecidos, como el resultado de la NEP; parecían un éxito. Si bien los ideales de las dos revoluciones eran idénticos, México se guiaba por su Constitución: "Nos interesa el sovietismo como un sistema de gobierno solamente por su aspecto filosófico y humanitario."[25]

Aunque a principios de los años veinte el epíteto *bolchevique* o *socialista* pudo haber sido halagador o inocuo, una vez que Calles fue proclamado candidato a la presidencia, y después de haber tomado posesión, fue más bien perjudicial para su papel de estadista. En varias ocasiones, Calles trató de rectificar la imagen que se tenía de él:

> Se trata de hacerme aparecer como el representante del bolchevismo, como el abogado de la destrucción y la ruina que hacen tan odioso el comunismo. Todo eso es falso. Mi única aspiración es que los principios de la Revolución, diseñados para beneficiar a las clases trabajadoras sean puestos en práctica, pues esta gente ha sufrido durante mucho tiempo.[26]

Más que el comunismo soviético, fueron la socialdemocracia alemana de Friedrich Ebert y el laborismo inglés de Ramsay McDonald, las tendencias políticas que sirvieron de guía a Calles para modernizar a México. Fue por su iniciativa que, en 1925, se fundó el Banco Nacional de México y, en 1926, el Banco Nacional de Crédito Rural, la Comisión Nacional de Irrigación, la Comisión Nacional de Caminos y una serie de escuelas primarias, secundarias y técnicas. Modernizando la infraestructura económica, la organización y el sistema de transporte buscaban reducir

[25] Citado en Hammond, 1927, p. 46 como "Constructive National Policy". Originalmente publicado en *El Demócrata*, 18 de abril de 1924.

[26] "Guarantees to Foreign Capital and Betterment of the Conditions of the Mexican Workers", en Murray, 1927, pp. 35-36. El artículo fue publicado originalmente en *El Demócrata*, 22 de abril de 1924. Murray fue un propagandista de Calles en los Estados Unidos de la misma manera que Dillon sirvió al presidente Obregon

los obstáculos políticos y sociales que frenaban la movilidad de los empresarios, el capital y los trabajadores. El gobierno de Calles distribuyó 3'186,000 hectáreas de tierra a 300,000 familias en comparación con 1'700,000 hectáreas a 161,000 familias repartidas por Obregón.[27] Además, Calles hizo de la CROM un aliado del gobierno nombrando a Luis Morones su ministro de trabajo.

Aquellas medidas no hicieron que Calles apareciera menos firme en el intento de garantizar los derechos legítimos de los inversionistas privados. De la misma manera que afirmó que "cualquier movimiento revolucionario que amenaza la autoridad del capital no puede sino fracasar", exigió a los inversionistas que tomaran en serio el desarrollo de México. Calles alentó a los hombres de negocios a pensar en sus ganancias, pero los exhortó a que fueran conscientes del impacto de sus decisiones sobre todas las clases sociales. Los capitalistas tenían un papel social qué jugar para beneficiar a la colectividad, que a su vez los beneficiaba a ellos. Calles expuso una y otra vez que los capitalistas reaccionarios, "no ven que en realidad luchamos por ellos y sus intereses".[28]

Sin embargo, tanto la beligerancia norteamericana –sobre todo a raíz del envío de las propuestas de leyes al Congreso para regular los negocios extranjeros en México– como la alocución de Chicherin, hicieron que las declaraciones de Calles sonaran huecas. Haciendo eco de la posición norteamericana, el *Excélsior* interpretó la alusión de Chicherin de considerar a México una base para la expansión de las relaciones soviéticas en el hemisferio occidental, como el intento de Rusia Soviética por usar a México de trampolín para la propaganda bolchevique en Estados Unidos y América Latina. Estados Unidos acertó cuando se negó a reconocer la legalidad del gobierno soviético, mientras que México no debió hacerlo.[29]

Esta vez, Calles se vio obligado a responder a la crítica frontal de los medios con el repudio público de la política soviética. México no debía ser visto como el instrumento de la política internacional de la Unión Soviética. México reconoció la legalidad de su gobierno como un acto de justicia internacional y respeto por la soberanía de todas las naciones. Calles añadió que la Revolución mexicana se había inspirado en el sufrimiento del pueblo mexicano, y no debía ser menospreciada con caracterizaciones que eran ajenas a la mentalidad y a las circunstancias del país.[30]

[27] Krauze, 1976, pp. 49-60.

[28] Citado en Haynes, 1981, pp. 152-153.

[29] "Intemperancias Bolshevistas", en *Excélsior*, 5 de mayo de 1925.

[30] Calles, declaración hecha en el Palacio Nacional, 4 de mayo de 1925, AGN, Ramo O/C, 104-R-28; Manuel Becerra Acosta, "México no Tolerará que se le Tome de Instrumento en Política Internacional", en *Excélsior*, 5 de mayo de 1925

La declaración sin rodeos de Calles, creó una buena impresión en los círculos políticos de Washington y México. La embajada norteamericana envió un informe secreto al Departamento de Estado sobre la amonestación de Calles a Pestkovsky en la oficina del presidente. Supuestamente, Calles presentó pruebas de que varios comunistas, activos en diversos sindicatos, estaban en la nómina de la embajada soviética. Según el *Evening Post* de Washington: "Si la acción tomada en contra del ministro ruso significa que México está abandonando el bolchevismo, podría decirse que el país vecino ha dado grandes pasos hacia la normalidad y mejores y más firmes relaciones con los Estados Unidos."[31] Cuando en octubre de 1926 Pestkovsky salió de México, el Departamento de Estado expresó su agrado y esperó que Calles llegara más lejos, hasta romper relaciones con la URSS.

Calles no solamente no las rompió, sino que no objetó que en reemplazo de Pestkovsky viniera Alexandra Kollontai, que además de ser una mujer de ideas subversivas para el orden social establecido por los hombres, tenía la reputación de ser políticamente más radical que el embajador saliente. Mientras los norteamericanos seguían presionando a México para que no ejecutara las reformas constitucionales, el gobierno mexicano sabía que rompiendo las relaciones con la URSS convencería a los Estados Unidos de que su influencia producía el resultado deseado.

La apariencia del sometimiento de México a los Estados Unidos debilitaría su capacidad de maniobra en el escenario internacional y también afectaría su soberanía, que finalmente había sido la razón original para establecer las relaciones con la Rusia Soviética. Además, podría antagonizar a sus aliados de entre la élite radical en el gobierno y a las facciones radicales dentro del movimiento obrero, que creían que Calles era su presidente.

El presidente volvió a advertirle a la burguesía que se oponía tanto a las relaciones mexicano-soviéticas como a las políticas reformistas del gobierno que, lejos de salir perjudicada, se beneficiaría con la nueva política económica mexicana. Aprovechando la presentación de las cartas credenciales de Kollontai ante su gobierno, durante la cual la embajadora equiparó las dos revoluciones y resaltó la identidad de sus objetivos, Calles se abstuvo de cualquier comparación. Repitió que la Revolución mexicana no tenía ningún parentesco con la bolchevique, porque había sido un levantamiento del pueblo mexicano contra la vieja tiranía y el

[31] "Las Declaraciones del C. Presidente se Han Recibido Bien" de Arthur Mackel, 6 de mayo de 1925; "El Ministro de la Rusia Roja Dio Explicaciones Ayer a Nuestro Gobierno", 8 de mayo de 1925, en *Excélsior*.

capitalismo rapaz y egoista que sofocaba a las masas proletarias. México entabló relaciones con Rusia Soviética sin juzgar sus instituciones. La burguesía, que por ello acusó al gobierno de radical, no quería reconocer "que cómodamente y sin esfuerzo recibe a la larga, y con los años bendice ciertos hechos que en un principio había juzgado como innecesariamente extremos".[32] En suma, la burguesía se beneficaba con la política del Estado y debería reconocerlo. A estas alturas, Calles todavía pensaba que su gobierno podía mantener buenas relaciones con la Unión Soviética y el movimiento obrero sin antagonizar a sus aliados entre la clase dominante.

A fines de 1926, el gobierno de Calles necesitaba todo el apoyo que pudiera reunir. A la inyección de energía y recursos en la economía mexicana durante los dos años posteriores a su toma de posesión, siguió una drástica declinación financiera. Desde mediados de 1926, la crisis económica dio al traste con los ambiciosos proyectos de los primeros años del régimen callista. Los ingresos del gobierno bajaron debido a la reducción de las exportaciones del petróleo y la plata, y no fueron compensados sino en una pequeña parte por las exportaciones agrícolas. Los Estados Unidos siguieron presionando a México a través de una agresiva publicidad para que no aplicara la ley del petróleo y la agraria. La ejecución de las reformas costaba dinero que México, obviamente, dejó de ganar. Adicionalmente, México se encontraba en medio de un tormenta política e ideológica que se levantó en torno a la llegada de Kollontai y la ayuda militar de Calles a Nicaragua.[33]

Para enero de 1927, en su mensaje de año nuevo en una velada referencia a los Estados Unidos, Calles dijo a la nación que su búsqueda de la independencia económica y política, la prosperidad y el desarrollo, la adopción de métodos propios para explotar los recursos naturales del país y la defensa de los derechos nacionales; se toparon con la falta de confianza y una fuerte oposición en contra del gobierno. Pero para darle ánimo al país, Calles no mencionó que estaba alistando las tropas para la eventualidad de una intervención norteamericana.[34]

A pesar de las dificultades, Calles habló de los éxitos alcanzados a lo largo de 1926: el gobierno había logrado la estabilidad financiera, llevó

[32] "Mme. Kollontay Presentó sus Credenciales", en *Excélsior*, 25 de diciembre de 1926.

[33] "Los Soviets no Ayudan a Sacasa", en *El Universal*, 28 de diciembre de 1926; "Rectifica el Soviet a la Casa Blanca", 2 de enero de 1927; "México no se Aliará con Rusia", "Ignorancia de los Jefes de la Rusia Roja", 18 y 19 de enero de 1927 respectivamente, en *Excélsior*.

[34] En esos mismos días, por encargo de Calles, Marte R. Gómez viajó de Tamaulipas a la capital para organizar el traslado de armas y municiones de la Secretaría de Guerra al lugar del esperado desembarco norteamericano en el Golfo. Véase de Marte R. Gómez a Portes Gil, 7 de enero de 1927, en Gómez, 1978, p. 122.

a cabo un extenso programa educativo, construyó escuelas de agricultura, terminó obras de irrigación, reorganizó al ejército y a varias oficinas del gobierno. Consciente de que el secretario Kellogg y el Departamento de Estado desacreditaban los mismos programas, señalándolos como el andamiaje del bolchevismo latinoamericano, el presidente añadió:

> Estos proyectos para la redención y el mejoramiento económico y social de las masas de México, sin perjudicar los justos derechos y la prosperidad de las clases privilegiadas, ya sea a través de la mala fe, ya sea a través de la malicia de los intereses egoístas o la falta de la comprensión correcta de la situación, se continúan interpretando como las manifestaciones de tendencias destructivas del gobierno. A través de una rencorosa campaña de la prensa se ha presentado a México como si copiara o adoptara sistemas exóticos de gobierno y como si estuviera promoviendo, dentro y fuera del país, propaganda en favor de los sistemas políticos y sociales que son absolutamente ajenos a nuestros métodos y tendencias.[35]

Calles fue categórico en la defensa de un camino propio del país: los métodos soviéticos de gobierno no se adaptaban bien a las condiciones mexicanas, no correspondían a la reorganización constitucional mexicana ni a los actos del ejecutivo.[36]

El balance de la revolución

Sin embargo, la situación económica empeoró durante 1927. Por el financiamiento a las obras públicas y por la deuda externa, se agotaron las reservas monetarias del gobierno. Ni siquiera un préstamo conseguido en 1926 pudo balancear el gasto corriente. A pesar de haber establecido el impuesto sobre la renta, los ingresos de los impuestos a las importaciones y exportaciones bajaron, y la explotación de los recursos naturales se redujo de manera drástica. En su informe a la nación en septiembre de 1927, Calles habló con las cifras en la mano: en 1922, México recibió de la industria petrolera el 30 por ciento de los ingresos federales; en 1924, el 19 por ciento y en 1926 solamente el 11 por ciento. Para 1927 esos ingresos no alcanzaron siquiera el 8 por ciento. Para entonces, la exportaciones del hidrocarburo cayeron en un 76 por ciento en relación con el

35 "New Year Message to the Mexican People", 1o. de enero de 1927, en Murray, 1927, p. 156.
36 *Idem*, p. 157.

año 1921. De manera similar, las exportaciones agrícolas que habían crecido en la primera parte de los años veinte, empezaron a disminuir en 1926. Cuando cayeron las exportaciones, sin la necesaria reestructuración del campo para promover un crecimiento económico sostenido, el gobierno carecía de dinero necesario para comprar maíz, frijol y productos animales en el exterior. Los efectos negativos del colapso del sector exportador repercutieron en el desempleo y la caída de la demanda doméstica. El producto nacional bruto disminuyó en un 5.9 por ciento en 1927; 0.9 por ciento en 1928 y 5.4 por ciento en 1929, es decir, en un 2.6 por ciento en promedio anual entre 1926 y 1929. Este proceso culminó al iniciarse la depresión mundial.[37]

A decir verdad, las restricciones sobre el programa gubernamental de reformas se derivó de factores estructurales de la economía nacional, que los gobiernos de la revolución heredaron de sus predecesores, de los altibajos económicos coyunturales, de la oposición norteamericana, así como de la resistencia de los industriales y hacendados mexicanos. Tampoco hay que olvidar el caso omiso que el mismo gobierno hizo de las evasiones de ciertos intereses de la burguesía mexicana para eludir las reformas.

La contracción de la inversión nacional en los años veinte respecto al Porfiriato, se unió a los obstáculos que frenaron el desarrollo económico sostenido como consecuencia del reducido mercado interno y la fragilidad de la industria mexicana sin protección gubernamental. Una de las consecuencias de la revolución, que afectó seriamente la economía de los años siguientes, fue la falta de confianza de los empresarios mexicanos en la estabilidad política del país. Los industriales dejaron de invertir en ramas como la textil, la fabricación de acero y la manufactura de los cigarros, percibiendo que el valor de sus activos era solamente el 50 por ciento de lo que había sido antes de la revolución. En lugar de invertir en México, guardaban su dinero en bancos extranjeros.[38]

Después de la revolución, el gobierno tenía escasos instrumentos y pocas instituciones para poder actuar e influir en el desarrollo de la economía. Si bien el Banco de México, el Banco Agrícola, la Comisión Nacional de Caminos y la Comisión Nacional de Irrigación eran las instituciones que dotaron al Estado de los instrumentos para su intervención, éstos no pudieron cumplir con sus objetivos por falta de recursos.[39]

[37] "Calles", 1o. de septiembre de 1927, en Murray, 1927, pp. 173-178; Haber Stephen H., "Assessing the Obstacles to Industrialization: the Mexican Economy, 1830-1940", en *Journal of Latin American Studies*, vol. 24, primera parte, febrero de 1992, pp. 1-2.

[38] *Idem*, pp. 26-28.

[39] Cárdenas, 1994, p. 18.

Las dificultades en la balanza de pagos empezaron a mediados de 1926 a causa de la disminución en las exportaciones de minerales, particularmente del petróleo, y por la emisión de pagos en oro para saldar la deuda con el Comité Internacional de Banqueros. Tradicionalmente, el impuesto más importante, en términos de ingresos, había sido el que gravaba al comercio internacional y a las actividades que explotaban recursos naturales para la exportación. Su participación en los ingresos totales por impuestos fluctuó entre 30 y 40 por ciento. Fue así que el gobierno, que en 1926 esperaba tener un superávit fiscal de 13 millones de pesos, tuvo un déficit de 16 millones; en 1927 estimó contar con 21 millones y su déficit fue de 15 millones de pesos.[40] Los gastos extraordinarios para sofocar la rebelión cristera fueron considerables. En consecuencia, el nivel de las reservas internacionales cayó de 39.8 millones de dólares en mayo de 1926, a 15 millones en enero de 1927. A mediados de 1928, el gobierno interrumpiría, una vez más, el pago del servicio de la deuda externa.[41]

La disminución de los ingresos del gobierno se debió, principalmente, a la reducción de las exportaciones del petróleo. Un estudio de las compañías petroleras reveló que las empresas redujeron sus negocios en México y cambiaron su campo de operación a Venezuela, no solamente en protesta por las leyes con las que el gobierno buscaba adquirir un mayor control sobre las empresas, sino por la gradual salinización de los pozos que, según los empresarios, ponía en peligro la recuperación de sus inversiones y aumentaba los costos de la explotación, para luego competir en un mercado de precios en declinación. Si bien en 1922 Estados Unidos importó de México 129,142 barriles de crudo y de Venezuela 755; en 1927 importó de México 26,019 barriles y de Venezuela, 21,987. Al año siguiente, y de allí en adelante, Venezuela proveyó a Estados Unidos con una cantidad de petróleo varias veces mayor que la de México.[42]

En un ambiente exacerbado en lo político, las opiniones estuvieron divididas sobre las causas de la caída económica y la incapacidad del gobierno para cumplir las promesas de la revolución. Si por un lado Calles fue acusado de radicalismo, algunos de sus más cercanos colaboradores lo criticaron por no ir más lejos. Los radicales en el gobierno creyeron que no sólo Calles, sino ellos mismos fracasaron a pesar de su esfuerzo. Ra-

[40] *Idem*, p. 34, cifras citadas en p. 37.

[41] *Idem*, pp. 27-28. La rebelión cristera tuvo lugar entre 1926 y 1929, cuando la Iglesia y los feligreses militantes le declararon la guerra al Estado, mismo que promovía el anticlericalismo. El clero suspendió el servicio religioso y cerró las iglesias.

[42] Brown, 1985, pp. 362-385. Para el cuadro comparativo véase capítulo 5, nota 63.

món P. de Negri, el mismo que en 1919 había soñado con el pronto establecimiento de las relaciones con Rusia Soviética para inyectarle energía a la Revolución mexicana, en 1925 cayó en la cuenta de que México progresaba lentamente, que había pocas esperanzas para que los mexicanos pudieran avanzar por sí solos y que no les quedaba sino esperar que "la revolución mundial" llegara para ayudarles.[43] En 1927, después de que Calles lo enviara al exilio diplomático por ser demasiado radical, De Negri acusó en privado al gobierno de que, por miedo al "espantajo del norte", desvió la revolución en lugar de acercarse al colectivismo y al anticapitalismo. El gobierno, "al que le faltaba sinceridad revolucionaria", se preocupaba más por asegurar los beneficios del capitalismo como el crédito y el capital, y por orientar la reforma agraria hacia la propiedad privada de la tierra, en lugar de proseguir "la verdadera justicia social y económica".[44]

En 1925, Marte R. Gómez, el ingeniero agrario que con el apoyo del gobernador Portes Gil activó el reparto de la tierra en Tamaulipas contra viento y marea, creyó que a Calles le faltaba firmeza. La "cobardía política" del grupo que dirigía el programa agrario en el gobierno central, se combinaba con las ambiciones de los laboristas a los que convenía "calmar al capitalismo yanqui y a la burguesía del país". Entonces, viendo que el poder no lo tenían los agraristas en el gobierno, Gómez se quejó por la falta del radicalismo agrario de Morones, quien había hecho declaraciones a la prensa norteamericana de que la política del reparto de la tierra amenazaba con arruinar al país.[45]

Para Marte R. Gómez, el reparto agrario era tanto un problema técnico como una necesidad ética. En 1927, Gómez vio con preocupación que la distribución de la tierra, el meollo de la revolución, fuera demasiado lenta. En la segunda convención de la Liga de las Comunidades Agrarias en Tamaulipas, Gómez contestó a un obrero, quien habló de su reciente viaje a la Unión Soviética, que en México la colectivización de la tierra no se podía llevar a cabo debido a que la propiedad privada de la tierra había sido sancionada por los constitucionalistas. Ellos traicionaron la revolución. En realidad, la misma Constitución de 1917 puso los obstáculos para la sovietización posterior de la república.[46]

[43] Ramón P. de Negri a Marte Gómez, Nueva York, 28 de septiembre de 1925, en Gómez, 1978, p. 74.

[44] Ramón P. de Negri a Marte Gómez, Berlín, 27 de agosto de 1927, *idem*, pp. 164-165.

[45] Marte R. Gómez a Antonio Hidalgo, Ciudad Victoria, 4 de mayo de 1925; Gómez a Calles, Ciudad Victoria, 5 de junio de 1925, *idem*, pp. 59-62.

[46] Marte R. Gómez a De Negri, 28 de septiembre de 1927, *idem*, pp. 168-169; Fowler Salamini, "Tamaulipas", p. 205.

La visión utópica de la élite radical de un México anticapitalista contrastaba más que antes con la corriente dominante en el gobierno, que veía la necesidad de hacer aparecer a México como un país irrevocablemente capitalista. En noviembre de 1927, Calles volvió a decir en una entrevista al *The New York Times* que "cualquier movimiento revolucionario aquí en México que amenace la autoridad del capital necesariamente fracasará".[47] El presidente quiso hacer hincapié en que los capitalistas, respetuosos de las leyes y la dignidad de los mexicanos, podían encontrar en México "inimaginables tesoros" esperando su explotación.

La prensa conservadora de la capital insistió en que México no debía dejar dudas sobre su carácter del país capitalista. México dependía de los Estados Unidos para la inversión y el mercado, y desgraciadamente estaba en su esfera de influencia. De allí que cualquier similitud, real o imaginada, entre las políticas económicas de México y Rusia Soviética iba en contra de los intereses del país. El gobierno mismo fue en parte responsable porque dio pauta para que se generara publicidad que se prestaba a esa comparación.

Tanto el *Excélsior*, como *El Universal*, atribuyeron la inseguridad en el futuro de los programas sociales dentro del marco del sistema capitalista, a la actitud vacilante del gobierno que no acababa de decidirse entre el capitalismo y el socialismo. Si en los Estados Unidos se comparaba a México negativamente con Rusia Soviética fue tanto por mala fe de parte de la plutocracia norteamericana, como por las aparentes similitudes entre los dos países. México conservaba las formas del capitalismo pero las complementaba con disposiciones favorables a los obreros. El problema estaba en el uso "excesivo de la retórica propia del bolchevismo".[48] Igual que en la Unión Soviética, el capitalismo en México fue objeto de ataques de los revolucionarios, pero igual que en la Rusia Soviética de 1921, el curso de la revolución tenía que ser corregido. La crítica dirigida al capital y a las iniciativas emprendedoras de los capitalistas debía terminarse. México se encontraba en 1927 en el lugar donde Rusia Soviética había estado en 1921, cuando Lenin ordenó un paso atrás por los efectos destructivos que tuvo la política del comunismo de guerra sobre la economía, la sociedad y la moralidad. La ventaja que México tenía sobre Rusia consistía en que los cambios no habían sido sistemáticos y los dirigentes mexicanos no se inspiraban en un ideal sino en la codicia individual.[49]

[47] "Mexico and Bolshevism", en Murray, 1927, p. 194.
[48] "La Desorientación de Nuestra Economía Política", en *El Universal*, 16 de febrero de 1927
[49] "Las Lecciones del Bolshevismo para México", en *El Universal*, 11 de abril de 1927.

Por supuesto que nadie pudo tomar en serio la comparación del México de la primera mitad de los años veinte, con el comunismo de guerra soviético de 1918 a 1921. Más bien fue un recurso de dramatismo retórico. Pero el objetivo de la prensa no era la precisión sino la persuasión. Su meta era convencer de que México estaba atrapado entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, dos países antagónicos que se creían los salvadores de la humanidad. México estaba atrapado en esta posición porque carecía de la capacidad de influir en el conflicto entre aquellos países.[50] La inferencia de los periodistas era que México no tenía otra alternativa, más que hacer concesiones a las presiones económicas y políticas de los norteamericanos, llevar a cabo programas sin ambigüedad y declarar su amistad inquebrantable con los Estados Unidos.

Sin embargo, el gobierno mexicano no iba a adoptar una política de claudicación, al menos no abiertamente. El régimen debió su existencia al apoyo y la realización de los ideales revolucionarios, y no podía seguir el camino con lealtad hacia los Estados Unidos. A pesar de la oposición y la crítica severa a su manejo en materia de política del Estado, el gobierno podía camuflar pero no abandonar el programa revolucionario, porque las clases subalternas no dejaban de demandar su cumplimiento. El gobierno no podía declararse enteramente a favor de la clase capitalista. Utilizaba el lenguaje de la conciliación de clases y ondeaba la bandera de la justicia social tratando de ocultar los conflictos que no podía o no quería resolver. Al negar la especificidad de su clase, y manifestar una elasticidad ideológica declarando que quería resolver las necesidades de todos, el gobierno se legitimaba constantemente. En realidad, esa llegó a ser la política de la revolución durante los años veinte: ocultar, negar, cubrir y hacer desaparecer las contradicciones.[51]

Desde el exterior, los Estados Unidos desafiaban las leyes mexicanas, desconociendo la esencia de la legitimidad del Estado y la soberanía de México. La posición internacional de México se definía por su deseo de llevar a cabo políticas independientes del poderoso, dominante y absorbente vecino. Las relaciones con la Unión Soviética fueron una expresión para confirmar su condición de país soberano. Ese fue el contexto que explicaba por qué México mantenía relaciones con la URSS a pesar de ser tan problemáticas. Sin embargo, cuando las relaciones con los Estados Unidos mejoraron, en la segunda mitad de 1927, y el respeto reemplazó a la beligerancia, las relaciones con los rusos eran prescindibles.

[50] Pedro de Alba, "La contienda entre Rusia y los Estados Unidos", en *Excélsior*, 31 de marzo de 1927.
[51] Folgarait, 1987, pp. 4-13.

Calles estaba ansioso de que las relaciones con los Estados Unidos mejoraran. Eso se pudo percibir desde abril de 1927. El presidente Coolidge declaró entonces ante la prensa que su gobierno tenía la obligación de proteger los intereses norteamericanos donde estuvieran, pero sin mencionar, como lo había hecho antes, a la legislación mexicana que afectaba a esos mismos intereses. Después de la amenaza de guerra, a principios de aquel año, Calles respondió a la declaración del presidente de Estados Unidos en un tono sumamente conciliatorio. Calles minimizó las diferencias entre los dos países y las atribuyó "solamente a la carencia de entendimiento o divergencias de opinión en la apreciación de los asuntos de tipo legal, teórico y técnico que en realidad no afectan los hechos y no afectarán los legítimos intereses".[52]

Los periódicos mexicanos también comentaron el cambio en actitud de los Estados Unidos hacia México, pero en un tono mucho menos conciliatorio que Calles. La prensa condenó a los funcionarios de la embajada norteamericana por poco diplomáticos, pues las presiones norteamericanas estaban "sofocando" y "estrangulando" a México.[53]

El cambio repentino en la actitud de Calles hacia los Estados Unidos, fue el resultado de la deteriorada situación económica y su preocupación porque los conflictos con el país vecino no envalentonaran a los adversarios de su gobierno. Para asegurarse la estabilidad política y mantener la esperanza de que la ayuda exterior, por medio de la inversión de capital, procurara el mejoramiento económico, en 1927 el gobierno mexicano estaba dispuesto a llegar a un arreglo con los Estados Unidos, aunque tuviera que sacrificar algunos de sus principios.

[52] "Address of President Coolidge Before United States Association In April 1927 and Comments of President Calles Thereon", en *Foreign Relations of the United States*, vol. III, 1927, U.S. Government, Washington, 1942, pp. 209-225.

[53] "México y la Diplomacia Norteamericana" de Victoriano Salado Álvarez, "México Cara a Cara con Estados Unidos" de Manuel Pardo, en *Excélsior*, 1o. de agosto de 1927; "Conferencia Dictada por Moisés Sáenz", en *Excélsior*, 14 de octubre de 1927.



"Diego resultó un hombre formidable, con una enorme barriga y una cara ancha, siempre sonriente...", de las reminiscencias de Mayakovsky sobre su viaje a México. (Foto: Hoover Institution Archives, Colección de Bertram D. Wolfe.)



De traje, el pintor y poeta ruso Vladimir Mayakovsky quien visitó a México en julio de 1925. De entre los mexicanos su contacto más cercano fue con Diego Rivera y lo que mejor conoció de México fue la pintura mural de Diego. (Foto: Hoover Institution Archives, Colección de Bertram D. Wolfe.)



Alexandra Kollontai trató de ganarse la amistad de los mexicanos. Una y otra vez la embajadora invitó al presidente Calles a tomarse el té con ella. Con la misma frecuencia Calles declinó la invitación. (Archivo General de la Nación. Fondo Enrique Díaz.)



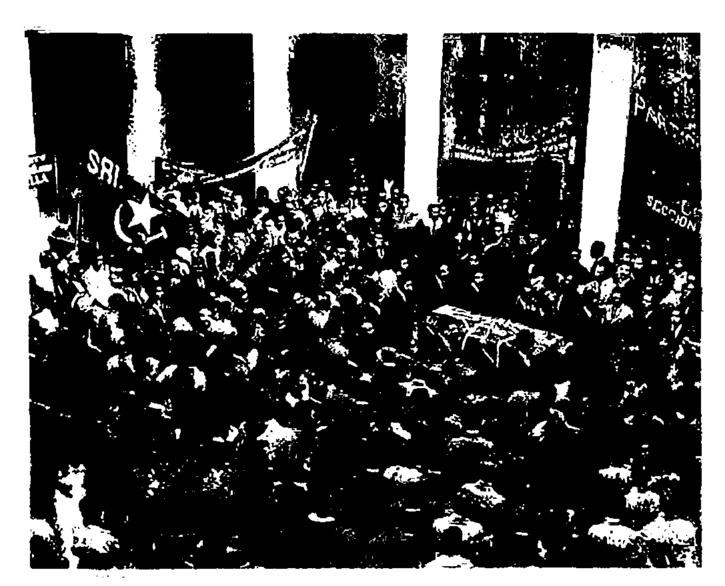
La belleza física de Kollontai era la comidilla de sus adversarios políticos. (Foto: Hoover Institution Archives, Colección de Bertram D. Wolfe.)



Tina Modotti con Edward Weston en 1924, varios años antes de incorporarse al Partido Comunista Mexicano. (Foto: Hoover Institution Archives, Colección de Bertram D. Wolfe.)



Un grupo de miembros del Socorro Rojo Internacional del que Tina Modotti era una de las dirigentes. (Fototeca INAH, Casasola, no. 46358.)



El 10 de enero de 1929 el comunista cubano y amigo íntimo de Tina, Julio Antonio Mella, fue asesinado en el centro de la Ciudad de México. El cortejo fúnebre atrajo a miles de personas. (Fototeca INAH, Casasola, no. 46385.)



En 1929 las mujeres se organizan para desfilar el Día del Trabajo. (Fototeca INAH, Casasola, no. 47264.)

Tercera parte

Rumbo al enfrentamiento, 1928-1930

God has made us neighbors, let justice make us friends.
The first step towards justice is to stop making false and unfair statements about Mexico.

WILLIAM E. BORAH, 1927

¡Cinco en cuatro,
cinco en cuatro,
cinco en cuatro,
y no en cinco!

(Consigna "el Plan quinquenal en cuatro",
declamada por los niños en edad escolar.

No se nos conoce, no se nos entiende ni estima. En las etiquetas fabricadas
por una ideología ortodoxa y fanática nos corresponde el título de gobierno
de pequeña burguesía, gobierno que, según ellos, está aliado
al imperialismo y es enemigo de las clases trabajadoras;
se nos ve con desconfianza y se nos trata con la misma tibia cortesía
con la que tratan a países que consideran como sus enemigos.

JESÚS SILVA HERZOG,
Moscú, diciembre de 1929

Capítulo 7

Estados Unidos como buen vecino

Entre 1917 y 1927, la política exterior de los Estados Unidos hacia México (y América Central) violó constantemente la soberanía nacional con el pretexto de defender la ley internacional. Mientras que Estados Unidos decía proteger los derechos de cada nación, en realidad defendía los intereses que el nacionalismo económico afectaba. En México esa política fracasó, porque no garantizó un arreglo satisfactorio y permanente para las reivindicaciones de los ciudadanos y compañías norteamericanas, las cuales perdieron tierras y reclamaron indemnización por daños causados a raíz de la revolución. De hecho, esta política aceleró el pulso de la animosidad hacia los Estados Unidos desde el sur de su frontera. Para fines de la década de los veinte, la misma administración republicana cayó en la cuenta de que "la diplomacia del dólar" y "el gran garrote" eran métodos contraproducentes para promover los intereses norteamericanos en el exterior. En reconocimiento a su política equivocada, en lo que a México concernía, Estados Unidos cambió a su embajador como muestra inicial de su buena voluntad.

Censura a la política exterior

En abril de 1927, el respetado periodista Walter Lippmann escribió que los intereses económicos norteamericanos en América Latina habían llegado a un punto que era necesario "formular una *política tan consecuente* como la misma Doctrina Monroe". Esta política, que Estados Unidos ya estaba en proceso de crear, tenía que resolver el conflicto surgido del choque entre los intereses de los norteamericanos en materia de recursos naturales de América Latina y del creciente nacionalismo, que se convertía ya en un fenómeno mundial.

El objetivo original de la Doctrina Monroe, era prevenir la intervención y la expansión de la política europea en el continente para proteger la se-

guridad de los Estados Unidos. En 1904, el presidente Theodore Roosevelt le añadió un corolario a causa de la falta de estabilidad política de los países latinoamericanos. Fue entonces que los Estados Unidos se adjudicaron el derecho "de ejercer el poder de policía internacional".[1] Pero en la disputa con México, los Estados Unidos se enfrentaron a una realidad diferente a la que había inspirado la Doctrina Monroe. La Revolución mexicana no fue una simple reyerta entre facciones dirigidas desde afuera, sino una profunda convulsión nacional en contra de los latifundistas, el clero y los concesionarios extranjeros que habían adquirido los recursos naturales más valiosos del país. Estados Unidos abusó de la Doctrina Monroe cuando puso la revolución nacionalista de México a la par con el bolchevismo. Para recordar la cronología de los hechos Lippmann añadió:

> Esta revolución, llamada con poca exactitud bolchevique y que los escritores descuidados atribuyen a los comunistas rusos, se libró y ganó mientras que el zar estaba todavía en el trono en Rusia. La nueva Constitución mexicana que es el resultado de la revolución fue puesta en vigor el 1o. de mayo de 1917, más de seis meses antes de que Lenin tomara el poder en Rusia.[2]

Lippmann argumentó más adelante que en realidad lo que la Revolución mexicana desafió, fue la supremacía y las formas de gobernar de los imperios occidentales, atacó los privilegios extraterritoriales, expresados por las cortes y las concesiones especiales que otorgaban una posición superior a los extranjeros que a la población del país.

Ni el ilustre Lippmann logró substraerse al discurso racial de su época; sin embargo, dio en el blanco cuando señaló algunas de las más importantes características de la equivocada política norteamericana en América Latina. Decía que el secretario Kellogg y el presidente Coolidge habían cometido un error fundamental al no hacer caso de los cambios históricos, y al sostener contra viento y marea que un título de propiedad era intocable. Además, consideraron la ley internacional, que defendía los derechos de la propiedad, por encima de los actos soberanos de una nación. Esta posición de la administración norteamericana, no dejaba espacio para que llegara a una solución de compromiso, allí, en donde los intereses de los

[1] Walter Lippmann, "Vested Rights and Nationalism in Latin America", en *Foreign Affairs*, vol 5, num. 3, abril de 1927, p 355

[2] *Idem*, p. 353

estadounidenses fueran afectados. *La doctrina Kellogg*, como Lippmann llamó a esta actitud intransigente, no permitía a México confirmar el uso del subsuelo a las compañías petroleras, porque la administración negaba el principio constitucional de que los recursos pertenecían a la nación. Ya que el gobierno desconocía el principio, exigía que los daños materiales que habían sufrido los propietarios norteamericanos no se corregían sólo indemnizándolos, sino que debía anularse el principio.

Lippmann creyó en la necesidad de proteger el capital extranjero en un país huésped, pero sin que se retara el derecho de las naciones a adoptar el sistema social que mejor les conviniera. A Lippmann no le cabía la menor duda de que los intereses del capital norteamericano y del país en el que se invirtiera, eran complementarios:

"Los negocios son algo mucho más flexible de lo que el teórico conservador esté dispuesto a creer. No se los puede perjudicar sin dañar la nación que los ataca. Si México de veras quisiera perjudicar a los petroleros, el peor daño recaería sobre México mismo."[3]

Otro crítico de la política exterior norteamericana que compartía el punto de vista de Lippmann era el gobernador demócrata por Nueva York, Franklin D. Roosevelt. El gobernador levantó su voz en protesta por la pérdida lamentable del liderazgo moral norteamericano en el mundo, porque antes que nada buscaba el liderazgo de dinero. Roosevelt señaló que desde la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos se estaba aprovechando de la debilidad de los países europeos destruidos por la guerra. Les prestaba dinero pero al mismo tiempo aumentaba sus tarifas de importación, de manera que les dificultaba pagar su deuda: "Hemos querido nadar y guardar la ropa."[4]

Los Estados Unidos defendían intereses financieros en lugar de buenas relaciones diplomáticas en toda América Latina. No es que la ayuda a América Latina no fuera necesaria, el método era equivocado. Por ejemplo, cuando en 1925 se suscitó la revolución en la República Dominicana y el pais quedó sin presidente, sin gabinete y sin legislatura, Estados Unidos invadió la isla con sus marines, que se quedaron hasta 1927. Cuando ese mismo año fue asesinado el primer magistrado de Haití, "nosotros limpiamos la casa, restauramos el orden, construimos obras públicas y pusimos a funcionar un gobierno razonable y honesto". El mundo nos lo debería agradecer, dijo Roosevelt con ironía, en cambio "nunca antes en

[3] *Idem*, pp. 362-363.

[4] Franklin D. Roosevelt, "Our Foreign Policy: A Democratic View", en *Foreign Affairs*, núm. 4, julio de 1928, p. 583.

nuestra historia hemos tenido menos amigos en el hemisferio occidental que hoy en día". Estados Unidos era celoso de su propia soberanía, "entonces es justo que respetemos los mismos sentimientos de otras naciones".[5] Hacía falta un cambio: Estados Unidos tenía que renunciar a la práctica de la intervención arbitraria en los asuntos internos de sus vecinos. Roosevelt creía que la alternativa a la política intervencionista era la asociación de todas las repúblicas para darse la mano en la solución de sus problemas. Anticipando lo que llegaría a ser la Organización de los Estados Americanos después de la Segunda Guerra Mundial, mirando hacia atrás, Roosevelt veía "nueve años sombríos, sin resultado constructivo alguno de nuestra parte".[6]

Sin embargo, hasta cinco años después los demócratas ganaron las elecciones y Roosevelt, quien fue elegido presidente, podría llevar a cabo lo que predicaba desde años antes. Los republicanos ocuparon la Casa Blanca entre 1921 y 1933. Aunque su actitud hacia la política exterior en los años veinte fue en gran medida complaciente, también ellos creían que hacía falta un cambio.

La posición republicana en torno a lo que los republicanos consideraban política exterior sensata fue expresada por *Foreign Affairs* como el cumplimiento del principio jeffersoniano de "paz, comercio y amistad honesta con todas las naciones, sin enredos con ninguna".[7] Sin embargo, las relaciones exteriores de los Estados Unidos no podían estar más enredadas. Ogden Mills, un analista republicano, atribuyó el estado tan poco satisfactorio de los asuntos internacionales, a la incapacidad y la falta de voluntad de las administraciones pasadas a negociar sus diferencias con otros países.

A diferencia de Lippmann, Mills defendía el corolario a la Doctrina Monroe de Theodore Roosevelt, porque reconocía que la soberanía nacional conllevaba la obligación de proteger los derechos que otros habían adquirido dentro del territorio de un país. En otras palabras, la soberanía nacional estaba limitada por la ley internacional. De allí que en condiciones revolucionarias Estados Unidos no podía dejar a sus connacionales sin protección. Sin embargo, también Mills reconoció que esa política chocaba con los intereses que los inversionistas tenían en la expansión de sus negocios hacia América Latina. Su sola presencia causaba preocupación debido a la agresiva política exterior norteamericana.[8]

[5] *Idem*, p. 584.
[6] *Idem*, p. 585.
[7] Véase Ogden L. Mills, "Our Foreign Policy: A Republican View", en *Foreign Affairs*, núm. 4, julio de 1928, p. 555.
[8] *Idem*, pp. 566-567.

Así, la idea de la soberanía limitada o condicionada –que se derivaba de la aplicación del corolario a la Doctrina Monroe a los países de América Latina, cuyas políticas internas podrían amenazar la seguridad nacional de los Estados Unidos– significaba que esa seguridad estaba por encima de los intereses de los negociantes, al igual que por encima del temor de los países latinoamericanos respecto a la política exterior de los Estados Unidos. Mills definió la posición republicana sin dejar lugar a dudas:

"Nosotros no eludimos nuestras responsabilidades como potencia mundial sino que defendemos nuestro derecho a definir esas responsabilidades y a decidir las circunstancias en las que usaremos nuestro poder y nuestros recursos."[9]

La adhesión tenaz de los republicanos a la arrogancia de saberse una potencia mundial, era difícil de reconciliar con la, igualmente reconocida, necesidad de negociar con los países con los que Estados Unidos quería mantener y ampliar relaciones de negocios. Sin embargo, la experiencia estaba demostrando que la altivez inherente a la vieja política debía cesar. Fue así que, entre 1927 y 1928, los republicanos empezaron a cambiar su política exterior, tomando en cuenta sus dudas sobre los efectos negativos de la aplicación de sus ideas fijas, y a la luz de las anticipadas perspectivas económicas favorables.

Durante su viaje a América del Sur en 1928, el candidato republicano, Herbert Hoover, se dirigió a un público desconfiado con el mensaje de que la verdadera democracia era incompatible con la intervención. Hoover declaró que

> ...los Estados Unidos no deberían intervenir *por fuerza* para asegurar o sostener contratos entre nuestros ciudadanos y los países extranjeros o sus ciudadanos. La confianza en esa actitud es la única base que permite que la cooperación económica de nuestros ciudadanos sea bienvenida en el extranjero.[10]

Hoover acuñó esta nueva actitud hacia América Latina como la política de la buena vecindad. Sin embargo, los temores de la intervención norteamericana por parte de los latinoamericanos no se disiparon con las declaraciones amistosas de Hoover. Después de su viaje, políticos y periodistas latinoamericanos exigieron hechos, además de palabra, que les demostraran la buena fe e insistieron en que la promesa de no intervención

[9] *Idem*, p. 572.
[10] Wood, 1961, p. 126

se sancionara legalmente. Rechazada por el ex secretario de Estado, Charles Evans Hughes, el compromiso de Hoover no se convirtió en un pacto sino hasta la presidencia de F.D. Roosevelt en 1933.[11]

Entretanto, y antes de que la retórica se convirtiera en la práctica de política exterior norteamericana hacia América Latina, el nombramiento de Dwight Morrow como el embajador de nuevo cuño, significó que México se convirtiera en el terreno de pruebas para negociar un compromiso distinto con el mundo nacionalista. Morrow, de tono suave, tenía claro que su objetivo era defender los intereses norteamericanos, pero su idea sobre el carácter de esos intereses y el modo de protegerlos difirieron de sus antecesores.

"Ham-and-Eggs Diplomacy"

Una de las primeras tareas de Morrow al tomar el cargo de embajador, fue cambiar la imagen pública de México en los Estados Unidos después de varios años de información incompetente y dañina. Para ello contó con la ayuda de periodistas como Walter Lippmann, Carleton Beals y Ernest Gruening. Morrow mismo proporcionaba a los periódicos norteamericanos la información que quería que se publicara sobre México en los Estados Unidos, y fue hábil en ofrecer a los periódicos mexicanos las noticias que quería que Calles y el público leyera sobre él y sus ideas. Estableciendo un eficaz control sobre los principales medios, Morrow pudo, por ejemplo, contrarrestar el efecto de un reportaje particularmente virulento que la cadena Hearst publicó en diciembre de 1927.[12]

En el preciso momento en que Morrow estaba tratando de mejorar la imagen de los Estados Unidos en México, y arreglar las disputas existentes desde hacía mucho tiempo, William Randolph Hearst publicó una historia sensacional que cubrió las primeras planas. La nota daba detalles sobre un supuesto nexo entre México y la Unión Soviética para financiar en Nicaragua la oposición a los Estados Unidos. El reportaje incluyó la noticia de "un tratado secreto", firmado supuestamente por Calles y Juan Sacasa, su candidato a la presidencia de Nicaragua. Además, según la noticia, México se opuso al plan norteamericano para construir un canal que cruza Nicaragua. Más adelante, decía que México había donado 100,000 dólares a la Unión Soviética, 50,000 dólares a los obreros británicos, envió dinero a los radicales chinos, y sobornó a unos religiosos

[11] *Idem*, pp. 118-126.

[12] Melzer, 1979, pp. 14-15, 185; Seldes, 1929, p. 349; Nicholson, 1929, p. 309

norteamericanos y a la prensa para que publicaran noticias favorables a México. La parte más escandalosa de lo que el periódico de Hearst dio a conocer fue el alegato de que México había sobornado a cuatro congresistas norteamericanos –Woodrow Borah, de Idaho; George Norris, de Nebraska; Robert LaFollette Jr., de Wisconsin y Thomas Heflin, de Alabama– para ganarse el apoyo en Washington.

El escándalo no transcendió y más bien perjudicó a sus propios inventores. Se decía entonces que Hearst había pagado 25,000 dólares "por las nada confiables difamaciones que nadie en México hubiera comprado ni por cien pesos". Un comité especial del Senado descubrió que Hearst y los suyos habían pagado a un conocido falsificador de documentos, Miguel Ávila, más de 20,000 dólares por la evidencia, sin averiguar su autenticidad antes de publicarla. Se rumoraba que el ex embajador Sheffield había empleado a Ávila para que fabricara los documentos. La investigación del Senado reveló que Hearst actuó de mala fe y sin escrúpulo profesional alguno. El senador Norris clausuró el caso denunciando al periódico de Hearst como "el basurero del periodismo norteamericano".[13] Esta vez el Departamento de Estado aseguró al embajador mexicano en Washington que la política de los Estados Unidos hacia México no sería influida por la publicación de unos documentos falsificados.[14]

Además de influir en la opinión pública, Morrow cambió el estilo y la apariencia de la diplomacia norteamericana en México. Morrow se quedó con el personal original de la embajada pero supervisó a los cónsules para que no enviaran informes despectivos sobre México. El banquero dejó que el cónsul Arthur Schoenfeld administrara la embajada mientras él se ocupaba de la gran política. El embajador se rodeó de su propio personal, experto en asuntos legales, para que le ayudara a abordar las disputas no resueltas entre México y Estados Unidos relativas al petróleo, al trabajo y a la propiedad de la tierra. Morrow también se creyó competente

[13] Beals, 1938, p. 264; Lundberg, 1936, pp. 284-290.

[14] U.S. Congress, Senate Special Committee to Investigate Propaganda, "Hearings Before a Special Committee to Investigate Propaganda or Money Alleged to Have Been Used by Foreign Governments to Influence United States Senators", Washington, U.S. Government Printing Office, 1928, p. 193.

Después del escándalo suscitado por Hearst, los periódicos norteamericanos fueron más cautos antes de publicar cualquier rumor. Por ejemplo, cuando Francis McCullagh entregó a la prensa sus artículos en los que acusaba a Calles de ser "el zar rojo de México", ningún periódico se los publicó. McCullagh había sido corresponsal de *The New York Herald* y del *Manchester Guardian* en Rusia desde 1904. Después de la revolución fue encarcelado por los bolcheviques y en 1922 expulsado de la Rusia Sovietica. Disgustado por la represión religiosa de los bolcheviques, durante la guerra cristera en México, McCullagh emprendió una cruzada contra el sangriento gobierno mexicano *que, según él, en nada difería de la represiva Rusia Soviética*. Ya que ningún periódico quiso publicar sus apasionados artículos, McCullagh los reunió y sacó en forma del libro, acusando tanto a Calles como a la prensa norteamericana de ser comunista. Véase McCullagh, 1928, pp. 26-27.

para ayudar al gobierno mexicano a resolver el conflicto entre el Estado y la Iglesia y, sobre todo, para restaurar la estabilidad financiera. El embajador escogió al coronel Alexander J. McNab por su conocimiento del español y simpatía hacia México para llenar la vacante del agregado militar.[15]

Morrow rechazó la idea del uso de fuerza como el medio para coaccionar a otro país. Tampoco compartía la premisa del secretario Kellogg, de que bajo el derecho internacional los derechos de propiedad eran superiores a las soberanías nacionales. Morrow pensaba "nosotros defenderemos mejor los derechos de nuestro país cuando entendamos los derechos de los demás países".[16] Según su punto de vista, los intereses de México eran compatibles con los grandes intereses de los Estados Unidos. La mejor política norteamericana sería la que creara las condiciones para que al sur de la frontera existiera un vecino contento, próspero y en paz consigo mismo. La independencia económica de México no se reñía con la protección de los legítimos derechos norteamericanos, tampoco con "un escrupuloso respeto a la soberanía de México".[17]

El embajador estaba convencido de que los conflictos bilaterales eran el resultado de la situación económica de México, por lo que no veía razón alguna para tratarlos como un problema internacional y aceptó que las inversiones norteamericanas fuera de los Estados Unidos estuvieran bajo la jurisdicción del país de su ubicación. Por lo anterior, la solución da las diferencias entre un país y el otro se podía encontrar solamente dentro del marco de la realidad social y política mexicana, y dentro de su propio sistema legal.[18]

A pesar de ser profundamente anticomunista, no hacía juicios ni tomaba sus decisiones políticas como si estuviera participando en una cruzada ideológica. Morrow entendió bien la diferencia entre el nacionalismo mexicano y el sistema político de la Unión Soviética. Irónicamente además, el anticomunismo dejaba de ser el caballo de Troya para el gobierno norteamericano. Hacia 1928, el temor de que la Unión Soviética fuera el centro de la revolución mundial, estaba cediendo ante la consideración de la URSS como un país con el que se podían hacer tratos y convenios. En el conflicto entre "el socialismo en un sólo país" y la "revolución per-

[15] Nicholson, 1930, p. 322, Melzer, 1979, pp. 188-191, 204.

[16] *The New York Times*, 15 de septiembre de 1930.

[17] Citado en Stanley Robert Ross, 1958, "Dwight Morrow and the Mexican Revolution", en *Hispanic American Historical Review*, vol. 38, núm. 4, noviembre de 1958, pp. 510-511

[18] Melzer, 1979, pp. 264-272.

manente", entre la facción dirigida por Stalin y los seguidores de Trotsky, el gobierno de los Estados Unidos prefería a Stalin. Creía que él y no Trotsky, representaba la moderación. Cuando entre los políticos surgieron dudas sobre quién estaba al mando de la política exterior soviética –el Comisariado de los Asuntos Extranjeros o el Comintern–, el Secretario de Estado, Henry L. Stimson, consideró que era el gobierno soviético; el comunismo internacional dejaba de ser un peligro para la convivencia pacífica internacional.[19]

Más aún, para 1927 Estados Unidos seguía solamente a Alemania en importancia de concesiones en la URSS. La General Electric y la Standard Oil de Nueva York eran prominentes socios del monopolio comercial soviético. En 1929, Henry Ford firmó un contrato con la compañía comercial soviético-americana Amtorg, que existía desde 1924, para ayudar a los rusos a construir una fábrica de automóviles, camiones y otros vehículos pesados. Si bien algunos empresarios no apoyaron el reconocimiento diplomático, otros, como los banqueros neoyorquinos, eran partidarios de "las relaciones no oficiales" como el medio para promover el comercio con sus socios soviéticos. Una vez que la depresión golpeó duramente a Estados Unidos y en la URSS el Primer Plan Quinquenal empezó a producir sus primeros frutos, los norteamericanos vieron abrirse grandes perspectivas para nuevas oportunidades de negocio en medio de la desolación mundial. En 1933 Estados Unidos reconoció al gobierno soviético.[20]

Morrow compartía la misma actitud pragmática hacia los negocios que sus amigos banqueros, y no le fue difícil eliminar los aires de prejuicio racial y superioridad cultural en el trato con los mexicanos, que tanto caracterizaron a sus predecesores. Su trato era cordial, amigable y se lo conocía como "Ham-and-eggs diplomacy", pues en lugar de enviar notas impersonales al Secretario de Relaciones Exteriores, Morrow solía reunirse con Calles para desayunar. El embajador trató de adaptarse a la cultura política nacional, inclusive visitaba a los funcionarios en sus oficinas. Un mes después de haber llegado al país, Kellogg felicitó a Morrow por dejar que México actuara "con iniciativa propia sin la apariencia de una presión de Estados Unidos".[21] Esa fue precisamente la hazaña de Morrow: evitar que pareciera que en realidad ejercía presión sobre los mexicanos.

[19] Gaddis, 1990, pp. 106-118; Ogden L. Mills, "Our Foreign Policy", en *Foreign Affairs*, vol. 6, núm. 4, julio, pp. 555-586; Hamilton Fish Armstrong, "After Ten Years: Europe and America", en *Foreign Affairs* 7, núm. 1, octubre de 1928, pp. 1-19; Little, 1983, p. 378; Eduard Maximilian Mark, "The Interpretation of Soviet Foreign Policy in the United States, 1928-1947", tesis doctoral, University of Connecticut, 1978, pp. 1-4.

[20] Filene, 1967, pp. 109-121; Manning, 1981, p. 39; Wilson, 1974, pp. 60, 148.

[21] Kellogg a Morrow, Washington, 6 de noviembre de 1927, USDSUS-MEX, rollo 6, exp. 711.12/1119a

El primer éxito de Morrow fue la negociación en torno a la ley del petróleo. Su consejero legal, J. Reuben Clark Jr., empezó sus reuniones con los funcionarios mexicanos, dándoles a entender que su concepto de soberanía sobre los recursos naturales no era diferente al sistema legal norteamericano.[22] Este reconocimiento de la igualdad legal entre México y Estados Unidos colocó las negociaciones entre los dos países a otro nivel. Hasta el Departamento de Estado felicitó a Morrow por el progresivo cambio en las relaciones bilaterales:

"La rápida oscilación en la dirección correcta desde su llegada a México, ha creado una atmósfera completamente nueva en el Departamento y fuera. Por primera vez en muchos años nos sentimos verdaderamente optimistas."[23]

En marzo de 1928, Morrow declaró que el gobierno mexicano reconoció los derechos de propiedad de las compañías petroleras adquiridos antes de la promulgación de la Constitución de 1917. Una vez que la ley del petróleo fuera reglamentada, en marzo de 1928, el Departamento felicitó al embajador por "concluir las discusiones que empezaron hace diez años". Si en el futuro surgían problemas en torno a la Constitución y a las leyes que regían el funcionamiento de las compañías extranjeras, "se podían arreglar mediante los departamentos administrativos mexicanos y las cortes mexicanas".[24] Morrow tenía la esperanza de que su ejemplo inspirara a los hombres de negocios para confiar en las instituciones mexicanas y respetar su soberanía. El mismo hombre de negocios advirtió a aquellos norteamericanos que consideraban violados sus intereses, que ya no podían exigirle a la embajada que presentara sus protestas sino que primero deberían acudir a los canales legales de México.[25]

Si bien algunas compañías petroleras aceptaron la nueva ley, los ejecutivos corporativos en Nueva York se opusieron a la misma esperando todavía que el Artículo 27 pudiera borrarse de la Constitución mexicana. Los productores alegaban que si aceptaban la nueva reglamentación en

[22] J. Reuben Clark, Jr., "The Oil Settlement with Mexico", en *Foreign Affairs*, núm. 4, julio de 1928, p. 605. Como Subsecretario de Estado, en 1928 el mismo Clark publicó su conocido "Memorandum on the Monroe Doctrine". En este documento el abogado declaró que el Corolario de Roosevelt, que justificaba las intervenciones de Estados Unidos en América Latina, no era válido dentro del espíritu de la Doctrina Monroe. Sin embargo, Clark no repudió el intervencionismo. No fue sino hasta en las conferencias de Montevideo y Buenos Aires en 1933 y 1936 cuando Franklin D. Roosevelt puso su firma al protocolo de que ningún Estado tenía el derecho de intervenir en los asuntos internos o externos de otro. Véase Dallek, 1983, p. 105.

[23] Robert Olds a Morrow, Washington, 29 de noviembre de 1927, USDSMEX, exp. 812.6363/2438a.

[24] Citado en Clark, 1928, p. 614.

[25] Stanley R. Ross, 1958, "Dwight Morrow and the Mexican Revolution", en *Hispanic American Historical Review*, pp. 514-515.

México, podrían perjudicar sus propiedades en Colombia y Venezuela. Para enero de 1929, las compañías que no liquidaron sus negocios aceptaron la nueva ley, misma que confirmó sus concesiones.

Finalmente, tanto México como Estados Unidos pudieron anotarse triunfos parciales. Por su parte, Estados Unidos defendió el principio de que la aplicación retroactiva de la ley violaba el derecho internacional, y mantuvo con vigor el principio de la inalienabilidad del derecho de propiedad adquirido. Ante la insistencia mexicana, los Estados Unidos aceptaron el cambio del régimen de propiedad a concesión, y de igual manera aceptaron la exigencia de que los derechos adquiridos en el subsuelo existían solamente si se habían llevado a cabo los trabajos de perforación y explotación del hidrocarburo. A su vez, México defendió el derecho soberano sobre el control de sus recursos, renunció a la aplicación retroactiva de la ley y ya no puso un límite de tiempo sobre los derechos concesionados. El arreglo duró hasta la expropiación del petróleo por el presidente Lázaro Cárdenas en 1938.[26]

Después de la controversia petrolera, el embajador se involucró en la disputa entre el Estado y la Iglesia. Morrow creía que su arreglo era vital para la estabilidad interna de México, pues "los pobres no tienen casi otra cosa que el consuelo de la Iglesia".[27] Las negociaciones fueron arduas pero en junio de 1929, el clero estuvo de acuerdo en reanudar la celebración de los ritos eclesiásticos. Después de tres años de silencio, en todo México las campanas de las iglesias volvieron a tocar.[28]

Para Morrow fue más fácil arreglar la cuestión petrolera que reorganizar las finanzas, de tal manera que México pudiera pagar su deuda externa sin caer en la bancarrota. A principios de 1928, el Comité Internacional de Banqueros en México concluyó un extenso estudio sobre las condiciones fiscales y económicas del país. El estudio atribuyó la falta de solvencia del gobierno a la costosa derrota del levantamiento militar en 1923-1924, a la reducción de los ingresos por la exportación del petróleo y a la ejecución de la reforma agraria. El reparto de la tierra socavaba la confianza, reducía la productividad y creaba un malestar entre los inversionistas. Además le costaba caro al gobierno y frustraba cualquier intento por balancear el presupuesto. Otra razón de la desastrosa situación

[26] Smith, 1972, pp. 256-257; Kane, "Corporate Power and Foreign Policy: Efforts of American Oil Companies to Influence United States Relations with Mexico, 1921-1928", en *Diplomatic History*, vol. 1, num. 2, primavera, pp. 170-198, 189-190; Melzer, 1979, p. 202.

[27] Coronel Alexander MacNab, citado en Meyer, 1976, p. 317.

[28] Ethan Ellis, "Dwight Morrow and the Church-State Controversy in Mexico", en *Hispanic American Historical Review* 38, núm. 4, noviembre de 1958, pp. 482-505. Véase además el cap. 6, nota 41.

financiera de México consistía en que el gobierno llevara a cabo, como lo hizo, programas que requerían una cuantiosa inversión de capital en las instituciones de crédito para la construcción de las carreteras y obras de irrigación.[29]

Con el estudio sobre las finanzas mexicanas en la mano, Morrow recomendó al gobierno reducir su gasto. Eso significaba parar la distribución de la tierra porque la ley agraria obligaba al gobierno a indemnizar a los terratenientes expropiados. La precaria situación financiera no le permitía a México cumplir sus obligaciones internacionales. A menos que mejorara su imagen internacional, México no podría obtener créditos para el desarrollo ni atraer capitales para estimular el crecimiento de su comercio. El plan de Morrow fue rechazado por el gobierno y por sus propios socios de la banca.[30]

En una escala menor al plan que había propuesto, Morrow logró influir sobre Calles para que diera marcha atrás en la expropiación de algunos terratenientes norteamericanos. Sin embargo, el presidente se abstuvo de comprometer la reforma agraria en general, tal como se lo recomendaba el embajador norteamericano. Es cierto que también algunos de los colaboradores de Calles consideraron el reparto agrario como un impedimento al desarrollo e inclusive como un fracaso. Otros pensaban que su continuación no debía depender solamente de la capacidad del gobierno para indemnizar a los expropiados, sino de la capacidad de los beneficiarios de hacer producir la tierra recibida. Sin embargo, en vísperas de las elecciones presidenciales de 1928, el gobierno no podía enemistarse con los campesinos, que eran la base social de apoyo político del candidato. Obregón mismo llamó inoportuna la sugerencia de Morrow.[31]

Si bien era evidente que la revolución perdía su radicalismo y los trabajadores aparecían con menos frecuencia en las calles de la capital que a principios de la década, el resto del personal de la embajada no compartía la buena voluntad de Morrow. Por el contrario, igual que antes, se indignaba por la indulgencia del gobierno hacia los huelguistas y las reuniones organizadas por los comunistas. El cónsul Alexander Weddell, por ejemplo, seguía informando al Departamento de Estado sobre los izquierdistas, y enviaba copias de *El Libertador* con la frecuencia que las mermadas finanzas de la Liga antiimperialista permitían publicarlo. Insis-

[29] Joseph Edmund Sterrett y Joseph Stancliffe Davis, "The Fiscal and Economic Condition of Mexico: Report submitted to the International Committee of Bankers on Mexico", Nueva York, 25 de mayo de 1928, p. 258.

[30] Melzer, 1978, pp. 258-264

[31] Gruening, 1928, pp. 150-52; Melzer, 1978, p. 296.

tiendo en que entre el gobierno y los comunistas no había diferencia, en una ocasión Weddell envió al Departamento una copia del libro *Mexico-Soviet* cuando este se publicó a fines de 1927. Escrito por el colombiano Julio Cuadros Caldas, el libro elogiaba las reformas del gobierno mexicano y las comparaba con los alcances logrados por los soviéticos. Weddell reprodujo el punto de vista de Cuadros Caldas para ilustrar "las ideas políticas que animaban al grupo que está en control en México".[32]

La embajada se abstuvo de hacer el mismo tipo de proselitismo anticomunista que la caracterizó cuando Sheffield estaba en México, probablemente porque Morrow no lo permitía. Por ejemplo, cuando Abraham Rudy, un veterano de la guerra hispano-americana y censor de la Primera Guerra Mundial visitó México, a fines de 1927, su ojo profesional notó un anuncio en la calle que invitaba al público a escuchar al diputado comunista Hernán Laborde. Rudy asistió y calculó que se habían reunido unas mil personas, todas con la insignia del guerrillero nicaragüense César Augusto Sandino, a quien los marines norteamericanos perseguían en ese preciso momento. Cuando la reunión terminó, el indignado Rudy corrió a la embajada para informar sobre "esos clandestinos (*sic.*) movimientos políticos en México". Para su sorpresa los funcionarios norteamericanos le dieron a entender que sabían lo que estaba sucediendo "pero dijeron que la *política de nuestro gobierno era no preocuparse por estas cosas*",[33] pues eran problemas menores en comparación con la crisis que se había suscitado con el asesinato del presidente electo, Álvaro Obregón, en julio de 1928.

Morrow ante la crisis del poder

Los hombres de negocios recibieron con beneplácito la reelección de Obregón en 1928, porque éste había expresado su conformidad con la recientemente promulgada ley del petróleo. Obregón también prometió reanudar el pago de la deuda externa y resolver el conflicto entre el Estado y la Iglesia. Además se comprometió "a terminar gradual pero eficazmente con la legislación radical y con los agitadores de los trabajadores".[34] Sin embargo, el 17 de julio Obregón fue asesinado.

[32] Edward Lowry al Secretario de Estado, Guadalajara, 29 de noviembre de 1927, USDSMEX, rollo 88, exp 812.00/29234; Weddell al Secretario de Estado, Mexico, 8 de diciembre de 1927, USDSMEX, rollo 90, exp 812.00B/196.

[33] Harold Thompson, asistente del Agregado Militar, Informe de G-2, 14 y 17 de agosto y 7 de septiembre de 1928, AUD, rollo 1 expds 2220, 2249 y 2279; Abraham Rudy al Secretario de Estado, México, 4 de diciembre de 1928, USDSMEX, rollo 89, exp. 812.00/29373.

[34] Gruening, 1929, p. 322.

Una de las primeras preocupaciones de Calles respecto a la posible reacción de los Estados Unidos, fue que la crisis provocada por la muerte de Obregón no destruyera los logros alcanzados en las relaciones bilaterales, no perjudicara la estabilidad política de México e imposibilitara el cumplimiento de los compromisos económicos. Morrow, a su vez, temía que la reacción mexicana ante el magnicidio se desbordara y se preocupó porque la culpabilidad de los asesinos estuviera bien fundamentada, de manera que las pruebas "satisfagan no sólo al gobierno sino al mundo civilizado".[35]

El embajador norteamericano creía que había invertido mucho tiempo en el mejoramiento de la reputación de México y que un paso imprudente contra los homicidas la podría destruir. Los temores del embajador se disiparon cuando los presuntos magnicidas, José de León Toral y la Madre Conchita, ambos fanáticos religiosos, fueron juzgados con toda formalidad para establecer su responsabilidad en el crimen.

Con la muerte de Obregón volvió a surgir el problema de la sucesión presidencial. Calles y los políticos militares y civiles estaban conscientes de que los obregonistas sin Obregón, y las fuerzas agrarias que lo habían apoyado, tenían que ser compensadas si se quería mantener la paz. Para crear un puente entre un antes y un después de la crisis de poder, Calles designó a Emilio Portes Gil como presidente interino. Portes Gil tenía la ventaja de ser leal tanto a Obregón como a Calles, aunque también creía en las virtudes políticas de la reforma agraria. Portes Gil eligió a varios hombres de su confianza; a Marte R. Gómez como Secretario de Agricultura y en lugar de Morones –espina en su costado– a Ramón P. de Negri, como Secretario de Industria, Comercio y Trabajo. Los dos políticos radicales–[36] Luis L. León y Aurelio Manrique– fueron incluidos en el gabinete de Portes Gil por haber sido colaboradores cercanos del caudillo asesinado.

La selección de prominentes seguidores de Obregón reflejó la necesidad de alisar las plumas erizadas de los obregonistas. Sin embargo, la inteligencia militar de la embajada norteamericana interpretó todo ello como el regreso de los viejos radicales al poder. El agente de inteligencia, Harold Thompson, recordó a sus superiores que Luis León había ido a Rusia Soviética en 1921 para estudiar aquel país, mientras que Aurelio Manrique, "un virulento socialista y fanático agrarista", de aspecto desagradable, parecía "un bolchevique teatral".[37]

[35] Morrow al Secretario de Estado, México, 20 de julio de 1928, USDSMEX, rollo 88, exp. 812.00/29218.
[36] Medin, 1985, pp. 29-32.
[37] Harold Thompson, Informe de G-2, México, 14 y 17 de agosto de 1928, MID, rollo 1, exps. 2280 y 2249.

Por su parte, Morrow veía en la elección de Portes Gil la urgencia de Calles de no perder la lealtad de su sucesor. El embajador se reunió con el nuevo presidente y opinó que debido a que Calles se negaba a permanecer en el poder, en las difíciles circunstancias del momento, Portes Gil era lo mejor. Morrow estuvo en su toma de posesión, en la cual el tamaulipeco aseguró a los Estados Unidos que las puertas de México estaban abiertas de par en par para la inversión norteamericana. A Morrow le gustó el discurso del presidente, pero estaba menos seguro de los demás funcionarios en el nuevo gabinete. No es que dudara de la honestidad del secretario De Negri, pero sí de sus subordinados, pues circulaba el rumor de que traficaban con las promesas de los derechos confirmatorios a los petroleros.[38]

Morrow observó de cerca el teje y maneje de Calles en la creación del Partido Nacional Revolucionario, que pretendía institucionalizar la revolución a través de programas en lugar de personas. El embajador tenía la esperanza de que se estuviera produciendo una reconciliación nacional y creyó que el partido podría ser el parapeto del pluralismo, de posiciones tanto radicales como conservadoras. Morrow quería creer que el nuevo partido permitiría que todas las clases sociales participaran en el gobierno, incluso los grupos que se habían levantado en armas en su contra.[39] Así, cuando los otros funcionarios de la embajada volvieron a insistir en que México no era muy diferente de Rusia, Morrow se mantuvo firme en la convicción de que "los rasgos rusos del barbarismo asiático" eran ajenos a los mexicanos que aspiraban a una democracia de tipo británico o norteamericano.[40]

Sin embargo, unas semanas después de que Portes Gil empezó a fungir como presidente, en 1929, la prensa norteamericana y la embajada volvieron a gritar ¡el lobo! Casi de un día para otro Portes Gil armó a los campesinos y reanudó el reparto agrario. El *Washington Post* hizo eco de las críticas hacia el presidente, que se multiplicaban dando a conocer su acusación a la burguesía de provocar inquietud en el país, y amenazando a los latifundistas de expropiarlos por crear desasosiego en el campo. El editorialista del *Post* comentó que

> ...el lenguaje que el presidente Portes Gil emplea se parece notablemente al lenguaje que emplean los gobernantes comunistas de Rusia

[38] Melzer, 1978, pp. 342-343 y 479.

[39] Morrow al Secretario de Estado, 6 de septiembre y 3 de diciembre de 1928, USDSMEX, rollo 89, exps 812.00/29317 y 29372.

[40] Schoenfeld al Secretario de Estado, México, 29 de enero de 1929, USDSMEX, rollo 90, exp. 812.00B/226. Morrow al Secretario de Estado, México, 8 de marzo de 1929, USDSMEX, exp. 812.00B/234

> de manera que el mundo puede estar seguro de que la política de Calles-Morrones (*sic.*) de confiscar la propiedad de los extranjeros y entregársela a los campesinos y obreros no ha cambiado.[41]

Portes Gil hacía caso omiso a las sugerencias de Morrow para moderar el reparto agrario y ajustarlo a la capacidad del gobierno de indemnizar a los dueños con dinero. El presidente no estaba de acuerdo con esta condición y cambió los rubros del presupuesto referentes a la indemnización, que el Secretario de Hacienda en el gobierno de Calles había incluido a sugerencia de Morrow. En 1929 se repartieron más un millón de hectáreas de tierra a 140,000 familias campesinas, en comparación con 640,000 hectáreas que se habían repartido en 1928. Esto fue más de lo que se había distribuido en cualquier otro año desde principios de la revolución. Más aún, Portes Gil anunció que iba a pasar por alto cualquier decisión de la Suprema Corte que favoreciera a los terratenientes cuando los campesinos necesitaran tierra. Para explicar su política de armar a los campesinos, Portes Gil argumentó que era para defender el pedazo de suelo, que era su única esperanza. El presidente entendía que defendiendo sus intereses, los campesinos defendían también al gobierno que los protegía.[42]

Morrow estaba consciente de que en el gobierno mexicano no había unanimidad en torno al problema agrario. Calles, "el jefe máximo" de la revolución, insistía en que el ritmo del reparto de la tierra dependía de la capacidad del gobierno para pagar las indemnizaciones. El presidente de la Suprema Corte, Fernando de la Fuente, no ocultó su frustración cuando Portes Gil le ordenó que expidiera títulos agrarios a los ejidatarios. El abogado temía que eso desestimulara la entrada del capital extranjero. En cambio, el secretario de Agricultura, Marte R. Gómez, no estaba de acuerdo en que las reformas sociales se subordinaran a las perspectivas de préstamos.[43]

Morrow mismo buscó inútilmente la manera de moderar la marcha de la reforma agraria sin que se le acusara de interferir en los asuntos internos de México. Le preocupó que la Suprema Corte rechazara solicitudes de amparo promovidas por aquellos norteamericanos que fueron afectados por el renovado ímpetu agrario. Al agotar los recursos legales que tenían a su disposición, los norteamericanos se volvían a dirigir a la

[41] Schoenfeld al Secretario de Estado, México, 28 de enero de 1929, USDSMEX, rollo 89, exp. 812.00/29393; *The Washington Post*, 20 de febrero de 1929, AGN, Fondo Legal Emilio Portes Gil, caja 27, exp. 4

[42] Dulles, 1967, p. 394; Meyer, Segovia y Lajous, 1981, pp. 235-253; Melzer, 1978, pp. 380-381.

[43] Melzer, 1978, pp. 381-384.

embajada para que mediara en su nombre, creando las mismas fricciones diplomáticas que habían existido antes de que llegara Morrow a México. Entre otros efectos de la reforma agraria, Morrow tenía en cuenta la conclusión del estudio que realizó el Comité Internacional de Banqueros, mismo que había identificado la reforma agraria como el punto débil del estado financiero del gobierno mexicano, ya que ésta era la causa del desbalance presupuestario y de la incapacidad para pagar la deuda externa. Convencido de su verdad, el embajador envió a sus ayudantes a reunirse con los funcionarios mexicanos y trató de hablar con el presidente y los Secretarios de Agricultura y de Industria, Comercio y Trabajo. La rebelión armada que estalló repentinamente en marzo de 1929 cambió la atención de Morrow de los asuntos cotidianos a los militares.[44]

El levantamiento, dirigido por el general obregonista José Gonzalo Escobar, estalló el 3 de marzo de 1929 (un día antes de la toma de posesión del presidente Hoover). La rebelión silenció los desacuerdos del gobierno sobre la reforma agraria. Los generales obregonistas se rebelaron por la imposición presidencial. Portes Gil no era uno de los suyos. Escobar trató de influir sobre Hoover abanderando la causa anticomunista: acusó a Calles de haber asesinado a Obregón y de ejercer "un grotesco bolchevismo" contra los extranjeros. El general insurrecto calumnió a Morrow como un embajador indigno "del gran país que representa".[45]

Hoover estaba bien informado de la situación en México y declaró que legalmente los rebeldes "eran simples forajidos y bandidos". El presidente norteamericano ayudó al gobierno mexicano a derrotar a los rebeldes con envíos de armas e impidió que consiguieran pertrechos del otro lado de la frontera. Por su parte, Dwight Morrow envió al coronel McNab a Texas con varios oficiales mexicanos para arreglar envíos de importantes cargas de armas al ejército.[46] Los rebeldes fueron derrotados en menos de tres meses.

Las postrimerías de la crisis

El ex embajador Sheffield escribió a un conocido, quien se lo comunicó al Secretario de Estado, que había sido una equivocación haberle ayudado a México durante el reciente embrollo. Acudiendo a su rescate, los

[44] Marte Gómez a Eduardo Villaseñor, México, 12 de abril de 1929; Fernando de la Fuente a Marte Gómez, México, 13 de mayo de 1929, en Gómez, 1978, pp. 229-231.

[45] José Gonzalo Escobar a Herbert Hoover, sin lugar, 31 de marzo de 1929, AGN, FL EPG, caja 27, exp. 4

[46] Meyer, 1978, pp. 202-206; Melzer, 1978, p. 386.

Estados Unidos indirectamente daban a entender al gobierno mexicano que no se oponían a su política, no obstante que dañaba los intereses norteamericanos. Según Sheffield, no había diferencia alguna entre el derrotado Escobar, Carranza, Obregón y el victorioso Calles. Sheffield reiteró lo que había dicho tantas veces de que confiaba en que llegara el día en que "la mejor gente" se rebelara y derrocara a los sujetos en el poder.[47]

Después de la rebelión escobarista, los cónsules norteamericanos creyeron que en México la situación política estaba empeorando. Desde Durango, un diplomático informó que los campesinos dirigidos por "insurgentes rojos" se negaron a regresar las armas que el gobierno les había entregado para combatir a los rebeldes. Desde Tampico, otro cónsul describió el día del trabajo, durante el cual los obreros insultaron al gobierno como su "peor enemigo" porque cumplió la mitad de lo que les había prometido. Y añadió que el gobernador era incapaz de controlar el estado de Tamaulipas, en donde supuestamente los agraristas "ya no necesitaban al gobierno para hacerse de tierras".[48] Por otra parte, la División de Asuntos de Europa Oriental en el Departamento de Estado norteamericano, informó al Departamento de Justicia que en México se había formado un nuevo sindicato obrero-campesino. Según el jefe de la División, Kelley, todo indicaba que en México se acababa de crear un nuevo foco revolucionario.[49]

Morrow, por su parte, transmitió una apreciación radicalmente distinta de la que comunicaron los cónsules al Departamento de Estado. Los mexicanos con los que había hablado el embajador le dieron a entender que temían que si caía ese gobierno pudiera estallar otra revolución. Además, en su opinión, los Estados Unidos ganaban menos vendiéndole armas destructivas a México que haciendo buenos negocios en un país en paz.[50]

Después de que los escobaristas fueron derrocados, Morrow fue testigo de la renovación política interrumpida por el magnicidio y la insurrección militar. En 1929, Pascual Ortiz Rubio fue el candidato presidencial del PNR sobre todo porque no representaba a ninguna facción política importante. Ausente del país durante la mayor parte de la década, se

[47] Stevens a Stimson, Nueva York, 25 de marzo de 1929, USDSMEX, rollo 89, exp. 812.00/29438.

[48] Harnden al Secretario de Estado, Tampico, 6 de mayo de 1929, USDSMEX, rollo 89, exp. 812.00/29446.

[49] Kelley a J. Edgar Hoover, Washington, 8 de junio de 1929, USDSMEX, rollo 90, exp. 812.00B/240A; Coleman al Secretario de Estado, Riga, Letonia, 16 de julio de 1929, USDSMEX, rollo 90, exp. 812.00B/242. Sin llamarla por su nombre propio, Kelley se refirió a la constitución de la Confederación Sindical Unitaria de México (CSUM) en enero de 1929, auspiciada por los comunistas y el Comintern

[50] Melzer, 1978, pp. 387-394.

decía que el candidato tenía pocos enemigos y que sus nexos discretos lo convertían en un conciliador ideal entre los grupos en conflicto. La elección de Ortiz Rubio respondió también a la necesidad de no dar pie a las acusaciones de ser impuesto por Calles, o de que Calles quería continuar en el poder. No obstante las apariencias, la selección de Ortiz Rubio permitió al "jefe máximo" encarrilar el curso de la política agraria en una dirección más conservadora. A Calles no le cabía la menor duda de que México no se podía desarrollar con fuerzas propias. La productividad y producción del campo tenían que aumentar para poder pagar por la importación de las manufacturas de los Estados Unidos, y gradualmente preparar el país para la industrialización.[51] Para atraer a inversionistas extranjeros, México debía poner algo de su parte para que la política de la "buena verindad" tuviera éxito.

Cuando en septiembre de 1930 Arthur Bliss Lane llegó a México como nuevo secretario de la embajada, el canciller mexicano le explicó que el gobierno tenía que decidir entre dos proyectos. Uno, seguido por Portes Gil, que era escandalosamente radical y arruinaba el país. El otro era el que el gobierno había escogido, el de la ley y el orden. El agente de la inteligencia militar estuvo de acuerdo en que el experimento revolucionario había terminado una vez que Luis León y Marte R. Gómez fueron removidos del gobierno. Se esperaba que la ley agraria y la ley de trabajo iban a seguir el mismo curso conservador. Hasta en sus relaciones exteriores México cambió de rumbo. Cuando, en enero de 1930, los encabezados de los periódicos mexicanos anunciaron que México había roto relaciones con la Unión Soviética, la prensa norteamericana y el cuerpo diplomático recibieron la noticia con satisfacción.[52]

El balance de la diplomacia de Morrow

Morrow renunció a su puesto en México en septiembre de 1930, dejando atrás sentimientos encontrados sobre su gestión como embajador. Poco tiempo antes de irse, Morrow encargó a Diego Rivera un mural en el Palacio de Cortés en Cuernavaca. La pintura iba a ser su regalo de despedida a las autoridades de Morelos. Rivera escogió como tema la historia de

[51] Skirius, 1978, p. 130.

[52] "Mexico Breaks off with Soviet Russia", en *The New York Times*, 24 de enero de 1930; "Rompimiento Aplaudido", en *El Nacional Revolucionario*, 28 de enero de 1930. Arthur Bliss Lane al Secretario de Estado, México, 17 de octubre de 1930, USDSMEX, rollo 1, exp. 812.00/29528; Dawson a Tanis, Washington, 22 de diciembre de 1930, USDSMEX, rollo 1, exp. 812.00/29536; Gordon Johnston al Secretario de Estado, México, 16 de enero de 1931, USDSMEX, rollo 1, exp. 812.00/29538.

México desde la conquista hasta el presente. Describiendo gráficamente la crueldad con que los conquistadores y el clero trataron a los Indios, el mural representó el conflicto entre el colonialismo español y la resistencia de la civilización indígena. El canciller Genaro Estrada le había advertido a Morrow que el trabajo de Rivera podía provocar un resentimiento contra el mismo Morrow. De hecho, una vez completado, la pintura provocó cierta indignación pública. La izquierda denunció a Rivera por haber colaborado con un embajador capitalista; la derecha denunció a Morrow por haber apoyado una obra que criticaba a la Iglesia y al gobierno español.[53]

Haciendo un balance, algunos norteamericanos pensaron que Morrow había servido a los mexicanos mejor que a los Estados Unidos. Después de que Morrow se fuera de México, las grandes compañías petroleras y sus partidarios políticos volvieron a fincar sus esperanzas en que los marines derrocaran al gobierno mexicano. Por otro lado, los banqueros, los pequeños empresarios y las pequeñas compañías petroleras, además de la AFL, seguían insistiendo en que se ganaría más con la "zanahoria" que con el "garrote". A los negociantes les preocupaban más sus ganancias, la estabilidad y la seguridad de sus inversiones que la ideología. Fueron estos objetivos los que los motivaron a hacer un esfuerzo para adaptarse a las exigencias del nacionalismo mexicano. No menos importante en su pensamiento era la convicción de que solamente a través de la prosperidad se podía mantener a raya el bolchevismo en el hemisferio occidental.

La mayoría de los funcionarios del gobierno mexicano se sentía complacida con el estilo y los resultados de la diplomacia de Morrow. Durante su gestión, los negocios entre Estados Unidos y México se expandieron varias veces más por encima de lo que habían logrado antes de su llegada. Las corporaciones como la Ford, la J.G. White y la ITT se habían establecido en México desde antes de que llegara Morrow, sin embargo, con la ayuda del embajador otras aprendieron a trabajar en México y a respetar sus leyes. Por ejemplo, en agosto de 1929, el banco privado más grande del mundo, el National City Bank de Nueva York, abrió en México una sucursal, la número cien fuera de los Estados Unidos. La United Fruit Company empezó a invertir en Veracruz y Oaxaca, y México se volvió atractivo para la industria de la aviación y la Electric Bond & Share Company. Para 1930, México era la sede del mayor número de sucursales de fábricas manufactureras norteamericanas de toda América Latina.[54]

[53] Wolfe, 1963, pp. 271-275; Melzer, "Dwight Morrow", pp. 596-597.

[54] El total de las inversiones norteamericanas en América Latina fue de $5,802'776,450; en Cuba fue de $1,242'615,000, en México, en enero de 1932, fue de $887'360,200. Véase Melzer, 1978, pp. 569-599.

Morrow también fue acusado de haber aplicado una excesiva presión sobre México para mitigar el programa revolucionario. Por ejemplo, el estudioso del ejido en los años treinta, Eyler N. Simpson, opinó que:

> Tal vez el movimiento revolucionario agotó sus posibilidades. Por otra parte, puede ser que el ex socio de Morgan, bueno, simpático, bien *intencionado y sutilmente halagador*, al tratar de ayudar a México a poner las cosas en orden y arreglar todo de manera ordenada y como si fuera un negocio, logró frenar el único verdadero movimiento reformista que ha habido en la historia del país.[55]

¿Fue capaz Morrow de frenar el impulso revolucionario? ¿Fue correcta la apreciación de la revista *The Nation* de que México concedió a los Estados Unidos exactamente lo que querían? ¿Y qué pensar del artículo en *The New Republic* de que México claudicó en sus programas sociales?[56]

A manera de respuesta, hay que citar un incidente ocurrido a fines de 1930. Entonces, a petición del Congreso norteamericano, el gobierno mexicano estuvo de acuerdo en colaborar con el comité especial creado para investigar las actividades comunistas en los Estados Unidos y también en México. El comité fue encabezado por el representante Hamilton Fish de Nueva York, quien hizo de la cacería de personas con reputación izquierdista la palanca de su propio ascenso político, aun cuando el medio político en los Estados Unidos había cambiado desde los tiempos de la amenaza roja en las postrimerías de la guerra. El congresista envió a Ulysses Grant-Smith a México para consultar a los funcionarios e "intercambiar información sobre las actividades comunistas".[57]

El canciller Estrada prometió cooperar con el comité a condición de que la consulta fuese informal y solamente se hiciera con los funcionarios y agentes de policía sin convertirlo en un asunto oficial de gobierno. Grant-Smith podía reunirse con Mijares Palencia, el jefe de la policía capitalina y con nadie más. Pero la colaboración entre los dos gobiernos se filtró y el *The Washington Post* sacó un artículo optimista sobre la ayuda que el presidente Ortiz Rubio estaba dispuesto a proporcionar a la policía norteamericana. Molesto, el gobierno mexicano se retiró del asunto.[58]

[55] Simpson, 1937, pp. 581-582.

[56] Stanley Ross, "Dwight Morrow and the Mexican Revolution", en *Hispanic American Historical Review*, vol. 38, núm. 4, 1958, p. 507.

[57] Manuel Téllez a SRE, Washington, 17 de octubre de 1930, ASRE, 41-26-135; Anthony Troncoso, "Hamilton Fish Sr. and the Politics of American Nationalism, 1912-1945", tesis doctoral, The State University of New Jersey, New Brunswick, 1993, caps. 9-11.

[58] SRE a Téllez, México, 18 de octubre de 1930, ASRE, 41-26-135; *Washington Post*, 21 de octubre de 1930.

Sin embargo, algo de información fue intercambiada antes de que la colaboración terminara. El comité norteamericano sospechaba de un tal Lulinsky, un empleado de la Amtorg Trading Corporation en los Estados Unidos. Esta compañía ruso-norteamericana, encargada de la importación y exportación de materias primas y manufacturas entre Estados Unidos y la URSS, fue también conocida por dedicarse al espionaje. La policía mexicana tenía un expediente sobre Lulinsky y el embajador Téllez se lo entregó al Departamento de Estado, pero al mismo tiempo pidió que dejaran de venir a México más enviados del comité, pues serían mal vistos.[59] En febrero de 1931 la oficina de inteligencia de la Secretaria de Gobernación mexicana comunicó oficialmente al comité del Congreso de Estados Unidos que acababa de concluir su propia investigación y carecía de más datos sobre personas acusadas de ser comunistas.[60]

Era cierto que, a fines de la década, el gobierno mexicano parecía resignarse a aceptar la realidad geopolítica de estar en la esfera de influencia de los Estados Unidos, pero rechazó la intolerancia y el desprecio norteamericanos. Desde fines del siglo ıxx, la élite política trató de convertir la relación con los Estados Unidos, caracterizada por la desigualdad material y diferencias culturales, en una relación de respeto, y hasta donde se podía, en beneficio mutuo. En la década de los veinte, México seguía siendo un país pobre pero con un Estado fortalecido después de haber resistido siete años de guerra, asonadas militares de 1923-1924 y luego de 1929, y un conflicto latente y abortado antes de que irrumpiera en una crisis peligrosa en 1927.

Si bien Morrow pudo arreglar las diferencias políticas entre México y los Estados Unidos gracias a su *savoir faire* diplomático y el viraje que se llevó a cabo en el Departamento de Estado, fue posible también porque el gobierno mexicano había sido intimidado por los diez años previos de animosidad y beligerancia. El éxito norteamericano se debió, además, al temor del gobierno mexicano de que si continuaba resistiéndose a las presiones -dada la inestabilidad política interna y debilidad económica- el gobierno podría perder las riendas del poder en favor de los mercenarios de los Estados Unidos. Es contra este telón de fondo que México dio la bienvenida a Dwight Morrow. El embajador representaba en ese momento al gobierno y a los intereses económicos del buen vecino, pero no por ello dejó de intervenir en los asuntos internos del país.

[59] SRE a Téllez, México, 14 de noviembre de 1930, ASRE, 41-26-135.

[60] Arthur Bliss Lane a Genaro Estrada, México, 19 de noviembre de 1930; Estrada a Bliss Lane, México, 19 de noviembre de 1930; Secretaría de Gobernación a SRE, México, 11 de febrero de 1931, ASRE, 41-26-135. Según se verá en el siguiente capítulo, la Secretaría de Gobernación sabía más de lo que estaba dispuesta a compartir con el gobierno de los Estados Unidos

Capítulo 8

Los extravíos ideológicos de la Internacional Comunista

UNO DE LOS objetivos primordiales del partido y el gobierno soviéticos era industrializar a Rusia, convencidos de que el socialismo no se podía construir sin transformar a la sociedad soviética en una sociedad moderna industrial. El plan original de Lenin de electrificar el país y desarrollar la metalurgia, la metalistería y la construcción de la maquinaria siguió su curso a lo largo de los años veinte aunque de manera lenta, e infundió confianza en los dirigentes soviéticos de que era posible lograr el desarrollo económico con recursos propios y esfuerzos de la misma sociedad. De hecho, la frase "socialismo en un sólo país" encapsulaba esa estrategia. Significó al mismo tiempo que Rusia no necesitaba las revoluciones europeas como puntal para llevar a cabo su propia revolución proletaria. Tampoco necesitaba la buena voluntad de los extranjeros para construir el poder soviético.[1]

El impulso industrializador más dinámico empezó con el Primer Plan Quinquenal (1929-1932) y fue acompañado de la colectivización forzada de la agricultura. La estrategia del desarrollo socioeconómico -autárquico si era necesario- buscó superar el atraso de Rusia para así rebasar el nivel conseguido por los países capitalistas. Ambos procesos se llevaron a cabo como si el país estuviera en un estado de guerra, a consecuencia de los reveses en su política exterior sufridos en 1926 y 1927. El rompimiento de las relaciones con Gran Bretaña, la masacre de los comunistas chinos por el Kuomintang y el asesinato del embajador soviético en Polonia, sacudieron la confianza de los dirigentes en la cooperación internacional y los convenció de que el Occidente estaba preparando una guerra para aniquilar el régimen bolchevique. Algunos temieron que la pérdida de autoridad suscitada en el extranjero, podría provocar disturbios adentro. Una de las consecuencias de este temor fue el fortalecimiento de la capacidad defensiva del gobierno soviético vigorizando al

[1] Fitzpatrick, 1982, pp. 104-105.

ejército.[2] Aunado a lo anterior, el partido atacó el sector privado creado por la NEP, a los campesinos ricos y medianos, y a los especialistas que formaban parte de la burguesía. La NEP fue liquidada cuando se les quitó cualquier posibilidad de sobrevivencia a los productores independientes, a los comerciantes y a los artesanos.[3]

De acuerdo con la premisa de Stalin, de que la Unión Soviética estaba transitando del régimen burgués al proletario, en 1928 el Comintern adoptó la posición del así llamado "tercer periodo". Si bien en términos económicos la noción significó que la estabilización capitalista se agotó y el sistema estaba a punto de fallecer, en política el gobierno soviético anticipaba la renovación del ímpetu revolucionario igual al que, creía, iba a tener lugar después de la Primera Guerra Mundial. Todas las formas de luchas obreras debían asumir el carácter del ataque al sistema existente y debían oponer resistencia a cualquier forma de colaboración con los órganos del sistema capitalista. Se requería una lucha cada vez más intensa en contra de la democracia social. Las coaliciones con los partidos democráticos y los sindicatos reformistas dejaron de ser aceptables. A medida que la construcción del socialismo en un sólo país progresaba, la "patria del proletariado internacional", es decir la URSS se fortalecía. En vista de las perspectivas favorables para el socialismo y la condena a muerte del capitalismo, los partidos comunistas de todo el mundo debían juntar fuerzas para proteger a la Unión Soviética de sus enemigos. Los dirigentes del Comintern acuñaron sus tácticas de combate con los términos de "clase contra clase", "frente unido desde abajo" y "el social-fascismo",[4] y exhortaron a los partidos comunistas a aplicarlas en sus respectivos países. De acuerdo con su temor obsesivo de una inminente guerra en Europa, los soviéticos cambiaron también su política exterior.

La embajada de Alexandr Makar

Después de que Alexandra Kollontai se fue de México, en junio de 1927, la embajada permaneció vacante. No fue sino hasta marzo de 1928 que

[2] Reiman, 1987, pp. 12-14

[3] Fitzpatrick, "The Problem of Class Identity", en Fitzpatrick y Stites (eds.), p. 29; Ball, 1987, pp. 60-64; Gorodetsky, 1977, pp. 211-240; Tucker, 1990, p. 70.

[4] Theodore Draper, "The Strange Case of the Comintern", en *Survey* 18, núm. 3, verano de 1972, pp. 94-105; "Bukharin on Three Periods of Postwar Development and the Tasks of the Communist International", en Eudin y Slusser, 1966, vol. I, pp. 106-120; Cohen, 1973, pp. 415-416; Nicholas N. Kozlov y Eric D. Weitz, "Reflections on the Origins of the 'Third Period': Bukharin, the Comintern and the Political Economy of Weimar Germany", en *Journal of Contemporary History*, núm. 24, 1989, pp. 387-410; Tucker, 1990, p. 79.

El tercer periodo debía durar hasta la caída final del sistema capitalista. En realidad, el Comintern lo abandonó en 1934

el nuevo embajador soviético llegó a ocupar las oficinas en la calle Eliseo. Doctor en ciencias y medicina, Alexandr Makar, igual que sus antecesores, maduró políticamente durante el antiguo régimen y su temperamento se forjó durante la revolución. Con varios arrestos y fugas de cárceles zaristas en su haber, Makar regresó a Rusia del exilio en abril de 1917 junto con Lenin. Desde 1923, Makar estuvo en el servicio exterior, primero en Italia y luego en Noruega. El embajador inglés en Oslo lo describió como "un tipo bajo, gordo, de aspecto verduzco desagradable y rasgos pronunciados", y se refirió a Makar como un intrigante.[5]

Makar recibió a Carleton Beals en varias ocasiones en la embajada en México. Beals observó el gusto con el que el embajador y su esposa, "una mujer distinguida, corpulenta y apacible", entretenían a sus invitados.[6] Makar continuó con la costumbre de sus predecesores de servir té y exhibir películas soviéticas. Para el décimo aniversario de la revolución, Eisenstein hizo la película *Octubre* (1927), la más propagandística de su trilogía revolucionaria. Makar invitó a miembros del cuerpo diplomático y a funcionarios mexicanos para la exhibición. Esta vez el canciller Estrada aceptó la invitación y Calles la rechazó como en todas las ocasiones anteriores.[7]

Según la opinión generalizada, en México Makar adoptó una actitud discreta. Unicamente circulaba el rumor de que el embajador se refería al bolero que a diario lustraba sus zapatos como "camarada" y la señora Makar trataba a la lavandera como su igual.[8] Según Beals, la embajada se limitó a "cultivar relaciones con los funcionarios del gobierno y con miembros de la clase alta" y evitó contactos con "los elementos obreros radicales"; Makar "ni siquiera permitió que los comunistas mexicanos entraran en la embajada, o si lo permitió lo hizo muy en secreto".[9] Esta opinión coincidió con la embajada británica en México. No obstante que los ingleses dejaron de asistir a los eventos sociales en la embajada soviética, después de que Gran Bretaña rompiera relaciones con la URSS, siguieron observando de cerca todo lo que allí sucedía. En una ocasión, el embajador inglés informó a su canciller que Makar no hacía labor de propaganda, y que en el medio diplomático tenía la reputación de ser

[5] Lindley a Foreign. Office. Oslo, 21 de abril de 1926, PRO, FO 371, exp. 11756/472.

[6] Beals, 1938, p. 344.

[7] Alexandr Makar, expediente personal, ASRE, 41-17-80; Makar a Torreblanca, México, 16 de mayo de 1928, AGN, O/C, 205-R-44

[8] Jack Starr-Hunt, en *Excélsior*, 2 de marzo de 1930.

[9] Beals, 1938, p. 345.

"una persona de opiniones moderadas" que "no ejerce influencia indebida sobre el gobierno mexicano".[10] Por el contrario, la embajada británica se refirió a los arduos esfuerzos soviéticos por estimular las relaciones comerciales entre los dos países. El gobierno de la URSS compró a México plomo y henequén y le vendió películas cinematográficas, artesanías, cereales y madera.[11]

Beals explicó la cautela de Makar a partir de su "gran ambición personal" de congraciarse con Dwight Morrow, y de asegurar su apoyo para el reconocimiento diplomático norteamericano de la Unión Soviética. Se decía entonces que Morrow era partidario de que el gobierno de los Estados Unidos terminara con su política de aislar al gobierno soviético, y que después de servir en México quería ir a Moscú para tratar con el otro hueso duro de roer.[12]

Era cierto que el Narkomindel esperaba sacar provecho del nombramiento de Morrow como embajador en México para la normalización de sus relaciones con los Estados Unidos. Si nombró a Makar, quien tenía experiencia en el servicio exterior y en el trabajo del partido, era porque esperaba del embajador que fuera preparando el terreno.[13]

En apariencia, Makar se adhirió estrictamente al protocolo diplomático y trató de disipar los temores de los mexicanos y diplomáticos extranjeros de que la URSS estaba empeñada en extender las flamas de la revolución por el mundo. Sin embargo, por más que quisiera, no pudo evitar la herencia de sus antecesores de ser un radical. Estos temores se intensificaron, a partir de que en 1928 el gobierno soviético cambió de política exterior de "la coexistencia pacífica" a los preparativos para repeler el ataque capitalista que creía estaba en cierne contra la URSS.

Una de las consecuencias de la percepción soviética de un inminente ataque para destruirla, fue la intensificación de su estado de alerta, incluyendo la ampliación de sus servicios de espionaje. Si bien no hay indicios de que la embajada soviética en México sirviera como una oficina de inteligencia antes de 1928, después de que México rompiera relaciones diplomáticas con la URSS en 1930, el cateo de sus oficinas reveló que varios

[10] Desmond Ovey a Sir Austin Chamberlain. México. 4 de febrero de 1929, PRO, FO 371. exp. 13501/1400. Foreign Office a Ogilvie Forbes, Londres, 31 de octubre de 1929, PRO, FO 371, exp. 14033/4-916.

[11] Ogilvie Forbes a Foreign Office. Mexico, 29 de agosto de 1929, PRO, FO 371, exp. 13502/5016; Beals, 1938 p. 344

[12] *Idem*, pp. 346 y 354.

[13] Kagan a Litvinov, Moscú, 23 de septiembre de 1927; Makar al embajador soviético en París, Berlín, 31 de diciembre de 1927, AVPRF, Oficina de México, registro 6, exp. 2, p. 102.

diplomáticos eran espías y que Makar formaba parte de una red de inteligencia. De lo que la investigación del departamento confidencial de la Secretaría de Gobernación descubrió en la sede de la embajada, se desprende también que el gobierno mexicano sabía mucho más de lo que estaba dispuesto a compartir con el comité del Senado norteamericano, en su búsqueda de información sobre las actividades comunistas.[14]

Cuando en mayo de 1930 –después de que México rompió relaciones con la URSS– la policía capitalina registró las oficinas de la embajada soviética, encontró evidencias de espionaje ruso en México y en la frontera con Estados Unidos. Estas le dieron pistas sobre los individuos que lo habían llevado a cabo. A diferencia de Makar, su familia y el secretario de la embajada, los inculpados de realizar los actos de inteligencia en México se quisieron quedar en el país, y uno de ellos se ofreció a ser informante de la policía. Se trataba de Alexandr Lishagin. Según Beals, Lishagin "compró la tolerancia de las autoridades para poder residir en el país y a cambio ofreció denunciar a los comunistas rusos que conocía, trabajo que llevó a cabo bien".[15] Pero además de ser informante de la policía, ésta interrogó a Lishagin sobre su pasado en Rusia y sus actividades realizadas en México. El otro ruso que fue acusado de espionaje se llamaba Sergei Granovsky. Para completar la información, la policía interrogó a uno sobre el otro. Lo que dijeron a la policía Lishagin de Granovsky y éste sobre aquél, debe tomarse con pinzas, ya que ambos quisieron exonerarse de cualquier culpa, acusando al otro para salvarse de la cárcel y de la deportación.

Entrevistado por un agente confidencial de la secretaría de Gobernación, Lishagin acusó a Granovsky de ser "un agente y espía" del gobierno soviético desde 1922, y que estaba en la nómina de la embajada cuando Makar estaba al frente de ella. El testimonio de Lishagin incluyó datos como, por ejemplo, que Granovsky estuvo a cargo de la distribución de la propaganda soviética en la frontera con los Estados Unidos, y de conseguir información sobre la policía mexicana, porque hablaba bien el español. Supuestamente, Granovsky pertenecía a una red de espionaje

[14] Véase cap. 7.

[15] Beals, 1938, p. 355; Bacelis al Jefe de la Policía, México, 18 de junio de 1931; "Versión taquigráfica de la Investigación sobre Granovsky hecha con personas conectadas con él"; "Declaración de Sergio Granovsky", "Informe del Agente 3 del Departamento Confidencial de la Secretaría de Gobernación", 10 de agosto 1931 en AGN, Ramo Gobernación, caja 23, exp. 267.

Lishagin llegó a México apenas en septiembre de 1928, oficialmente como el contador de la embajada. Makar a la SRE, 22 de agosto de 1928, avisando de que llegó Boris Pojvalinsky como el nuevo secretario y en septiembre avisa de la llegada de Lishagin. Véase AVPRF, Oficina de México, registro 1-g, exp. 1

cuyas ramificaciones no mencionó. Lishagin terminó su testimonio sobre Granovsky diciendo que se había decidido a declarar porque quería "ser útil al gobierno mexicano".

En su propia declaración, Granovsky dijo que había escapado de la persecución bolchevique en Ucrania en 1920 y que llegó a México en mayo de 1922. Granovsky explicó que el denigrante testimonio de Lishagin era una venganza personal porque le debía dinero. Negó que alguna vez hubiera distribuido propaganda comunista en México. En cambio, trató de manchar a Lishagin con un pasado igualmente pintoresco y comprometedor, para hacerle aparecer como una persona que no se merecía la confianza de los mexicanos. Según Granovsky, Lishagin era antibolchevique y, por sus actividades contrarrevolucionarias, fue encarcelado y condenado a muerte. Para salvarse, se cambió de lado y se volvió espía soviético denunciando a los enemigos del régimen. En 1928 fue enviado a México para encargarse de la inteligencia en la embajada. Según Beals, las autoridades sacaron de Lishagin tanta información como necesitaron y luego lo arrestaron. Una vez en la cárcel, Lishagin dejó de hablar. No se sabe bien a bien qué pasó con él. De Granovsky se supo que fue expulsado de México.[16]

Por todo lo que sabemos hasta ahora, el Partido Comunista Mexicano no estuvo al tanto de las actividades clandestinas del gobierno soviético en México. Así, la distancia que Makar mantenía con los comunistas no se debió a que la política exterior del gobierno y las actividades del Comintern se separaran, como los diplomáticos de las otras embajadas en México equivocadamente creyeron. Más bien Makar mantenía una distancia prudente de la izquierda mexicana y una cercanía con la burguesía y con el mundo oficial en México, como la mejor cobertura para que no se sospechara de que estaba involucrado en actividades ilegales.

El Comintern y "América"

En vista de que los bolcheviques percibían un inminente ataque a la Unión Soviética, Stalin delineó una política que presentó a los partidos comunistas en el Sexto Congreso del Comintern, en el verano de 1928. Esta política consistió en la obligación de los partidos a combatir el fas-

[16] Beals, 1938, p. 355.

cismo y la social democracia, que fueron vistos como los principales enemigos del movimiento comunista internacional. También consistía en fortalecer los movimientos revolucionarios, sobre todo en las regiones en las que el Comintern esperaba que el imperialismo sufriera descalabros a consecuencia de la esperada debacle del sistema capitalista.

El Comintern concibió la consigna de "clase contra clase" como una estrategia electoral mediante la cual los partidos comunistas -sin importar su debilidad numérica- debían participar en las elecciones sin hacer alianzas con los partidos socialdemócratas de la burguesía. La táctica del "frente unido desde abajo" fue diseñada para recuperar una abandonada política, mediante la cual los comunistas debían lograr el control de las bases sindicales y atraer a nuevos miembros de entre los obreros. Lozovsky, el dirigente del Profintern, sostenía que los sindicatos reformistas eran aliados del Estado burgués, y que su dirección debería derrocarse solamente cuando fuese destruido el mismo Estado.[17]

La otra línea que el Comintern obligó a adoptar a los partidos comunistas fue la lucha contra el social-fascismo. El Comintern planteaba que como la socialdemocracia era el sostén del sistema capitalista, igual que el fascismo, ambos servían a la causa de la contrarrevolución. De allí que la burguesía, junto con el imperialismo, debían ser resistidos por bloques obrero-campesinos en una guerra de clases a escala global, y ya no a escala nacional. La inminente quiebra de la economía capitalista mundial provocaría guerras civiles que pondrían a los partidos comunistas en condiciones de tomar el poder del Estado.[18]

Estas teorías, ideas y exhortaciones fueron presentadas a los delegados comunistas cuando llegaron a Moscú en 1928 para participar en los congresos del Profintern y el Comintern. En esa ocasión, los dirigentes soviéticos prestaron más atención a los delegados de América Latina que en cualquier congreso anterior, debido a que tanto Lozovsky, como Manuilsky -quien pronto reemplazaría a Bujarin a la cabeza del Comintern- acababan de "descubrir América".

La importancia que América Latina adquirió en la estrategia global de la Unión Soviética fue el resultado de la toma de conciencia de que los Estados Unidos se habían convertido en el centro económico mundial y la

[17] Carr. 1976, pp. 166-177; Draper. 1972, p. 133.

[18] La teoría del social-fascismo data de 1922, cuando los fascistas subieron al poder en Italia. Véase Draper. 1972, p. 121; Communist International. *Sexto Congreso de la Internacional Comunista*, 1977, pp. 150-152, 158-160, 328-329, Barth, 1986, pp. 45-46

"república del dólar" era ahora el "explotador" mundial.[19] En numerosas ocasiones, tanto el prominente economista, Eugen Varga, como el teórico del partido, Nicolai Bujarin, subrayaron la importancia de la economía norteamericana como un ejemplo de la estabilidad capitalista. Bujarin postuló la idea de que la ola revolucionaria surgiría no del declive del capitalismo sino de su avance. Sin embargo, a fines de la década, el próspero capitalismo expansivo norteamericano chocaba con el teorema marxista del fracaso del capitalismo o la "estabilización podrida" del secretario del partido, Stalin. El mismo secretario desafió la posición de Bujarin y vaticinó el fin de la estabilización, el colapso económico y las subsecuentes insurrecciones revolucionarias.[20] Varga, el consejero principal del Comintern en los asuntos económicos, tuvo que redactar la posición oficial (la de Stalin), misma que fue presentada en el Sexto Congreso como una directiva, para demostrar que el fin de la estabilización era una consecuencia de la alta productividad y el reemplazo de obreros por la revolución tecnológica. En otras palabras, "el capitalismo nunca fue y nunca podrá ser estable".[21]

En una conferencia especial con los delegados de América Latina, el presidente del Profintern, Lozovsky, hizo un diagnóstico del imperialismo anglo-norteamericano y advirtió que éste preparaba un ataque a la URSS. De acuerdo con la interpretación de que el sistema capitalista llegaba a su fin, el Comintern asignó tareas concretas a los comunistas latinoamericanos, que a su regreso de Moscú debían cumplir. La tarea era formar bloques obrero-campesinos para combatir a la burguesía y al imperialismo y, al mismo tiempo, proteger a la Unión Soviética.[22]

Para asegurarse que los partidos comunistas de América Latina se adhirieran estrictamente a las lecciones del Comintern, así como para mejorar las comunicaciones entre el cuerpo central y las secciones nacionales, a partir de septiembre de 1928, por primera vez se empezó a publicar

[19] Fue Trotsky quien criticó al Comintern por la poca atención que había prestado a los Estados Unidos y hasta en el primer borrador de las tesis del Sexto Congreso no los mencionó. Los problemas de la época imperialista "aparecieron diluidos en un esquema de país capitalista general sin vida propia". Véase Trotsky, 1945, p. 6.

[20] Trotsky, 1945, vol. 1, pp. 181-99; Kozlov y Weitz, "Reflections on the Origins of the «Third Period»: Bukharin, the Comintern and the Political Economy of Weimar Germany", en *Journal of Contemporary History*, núm. 24, 1989, pp. 390-394.

Mientras que en el libro de Lenin *Imperialismo, fase superior del capitalismo*, figuraba solamente la dominación del capital británico en Argentina, en la versión que Varga y otro estudioso actualizaron hay datos comparativos sobre la presencia del capital inglés y norteamericano en América Latina, y una muestra de la superioridad del segundo respecto al primero. Véase New Data for V. I. Lenin's Imperialism, Varga y Mendelsohn (eds.), p. 191.

[21] Varga s.d., citado en Day, 1981, pp. 146-155.

[22] Lozovsky, 1929, pp. 6-56; Carr, 1976, pp. 975-976; Caballero, 1986, pp. 65-96.

una revista en español dirigida a los obreros y campesinos del continente: *El Trabajador Latinoamericano*. Para supervisar el movimiento regional latinoamericano, el Comintern organizó una reunión del movimiento obrero en Montevideo, en mayo de 1929, de la cual surgió la Confederación Sindical Latino Americana. En junio, los comunistas se reunieron en Buenos Aires para cimentar el movimiento latinoamericano, siempre bajo el ojo vigilante del Comintern.

El Comintern y el PCM

Ni en 1928, ni antes, los ideólogos del Comintern reunidos en su secretariado fueron de una pieza en cuanto a la apreciación de los acontecimientos mundiales y la línea a seguir. Aunque cada vez más la última palabra la tuvo Stalin, en 1928 el Comintern todavía estaba lejos de ser monolítico. Las deliberaciones del secretariado dejan entrever qué tan divididas eran las opiniones de sus miembros. Estas divisiones reflejaban a su vez el faccionalismo al interior del Comintern, lo mismo que la fragmentación de los movimientos comunistas nacionales. En realidad, cada partido tenía a sus aliados y adversarios dentro del Comintern. El Partido Comunista Mexicano no fue una excepción.

Entre los aliados en Moscú el PCM contaba con los primeros activistas en sus filas, Alfred Stirner, Sen Katayama y el ex embajador Pestkovsky.[23] Los tres entendían mejor que cualquier otro ideólogo de la dirección del Partido Bolchevique, y el Comintern, la verdadera situación de México y las dificultades de construir un movimiento comunista y un movimiento obrero independiente del Estado en un país que, mal que bien, había tenido su propia revolución. Los primeros dos pertenecían al Comité Ejecutivo del Comintern mientras que Pestkovsky trabajaba en la Internacional Campesina. Desde sus altos puestos podían influir sobre la política del Comintern y defender las posiciones mexicanas pero, sobre todo, la reputación de uno u otro dirigente comunista. Esta necesidad surgía cada vez que los resultados del trabajo de los dirigentes comunistas mexicanos no estaban a la altura de las expectativas de Moscú, o cuando la lucha faccional al interior del partido se convertía en dimes y diretes que periódicamente llegaban a los oídos de los dirigentes de la Tercera Internacional.

Mientras los ideólogos del Comintern trataban a México según la teoría que dominaba el pensamiento de los bolcheviques en ese momen-

[23] Véanse caps. 2 y 5. Alfred Stirner, alias del suizo Edgar Woog, fue uno de los fundadores de las Juventudes Comunistas en México, y amigo íntimo de los dirigentes comunistas mexicanos durante los años veinte

to, los conocedores del país sin ajustar la realidad al dogma evitaban ser señalados como herejes. Tal fue el caso de la discusión que, en los primeros meses de 1928, se llevó a cabo en Moscú sobre si el PCM debía apoyar la candidatura de Obregón, sobre la forma de presentarla a las masas para que la acataran pero que al mismo tiempo entendieran que era una táctica y no una claudicación ante el Estado, que no era de ellos. Oponerse a la candidatura de Obregón, argumentó Katayama, se prestaba a la interpretación de apoyar al capitalismo norteamericano ya que el sonorense era visto como su enemigo. Además, la mayoría de los mexicanos lo seguían. Si el PCM no lo apoyaba, se quedaba aislado y expuesto a ser destruido. Votar por Obregón era pues estar con las masas.

Pestkovsky, alias Banderas, también opinó que Obregón era la mejor opción para el movimiento revolucionario mexicano, ya que no votar por él significaba perder el voto en favor de los terratenientes o el imperialismo. Después de todo, el candidato hizo suyos los cambios de las leyes agraria y petrolera de Calles. A su vez, Stirner defendió el apoyo del PCM a la candidatura de Obregón no porque el partido tuviera la ilusión –"errónea, oportunista y peligrosa"– de poder defender los intereses de los trabajadores, sino porque era antiimperialista y procampesina. Lo último pesaba en la orientación política del partido debido a que gozaba de considerable influencia sobre la Liga Nacional Agraria, que no quería perder aunque tuviera que compartirla con dirigentes reformistas como Adalberto Tejeda.[24]

A los "mexicanistas" en el Comité Ejecutivo del Comintern se oponía Victorio Codovilla, el dirigente comunista argentino, quien rechazaba cualquier componenda con los reformistas, ya fueran los sindicatos, ya fuera el gobierno. Su posición se debía no sólo a su ortodoxia ideológica, sino a que fuera el Cono Sur el lugar donde el Comintern centrara sus actividades y recursos, en lugar de hacerlo en México. La opinión de Codovilla tenía cierto peso en el Comintern e hizo vacilar a los dirigentes máximos, Otto Kuusinen y Bujarin para que aprobaran la posición del PCM recomendada por Katayama, Pestkovsky y Stirner. Codovilla objetó el apoyo de los comunistas mexicanos a Obregón solamente por el compromiso del candidato con la reforma agraria y los agraristas, y criticó a

[24] Katayama en el secretariado político del Comité Ejecutivo del Comintern, Moscú, 14 de enero de 1928. Banderas, "The Mexican question"; "Minuta no. 65 de la reunión del secretariado político del CECI del 14 de enero de 1928", Archivo del Comintern en el Centro ruso para la conservación y estudio de documentos de la historia contemporánea (RTsKhIIDNI por sus siglas en ruso), fondo 495, registro 3, exp. 52.

Stirner por idealizar la política agraria del gobierno. Hacerlo equivalía a validar cierto "oportunismo", pues el gobierno repartía la tierra pero los campesinos la tenían que abandonar por falta de medios para trabajarla. El partido debería tener su propia política y dejar claro que apoyaba a Obregón pero a cambio de beneficios políticos para los obreros. El camino a seguir era el de formar un bloque obrero-campesino, como un frente electoral, en el cual los obreros guiarían a los campesinos hacia un eventual derrocamiento del gobierno burgués y su reemplazo por el gobierno del proletariado.[25]

El partido acata la línea

La posición que expusieron Katayama, Pestkovsky y Stirner ante la máxima autoridad del Comintern, los delegados mexicanos trataron de defenderla durante el Sexto Congreso de la Tercera Internacional, mismo que inició sus sesiones el 17 de julio y duró hasta el 1o. de septiembre de 1928. Para no desviarse de la línea oficial del Comintern, afirmaron que la renovada penetración del imperialismo norteamericano en América Latina había creado una situación revolucionaria. Sin embargo, con la candidatura de Obregón surgió una nueva coyuntura. Charles Phillips, alias Ramírez (el mismo que fungió como el enlace entre el PCM y el Partido Comunista de los Estados Unidos a principios de los años veinte), habló a nombre de los mexicanos. Presentó a la Revolución mexicana como una cadena de conflictos internos en los que participaban todos los sectores de la sociedad, que otorgó a los obreros unas cuantas reformas y una constitución "bonita", pero que al mismo tiempo fortaleció a la burguesía. Esta clase era adversa a las dictaduras reaccionarias y ese terreno lo compartía con los obreros. El movimiento obrero, dividido de la misma manera que lo estaba el territorio del país, carecía de la capacidad de lanzar una lucha independiente por el poder, a menos que se organizara a nivel nacional. Dado el panorama del país, y en vista de que la reacción y el clero buscaban derrocar al gobierno de la pequeña burguesía, el Partido Comunista tenía que apoyarlo.[26] Pero tenía que apoyar no sólo al Estado sino seguir la política de arrebatarle fuerzas a los sindicatos del Estado y ganarlas para los comunistas.

[25] Intervenciones de Kuusinen, Bujarin y Codovilla, *op. cit.*

[26] *Sexto Congreso de la Internacional Comunista*, pp. 132, 299-309, 382-383. Véase también *Inprecorr* 8, núm. 76, 30 de octubre de 1928, p. 1393 y núm. 78, 8 de noviembre de 1928, p. 1465.

Esta posición distaba de la línea del Comintern que en ese momento consideraba a los sindicatos reformistas como "escuelas del capitalismo" y como "una extensión del aparato del Estado burgués dentro de la clase obrera". A su vez, consideraba que los gobiernos reformistas eran cercanos, si no iguales, al fascismo.[27] El Comintern esperaba un estricto acatamiento de la línea por parte de todas las secciones nacionales.

Inicialmente, el secretario general del PCM, Rafael Carrillo, no estuvo de acuerdo con la línea del Comintern y defendió el trabajo del partido en los sindicatos reformistas, para influir desde dentro sobre sus miembros y para atraerlos al comunismo. Bertram Wolfe, quien también habló por México, estuvo de acuerdo con el Comintern de que el proletariado latinoamericano era débil. Al formar un bloque con los campesinos no se fortalecería sino se "campesinizaría", debido al hecho de que los campesinos serían la mayoría y lo dominarían.[28]

Después del congreso el PCM se plegaría a su política con algunas vacilaciones. Mientras sus delegados estaban en Moscú, en México su candidato fue asesinado. Al mismo tiempo se toparon con la nueva de que su rival principal en el movimiento obrero, la CROM, estaba perdiendo la simpatía del gobierno y Morones estaba perdiendo el poder. El partido, mejor dicho una fracción del partido, supervisado por *Orestes*, seudónimo del representante del Profintern, aprovechó la oportunidad para crear un sindicato comunista con los sindicatos que en la capital se desprendían de la CROM, con los sindicatos independientes y con las organizaciones que estaban bajo la influencia comunista. De allí surgió, en enero de 1929, la Confederación Sindical Unitaria de México (CSUM), con David Alfaro Siqueiros como su dirigente. Entre sus demandas estaba la defensa del trabajo frente al imperialismo pero también estaba "la lucha abierta contra los Gobiernos Nacionales que explotan y oprimen a los trabajadores de América Latina".[29]

La otra fracción del partido, con el secretario general Carrillo como su dirigente, se opuso a la creación de la CSUM y fue acremente criticada por el representante del Comintern y acusada de sabotear su línea y estar

[27] Carr, 1976, pp. 199-200.

[28] Bertram Wolfe en *Inprecorr* 8, núm. 46, 8 de agosto de 1928, p. 820; Carr, 1976, pp. 978-979; *Sexto Congreso*, p. 85.

[29] Comité de Defensa Proletaria a la Federación Obrera de Michoacán, México, 8 de diciembre de 1928 "Bases Constitutivas del Comité de Defensa Proletaria", en Rodolfo Echeverría Collection, Hoover Institution Archives, caja 15, exp. 15.7; "In the camp of our enemies", en *Inprecorr* 9, núm. 1, 3 de enero de 1929, p. 15 "Letter from Mexico: The Creation of a Workers' and Peasants' Bloc in Mexico", en *Inprecorr* 9, núm. 6, 1o. de febrero de 1929

del lado de la pequeña burguesía.[30] Esta división al interior del partido, suscitada por la adopción de la posición antigubernamental del Comintern y el apoyo a un Estado escindido por la crisis derivada del magnicidio, coincidió con la insurrección encabezada por el general José Gonzalo Escobar.

Junto con la CSUM, el partido y la poderosa Liga Nacional Agraria fundaron el Bloque obrero-campesino como el frente electoral, que meses más adelante postularía a su propio candidato presidencial.[31] El órgano del Comintern, *Inprecorr*, informó que el bloque había crecido orgánicamente gracias a la situación revolucionaria que se vivía en México, en donde los campesinos dejaron de obedecer a sus dirigentes pequeño-burgueses y se incorporaron a los sindicatos bajo el liderazgo comunista.[32] Esta no fue sino una aseveración propagandística, pues al estallar la rebelión escobarista, en marzo de 1929, los mismos campesinos que se habían incorporado al bloque comunista, se alistaron en las fuerzas armadas del ejército para combatir a la "reaccionaria" insurrección militar. En consecuencia, la participación de los campesinos del lado del gobierno profundizó aún más la división entre los comunistas.

Según el Comintern, la participación de los campesinos del lado del gobierno contra los militares insurrectos fue un error que se debió a que el Partido Comunista Mexicano fue dominado por su "ala derecha", es decir, por la dirección encabezada por Rafael Carrillo. En un manifiesto enviado al partido después de la rebelión, el Comintern puso al mismo nivel el apoyo del bloque obrero-campesino al gobierno, con el apoyo al imperialismo.[33] Al fin y al cabo, según la dogmática posición de los funcionarios de la Tercera Internacional, la rebelión militar fue financiada por los capitalistas ingleses para derrocar al gobierno mexicano, a quien consideraban un títere de su rival, los Estados Unidos.

Lo más probable es que las instrucciones al PCM para que dejara de apoyar al gobierno vinieran del Comintern. Según Siqueiros, el partido envió al dirigente campesino José Guadalupe Rodríguez, miembro del comité central del PCM y de la Liga Nacional Agraria, a Durango "con la consigna de proveerse de armas y caballos y de organizar a los campesinos" para combatir al ejército federal. Al calor de los acontecimien-

[30] Orestes a Alexander, México, 9 de marzo de 1929, 23 de marzo de 1929, 30 de marzo de 1929, RTsKhIDNI, fondo 534, registro 4, exp. 289.

[31] Martínez, 1985, pp. 92-96.

[32] "In the Camp of our Enemies", en *Inprecorr* 9, núm. 1, 3 de enero de 1929, p. 15.

[33] "ECCI Manifesto on Mexico", en *Inprecorr* 9, 19 de julio de 1929, p. 732

tos, y creyendo que había llegado la hora de la insurrección general, Rodríguez se hizo conspicuo, pues "su actividad fue extraordinaria, pero algo aparatosa, llegando a marcar a los caballos con la hoz y el martillo". Después de que Rodríguez fuera hecho prisionero del gobierno, el mismo Siqueiros, por cuenta propia, cablegrafió a los otros dirigentes de Durango "que no entregaran las armas y que si los querían desarmar, se resistieran y se fueran para el monte".[34] El ejército campesino, armado con lo que el gobierno le había entregado para defenderlo, obedeció la consigna y demandó que el gobierno federal fuese depurado y "los enemigos de los obreros" fueran reemplazados por candidatos populares.[35]

José Guadalupe Rodríguez y otro dirigente campesino, Salvador Gómez, fueron ejecutados por el ejército el 14 de mayo de 1929. El jefe de las operaciones militares en Durango, Manuel Medinaveitia, informó al presidente Portes Gil que Calles, secretario de Guerra, había autorizado la ejecución porque se había comprobado que los dos dirigentes estaban involucrados en actos de "subversión" y "agitación" contra las instituciones establecidas y habían conminado a otros dirigentes campesinos a seguirlos.[36] Era cierto que el partido exhortó a Úrsulo Galván y a sus seguidores a responder al llamado comunista para derrocar al gobierno. Pero Galván se negó y públicamente rompió con el partido. Los campesinos de Veracruz se negaron a renunciar a su alianza con el gobierno cuando Moscú la había condenado. Más tarde, el mismo año, Galván trató de prohibir la circulación de *El Machete* y saboteó en Veracruz la campaña del candidato comunista presidencial, en un estado que los comunistas suponían era el bastión del partido.[37]

A mediados de 1929, y durante el año siguiente, el gobierno persiguió al Partido Comunista Mexicano hasta obligarlo a pasar a la clandestinidad. La pregunta que hasta ahora no ha sido satisfactoriamente respondida es si en realidad existía un plan insurreccional del PCM inducido por instrucciones del Comintern, del cual el gobierno estuviese enterado y que lo hubiera motivado a emprender sus represalias contra el partido primero y luego contra el gobierno soviético. Ni en los archivos mexicanos ni en los soviéticos se ha encontrado evidencia que confirmara la existencia del plan de manera inequívoca. Orestes, el representante

[34] "Conversaciones con los delegados de México", por Luis, Buenos Aires, 28 de mayo de 1929, APCM, fondo 495, registro 79, exp. 9.

[35] Fowler Salamini, 1978, pp. 84-90.

[36] Villaseñor, 1976, vol. I, p. 294; Portes Gil, 1964.

[37] Falcón, 1986, p. 187.

sindical en México, conoció una circular que el Profintern envió a las secciones de la CSUM en ocasión de la rebelión militar pero no reveló su contenido.[38] Se desprende del testimonio de Siqueiros ya citado, y de dos testimonios adicionales, que sí existía una instrucción por parte del Comintern de convertir la insurrección contra los rebeldes en una insurrección contra el mismo gobierno. Uno es del activista del Comintern Vittorio Vidali, el otro del arrepentido militante mexicano Bernardo Claraval.

Igual que para la mayoría de los militantes comunistas, para Vidali la conspiración y la discreción fueron su segunda naturaleza. Es por ello que el militante del Comintern dejó sólo fragmentos de información, que permiten rastrear el origen de la supuesta insurrección comunista contra el gobierno en 1929. Durante la rebelión escobarista, Vidali se fue a Jalisco para "participar en la resistencia contra los generales rebeldes al gobierno". Pero él mismo admitió que ese fue solamente uno de los dos frentes. El otro escenario de combate de los comunistas fue derrocar al gobierno. Según Vidali, "nos ilusionamos con conquistar el poder. Y fue, por el contrario, la derrota la que le costó la vida a mi amigo, José Guadalupe Rodríguez". Vidali no señaló a nadie como el responsable del fracaso comunista pero constató que "las insurrecciones no se pueden decidir sentados en la mesa. O caen en el vacío o se va a la masacre".[39] ¿Acaso se trató de una alusión al plan insurreccional concebido por el Comintern en anticipación de una ola revolucionaria a nivel mundial?

Otro militante comunista, que trabajaba con Vidali, dejó un recuerdo algo distinto del ambiente en el cual se fraguó el plan de la insurrección. A diferencia de Vidali, quien afirmó que los comunistas decidieron luchar en dos frentes al mismo tiempo, Bernardo Claraval sostiene en su libro que combatir a los generales insurrectos era solamente una táctica que pretendía convertir la rebelión militar en una guerra civil contra el gobierno. El llamado a las armas vino, según Claraval, de los representantes del Comintern -Vidali, Stirner y el misterioso "Pedro", pseudónimo de un enviado de Moscú-.[40] De los tres testimonios se desprende que el partido, probablemente por instrucciones del Comintern, dio la orden de convertir la lucha contra los generales insurrectos en un levantamiento contra

[38] Orestes a Alexander. México, 9 de marzo de 1929, RTsKhIDNI, fondo 534, registro 4, exp. 289.

[39] Vidali, 1986, pp. 63-64 y Vidali, 1984, p. 16.

[40] Claraval, 1944, p. 111. Los militantes comunistas como Vidali se llevaron la última verdad con ellos al fallecer. Así, en su autobiografía, David Alfaro Siqueiros, pasa por encima de los meses de la rebelión escobarista hasta que se encuentre en la cárcel de Lecumberri como consecuencia de la represión gubernamental en contra del PCM. Siqueiros, 1977, cap. XII. Además, Hermann, 1974, pp. 96-97 y *cfr.* Martínez (ed.), 1984, pp. 114-115

el gobierno, con las mismas armas que Portes Gil había entregado a los campesinos para defenderlo.

A la insurrección abortada de los comunistas el gobierno respondió con una feroz represión. Además de haber fusilado a los dos dirigentes campesinos en mayo, en junio de 1929 la policía registró de arriba abajo la oficina del partido, se llevó los materiales de propaganda y la imprenta y encerró a aquellos comunistas que no se escondieron a tiempo. La represión gubernamental en México provocó una reacción del comité ejecutivo del Comintern. En varias sesiones especiales una comisión permanente concluyó que a la represión había que responder con una campaña de protesta cuyo texto preparó y envió tanto a la prensa del Comintern como a los partidos comunistas:

> El asesinato de nuestros heroicos camaradas Rodríguez y Gómez, caídos bajo el fuego del verdugo, y el terror más vergonzoso y cínico lanzado en contra de obreros y campesinos mexicanos, junto con la disolución del partido comunista, la prohibición de la prensa revolucionaria de los obreros y campesinos y el arresto de los mejores y más activos militantes en la actual lucha contra el imperialismo desenmascaran completamente el así llamado gobierno "revolucionario" de Portes Gil, Calles & compañía, demostrándole a todo el mundo que el gobierno mexicano es abiertamente fascista y agente del imperialismo de los Estados Unidos.[41]

Acto seguido, el Comintern hizo un llamado a los obreros mexicanos: "¡No regresen sus armas a los explotadores quienes las van a usar para destruirlos!" Se dirigió además a los trabajadores en el resto de América Latina para que protestaran "con vigor contra la amenaza que viene del gobierno fascista de México, que, si no se le detiene, afectará a todo el movimiento comunista y antiimperialista de los trabajadores y campesinos en América Latina".[42] Los comunistas respondieron a la exhortación del Comintern para que organizaran manifestaciones de protesta delante de las embajadas contra el gobierno mexicano, no solamente en el continente latinoamericano sino en las principales ciudades europeas y norteamericanas.

[41] *Inprecorr*, 19 de julio de 1929, p. 732.

[42] "The White Terror in Mexico" de M. (Manuel), D. (Díaz), R. (Ramírez), *Inprecorr* 9, 5 de julio de 1929, núm. 32, p. 705, "Fascism", en *Inprecorr*, núm. 34, 19 de julio de 1929, p. 732.

En enero de 1930, el gobierno de México rompió relaciones con la URSS. Para explicar su decisión, presentó las manifestaciones comunistas convocadas desde Moscú como la razón principal. El público nunca se enteró, sin embargo, que los servicios de espionaje en Estados Unidos, Europa y Cuba, utilizaron con fines propios el cambio en la política soviética exterior, y luego el malestar que provocaron en el gobierno mexicano las manifestaciones comunistas en las calles. Uno de ellos fue precisamente lograr que México rompiera con la URSS y se acercara a los Estados Unidos como una inevitabilidad histórica y geopolítica.[43]

La interpretación soviética de la ruptura

Mientras que el gobierno mexicano explicó el rompimiento de relaciones como la consecuencia de la traición de la Unión Soviética a su revolución, el gobierno soviético lo explicó igualmente como la traición mexicana a su propio proceso revolucionario. Así como el gobierno mexicano minimizó la importancia de las relaciones con la URSS, los soviéticos desecharon a México como un aliado irrelevante en sus relaciones internacionales, debido a que se había convertido en "un peón" en la política *hemisférica de los Estados Unidos.*

La interpretación soviética de la ruptura de México con la URSS coincidió con el Primer Plan Quinquenal. Después de haber iniciado el proceso de la acelerada industrialización y la colectivización de la agricultura, los dramáticos alcances en la economía soviética parecían demostrar la superioridad del marxismo-leninismo sobre todas las demás teorías políticas.[44] Esta confianza en el camino elegido, nutrió la explicación de los ideólogos soviéticos de la transformación política de México:

> *En el mundo internacional la República mexicana no pesa mucho y* si hace cinco años abiertamente aplaudimos el establecimiento de relaciones con ese país, la razón principal fue que hasta entonces México estaba luchando contra el imperialismo extranjero, contra los barones de petróleo de los Estados Unidos, los terratenientes y la aristocracia feudal.
>
> La decisión actual del gobierno mexicano nos interesa por otra cosa; por su relación con la política norteamericana. Está muy bien que el ministro americano para los asuntos exteriores diga que los ameri-

[43] Véase el siguiente capítulo.
[44] Barber, 1981, pp. 7-8, 53.

> canos no le aconsejaron a México y en realidad no conocían las intenciones mexicanas. Las masas trabajadores de la Unión Soviética conocen lo que valen tales juramentos.
> Actualmente, no cabe duda de que América es la fuerza directora en México. La parte que ahora juega el imperialismo americano en los asuntos de México, significa la abdicación del bloque de la pequeña burguesía ante los capitalistas extranjeros, los latifundistas y la aristocracia feudal.[45]

Según los soviéticos, los norteamericanos exigieron a México que rompiera relaciones con la URSS. Los Estados Unidos "estaban pasando por una seria crisis económica" y estaban temerosos del movimiento revolucionario del proletariado, indignado porque el gobierno norteamericano se había adjudicado el papel del policía mundial y cabeza del plan del capitalismo unido para atacar a la URSS. La acusación del gobierno mexicano de que los soviéticos hicieron propaganda hostil contra el país, no era sino una cortina de humo levantada para ocultar el verdadero motivo del rompimiento de relaciones.[46]

En conferencia de prensa, el 1o. de febrero de 1930, el Comisario para los Asuntos Extranjeros, Maxim Litvinov, aparentó estar sorprendido por la decisión del gobierno mexicano. Fingiendo desconocer la razón, Litvinov manifestó ante el auditorio que las relaciones bilaterales eran armoniosas y que el embajador mexicano se fue de Moscú por razones personales, no políticas.[47] Eso por supuesto no era cierto puesto que la embajada mexicana en Moscú había protestado en varias ocasiones por la campaña de desprestigio orquestada por el Comintern. Litvinov dijo al embajador británico Esmond Ovey –quien mantuvo un vivo interés por México después de haber estado allí– que no lamentaba el rompimiento porque "prácticamente no había intereses mexicano-soviético comunes". La representación soviética en México había sido un simple "gesto".[48]

Un analista del comisariado para los Asuntos Exteriores interpretó la ruptura de las relaciones como el resultado de la creciente influencia del capital extranjero sobre la política interna de México. En *Mezhdunarodnaia zhizn'* el analista identificó el periodo de la primera mitad de los años

[45] *Rabochaia gazeta*, 28 de enero de 1930, traducción de Sir Esmond Ovey a Foreign Office, Moscú, 28 de enero de 1930, PRO, FO 371, exp. 574/647.
[46] *Ibidem*
[47] Litvinov, 1937, p. 344.
[48] Esmond Ovey a Henderson, Moscú, 3 de febrero de 1930, PRO, FO 371, exp. 14875/574

veinte –cuando la pequeña burguesía mexicana en el gobierno había luchado contra la "reacción feudo-clerical" y los expansivos "apetitos" imperialistas– con el restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre México y la Unión Soviética. Pero en ese proceso, según el analista, la pequeña burguesía se adjudicó tierras a sí misma y se convirtió en intermediaria entre las empresas extranjeras y los recursos y trabajo mexicanos. Esta transformación apartó al gobierno del curso revolucionario que había emprendido inicialmente. Declaró entonces el fin del reparto agrario y dejó que las empresas extranjeras compraran tierra en los estados en donde la reforma agraria había avanzado. La Ley del Trabajo de 1931, estipulando el arbitraje del gobierno en las disputas laborales, fue una imposición a las organizaciones obreras. La dominación del capital estaba impidiendo que el gobierno negociara con los sindicatos. El gobierno hizo concesiones a la Iglesia y al clero al reanudar los servicios religiosos. Por todo, la política antisoviética de México estaba subordinada a la influencia extranjera y concordaba con la continua amenaza imperialista a la Unión Soviética.[49]

La prensa del Comintern tomó la misma posición pero la expresó en términos más agresivos: "México se convirtió abiertamente en la colonia norteamericana y los imperialistas norteamericanos ordenaron el rompimiento."[50] Otro artículo expresó la opinión categórica de que la dominación del capital norteamericano puso al gobierno de la pequeña burguesía ante dos alternativas: "O se ponía inequívocamente al lado de las masas o se vendía al imperialismo y procedía, junto con los grandes propietarios de la tierra y la Iglesia, contra el creciente movimiento revolucionario de las masas para aniquilarlo." La pequeña burguesía, que temía a las masas, actuó como en China y otros países coloniales, traicionando la lucha por la independencia para servir sus propios intereses de clase.[51]

A fines de la década, y en la medida en que la atmósfera intelectual en la Unión Soviética cambiaba, de una relativa pluralidad de opinión al compromiso inequívoco con la posición oficialmente sancionada, el Comintern se mostró poco compasivo con el Partido Comunista Mexicano. Al

[49] S. Sevin, "Meksika na puti k fashizmu", en *Mezhdunarodnaia zhizn'*, núm. 2, 1930, pp. 86-101.

[50] George Harrison, "Mexico Before and After the Break with the Soviet Union", en *Inprecorr* 10, núm. 12, 6 de marzo de 1930, pp. 203-204; Hernán Laborde, "The Political Situation in Mexico", en *Inprecorr* 10, núm. 41, 4 de septiembre de 1930, pp. 859-860; Albert Moreau, "War Clouds on Mexican Horizon", en *Inprecorr* 10, núm. 43, 18 de septiembre de 1930, pp. 904-905.

[51] "Against Terror, Reaction and Betrayal in Mexico", en *Inprecorr* 10, núm. 4, 23 de enero de 1930, p. 68.

explicar las razones del fracaso del partido para guiar a las masas trabajadoras al derrocamiento del régimen burgués mexicano, los ideólogos soviéticos recurrieron a la explicación, entonces común, de que existió una influencia del anarquismo y del reformismo en el movimiento popular que el partido y sus dirigentes "oportunistas" no supieron liquidar. Por falta de una "acertada" teoría revolucionaria que guiara al partido, el movimiento cayó en manos de una "organización kulak", es decir, la Liga Nacional Agraria, y su dirección oportunista: Úrsulo Galván y Adalberto Tejeda.[52]

La intepretación soviética de la ruptura de relaciones y la reinterpretación de la historia de la Revolución mexicana no eran totalmente incorrectas. La rendición soviética fue errónea solamente al atribuirle a los Estados Unidos la orden para que México rompiera relaciones con la URSS. Sin embargo, no estaba tan lejos de la verdad al ver en el acercamiento de México y los Estados Unidos, y en el alejamiento de las políticas sociales del gobierno mexicano, la necesidad de atraer capital extranjero. Donde la interpretación soviética no acertó, fue en no ver las negativas consecuencias económicas y políticas para México, cuando trataba de resistir los intentos norteamericanos por hegemonizar sus decisiones y programas. Adicionalmente, los ideólogos soviéticos nunca reconocieron su propia contribución al fracaso de fomentar una alianza con México que fuera aceptable para el otro socio. Al retar al gobierno mexicano a través del Partido Comunista, los soviéticos mismos contribuyeron a crear las condiciones que motivaron al gobierno mexicano a romper relaciones diplomáticas con la URSS.

Después de que en 1933 los Estados Unidos por fin reconocieron al gobierno soviético, el gobierno de Abelardo Rodríguez trató de renovar las relaciones diplomáticas con la URSS. Litvinov entonces contestó a la iniciativa mexicana con la solicitud de que primero el gobierno debía dar una explicación satisfactoria de por qué en 1930 había roto las relaciones diplomáticas con la URSS. El gobierno mexicano respondió que no tenía explicación que dar ni disculpas que ofrecer cuando se le había señalado con el insultante apelativo de *fascista*.[53] Después de 1933, cuando el verdadero fascismo reveló ser peligrosamente racista y anticomunista, los soviéticos cambiaron la hostilidad por la búsqueda de alianzas con los gobiernos burgueses. Una vez adoptada la política de frentes populares –gobiernos de coaliciones entre la izquierda y los partidos del centro– los

[52] M. Karpovskii, "K agrarnomu voprosu v Meksike", en *Agrarnye Problemy*, núms. 3-4, 1932, pp. 44-75.
[53] Portes Gil, 1954, p. 406

soviéticos dejaron de exigir a México cualquier explicación de su proceder en 1930.[54] Con Cárdenas en el poder, las relaciones estuvieron a punto de restablecerse. Después de todo, los mexicanos compartían con los soviéticos las simpatías y la ayuda material a la España republicana. La reanudación no se llevó a cabo porque el mismo Cárdenas prefirió darle asilo político a León Trotsky que buscar el restablecimiento diplomático con la URSS. No fue sino hasta 1943 que las relaciones con la URSS se normalizaron. Trotsky había sido asesinado desde 1940 y los Estados Unidos se convirtieron en un aliado indispensable de la Unión Soviética, que había emprendido una cruzada contra Hitler y por su propia sobrevivencia. Durante la Segunda Guerra Mundial, México, con sus enormes recursos naturales, se unió a los Estados Unidos, por lo que ahora no había obstáculos para que las relaciones con la URSS no volvieran a restablecerse.

[54] Krestinski a Alexandrov, Moscú, 17 de enero de 1936, AVPRF, Oficina de México, fondo 110, registro 13, exp. 1.

Capítulo 9

La ruptura entre México y la URSS

A FINALES de 1926, el ex presidente Álvaro Obregón llegó a la conclusión arrogante de que su reelección en 1928 sería lo mejor para salvaguardar los intereses de México. No obstante que su decisión violaba una de las principales consignas revolucionarias, "sufragio efectivo, no reelección", el caudillo pensaba que todavía contaba con suficiente apoyo en el país para salir impune de la enmienda a la Constitución. En el banquete organizado en su honor, después de su exitosa elección en julio de 1928, Obregón fue asesinado.[1]

La muerte del caudillo polarizó a la élite política mexicana. Algunos, como Marte R. Gómez y Ramón P. de Negri, dijeron en privado que la desaparición de Obregón presentaba la oportunidad ideal para rescatar a la revolución de la decadencia en la que había caído durante la segunda mitad de la presidencia de Calles. Gómez lamentó la muerte de Obregón, porque solamente él tenía la grandeza moral, la experiencia de gobernar y la visión para dominar a los "caudillejos".[2] Gómez, como los otros intelectuales radicales cercanos a Obregón, se creían los herederos del caudillo fallecido y con derecho a continuar su política social.

Los generales que habían luchado con Obregón en el campo de la batalla, y que más tarde se beneficiaron de las canonjías que el nuevo gobierno les otorgó, se creían los legítimos descendientes del caudillo. Los dirigentes de la CROM se habían opuesto a la reelección de Obregón e inclusive, acusados de tramar su asesinato, rápidamente perdieron la esperanza de acceder al poder. La animosidad hacia Morones era tan grande que Calles, quien lo había promovido, no se opuso a que fieles obregonistas y callistas reemplazaran al dirigente obrero como ministro. Tampoco im-

[1] Dulles, 1967, pp. 355-369.
[2] Marte R. Gómez a Cosío Villegas, México, 31 de julio de 1928, en Gómez, 1978, p. 203.

pidió la remoción del gobierno de la capital del otro poderoso cromista, Celestino Gasca.[3]

Fue una racha de buena suerte que el embajador de la buena vecindad, Dwight Morrow, estuviera involucrado en la solución de los numerosos problemas financieros y políticos del gobierno mexicano, precisamente cuando los cimientos del sistema político mexicano fueron sacudidos por la muerte de Obregón. Su misión de buena voluntad había dado al gobierno de México el necesario respiro en sus relaciones con los Estados Unidos, y abría la posibilidad de ir resolviendo la nueva crisis política sin intervenciones adversas del vecino del norte. Si bien es cierto que la seguridad nacional estaba resguardada en el norte gracias a la buena disposición de los Estados Unidos hacia México, en el sur México contaba con más adversarios que aliados.

Complot contra México: ¿una intriga de Gerardo Machado?

El miedo de que el virus de la Revolución mexicana contagiara a América Central y el Caribe existía desde el inicio de la revolución. Animados por la propaganda norteamericana y antimexicana, los gobiernos de Cuba y América Central veían a México como la cabeza de playa y el caldo de cultivo del bolchevismo en el hemisferio occidental. Las élites centroamericanas, atrincheradas en los regímenes oligárquicos, temían el surgimiento de disturbios en el campo. Los latifundistas no estaban dispuestos a compartir los beneficios de la relativa prosperidad de las economías agroexportadoras con las clases trabajadoras. En su visión del mundo, el agrarismo practicado en México y protegido por el presidente Calles equivalía al comunismo.[4]

A fines de 1927, por ejemplo, el embajador mexicano en San Salvador envió el siguiente telegrama a la secretaría de Relaciones Exteriores:

> Es tan grande el pánico y tan firme la creencia que tiene este Gobierno de que todo elemento mexicano es Bolsheviqui, que el Ministro de Gobernación ha llegado a decirme que en las valijas diplomáticas que recibe esta Legación viene la propaganda impresa que circula. En realidad, lo anterior tiene origen en la campaña diplomática y periodística

[3] Marte Gómez a Alberto Pani, México, 18 de septiembre de 1928, *idem*, pp 208-209; Villaseñor, 1976, vol. I, p. 282

[4] Cerdas, 1986; Gleijeses, 1991, p. 19

yanki en Centroamérica en contra del México bolsheviqui y como no contamos con eficaces medios no podemos contrarrestarla.[5]

Según la comunicación del ministro salvadoreño de Relaciones Exteriores, era el gobierno de Washington el que presionaba al salvadoreño para que tomara distancia de México a fin de que a través de las relaciones de amistad entre los dos países, México no pudiera influir en Centroamérica y el Caribe.

El impacto de la Revolución mexicana en el área era inevitable, sobre todo después de que los revolucionarios declararan que habían triunfado sobre el antiguo régimen y que los principios de la Constitución de 1917 se volvieran la envidia de la izquierda y de los liberales en los países vecinos. A medida que las oligarquías y las dictaduras sofocaban las demandas de los obreros y campesinos, los movimientos populares y partidos comunistas se expandieron, intensificando sus actividades. Además, a mediados de los años veinte, el Comintern aumentó los recursos humanos y financieros en los grupos de oposición a los gobiernos centroamericanos y del Caribe, para que orientaran a los movimientos obreros. Los libros de Bujarin y Lenin circulaban en español en ediciones abreviadas y baratas. Desde México, Venezuela y Perú llegaban instructores políticos para asistir a los obreros en la adaptación del significado de la doctrina comunista a la realidad latinoamericana.[6]

Igual que los gobiernos centroamericanos, el cubano estaba nervioso a causa del "bolchevismo" mexicano. La preocupación del presidente Machado creció después de que un grupo de comunistas cubanos, perseguidos por su régimen, encontró refugio en México en 1926. Su dirigente era el legendario Julio Antonio Mella, a quien Machado había encerrado en 1925 pero tuvo que dejar salir por las protestas que su encarcelamiento provocó en Cuba y en el extranjero. Mella no mantenía secreto su odio por "el Mussolini tropical" y desde México atacó a Machado en *El Machete* y *El Libertador*, denunciando las condiciones sociales en Cuba y la dictadura de su presidente. Poco después de su llegada a México se supo que Mella y sus seguidores estaban planeando el derrocamiento del régimen cubano.[7]

[5] Julio Madero a la SRE, San Salvador, 10 de octubre de 1927; ASRE, 21-26-106.

[6] Liss, 1984; Vanden, 1986; Dalton, 1972, pp. 143-162.

[7] Mella se convirtió en leyenda antes de convertirse en mártir. Se decía que cuando el gobierno cubano no permitió que un barco soviético entrara en el muelle de La Habana, el intrépido Mella se arrojó al mar plagado de tiburones y nadó hacia el barco para dar la mano a los marineros rojos (Karol, 1970, p. 65). El recuento del mismo

La primera vez que las autoridades cubanas protestaron ante Aarón Sáenz, el secretario de Relaciones Exteriores, porque no impedía que los cubanos exiliados en México denigraran en público al gobierno cubano fue en abril de 1926. En una amenaza velada, los cubanos insinuaron que si el gobierno mexicano no paraba las actividades políticas de Mella, ellos se encargarían de hacerlo. En respuesta, el gobierno mexicano trató de tranquilizar a los cubanos, pues no había nada que temer porque en México Mella era una persona desconocida. Sin embargo, las autoridades de la isla continuaron su presión sobre el gobierno mexicano que a cada momento trataba de apaciguar su preocupación.[8] Pero lejos de detener su campaña antidictatorial, Mella intensificó la propaganda en contra de Machado. En 1927 fundó la Asociación de Nuevos Inmigrantes Revolucionarios de Cuba y creó su órgano de expresión llamado *¡Cuba Libre!*[9]

La policía secreta cubana vigilaba todos los movimientos de Mella e informaba a Machado sobre sus actividades políticas, así como sobre el contenido de los artículos que escribía. La policía debió enterarse que en 1927 Mella asistió al Primer congreso antiimperialista que el Comintern organizó en Bruselas y que de allí viajó a Moscú.[10] El servicio de espionaje cubano se enteró que, a su regreso a México, Mella preparaba una expedición a Cuba para asesinar a Machado. Aunque se desconocen los detalles, se sabe que la expedición fracasó porque uno de sus miembros la traicionó.[11]

Después de haber fracasado en el intento de persuadir al gobierno mexicano de que expulsara a Mella, no se puede excluir la posibilidad de que Machado tratara de coaccionar a los mexicanos para que desterraran al estudiante cubano fabricando un complot comunista que supuestamente amenazaba al régimen mexicano. Después del asesinato de Obregón, en el verano de 1928, el intranquilo clima político era ideal para hacer

acontecimiento que hizo Mella fue menos heroico: el barco "Vorovsky", como las demás embarcaciones, estaba esperando ser cargado de azúcar de Cuba. Mella, con un grupo de comunistas, tomó una lancha de motor para atravesar los cinco kilómetros para llegar hasta el carguero soviético. Véase "Una tarde bajo la bandera roja", en Grobart (ed.), 1978, p. 77; Tibol, 1968, pp. 39-53.

[8] Trejo y Lerdo al general Aarón Sáenz, La Habana, 26 de abril de 1926; SRE a Trejo y Lerdo, México, 14 de mayo de 1926, ASRE, 45-4-45; Olga Cabrera, "Un crimen político que cobra actualidad", en *Nueva Antropología*, vol. VII, núm. 27, julio de 1985, pp. 55-65.

[9] Liss, 1984, pp. 243-247.

[10] Tibol, 1968, pp. 62-63, Ravines, 1951, p. 57, Julio Antonio Mella, "Krest'ianskoe dvizhenie v Meksike", en *Agrarnye problemy*, Moscú, *Krest'ianskaia Gazeta*, 1927, pp. 183-185.

[11] Vidali, 1984, p. 12; Barckhausen-Canale, 1989, pp. 141-146; Vidali fecha la salida de Mella de México a Veracruz en diciembre de 1928, Barckhausen-Canale pone la fecha de su salida en septiembre. Vidali escribe que Mella confió el objetivo de su viaje a su compañera Tina Modotti. Barckhausen-Canale niega que Modotti fuera enterada de la misión de Mella a la costa.

circular documentos en los que se describía un plan maestro del Comintern para asesinar al presidente Calles, al secretario de Guerra y al jefe de la policía, así como para organizar un levantamiento contra el gobierno. Aunque se carece de evidencias conclusivas, es posible pensar que los documentos fueron un estratagema de Machado para lograr lo que no pudo conseguir a través de la presión a las autoridades mexicanas.[12]

En julio de 1928, el subsecretario de Relaciones Exteriores, Genaro Estrada recibió del cónsul mexicano en Amberes, Bélgica, una lista con ochenta nombres de supuestos "agentes del comité de acción y propaganda de la Tercera Internacional en el extranjero". Éstos se encontraban en camino

> ...a México a través de varios puertos europeos para organizar agitación comunista en este país, en vista de las condiciones políticas que se creía existían en México desde la muerte de Obregón y para establecer el centro de propaganda y agitación en México, sobre todo en atención a los Estados Unidos y otros países de este continente.[13]

El cónsul mexicano en Amberes obtuvo el documento de alguien muy "cercano al estado mayor del presidente Machado". Estrada entregó la información al embajador Morrow, quien la envió al Departamento de Estado. Estrada explicó a Morrow que no le preocupaba la fuerza política de los comunistas mexicanos, sino que la muerte de Obregón fuera utilizada para provocar una confusión todavía mayor de la que ya existía en México. El gobierno tenía indicios de que tal eventualidad podría darse –Estrada dijo a Morrow–, porque había evidencia de que literatura comunista elaborada por el Comintern llegaba a domicilios mexicanos, "sobre todo de gente de la clase baja".[14] En consecuencia, Estrada advirtió a los funcionarios de aduanas, que existía el peligro de que llegaran comunistas indeseables por los puertos de México. Morrow puso en alerta al gobierno norteamericano en caso de que individuos sospechosos trataran de cruzar la frontera con México desde los Estados Unidos. El secre-

[12] Cabrera data la decisión de Machado para asesinar a Mella en octubre de 1928. Véase Cabrera, 1985, p. 58. Una hipótesis diferente a la mencionada arriba, es la que cuenta que el servicio de espionaje norteamericano se aprovechó de la bien conocida preocupación de Machado por las actividades subversivas de Mella y tramó la aparición de los documentos en el consulado mexicano en Amberes como si hubieran llegado allí desde Cuba.

[13] Dwight Morrow al Departamento de Estado, México, 28 de julio de 1928, USDSMEX, rollo 90, exp. 812.008/205; Anexo núm. 1: "*Lista completa de los agentes de la* III Internacional de la Comisión de Acción directa y de propaganda en el extranjero nombrados para la organización del Centro de Acción de la América Central", *op. cit.*, exp. 812.008/216.

[14] *Ibidem.*

tario Kellogg se sintió complacido por la actitud vigilante del canciller mexicano y pidió más información acerca de personas, barcos y puertos de embarque que arrojaran luz sobre el plan subversivo. En octubre Estrada proporcionó más detalles que el gobierno norteamericano le había solicitado.[15]

Casi no hay duda de que todos los documentos que Estrada recibió y compartió con Morrow fueran falsificaciones. Los ochenta activistas en la lista era una mezcolanza de nombres judíos, rusos, checos y polacos de acuerdo con la concepción común (antisemita) de que la mayoría de los bolcheviques eran judíos y europeos del Este. Los individuos de la lista fueron descritos como poseedores de pasaportes falsos y sus bolsillos repletos de billetes, también falsificados. Trece de los activistas de la lista eran supuestamente miembros del comité central del Partido Comunista Mexicano, que regresaban del congreso del Comintern.

El contenido de los documentos no puede ser sino espurio. Era cierto que el Congreso del Comintern había tenido lugar ese verano y que los comunistas fueron instruidos allí sobre los métodos de lucha revolucionaria en América Latina para derrocar a los gobiernos burgueses, pero el plan del Comintern descrito en uno de los documentos superaba con creces el programa real de la Internacional. Los individuos del documento fueron retratados como terroristas y el comité central del PCM, que supuestamente viajaba junto con esa pandilla indeseable, fue identificado con ella.[16]

El gobierno mexicano aceptó los documentos como genuinos pero no los hizo del conocimiento público. Por lo pronto no impidió las actividades de propaganda política de Mella y los comunistas. Según su propia experiencia, los comunistas eran inofensivos. Su crítica al gobierno y al imperialismo se limitaba a la fuerza de sus plumas o brochas, y ocasionalmente se manifestaba en las calles. Llegado el momento crítico, como la rebelión delahuertista y las otras crisis políticas que sacudieron a México en los años veinte, los comunistas acudían en tropel en favor del gobierno. Fue por eso que Calles no le dio importancia a la demanda cuba-

[15] Morrow al Departamento de Estado, México, 3 de agosto de 1928, USDSMEX, rollo 90, exp. 812.00B/207; Morrow al Departamento de Estado, México, 9 de agosto de 1928, exp. 812.00B/206; Morrow al Departamento de Estado, México, 9 de octubre de 1928, exp 812.00B/210

[16] "Lista Completa", USDSMEX, rollo 90, exp. 812.00B/216. Falsificaciones como éstas pasaron por alto la ortografía correcta de nombres extranjeros y nombres de las instituciones soviéticas. Por ejemplo, uno de los documentos mencionó el comité central del Comintern mientras que su órgano máximo era el comité ejecutivo. Otro documento mencionó que el comité central del PCM se componía de trece miembros cuando en realidad tenía cinco. Sus nombres en el documento no coincidían con los nombres reales. Todos, salvo uno, fueron inventos de los fabricantes del documento. *Cfr.* Kahan (ed.), 1990, vol. 1.

na de poner un alto a la propaganda comunista en contra de la dictadura de Machado.

Al no lograr que Mella fuera expulsado de México, Machado tramó su asesinato. El 10 de enero de 1929, a las nueve de la noche, Mella fue baleado en el centro de la ciudad. Herido gravemente, Mella alcanzó a acusar a Machado de su inminente muerte.[17] Al día siguiente, los comunistas tomaron las calles por asalto y demandaron la investigación del crimen. La policía y la prensa trataron de encubrir el motivo político del asesinato y lo estigmatizaron en los encabezados de los periódicos como "un crimen pasional". La compañera de Mella, Tina Modotti, quien estuvo a su lado en el momento del crimen, fue acusada del mismo y detenida. La brutalidad con que la policía trató a los manifestantes en la calle, y a Modotti en la cárcel, convencieron al presidente provisional, Emilio Portes Gil, de ordenar a los gendarmes que dejaran que las protestas en la calle se realizaran y que el rigor al que fue sujeta Modotti fuera relajado.[18]

Si el gobierno mexicano no respondió a la solicitud de Machado de expulsar a Mella, fue porque mientras el cubano estaba vivo no representaba amenaza alguna a la estabilidad de México, aun después de la muerte de Obregón. Pero una vez asesinado y con los comunistas demandando desde la calle el castigo a los culpables, el gobierno se topó con el límite de su tolerancia hacia una oposición vociferante, en el preciso momento cuando las élites estaban comprometidas con la unificación de las fuerzas políticas fraccionadas por el asesinato de Obregón.[19] La conciencia de su fragilidad fue la que orilló al gobierno a dar credibilidad a los documentos falsificados, y más tarde a incorporarlos al archivo sobre las actividades enemigas de la URSS en México.

Calles se encarga de los huérfanos de Obregón

La creación del partido del Estado, el Partido Nacional Revolucionario, fue el medio principal que Calles utilizó para unir las divergentes facciones políticas, divididas por la pérdida del caudillo.[20] Concebido en otoño

[17] Cabrera, 1985, p. 60.

[18] "Sírvase dar instrucciones para que se la trate con toda consideración y cuidado", Portes Gil al general Lucas González, Cuautla, 12 de enero de 1929; J. Aguilar y Maya a Portes Gil, México, 12 de enero de 1929; Adolfo Roldán a Portes Gil, 12 de enero de 1929; AGN, Fondo Legal Emilio Portes Gil, caja 28, exp 5.

[19] *Cfr.*, Knight, "Mexico's Elite Settlement: Conjuncture and Consequences", en Higley y Gunther (eds.), 1992, pp. 113-145.

[20] Antes de delegar la presidencia a Emilio Portes Gil, en diciembre de 1928, Calles presentó a la Cámara de Diputados una ley de amnistía para que los exiliados políticos pudieran regresar a México sin castigo alguno por sus actividades consideradas en su tiempo como antipatrióticas. Dwight Morrow comentó la propuesta de ley

de 1928, el partido se fundó en marzo de 1929.[21] Al constituirse en el "frente único nacional", el PNR en realidad redujo el espectro político frente a lo que había sido antes de su creación. La política de equilibrio de Obregón y de conciliación de Calles llegaron a ser obsoletas ahora que se establecían nuevas reglas. Era legítimo hacer política dentro del partido, pero ilícito hacerla fuera. Además, la autoridad de los poderes estatales y locales y de las organizaciones populares fue transferida a la nueva institución. Un año después de haberse fundado el PNR, el gobierno introdujo un cambio en la elección para la Cámara de Diputados. En lugar de representar a 70,000 habitantes, de allí en adelante cada diputado representaría a 150,000 personas. De esa manera, el número de miembros de la Cámara se reduciría de 270 a 150. En otras palabras, el Estado se consolidaba a través del partido pero a costa de la política participativa. Al parecer, el partido se adjudicó inclusive una cuota del poder presidencial.[22]

En el otoño de 1928 Calles, a través del Congreso de la Unión, designó a Portes Gil como presidente interino, con el fin de lograr un compromiso con el ala civil de entre los obregonistas antes de que se convocara a elecciones generales en 1929. Sin embargo, la designación de Portes Gil fue un desaire para los aliados militares de Obregón y para los callistas más conservadores. El general Escobar, uno de los huérfanos de Obregón, llamó a Portes Gil un instrumento pasivo de Calles, mientras el canciller Estrada, quien representaba la continuación callista en el gabinete, temió su radicalismo.[23]

En marzo de 1929, un sector de los militares se levantó en armas contra el gobierno. Dirigido por el general Gonzalo Escobar, los rebeldes incluyeron a casi 30,000 hombres bien equipados (20,000 menos de los que participaron en la rebelión delahuertista). Escobar, el jefe supremo del Ejército Renovador, quiso restablecer el principio de la no reelección y revocar las leyes que regulaban el culto religioso. Escobar envió a sus negociadores a los Estados Unidos para que el gobierno norteamericano reco-

como un signo de que el gobierno tenía la disposición de perdonar el pasado aun a personas o grupos que se habían levantado en armas en su contra; Morrow al Secretario de Estado, México, 18 de octubre de 1928, USDS-MEX, rollo 90, exp. 812.00B/0027. Aunque los obregonistas se opusieron, la medida fue sancionada como ley en diciembre de 1928, y los individuos en exilio que lo solicitaron pudieron regresar a México libres de cualquier cargo.

[21] La historia de la creación del PNR ha sido tratada por numerosos estudios y no amerita ser narrada aquí. Véase Garrido, 1986; Medin, 1985.

[22] Herschel Johnson al Secretario de Estado, México, 10 de enero de 1930, U.S. Department of State, Records Relating to the Internal Affairs of Mexico, 1930-1939, rollo 1, exp. 812.00/29488; Segovia y en Meyer, Segovia y Lajous, 1978, pp. 5-28; Dulles, 1967, p. 435.

[23] Villaseñor, 1976, vol. 1, p. 282.

nociera su causa. Sin embargo, la cooperación establecida y bien cimentada entre Calles y Morrow desde hacía dos años, resultó de enorme ayuda a Portes Gil. El gobierno mexicano pudo comprar en Estados Unidos aviones, armas y municiones sin obstáculo alguno, y los rebeldes fueron derrotados en mayo. Aunque derrotar la asonada militar de 1929 fue más sencillo que la de 1923, el gobierno tuvo que gastar mucho dinero para sofocarla y el país volvió a perder más vidas de civiles. Algunas líneas del ferrocarril y trenes fueron destruidos y varios bancos fueron robados.[24] La derrota de los militares pro-obregonistas permitió el ala civil, legitimada por el triunfo, rebasar el moderado programa social que Obregón tenía proyectado.

Como presidente, Portes Gil resultó ser bastante más que sólo un compromiso con los obregonistas. Aunque no era tan independiente de Calles como hubiera querido, tampoco fue su pelele como se creía.[25] Portes Gil tenía su propia agenda. En primer lugar, quería romper la alianza entre el Estado y la CROM y recrear el eje con el movimiento obrero, eliminando la práctica de los dirigentes de la CROM de crear enclaves de poder dentro de la administración. En diciembre de 1928, Portes Gil declaró ante los corresponsales extranjeros que "la gran mayoría de los trabajadores de la república no está con la CROM. Estos trabajadores están convencidos de que los objetivos que motivan a mi gobierno benefician a las clases proletarias sin sembrar el odio y la discordia entre ellas".[26] El presidente anunció que la nueva ley del trabajo iba a ser promulgada sin la interferencia de la CROM. El gobierno federal iba a ser el único responsable del arbitraje en las disputas laborales.[27]

En segundo lugar, Portes Gil dio un nuevo ímpetu a la reforma agraria, que rebasó las expectativas que Calles tenía al pensar que el presidente interino sería meramente un "tapagujeros". Portes Gil declaró, por ejemplo, que vetaría cualquier decisión de la Suprema Corte sobre la dotación de tierras que no favoreciera a los campesinos. El presidente creía que la justicia para la población rural mexicana se lograba solamente con la recuperación de su tierra. Por su parte, Marte R. Gómez dijo en privado que prefería dotar a los campesinos de tierra junto con el crédito, agua y semillas y proporcionarles escuelas de agricultura, pero si el gobierno no tenía la capacidad de pagar por todo el paquete, dotarles de tierra era suficiente

[24] Dulles, 1967, pp. 436-457.
[25] Portes Gil, 1964, pp. 417-424.
[26] *El Universal*, 8 de diciembre de 1928.
[27] Clark, 1984, pp. 214-260; Meyer, "El conflicto social y los gobiernos del maximato", en Krauze, Meyer y Reyes, pp. 101-110.

hasta que tuviera más recursos. El aspecto humano de la reforma agraria era más importante que el técnico.[28]

Para 1929, esta posición era minoritaria entre la clase política. Muchos funcionarios del gabinete de Calles habían argumentado que la reforma agraria detenía el ritmo de la recuperación económica y el desarrollo, inclusive, estaba arruinando al país. Era una opinión común entre la élite gobernante que la inseguridad respecto a la tenencia de la tierra desalentaba a los dueños de la tierra a invertir, y que las productivas haciendas expropiadas se volvían improductivas en manos de los campesinos. Además, se decía que la reforma agraria disuadía la inversión del capital extranjero en México.

Después de la rebelión de Escobar, el país se encontraba en una situación lamentable. Las arcas del estado estaban vacías. Como nunca antes hacía falta el capital. El conjuro mágico, "la causa revolucionaria", adquirió un significado nuevo. La consolidación de la revolución parecía depender menos de la cantidad de tierra repartida y más de las toneladas de grano que producía. Además, la experiencia de los últimos diez años demostraba que el régimen había sido desestabilizado no por los campesinos sino por los militares, la Iglesia y los Estados Unidos. Para debilitar a las fuerzas militares y concluir la guerra religiosa, México debía recuperarse económicamente y para ello necesitaba capital extranjero. Las inversiones no vendrían mientras México librara una guerra interna. Había que comprar la paz. Según el procurador de la Suprema Corte de Justicia, Fernando de la Fuente, la buena voluntad de los Estados Unidos hacia el gobierno mexicano se debió, en gran parte, a que la revolución social había sido completada, y el gobierno norteamericano aceptó la vigencia de las reformas a las que se había opuesto durante tantos años. Valía la pena preservar la buena voluntad que tanto le había costado a México. Otra racha de reforma agraria radical la pondría en peligro.[29] Pero la moderación y la cautela venía también del otro lado del arcoiris ideológico del México de fines de los años veinte.

El despertar de la élite radical

Si bien la élite gobernante conservadora veía la necesidad de aceptar la inevitabilidad de la vecindad con los Estados Unidos y las consecuencias

[28] Portes Gil, 1964, p. 425; Marte R. Gómez a Eduardo Villaseñor, México, 12 de abril de 1929, en Gómez, 1978, pp. 229-231.

[29] Fernando de la Fuente a Gómez, México, 13 de mayo de 1929, *idem*, pp. 231-232.

de su superioridad económica, la élite de izquierda crecía desencantada con la Unión Soviética y la influencia que tenía sobre los comunistas mexicanos. Los ataques de la prensa soviética al gobierno mexicano ofendían a los que alguna vez admiraron la Revolución bolchevique y se inspiraron en los logros que creían había alcanzado.

Eduardo Villaseñor, por ejemplo, quien fungía como agregado comercial en Londres, visitó en el verano de 1929 al embajador mexicano en Moscú. Antes del viaje, Villaseñor decía tener la ilusión de que la Revolución bolchevique rectificara el curso de la mexicana a través de su propia expansión fuera de las fronteras de la URSS. Cuando Villaseñor regresó de la URSS, escribió a Marte Gómez sobre su viaje: "¡Extremadamente interesante! Sobre todo por los prejuicios que abandoné en el camino".[30] El desencanto de Villaseñor se debió al hecho de que "la revolución mundial" que, él consideraba, iba a derribar las barreras que se interponían para que la revolución socialista pudiera lograrse en México, dejó de estar en la agenda de los soviéticos. En su lugar, según Villaseñor, los bolcheviques buscaban la subordinación de los países amigos a sus intereses políticos, sin pensar en el bienestar de los pueblos. Entonces, no quedaba más que acomodarse al estilo mexicano:

> No podemos ser comunistas subordinados a Moscú, ni tampoco agentes de Nueva York o Washington o socialistas slow-motion como los ingleses. Las condiciones históricas, geográficas y hasta climáticas nos obligan a ser diferentes. Seamos discípulos de Marx pero no agentes de Moscú.[31]

Villaseñor vaticinó el nacimiento de una nueva generación de socialistas mexicanos que con valentía trabajarían en las aguas turbias de la política mexicana. Con nostalgia escribió a su amigo: "¡Adiós sueños de la Revolución mundial hoy más distantes que nunca! ¡Adiós esperanza de que el proceso natural del mundo resuelva nuestros problemas! No podemos sino contar con nosotros mismos".[32]

De una manera diferente, Marte R. Gómez perdió su simpatía por la Unión Soviética a raíz de la introducción del Primer Plan Quinquenal y la colectivización forzada. Gómez dedicó toda su vida a los asuntos agrarios y la suerte de los campesinos la hizo suya. Cuando Calles declaró

[30] Villaseñor a Marte Gómez, Londres, 16 de diciembre de 1929, *idem*, pp. 249-250.

[31] *Ibidem*.

[32] Wilkie y Monzón, 1969, p. 654

urbi et orbi en 1929, que la reforma agraria en México se había terminado y el interinato de Portes Gil también, Gómez perdió su trabajo como secretario de Agricultura, empacó sus maletas y, gracias a una beca del gobierno, se fue a Europa hasta que en México pasara la temporada antiagrarista. Reflexionando sobre el aspecto agrario de la Revolución mexicana, Gómez estuvo de acuerdo con Calles en que el periodo de la expropiación debió haber sido más corto, pero añadió que tardó tanto tiempo por la formidable oposición que tuvo en su contra.[33] Gómez sabía, por propia experiencia, que el mismo gobierno había moderado la marcha y obstruido la distribución de la tierra a los campesinos, con el fin de salvaguardar otros intereses. Pero Gómez no era un hombre de oposición y nunca criticaría a Calles en público; su consigna personal era "callar y esperar".[34] Si bien la falta del reparto agrario en México le perturbó, el fervor de la colectivización soviética forzada, iniciada a partir de 1929, tampoco le satisfizo, pues mediante la reestructuración de la propiedad de la tierra los campesinos que querían poseer una parcela eran obligados a abandonarla. Entonces, como durante toda su vida, Gómez recordó una frase atribuida a Lenin: "Los campesinos tienen el derecho de equivocarse; nosotros no tenemos el derecho de contradecir sus aspiraciones".[35]

Otro admirador de la Revolución bolchevique fue Jesús Silva Herzog, quien, como Juan de Dios Bojórquez, Gómez y de Negri, perteneció a la generación que maduró políticamente durante la revolución de 1910-1920. En la siguiente década formó parte del proceso de la reconstrucción de la vida política y cultural de México. En diciembre de 1928, Silva Herzog pidió al presidente Portes Gil que le diera el puesto de embajador en la URSS para vivir su revolución en carne propia.[36] Sin experiencia ni preparación en la diplomacia, Silva Herzog llegó a Moscú en febrero de 1929. Los primeros tres meses de su carrera diplomática fueron fascinantes, pues conoció a las principales personalidades soviéticas, como al comisario de la Educación y las Artes, Anatoli Lunacharsky; al ideólogo del partido, Bujarin; al presidente del Comintern, Zinoviev y una noche cenó con el poeta Vladimir Mayakovsky. Silva Herzog tenía la ilusión de abrir la embajada a visitantes soviéticos para intercambiar ideas y experiencias, y esperaba que en reciprocidad se le abrieran las puertas de las instituciones soviéticas. Para su desagrado, poca gente visitó la embajada mexicana

[33] Gómez a Villaseñor, México, 10 de enero de 1930, en Gómez, 1978, p. 257.

[34] Gómez a Emilio Gutiérrez, 26 de febrero de 1930, *idem*, p. 262; Wilkie y Monzón, 1969, p. 91

[35] Citado en Wilkie y Monzón, 1969, pp. 98, 104-107; Gómez a Calles, París, 13 de noviembre de 1930, en Gómez, 1978, p. 308.

[36] Silva Herzog, 1972, pp. 110-111

y de todas las instituciones sólo el Instituto Agrario Internacional lo invitó a dar tres conferencias sobre México. La prensa comentó la primera e ignoró las demás. Más tarde, Silva Herzog se enteró de que el director del instituto fue reprendido por permitir que el representante de una nación "pequeño-burguesa" hablara en una institución comunista. Asimismo, le desagradó saber que el pintor mexicano Xavier Guerrero, quien estudiaba en la escuela de Lenin para formar cuadros comunistas, fue desalentado de mantener cualquier relación con el embajador. Así, los contactos sociales de Silva Herzog se limitaron a reuniones con los demás miembros del cuerpo diplomático, mismas que le parecieron sumamente tediosas.[37]

Silva Herzog se mantuvo vivo intelectualmente gracias al estudio intensivo de la economía soviética, y a los pocos viajes que pudo realizar fuera de Moscú. Inicialmente le impresionaron las condiciones de vida de los obreros, pues eran superiores a los de los trabajadores mexicanos. El sistema de la educación le pareció excelente. The GPU (Gosudarstvennoe Politicheskoe Upravlenie, o sea la policía secreta del Estado; la precursora de la KGB) le pareció una institución "poco simpática" pero necesaria para consolidar y defender al gobierno soviético. Pero lo que más le impresionó fue el papel social desempeñado por el ejército. Después de dos años en el servicio militar, un soldado convertido en comunista se regresaba a su pueblo como un "agente civilizador". Silva Herzog estuvo tan impresionado por esta experiencia, que en su misiva a la cancillería el embajador quiso que las autoridades mexicanas la adoptaran:

> Sería conveniente que un militar mexicano bien preparado y honesto viniera acá a estudiar estas cosas. El experimento que se lleva a cabo en Rusia es uno de los más importantes episodios en la historia. De su éxito o fracaso dependerá el futuro inmediato de todas las naciones. Uno tiene que ser ciego o estúpido para negar la trascendencia social, económica y política de lo que está sucediendo aquí.[38]

[37] Silva Herzog a la SRE, Moscú, 15 de febrero de 1929, ASRE, 18-13-27 y ASRE 30-29-252; Silva Herzog en *Pravda*, 7 de marzo de 1929, ASRE, L-E-815; Silva Herzog a Estrada, Moscú, 4 de diciembre de 1929, AGN, Archivo Particular Emilio Portes Gil, caja 28, exp. 6.

El cónsul mexicano, Armendáriz del Castillo, quien había llegado a Moscú antes de Silva Herzog, escribió en su primer informe que los soviéticos daban poca importancia a sus relaciones con México "olvidando las difíciles y críticas circunstancias que nuestro gobierno tuvo que enfrentar para reconocer a los soviéticos". Mariano Armendáriz del Castillo al Subsecretario de Relaciones Exteriores, Moscú, 24 de diciembre de 1928, ASRE, 39-8-14. Mariano Armendáriz del Castillo, expediente personal, ASRE, 29-1-12.

[38] "Informe confidencial", Jesús Silva Herzog al Subsecretario de Relaciones Exteriores, Moscú, 6 de mayo de 1929, ASRE, 39-8-14

Además, México podría aprovechar la experiencia soviética en la organización de cooperativas de consumo y producción, y en las instituciones educativas que se dedicaban a la extensión de la cultura de masas. En general, Silva Herzog quedó impresionado con el atrevido empuje de los soviéticos para industrializar a su país fuera del sistema capitalista, "tratando de modificar el devenir de la historia económica mundial".[39]

Si la vida social de Silva Herzog era restringida antes de mayo de 1929, después del asesinato de Guadalupe Rodríguez y Salvador Gómez en México, las instituciones soviéticas lo aislaron totalmente.[40] Los artículos antimexicanos que la prensa soviética publicaba a diario lo ofendían. Pestkovsky mismo contribuyó a ello con un artículo en *Pravda*. El embajador consideró que insultaba a las autoridades mexicanas. Para colmo, el Comintern publicó el manifiesto al proletariado mexicano, latinoamericano y del mundo entero sobre el carácter fascista del gobierno mexicano, y llamó a protestar en las calles de México y otras ciudades importantes. Silva Herzog mandó cartas de extrañamiento a Litvinov, quien trató de minimizar la gravedad del asunto. Ocultándose detrás de una democracia inexistente, el Comisario respondió que el gobierno soviético no era responsable de lo que aparecía en la prensa, de la misma manera que su gobierno creía "que los artículos antisoviéticos publicados en la prensa mexicana no expresaban el punto de vista de ese gobierno". Litvinov quiso hacerle creer al embajador que la prensa del Comintern era independiente del gobierno y que representaba el punto de vista de los partidos comunistas "de casi todos los países".[41] Silva Herzog no se dejaba engañar.

Poco después, el embajador mexicano informó que su correo era interceptado y la embajada vigilada de tal manera que cada vez que necesitaba tener comunicación con México, tenía que pagar a un mensajero para que la llevara a Berlín y la mandara desde allí. Fue precisamente durante esos días turbulentos en que sus viejos amigos, Eduardo Villaseñor y Juan de Dios Bojórquez, ambos cercanos a Calles, lo visitaron en Moscú. El embajador les dio el manifiesto del Comintern para que se lo

[39] "Informe económico confidencial", Silva Herzog al Subsecretario de Relaciones Exteriores, Moscú, 4 de julio de 1929, ASRE 39-8-14.

[40] Como consejero de la Liga Nacional Agraria, Silva Herzog conoció a Rodríguez y poco tiempo antes de irse a la URSS se reunió con él y con los demás dirigentes de la Liga. Allí Rodríguez dijo que "ya era tiempo de hacer la revolución comunista en México". Silva Herzog no estuvo de acuerdo: "Yo le repliqué que eso era utópico porque México no estaba preparado y que lanzarse a una lucha con propósitos tales sería sacrificar estérilmente a los campesinos". Silva Herzog, 1972, pp. 113-114.

[41] Litvinov a Silva Herzog, Moscú, 26 de octubre de 1929, ASRE 14-25-2 y AVPRF, Oficina de México, registro [illegible], exp. 1

enseñaran a Calles, con quien se iban a encontrar en París. Así, "el jefe máximo" leyó la condena soviética hacia el régimen mexicano unos diez días después de que fuera proclamada, y unos días antes de que regresara a México para dirigir la próxima elección presidencial. En ella, los comunistas iban a presentar al general Pedro Rodríguez Triana como su hombre, para conquistar el poder del Estado y construir un gobierno de los trabajadores.[42]

Después de aquellos últimos acontecimientos, Jesús Silva Herzog se sintió defraudado y se puso a reflexionar sobre su papel en la URSS, el significado de las relaciones mexicano-soviéticas y las dos revoluciones. Como muchos otros mexicanos, había creído que la Unión Soviética simpatizaba con los esfuerzos de México para mejorar las condiciones económicas y políticas del proletariado y que compartía la ideología progresista de su gobierno. Creyó también que "el gesto desinteresado y generoso" de México al reconocer a la Unión Soviética, no obstante las tensas relaciones que existían en ese entonces con los Estados Unidos, debían haber inspirado respeto en la Unión Soviética. Pero no fue así. México se equivocó, cometió "un error que debimos haber reconocido hace mucho tiempo". Los países que tenían su representación en la URSS, eran sus vecinos o tenían relaciones comerciales de gran peso con ella. México no era lo primero ni tenía lo segundo. El Comintern atacaba a los comunistas mexicanos por tibios y oportunistas pero les enviaba instrucciones y ayuda material. Silva Herzog sabía bien que la campaña antigobiernista de los comunistas mexicanos se originó en Moscú.[43]

Para diciembre de 1929, después de diez meses en Moscú, Silva Herzog se deprimió. La Unión Soviética, gobernada por el Partido Comunista, convirtió la dictadura del proletariado en la dictadura del comité central, es más, en la dictadura de Stalin mismo. Algo se logró para beneficiar al pueblo ruso "pero más se ha hablado que hecho. *Los libros de propaganda* que leímos en México con una patética buena fe exageran cien por ciento".[44] Silva Herzog analizó los primeros resultados del Plan Quinquenal. Le impresionó el método conocido como stajanovshchina[45] para incrementar la producción pero también observó el creciente culto a Lenin, y los castigos que el gobierno aplicaba a los obreros y directores de fábricas

[42] Wilkie y Monzón, 1969, p. 654; Silva Herzog, 1972, p. 115.

[43] "Informe político confidencial", Jesús Silva Herzog a la SRE, Moscú, 4 de julio de 1929, ASRE, 14-25-2

[44] "Informe", Silva Herzog al Subsecretario de Relaciones Exteriores, Moscú, 3 de diciembre de 1929, ASRE, 39-8-14

[45] Nombrado por el minero Alexei Stajanov. El movimiento de "Stajanov" fue un impulso hacia la productividad cada vez superior intensificando y racionalizando los procesos del trabajo

cuando no cumplían con la normas asignadas. El descontento popular era controlado por la temerosa GPU. En política exterior, la URSS mantenía relaciones económicas y políticas con países a los que en realidad despreciaba y atacaba a través del Comintern. Esta política, que les parecía irracional a los países extranjeros, encajaba en la lógica y en la conveniencia de los rusos: el éxito del capitalismo significaba la ruina de la Unión Soviética, mientras que la ruina del capitalismo significaba el éxito soviético.

Vista la URSS de esta manera, ¿para qué mantener las relaciones entre México y la Unión Soviética? La embajada soviética en México logró su propósito al convertirse en centro de la propaganda comunista. La vida de la embajada mexicana en Moscú, por el contrario, era aburrida y precaria. No pudo hacer nada constructivo debido al ambiente hostil y al freno a sus actividades. El embajador mexicano en Moscú no era más que un observador pasivo: el gobierno soviético impedía a su gente que se enterara de otras culturas, y negaba la validez de otras vías hacia el mejoramiento de la vida de las mayorías que no fuera la suya. En breve, México y la Unión Soviética fracasaron en desarrollar un nexo significativo por falta de una base racial, histórica y lingüística común. Según había observado anteriormente, Silva Herzog creía "que en el fondo han de sonreír de nuestra noble actitud un poco romántica de tener en Moscú una misión costosa sin tener ningún interés material que defender".[46]

Decía el embajador que ni entonces, ni en el futuro habría interés económico que los dos países compartieran. Rusia exportaba lo que podía, que no era mucho, y compraba poco. Mientras las compañías soviéticas podían maniobrar en México libremente, las mexicanas no podían hacer lo mismo en la Unión Soviética por la existencia del monopolio estatal sobre el comercio. La ideología de la Revolución rusa era diferente a la mexicana: la abolición de la propiedad privada y el internacionalismo contrastaban con la ideología mexicana de la propiedad privada, el nacionalismo y la democracia. La Revolución mexicana se construyó sobre la herencia cultural del país, mientras que los rusos buscaban crear una cultura totalmente nueva. Silva Herzog concluyó que las similitudes entre las dos revoluciones eran falsas y explicables solamente por la ignorancia mexicana de la realidad soviética. La misión mexicana en Moscú era superflua.

De la misma manera que Silva Herzog lo había solicitado un año antes, él mismo pidió que fuera relevado del puesto de embajador. El y

"Informe político confidencial", Silva Herzog a SRE, Moscú, 4 de diciembre de 1929. SRE, 14 [illegible]

su familia se fueron de Moscú a Berlín el 5 de enero de 1930. El 24 de enero, durante el intermedio de una función en la Ópera de Berlín a la que Silva Herzog asistió con su esposa y Primo Villa Michel, el embajador mexicano en Alemania, éste le enseñó un telegrama que acababa de llegar desde México: "Informe a Silva Herzog que hoy hemos roto relaciones con la Unión Soviética".[47]

México baja su bandera del asta en Moscú

El presidente Portes Gil también llegó a la conclusión de que la Revolución mexicana y la bolchevique eran incompatibles. Su perspectiva era la de la economía política. Entrevistado por el *Times* de Londres en septiembre de 1929 sobre sus ideas y programa de gobierno, Portes Gil quiso dejar en claro que México, apenas industrializado, no podía ser anticapitalista porque estaba dotado de abundantes recursos naturales que requerían de capital para ser explotados. Tampoco podía seguir la vía marxista de desarrollo:

"Del otro lado de la frontera está el país más rico y más fuerte del mundo; país capitalista por excelencia, consciente de su fuerza económica, en pleno periodo de expansión; ¿acaso vería con indiferencia una guerra a muerte al capital a sus puertas?"[48]

Portes Gil reiteró que, dada la situación geopolítica de México, el país necesitaba desarrollar capital nacional y asegurar que el capital extranjero no gozara de privilegios en la explotación de los recursos cuando el nacional no tenía esa misma capacidad.

El punto de vista de que el capital nacional era superior al extranjero volvía a la noción introducida por Calles durante su campaña presidencial en 1924 y que ahora el *Excélsior* trataba de refutar. En un editorial, el periódico negó que el capital tuviera cualidades benignas o malignas según su origen, o fluía libremente o el movimiento del capital se obstaculizaba como en la URSS. La opción esencial era entre el progreso, alcanzado por los Estados Unidos, o la pobreza en la que México seguiría sumido si no cambiaba.[49] Lo que se necesitaba era definir posiciones en política económica y en política exterior.

Dada la exigencia de que el gobierno se pronunciara claramente sobre el rumbo a seguir, el influyente diario, o los intereses que representaba,

[47] Silva Herzog, 1972, p. 117.

[48] "México no Puede ser Comunista" del doctor Luis Lara Pardo, en *Excélsior*, 23 de septiembre de 1929, en donde el periodista traduce y comenta la entrevista con Portes Gil.

[49] "México y el Capitalismo", en *Excélsior*, 24 de septiembre de 1929.

inició de nueva cuenta la publicación de reportajes alarmistas sobre conspiraciones comunistas, tramadas en el extranjero, para socavar al régimen mexicano. Los reportajes fueron otro caso de "amenaza roja", fabricado para torcerle el brazo político al gobierno con el fin de que cambiara de dirección. Una vez más, es difícil precisar la fuente de la nueva ola de supuestas amenazas al orden establecido. En octubre, por ejemplo, el *Excélsior* publicó un reportaje en el que narraba cómo los comunistas interceptaron a los obreros "sin conciencia" a la entrada de las fábricas y les entregaron volantes "pretendiendo que los obreros acepten y practiquen las teorías de los bolcheviques". El periódico advirtió además que un nuevo grupo de agitadores comunistas estaba por adentrarse en el país, y que su presencia ahuyentaría a los capitalistas extranjeros.[50] Dos meses más tarde, en diciembre, *Excélsior* informó que en la capital se acababa de descubrir otro grupo de terroristas internacionales con bombas y propaganda comunista. Gracias a la intervención oportuna de las autoridades militares y civiles se "logró evitar a tiempo el gravísimo peligro que se cernía sobre los habitantes del país".[51]

Lo que *Excélsior* publicó era una filtración de informes que en esas semanas llegaban de las embajadas y consulados europeos a las secretarías de Gobernación y Relaciones Exteriores –probablemente inventados y luego lanzados a la circulación para fomentar los rumores– que detallaban las maniobras de los conspiradores rusos para establecer centros de agitación y subversión a lo largo y ancho de México. Así, desde Berlín, Hamburgo y Estocolmo, el gobierno obtuvo sendos informes sobre un tal "Ivan Tetarishvili" y "Grigor Servaliev", "ambos muy peligrosos sectarios", que estaban en camino a México con grandes sumas de dinero a su disposición, para provocar incidentes políticos entre México y su vecino del norte. Estos individuos, supuestamente habían tramado el asesinato de importantes personajes políticos y el acopio de armas en ciudades que eran consideradas estratégicas, como Chihuahua, Monterrey y Tampico. Decía el informe que uno de sus objetivos era convertir a Puebla en el centro de espionaje soviético y en el punto de reunión de los revolucionarios. En realidad, el país entero era una reserva para la subversión soviética: "Moscú desea a toda costa y por cualquier medio derrocar al gobierno mexicano", informaba un telegrama desde Hamburgo. De Estocolmo llegó la noticia de que el gobierno soviético llamó a Kollontai a Moscú, desde

[50] "Los Comunistas no Desfallecen", en *Excélsior*, 13 de octubre de 1929.

[51] "Una Banda de Terroristas Internacionales Ha Caído en Poder de la Autoridad", en *Excélsior*, 22 de diciembre de 1929.

Noruega, para encargarle un departamento político que se dedicara exclusivamente a México.[52]

El embajador en Alemania, Primo Villa Michel, proporcionó la fuente de toda esta información. Mencionó a una persona, de nombre Caputo, de quien dijo que trabajaba para la oficina de inteligencia del Departamento de Tesoro y Departamento del Interior norteamericanos en Europa.[53] De hecho, la información que Caputo proporcionó a Villa Michel fue la misma que la embajada norteamericana en México facilitó al canciller Estrada.[54] Fue en realidad el mismo Caputo quien se encargó de proporcionar la información a las dos instancias.

Igual que en 1919 y 1928, el gobierno aceptó la validez de los documentos y actuó de acuerdo con el siniestro propósito que las notas periodísticas detallaban, pues coincidieron con las autoproclamadas intenciones del Partido Comunista de derrocar al gobierno, y los bien conocidos objetivos globales del Comintern. Pero además de las evidencias que la Secretaría de Gobernación ya tenía, en el otoño de 1929 recibió informes de que "un gran número de individuos de nacionalidad rusa se dedicaba a la agitación entre las masas y planeaba provocar dificultades al gobierno".[55] Así, toda la información junta a su disposición -los documentos fabricados probablemente por orden de Machado en julio de 1928 alegando conspiraciones del Comintern en México; el manifiesto del Comintern dirigido a los trabajadores mexicanos y latinoamericanos a organizar protestas contra el gobierno mexicano y a los obreros mexicanos a derrocar al régimen "fascista" pequeñoburgués; las cartas de Silva Herzog desde Moscú poniendo en duda la razón de ser de las relaciones entre México y la URSS, y finalmente el objetivo del PCM de subvertir el orden existente, fue evidencia suficiente para que el gobierno mexicano acusara a los soviéticos de sedición e interferencia en sus asuntos internos.

Sin embargo, un análisis de la retórica y el manejo político de la ruptura de las relaciones con la URSS, demuestra que el gobierno mexicano tenía presente los riesgos que las consecuencias negativas del rompimiento podrían tener entre los obreros y campesinos que simpatizaban con el Partido Comunista. Cuando el gobierno tomó la decisión de romper re-

[52] Villa Michel a SRE, 11 de enero de 1930, Berlín, ASRE, 41-26-135; Portes Gil, 1954, pp. 393-403.

[53] Villa Michel a la SRE, Berlín, 14 de marzo de 1930, ASRE, 41-26-135. Para entender mejor el extraño caso de Caputo, véase Spenser, 1997.

[54] Herschel Johnson a Genaro Estrada, México, 29 de abril de 1930; Arthur Bliss Lane a Genaro Estrada, México, 19 de noviembre de 1930, ASRE, 41-26-135.

[55] Secretaría de Gobernación a SRE, México, 2 de septiembre de 1929, ASRE, IV-135-42.

laciones –intención que nunca hizo pública– al mismo tiempo preparaba el terreno para suavizar su impacto sobre el público.

Unos días antes de anunciar la medida, el periódico del PNR se dirigió a los obreros en un tono apologético para explicarles la razón del encarcelamiento de dirigentes comunistas durante las semanas anteriores. Esto decía "no porque son comunistas sino porque explotan a los obreros", no a causa de sus ideas en las que creen sino por no hacer labor "honesta". Además, continuaba el periódico, las protestas que el Comintern orquestó en las capitales de América Latina y Europa a raíz de la persecución de los comunistas mexicanos y la expulsión de los extranjeros, fue parte de una calumniosa "campaña que algunos comunistas llevaban a cabo en el extranjero contra la Revolución mexicana, que ha demostrado con actos prácticos el mejoramiento económico y social del pueblo trabajador en nuestro país".[56]

El día del rompimiento de relaciones, *El Nacional Revolucionario* hizo la revelación de que las conspiraciones que habían sido descubiertas y reprimidas en diciembre, fueron apoyadas por la Unión Soviética, la cual buscaba desestabilizar al sistema político y social mexicano. Las conspiraciones traicionaban la magnanimidad mexicana: el gobierno había establecido relaciones con la URSS porque la consideraba "una nación que tradicionalmente ha sufrido buscando su propia libertad", aunque manteniéndolas conllevaba riesgos. Sin embargo, la URSS no supo apreciar "esta generosa actitud" y, en cambio, encabezó propaganda comunista en México y publicó manifestaciones insultantes en el extranjero.[57] La Unión Soviética había dañado el orgullo mexicano, pues mantenía mejores relaciones con la Italia fascista, en donde se perseguía a los comunistas, que con México, que había sido uno de sus pocos amigos.[58] La Revolución bolchevique perdió el rumbo:

> El comunismo destinado a evolucionar desde 1921, bajo la dirección de sus grandes y geniales jefes a cuya cabeza estuvo Lenin, cayó, en el periodo mas difícil de su crisis, en manos de personajes de segunda y tercera fila que se han embrollado no sabiendo qué hacer de la dictadura proletaria y yendo a parar por la vía más vulgar de las ambi-

[56] "No [illegible] por Explotadores de los Obreros Mexicanos, Fueron Expulsados", en *El Nacional Revolucionario*, [illegible] de enero de 19[illegible].

[57] "Ruptura de Relaciones con Rusia", [illegible] enero de 1930; "México tiene las Pruebas en sus Manos", 26 de [illegible] 193[illegible], en *El Nacional Revolucionario*.

[58] [illegible] 1934, pp. [illegible]. Pascual Ortiz Rubio, *Informe presidencial*, 1o. de septiembre de 1930, Archivo Histórico Diplomático Mexicano, [illegible]

> ciones a una tiranía suprema en comparación con la cual la autocracia zarista fue un régimen amplio y liberal.[59]

Eliminados Trotsky, Rykov, Tomsky y otros destacados dirigentes bolcheviques, la revolución "ha quedado a merced de un fiero y rudo provinciano", Stalin, "de puño brutal y cerebro corto". Las recientes noticias sobre la ejecución de los campesinos "por insurrección contra el comunismo" durante la primera fase de la colectivización forzada, al negarse a entregar sus cosechas, contribuyó, según la voz oficial del gobierno, a que México se viera obligado a disociarse del régimen soviético. México "no ha querido exponer su decoro al tratamiento incivil de aquellos hombres y por ello ha descolgado la bandera del asta de nuestra Legación en la ciudad roja de Moscú".[60]

Si bien a través de la prensa el gobierno buscó justificar el rompimiento de relaciones como respuesta a la provocación soviética y comunista, en la política real desató una cacería de brujas para eliminar cualquier obstrucción a la transmisión de poder presidencial de Portes Gil a Pascual Ortiz Rubio en febrero de 1930. El gobierno tenía noticias de planes siniestros que podrían obstaculizarlo.

La cacería de brujas rojas en 1930

Una vez que se conoció la ruptura de las relaciones, el Comintern organizó una nueva campaña de protestas contra el gobierno mexicano en las principales ciudades de Europa y Estados Unidos.[61] Simultáneamente, informaciones alarmistas, a todas luces falsificadas, continuaron llegando a la cancillería.[62] Desde enero se tenía la información de que el presidente electo, Pascual Ortiz Rubio, sería asesinado.[63] De hecho, el día de su toma de posesión, el 5 de febrero de 1930, fue perpetrado un atentado contra su vida. El presidente escapó del peligro con lesiones menores pero el gobierno desencadenó una represión sin precedentes en búsqueda de los culpables.[64] Con celeridad encarceló a numerosos comunistas y expulsó a varios extranjeros de México. Una de las deportadas fue Tina

[59] "La Ruptura con Moscú", en *El Nacional Revolucionario*, 25 de enero de 1930

[60] *Ibidem*.

[61] Campos Ortiz a la SRE, Washington, 3 de febrero de 1930, ASRE, 41-26-135.

[62] J. Pani a la SRE, Hamburgo, 14 de febrero de 1930; Villa Michel a la SRE, 27 de febrero y 11 de marzo de 1930, ASRE, 41-26-135.

[63] Villa Michel a SRE, Berlín, 11 de enero de 1930, ASRE, 41-26-135.

[64] El atentado fue llevado a cabo por Daniel Flores, un vasconcelista. Véase Dulles, 1967, pp. 487-489.

Modotti. Vittorio Vidali, quien supo evadir a la policía, se subió disfrazado al mismo barco en el que viajaba Modotti. Alexandr Makar estaba listo para embarcarse en Veracruz rumbo a Europa, pero fue detenido e interrogado y sus pertenencias fueron registradas no obstante su inmunidad diplomática. Según *The Times*, uno de los ayudantes de Makar fue arrestado, los sellos de los baúles del embajador fueron rotos y algunos documentos substraídos. Beals acotó que los archivos de la embajada regresaron a la capital para que la policía y los militares los examinaran, en lo que el escritor calificó como una histérica cacería de brujas rojas. El edificio de la embajada fue registrado y se encontraron las evidencias del espionaje soviético en México, una parte de las cuales el gobierno compartió con los norteamericanos.[65]

El clima del peligro rojo continuó en los meses siguientes a la ruptura de relaciones con la URSS, a pesar de que muchos comunistas ya estaban en las Islas Marías y los extranjeros fuera del país. Una vez más, mientras que por un lado el gobierno metía a los comunistas entre las rejas, por el otro mitigaba los efectos que su persecución tenía sobre los obreros. El doctor Puig Casauranc, regente de la ciudad, se dirigió a los sindicatos para explicarles que la detención de los comunistas nada tenía que ver con la confianza que el gobierno tenía en los trabajadores que vivían conforme a la ley.[66]

En marzo el gobierno dejó salir a algunos de los comunistas detenidos que, sin siquiera regresar a sus casas, tomaron las calles para protestar contra el desempleo, el imperialismo y la ruptura de las relaciones con la URSS. "Más energía, más coraje, más acción contra más golpes del fascismo mexicano", fue el llamado del partido al que los comunistas respondieron. Al marchar desde el Zócalo hacia la embajada norteamericana, la policía armada interceptó a los manifestantes. La escaramuza terminó en más comunistas enviados a la cárcel, algunos por segunda vez en diez meses.[67]

[65] Monson a Foreign Office, México, 10 de febrero de 1930, PRO, FO 371, exp. 14875/574; *Hamburger Fremdenblatt*, 11 de febrero de 1930, en "Propaganda y actividades de la URSS para implantar el comunismo en México, Informes de las oficinas de México en el exterior", ASRE, 41-26-135. Véase cap. 7.

En realidad, Makar era acosado por los adversarios de la Unión Soviética desde hacía varios meses. En una ocasión recibió una carta de Orizaba en la que se le colmó de frases oprobiosas por la rendición innoble de la URSS en la Primera Guerra Mundial y la opresión actual de su pueblo; véase H K. Hoffam a Makar, Orizaba, Ver., 10 de agosto de 1929. En otra ocasión, recibió por teléfono una amenaza de muerte; Makar a Estrada, 24 de septiembre de 1929, en AVPRF, Oficina de México, registro 1-e, exp. 4.

Beals, 1938, p. 355; "Otra Provocación contra la Unión Soviética", en *El Machete*, núm. 181, mayo de 1930.

[66] "Por qué se Detuvo a Algunos Individuos de Ideas Comunistas", en *El Nacional Revolucionario*, 21 de febrero de 1930.

[67] *El Machete*, núm. 179, marzo de 1930.

Fue probablemente el secretario de Gobernación, Portes Gil, quien estuvo detrás de la persecución de los manifestantes. En un artículo del *El Nacional Revolucionario*, sin embargo, él mismo trató de minimizar la importancia de las manifestaciones comunistas que, decía, no podían ensombrecer los alcances del nacionalismo revolucionario. Aquellos que las organizaban se creían los discípulos de Lenin y Marx queriendo transformar el mundo por medios cataclísmicos. Esos métodos que Lenin había sostenido antes de 1921, y en los que algunos mexicanos todavía creían, según el mismo Portes Gil, eran obsoletos aun en la Unión Soviética. Entonces, en lugar de redimir al proletariado, Stalin "mataba a los campesinos de este y el otro lado del río Volga". Mientras que en Rusia la revolución fracasó, en México el programa revolucionario se estaba llevando a cabo cabalmente.[68] No obstante la retórica pacifista, la policía siguió atacando: en agosto saqueó la oficina del Socorro Rojo Internacional, y en diciembre intervino en la oficina de la federación sindical comunista (CSUM).[69] La "cacería de brujas" fue desproporcional, según Luis Cabrera, quien seguía siendo uno de los comentaristas más acuciosos y lúcidos de la política mexicana. Cabrera sintió repugnancia por la exagerada reacción del gobierno. En su opinión, en México el comunismo era una ideología de la desesperación a la que se adhirieron hombres y mujeres que sufrían la privación, la miseria y la ignorancia que el gobierno no lograba mitigar. Los comunistas mexicanos eran inocuos. Se reunían para pensar, para distribuir ingenuos volantes y cantar la Internacional. Su existencia, pero sobre todo su encarcelamiento, reflejó el fracaso del gobierno en la solución de los problemas sociales que habían inspirado la revolución. Era lamentable que el gobierno no pudiera enfrentar al adversario más que con fuerza.[70]

El gobierno había perdido el sentido de la proporción después de la muerte de Obregón y la rebelión escobarista. A través del PNR no sólo quería institucionalizar la revolución, sino monopolizar el poder para hacerle frente a cualquier desafío a su hegemonía política. Su determinación se hizo más patente durante la campaña presidencial de 1929. El PNR dejó claro que era un partido de unidad ideológica y representación

[68] "La Insolente Actitud de los Comunistas", "Los Comunistas en Libertad", en *El Nacional Revolucionario*, 21 de marzo de 1930.

[69] *El Machete*, núm. 185, septiembre de 1930 y núm. 189, enero de 1931.

[70] Prefacio de Luis Cabrera al libro de Fernando de la Fuente, *El comunismo: defensa mínima del ideal revolucionario mexicano sintetizado en la Carta de 1917*, Cultura, México, 1933, pp. III-XII. Luis Cabrera fue consejero del presidente Carranza y, posteriormente, un inteligente y conservador crítico de los gobiernos que se decían "revolucionarios".

de todas las clases sociales e invitó a la oposición a unírsele.[71] Tanto los comunistas como el candidato de la oposición, José Vasconcelos, hicieron caso omiso de la exhortación del PNR. Al hacerlo perdieron el derecho a la vida política.

Poco antes de depositar los votos a favor de su candidato, *El Machete* publicó la posición de los comunistas:

> Naturalmente, nosotros no creemos en la democracia. Hoy no existe sino la democracia burguesa, que es, en el fondo, la dictadura de la burguesía. El Partido Comunista lucha no por conquistar puestos públicos en el régimen burgués, sino por destruirlo e implantar el gobierno de los trabajadores.[72]

Ya que la burguesía no iba a entregar el poder de manera pacífica, "tendremos que tomarlo por la fuerza". Pero además los comunistas querían asegurar que los obreros tampoco votaran por el candidato del gobierno: "necesitamos independizar a las masas trabajadoras, separarlas de los elementos burgueses y pequeño-burgueses que las han dirigido y utilizado hasta hoy en provecho de su política".[73]

El PNR tampoco creía en la democracia "burguesa" y su respuesta a la estrategia comunista correspondió a su propio afán de ganarse a las masas que la CROM estaba perdiendo y la CSUM quería cautivar. En vista de que la posición del PNR consistía en que el que no estuviera con él, estaría en su contra, ni Vasconcelos ni Rodríguez Triana participaron en las elecciones en una competencia justa. El trato rudo que recibieron de parte de los gobiernos locales y de la policía durante su campaña, fue un claro señalamiento de que el gobierno del centro no estaba dispuesto a tolerar oposición alguna a la elección de Pascual Ortiz Rubio. Así, las elecciones de noviembre de 1929 arrojaron los resultados que el gobierno quería alcanzar: Ortiz Rubio ganó con 1'825,732 votos, 93.5 por ciento del total. Vasconcelos recibió 105,655 votos, el 5.4 por ciento y Rodríguez Triana no consiguió más que 19,665 votos, es decir, el 1 por ciento.[74]

No cabe duda que tanto Rodríguez Triana como Vasconcelos fueron víctimas de la necesidad del gobierno de restaurar la estabilidad al país

[71] *El Nacional Revolucionario*, 31 de mayo, 27 de junio, 20 de septiembre de 1929; Dulles, 1967, p. 474; Meyer, Segovia y Lajous, 1978, pp. 67-84.

[72] "La Participación del Partido C. en la Lucha Electoral", en *El Machete*, núm. 178, 7 de noviembre de 1929

[73] *Ibidem*.

[74] Gómez a Pani, Mexico City, 18 de febrero de 1929, en Gómez, 1978, p. 228; Bustillo, 1973, p. 114; Skirius, 1978, pp. 140-141, 180-182; *El Universal*, 22 de noviembre de 1929.

después del asesinato de Obregón y de la insurrección obregonista. Pero tampoco hay que perder de vista, que la participación de Rodríguez Triana en las elecciones fue ligada al plan comunista de derrocar al régimen, *y que la respuesta represiva del gobierno se debía a su convicción de que* el plan provenía de la Unión Soviética. Fue debido a los retos políticos, que el gobierno tenía que enfrentar a fines de la década de los veinte, que perdió la capacidad de distinguir los peligros reales de evidencias fantasiosas que supuestamente amenazaban su estabilidad. *La persecución de* los comunistas fue una de las consecuencias de la pérdida del equilibrio político, pues las fantasías tocaron fibras sensibles en un gobierno que temía que se cumplieran las profecías de conspiración. Por consiguiente, la ola de represión indiscriminada que emprendió en *1929* y *1930* fue un ataque anticipado.

Reflexión final

MÉXICO había establecido relaciones con la Unión Soviética debido a la solidaridad con un país con el que creía compartir la suerte y la esperanza de lograr ventajas mutuas. Cuando en 1925 y 1926 el embajador Pestkovsky ayudó a organizar la huelga ferrocarrilera, y en 1929 el Comintern aconsejó, y posiblemente dirigió, al Partido Comunista Mexicano en el intento de derrocar al gobierno, los soviéticos no sólo violaron las normas diplomáticas de conducta, sino que ofendieron el agudo sentimiento mexicano de soberanía y de dignidad nacional. Entonces, el internacionalismo soviético se enfrentó con el nacionalismo mexicano de la misma manera que lo había hecho el imperialismo norteamericano.

Los Estados Unidos no influyeron abiertamente sobre México para que se distanciara de la Unión Soviética. De manera encubierta, sin embargo, pudieron haber contribuido a la decisión mexicana proporcionando, o inclusive colocando, información falsa en coyunturas álgidas para socavar la confianza del régimen en su capacidad de gobernar. Sabiendo que el objetivo del Comintern era extender sus actividades revolucionarias a América Latina y Estados Unidos, es posible pensar que las organizaciones antibolcheviques y los grupos de interés quisieran obstruirle al enemigo comunista la posibilidad de acercarse a sus fronteras. Con ese fin pudieron inducir la ruptura de relaciones entre México y la URSS.

Sin embargo, razón por la que México chocó tanto con los Estados Unidos como con la Unión Soviética se debe atribuir, en última instancia, a la incompatibilidad de la fe de los dos grandes países en la universalidad de sus respectivas ideologías y al intento de extender y convertir al mundo a su sistema. La confianza norteamericana en el libre juego de las fuerzas de mercado, promovido a través de la irrestricta expansión de la inversión de capital, tenía la misma raíz que la fe soviética en la bondad del sistema económico socialista, promovido gracias a la revolución mundial. Ambos países se creyeron investidos con la misión de la regenera-

ción del mundo: el salvaje y el subdesarrollado en el caso de los Estados Unidos, el oprimido y el explotado en el caso de la Unión Soviética.

México carecía de ese sentido de grandeza nacional y misión propia en el mundo. A diferencia de los bolcheviques, los revolucionarios mexicanos no aspiraban a crear una utopía en el poder sino resolver los grandes problemas nacionales. Los mexicanos hubieran preferido rodearse de regímenes más liberales al sur de su frontera, pero no creían viable exportar *su revolución, sobre todo porque chocarían –como, de hecho, chocaron* en Nicaragua en 1926 y 1927– con los poderosos intereses de los Estados Unidos. En realidad, hacia 1930, México se vio atrapado entre los dos sistemas políticos y económicos y entre los dos grandes países sin poder influir sobre ninguno.

Un elemento más que influyó sobre el distanciamiento de México con la Unión Soviética, fue su percepción de que la Revolución bolchevique se había descarrilado. La élite radical del gobierno mexicano se había identificado con el objetivo bolchevique de otorgarle una cuota del poder a los obreros y campesinos. Sin embargo, en el transcurso de la década los intelectuales del gobierno cayeron en la cuenta de que el Estado soviético perdía contacto con las masas y se convertía en un poder dictatorial. Los mexicanos se habían identificado con Lenin, la NEP y con Trotsky. Pero Lenin murió, la NEP fue abandonada y Trotsky fue derrotado. El extremismo prevaleció sobre la moderación y Stalin representó la tiranía. En comparación, el gobierno mexicano supuso que podía armonizar las fuerzas sociales que habían emergido de su propia convulsión revolucionaria mejor que los bolcheviques.

A diferencia de la determinación de Stalin de industrializar un país gigantesco con sus propios esfuerzos y someter a la sociedad soviética a la dominación dictatorial, el gobierno mexicano de finales de los años veinte resolvió adaptarse a su situación de país dependiente de capital, tecnología y mercados extranjeros. Para desarrollar su riqueza natural y sus fuerzas productivas, el gobierno subordinó a las dispersas y diversas fuerzas sociales al mando de partido único, con el fin de consolidar al país políticamente y crear un clima de paz para atraer inversiones extranjeras *hacia la industria y la agricultura.*

Sin embargo, cuando la Unión Soviética empezó a producir asombrosos resultados a consecuencia de su Primer Plan Quinquenal y el mundo capitalista alcanzó el fondo de la depresión, después de la quiebra de 1929, la onda expansiva de la crisis sacudió todo el mundo capitalista, incluido México. Mientras que los hornos soviéticos fabricaban

toneladas de acero y la producción capitalista estaba parada por falta de mercados; mientras que 15 millones de desempleados norteamericanos deambulaban por las ciudades en los Estados Unidos y más de un cuarto de millón de mexicanos en el otro lado de la frontera tuvo que regresar, el viejo dilema resurgió: México estaba atrapado entre el ideal socialista y la realidad capitalista, entre la Unión Soviética idealizada y los Estados Unidos existentes en realidad.

Fuentes conltadas

Archivos

México

- Archivo General de la Nación (AGN)
    - –Ramo Gobernación
    - –Ramo Presidentes Obregón/Calles
    - –Fondo Particular de Emilio Portes Gi
- Archivo Diplomático de la Secretaría de ciones Exteriores (ADSRE)
- Archivo de Vicente Lombardo Toledano (
- Archivo Privado de Manuel Gómez MoríPMGM)
- Archivo Privado de Vito Alessio Robles (R)
- Centro de Estudios de Historia de Méxicondumex (CEHM)
    - –Archivo de Venustiano Carranza (AVC
- Centro del Estudio del Movimiento Obre Socialista (CEMOS)
- Hemeroteca Nacional

Estados Unidos

- National Archives and Records Service, Wington, D.C.
    - –Record Group 59, Records of the Depnent of State Relating to the Internal Affairs of Mexico, 1910-1929, an30-1939.
    - –Records of the Department of State ting to Relations Between Mexico and Other States, 1910-1929.
    - –Records of the Department of State Ring to Political Relations Between the United States and Mexico, 1910-9.
    - –Record Group 65, Records of the Fed Bureau of Investigation, FBI Investigative Case Files, 1907-1923.
    - –Record Group 165, U.S. Military Inteence Reports: Mexico, 1919-1941.
- Hoover Institution Archives, Stanford, Carnia
    - –Bertram D. Wolfe Collection
    - –Joseph Freeman Papers
    - –Rodolfo Echeverría Martínez Collecti

- Columbia University
    - Alexandra Kollontai Oral History Project
    - The Bakhmetev Archive

Europa

- Public Record Office, Foreign Office, Londres, Gran Bretaña
- International Institute of Social History, Amsterdam, Países Bajos
- Arkhiv Vneshnei Politiki Rossiiskoi Federatsii, Moscú, Federación Rusa
- Rossiiskii Zentr Jranenia i Izucheniia Dokumentov Noveishei Istorii, Moscú, Federación Rusa

Fuentes publicadas

Archivo Histórico de la Diplomacia Mexicana

-*Un Siglo de Relaciones Internacionales de México a través de los mensajes presidenciales*, SRE, México, 1935.
-*Discursos del General Álvaro Obregón*, Dirección General de Educación Militar, México, 1932.
-*Los Cuatro Primeros Congresos de la Internacional Comunista*, Siglo XXI, México, 1981.
-*Dokumenty vneshnei politiki* SSSR, 20 vols. Gosudarstennoe Izdatel'stvo Politicheskoi Literatury, Moscú, 1917-1936.
-Executive Committee of the International Red Aid, *Ten Years of International Red Aid in Resolutions and Documents, 1922-1932*. S.l., s.e., 1932.
-*Foreign Relations of the United States*, vol. III, 1927, U.S. Government, Washington, 1941.
-Great Britain, *Documents Illustrating the Hostile Activities of the Soviet Government and Third International against Great Britain*, HMSO, Londres, 1927.
-Ministerstvo Vneshnei Torgovli SSSR, *Vneshniaia Torgovlia* SSSR *za 1918-1940 goda*, Vneshtorgizdat, Moscow, 1960.
-*Second Congress of the Communist International. Minutes and Proceedings*, 2 vols. New Park Publications, Londres, Inglaterra, 1977.
-*Sexto Congreso de la Internacional Comunista*, Siglo XXI, México, 1977.

Revistas y periódicos

La Correspondencia Sudamericana
The Communist International
International Press Correspondence (Inprekorr)

El Demócrata
Excélsior
El Machete
El Nacional Revolucionario
El Universal

New York American
The New York Times
The New York Times Current History
Agrarnye problemy
Krasnyi internatsional profsoiuzov
Krestianskii internatsional
Mezhdunarodnaia zhizn'
Mezhdunarodnoe rabochee dvizhenie
Na agrarnom fronte
Planovoie joziaitstvo
Revol'iutsionnyi vostok

Bibliografía

Libros

ALEXANDER, Robert J., *Communism in Latin America*, Rutgers University Press, Nueva Jersey, 1957.

ARRIOLA WOOG, Enrique (ed.), *Sobre rusos y Rusia: antología documental*, Lotería Nacional para la Asistencia Pública, México, 1994.

BALL, Alan M., *Russia's Last Capitalists: the Nepmen, 1921-1929*, University of California Press, Berkeley y Londres, 1987.

BARBER, John, *Soviet Historians in Crisis, 1928-1932*, Holmes y Neyer, Nueva York, 1981.

BARCKHAUSEN-CANALE, Christiane, *Verdad y leyenda de Tina Modotti*, Casa de las Américas, La Habana, 1989.

BARRIOS, Elías, *El escuadrón de hierro*, Popular, México, 1938.

BARTH URBAN, Joan, *Moscow and the Italian Communist Party: From Togliatti to Berlinguer*, I.B. Tauris, Londres, 1986.

BEALS, Carleton, *Glass Houses: Ten Years of Free-Lancing*, J.B. Lippincott, Nueva York, 1938.

BENJAMIN, Thomas, *A Rich Land a Poor People: Politics and Society in Modern Chiapas*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1989.

_______ y Mark Wasserman (eds.), *Provinces of the Revolution: Essays on Regional Mexican History, 1910-1929*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1990.

BESEDOVSKY, Grigory, *Revelations of a Soviet Diplomat*, Hyperion Press, Westport, 1931.

BROOK-SHEPHERD, Gordon, *The Storm Petrels: The Fight of the First Soviet Defectors*, Harcourt Brace Jovanovitch, Nueva York y Londres, 1977.

BROWN, Jonathan, *Oil and Revolution in Mexico*, University of California Press, Berkeley, 1993.

BUCHENAU, Jürgen, *In the Shadow of the Giant: The Making of Mexico's Central American Policy, 1876-1930*, The University of Alabama Press, Tuscaloosa, Alabama, 1996.

BUCKINGHAM, Peter H., *America Sees Red: Anti-Communism in America, 1870s to 1980s: A Guide to Issues and References*, Regina Books, Claremont, 1988.

BUSTILLO ORO, Juan, *Vientos de los veintes: cronicón testimonial*, Sep-Setentas, México, 1973.

CABALLERO, Manuel, *Latin America and the Comintern, 1919-1943*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986.

CÁRDENAS, Enrique, *La hacienda pública y la política económica, 1929-1958*, El Colegio de México-Fideicomiso Historia de las Américas-Fondo de Cultura Económica, México, 1994.

CÁRDENAS, Héctor, *Las relaciones mexicano-soviéticas: antecedentes y primeros contactos diplomáticos, 1789-1927*, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1974.

_______, *Historia de las relaciones entre México y Rusia*, Secretaría de Relaciones Exteriores-Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

_______ y Alexander Sizonenko, *Relaciones mexicano-soviéticas, 1917-1980*, Secretaría de Relaciones Exteriores-Moscow-The Academy of Sciences, México, 1981.

CARR, Barry, *Marxism and Communism in Twentieth-Century Mexico*, University of Nebraska Press, Lincoln y Londres, 1992.

CARR, E.H., *The Interregnum, 1923-1924*, Macmillan, Nueva York, 1954.

_______, *Foundations of a Planned Economy, 1926-1929*, 3 vols., Macmillan, Nueva York, 1976.

CARROLL, Malcolm, *Soviet Communism and Western Opinion, 1919-1921*, editado por Frederic B.M. Hollyday-University of North Carolina, Chapel Hill, 1985.

CERDAS CRUZ, Rodolfo, *La hoz y el machete: La Internacional Comunista, América Central y la Revolución en Centro América*, Universidad Estatal a Distancia, San José, Costa Rica, 1986.

CLARAVAL, Bernardo, *Cuando fui comunista*, Polis, México, 1944.

CLARK, Marjorie Ruth, *La organización obrera en México*, [University of North Carolina, Chapel Hill, 1934], Era, México, 1984.

CLEMENTS, Barbara Evans, *Bolshevik Feminist: The Life of Alexandra Kollontai*, Indiana University Press, Bloomington y Londres, 1979.

CLISSOLD, Stephen (ed.), *Soviet Relations with Latin America, 1918-1968: A Documentary History*, Oxford University Press, Londres, 1970.

COHEN, Stephen F., *Bukharin and the Bolshevik Revolution*, Oxford University Press, Nueva York, 1973.

COLLOTTI-PISCHEL, Enrica y Chiara Robertazzi, *L'Internazionale Communiste et les Problemes Coloniaux, 1919-1935*, Mouton, París, 1968.

CONQUEST, Robert, *Stalin: A Breaker of Nations*, Weidenfeld, Londres, 1993.

CORZO RAMÍREZ, Ricardo; José González Sierra y David A. Skerritt, *...nunca un desleal: Cándido Aguilar, 1889-1960*, El Colegio de México-Gobierno del Estado de Veracruz, México, 1986.

DALLEK, Robert, *The American Style of Foreign Policy: Cultural Politics and Foreign Affairs*, Oxford University Press, Nueva York y Oxford, 1983.

DALTON, Roque, *Miguel Mármol: Los sucesos de 1932 en El Salvador*, EDUCA, San José, Costa Rica, 1972.

DANIELS, Josephus, *The Wilson Era: Years of War and After, 1917-1923*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1946.

DANIELS, Robert Vincent, *The Conscience of the Revolution: Communist Opposition in Soviet Russia*, Harvard University Press, Cambridge, Mass, 1960.

DAVIS, David Brion (ed.), *The Fear of Conspiracy: Images of Un-American Subversion From the Revolution to the Present*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1971.

DAY, Richard B., *The "Crisis" and the "Crash": Soviet Studies of the West*, NLB, Londres, 1981.

DE LA FUENTE, Fernando, *El comunismo: Defensa mínima del ideal revolucionario mexicano sintetizado en la Carta de 1917*, Cultura, Mêxico, 1933.

DESMOND, Robert W., *Crisis and Conflict: World New Reporting Between Two Wars, 1920-1940*, University of Iowa Press, Iowa, 1982.

DILLON, Emile J., *Mexico on the Verge*, George H. Doran, Nueva York, 1921.

———, *President Obregón: A World Reformer*, Small-Maynard and Company, Boston, 1923.

DRAPER, Theodore, *American Communism and Soviet Russia: The Formative Years*, Vintage Books, Nueva York 1960 [Viking, Nueva York, 1986].

DULLES, John W.F., *Yesterday in Mexico: A Chronicle of the Revolution, 1919-1936*, University of Texas Press, Austin, 1967.

DURANTY, Walter, *I Write as I Please*, Simon and Schuster, Nueva York, 1935.

ELLIS, Ethan L., *Frank B. Kellogg and American Foreign Relations, 1925-1929*, Rutgers University Press, New Brunswick, 1961.

ERAN, Oded, *Mezhdunarodniki: An Assessment of Professional Expertise in the Making of Soviet Foreign Policy*, Turtlegove, Israel, 1979.

EUDIN, Xenia J. y Robert M. Slusser, *Soviet Foreign Policy, 1928-1934: Documents and Materials*, 2 vols., Pennsylvania State University Park, University Park, 1966.

FALCÓN, Romana y Soledad García, *La semilla en el surco: Adalberto Tejeda y el radicalismo en Veracruz, 1883-1960*, El Colegio de México-Gobierno del Estado de Veracruz, México, 1986.

FERRELL, Robert H. (ed.), *American Secretaries of State and their Diplomacy*, Cooper Square, Nueva York, 1963.

FILENE, Peter, *Americans and the Soviet Experiment, 1917-1933*, Harvard University Press, Cambridge, 1967.

———, *American Views of Soviet Russia, 1917-1965*, The Dorset Press, Illinois, 1968.

FISCHER, Louis, *The Soviets in World Affairs: A History of the Relations Between the Soviet Union and the Rest of the World, 1917-1929*, 2 vols., Princeton University Press, Princeton, 1951.

FITZPATRICK, Sheila, *The Russian Revolution, 1917-1932*, Oxford University Press, Nueva York y Oxford, 1982 [reimp. Oxford University Press, Oxford, 1992]

______, Alexander Rabinovitch y Richard Stites (eds.), *Russia in the Era of* NEP: *Explorations in Soviet Society and Culture*, Indiana University Press, Bloomington, 1991.

FOLGARAIT, Leonard, *So Far from Heaven: David Alfaro Siqueiros' The March of Humanity and Mexican Revolutionary Politics*, Cambridge University Press, Cambridge, Inglaterra, 1987.

FRIED, Richard M., *Nightmare in Red: The McCarthy Era in Perspective*, Oxford University Press, Nueva York y Oxford, 1990.

FROST, Elsa Cecilia *et al.* (eds.), *El trabajo y los trabajadores en la historia de México*, El Colegio de México-University of Arizona Press, México y Arizona, 1979.

GADDIS, John Lewis, *Russia, the Soviet Union and the United States: An Interpretative History*, McGraw-Hill, Nueva York, 1990.

GALINDO, Hermila, *La Doctrina Carranza y el acercamiento indolatino*, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1919.

GARCÍA DE LEÓN, Antonio, *Resistencia y utopía*, Era, México, 1985.

GARDNER, Lloyd, *Safe for Democracy: the Anglo-American Response to Revolutions, 1913-1923*, Oxford University Press, Nueva York, 1984.

GARRIDO, Luis Javier, *El Partido de la Revolución Institucionalizada: Medio siglo de poder político en México. La formación del nuevo Estado (1928-1945)*, Siglo XXI, México, 1982.

GILDERHUS, Mark T., *Diplomacy and Revolution: U.S.-Mexican Relations under Wilson and Carranza*, The University of Arizona Press, Tucson, 1977.

GLEIJESES, Piero, *Shattered Hope: The Guatemalan Revolution and the United States, 1944-1954*, Princeton University Press, Princeton, 1991.

GÓMEZ, Marte R., *Vida política contemporánea: Cartas de Marte R. Gómez*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978.

GORODETSKY, Gabriel, *The Precarious Truce: Anglo-Soviet Relations, 1924-1927*, Cambridge University Press, Cambridge, Inglaterra, 1977.

GREW, Joseph C., *Turbulent Era: A Diplomatic Record of Forty Years, 1904-1945*, Hammond, Londres, 1953.

GROBART, Pablo (ed.), *Julio Antonio Mella: Escritos revolucionarios*, Siglo XXI, México, 1978.

GRUENING, Ernest, *Mexico and its Heritage*, The Century, Nueva York y Londres, 1929.

GUZMÁN ESPARZA, R. (ed.), *Memorias de don Adolfo de la Huerta según su propio dictado*, Guzmán (ed.), México, 1957.

HAMMOND, John Hays, *The Autobiography of John Hays Hammond*. 2 vols., Farrar and Rinehart, Nueva York, 1935.

HEALE, M.J., *American Anticommunism: Combating the Enemy Within, 1830-1970*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore y Londres, 1990.

HEINRICHS, Waldo H., *American Ambassador: Joseph C. Grew and the Development of the United States Diplomatic Tradition*, Oxford University Press, Nueva York y Oxford, 1966.

HELLER, Mikhail y Alexander Nekrich, *Utopia in Power: The History of the Soviet Union from 1917 to the Present*, Summit Books, Nueva York, 1985.

HERMAN, Donald, *The Comintern in Mexico*, Public Affairs Press, Washington, 1974.

HERMAN, Edward y Noam Chomsky, *Manufacturing Consent: The Political Economy of the Mass Media*, Pantheon Books, Nueva York, 1988.

HIGLEY, John y Richard Gunther (eds.), *Elites and Democratic Consolidation in Latin America and Southern Europe*, Cambridge University Press, Nueva York, 1992.

HOBSBAWM, Eric, *Age of Extremes. The Short Twentieth Century, 1914-1991*, Michael Joseph, Londres, 1994.

HOFSTADTER, Richard, *The Paranoid Style in American Politics and Other Essays*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1965.

HOHENBERG, John, *Foreign Correspondence: The Great Reporters and Their Times*, Columbia University Press, Nueva York y Londres, 1964.

HOPKINS, Mark W., *Mass Media in the Soviet Union*, Pegasus, Nueva York, 1970.

HULL, Cordell, *The Memoirs of Cordell Hull*, 2 vols., Macmillan, Nueva York, 1948.

HUNT, Michael H., *Ideology and U.S. Foreign Policy*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1987.

JACOBS, Dan N., *Borodin: Stalin's Man in China*, Harvard University Press, Cambridge, Mass, 1981.

JEFFREYS-JONES, Rhodri, *American Espionage: From Secret Service to* CIA, The Free Press, Nueva York, 1977.

JOSEPH, Gilbert M., *Revolution From Without: Yucatán, Mexico, and the United States, 1880-1924*, Cambridge University Press, Cambridge, Inglaterra, 1982.

KAHAN, Vilém (ed.), *Bibliography of the Communist International, 1919-1979*, vol. 1, E.J. Brill, Leiden, 1990.

KAROL, K.S., *Los guerrilleros en el poder*, Seix Barral, Barcelona, 1972.

KATZ, Friedrich, *The Secret War in Mexico: Europe, the United States and the Mexican Revolution*, The University of Chicago Press, Chicago y Londres, 1981.

KEEBLE, Curtis, *Britain and the Soviet Union, 1917-1989*, Macmillan, Londres, 1990.

KENEZ, Peter, *The Birth of the Propaganda State: Soviet Methods of Mass Mobilization*, Cambridge University Press, Cambridge, Inglaterra, 1985.

KERENSKY, Alexander, *The Catastrophe: Kerensky's Own Story of the Russian Revolution*, D. Appleton, Nueva York y Londres, 1927.

KNIGHT, Alan, *The Mexican Revolution*, 2 vols., Cambridge University Press, Cambridge, Inglaterra, 1990 [University of Nebraska Press, 1986].

______, *U.S.-Mexican Relations 1910-1940: An Interpretation*, Center for U.S.-Mexican Studies, San Diego, California, 1987.

KNIGHTLEY, Phillip, *The Second Oldest Profession: Spies and Spying in the Twentieth Century*, W.W. Norton, Nueva York, 1986.

KOENKER, Diane P., William G. Rosenberg y Ronald Grigor Suny (eds.), *Party, State, and Society in the Russian Civil War: Explorations in Social History*, Indiana University Press, Bloomington e Indianápolis, 1989.

KRAUZE, Enrique, *Caudillos culturales en la Revolución mexicana*, Siglo XXI, México, 1976.

———, *Reformar desde el origen: Plutarco Elías Calles*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.

———, *El vértigo de la victoria: Álvaro Obregón*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.

———, Jean Meyer y Cayetano Reyes, *Historia de la Revolución mexicana, 1924-1928: La reconstrucción económica*, El Colegio de México, México, 1981.

KRENN, Michael L., *U.S. Policy toward Economic Nationalism in Latin America, 1917-1929*, Scholarly Resources, Wilmington, Delaware, 1990.

KUUSINEN, Aino, *The Rings of Destiny: Inside Soviet Russia From Lenin to Brezhnev*, William Morrow, Nueva York, 1974.

LAZITCH, Branko y Milorad M. Drachkovitch, *Lenin and the Comintern*, Hoover Institution Press, Stanford, 1974.

LEÓN, Luis, *Crónica del poder en los recuerdos de un político en el México revolucionario*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.

LEUCHTENBERG, William E., *The Perils of Prosperity, 1914-1932*, The University of Chicago Press, Chicago y Londres, 1958.

LEVENSTEIN, Harvey A., *Labor organizations in the United States and Mexico: A History of their Relations*, Greenwood Publishing Company, Westport, Connecticut, 1971.

LEWIN, Moshe, *Political Undercurrents in Soviet Economic Debates*, Princeton University Press, Princeton, 1974.

LINK, Arthur (ed.), *Woodrow Wilson and a Revolutionary World, 1913-1921*, University of North Carolina, Chapel Hill, 1982.

LISS, Sheldon B., *Marxist Thought in Latin America*, University of California Press, Berkeley, 1984.

LITVINOV, Maxim M., *Vneshnaia politika* SSSR: *rechi i zaiavlenia, 1927-1937*, Gosudarstvennoe social'no-ekonomicheskoe izdatelstvo, Moscú, 1937.

LOVENSTEIN, Meno, *American Opinion of Soviet Russia*, American Council On Public Affairs, Washington, 1941.

LOYOLA DÍAZ, Rafael, *La crisis Obregón-Calles y el Estado mexicano*, Siglo XXI, México, 1980.

LOZOVSKY, A., *El movimiento sindical Latino Americano (sus virtudes y sus defectos)*, Nuevos Rumbos, Montevideo, 1929.

LUNDBERG, Ferdinand, *Imperial Hearst: A Social Biography*, Equinox Cooperative Press, Nueva York, 1936.

MACÍAS, Carlos (ed.), *Plutarco Elías Calles. Correspondencia personal (1919-1945)*, Gobierno del Estado de Sonora-Instituto Sonorense de Cultura-Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles-Fernando Torreblanca-FCE, México, 1991.

MARTÍNEZ VERDUGO, Arnoldo (ed.), *Historia del comunismo en México*, Grijalbo, México, 1985.

MCCULLAGH, Francis, *Red Mexico: A Reign of Terror in America*, Louis Carrier, Nueva York, 1928.

MEDIN, Tzvi, *El minimato presidencial: historia política del maximato, 1928-1935*, Era, México, 1985.

MEJÍA GONZÁLEZ, Adolfo, *México y la Unión Soviética en la defensa de la paz*, Novosti, México, 1986.

MEYER, Jean, *La Cristiada. El conflicto entre la Iglesia y el Estado, 1926-1929*, Siglo XXI, México, 1976.

_______, Enrique Krauze y Cayetano Reyes, *Historia de la Revolución mexicana, 1924-1928: Estado y sociedad con Calles*, El Colegio de México, México, 1981.

MEYER, Lorenzo, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)*, El Colegio de México, México, 1972.

_______, *Su Majestad Británica contra la Revolución mexicana, 1900-1950: El fin de un imperio informal*, El Colegio de México, México, 1991.

_______, *La segunda muerte de la Revolución mexicana*, Cal y Arena, México, 1992.

_______, Rafael Segovia y Alejandra Lajous, *Historia de la Revolución mexicana, 1928-1934: Los inicios de la institucionalización. La política del maximato*, El Colegio de México, México, 1978.

MONDRAGÓN, Magdaleno, *Cuando la revolución se cortó las alas: Intento de una biografía del general Francisco J. Múgica*, B. Costa Amic, México, 1966.

MONTGOMERY, David, *The Fall of the House of Labor: The Workplace, the State, and American Labor Activism, 1865-1925*, Cambridge University Press, y Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, Cambridge y París, 1987.

MONZÓN, Luis, *Algunos puntos sobre el comunismo*, Soria, México, 1924.

MURRAY, Robert Hammond, *Mexico Before the World: Public documents and Addresses of Plutaco Elias Calles*, Academy Press, Nueva York, 1927.

MURRAY, Robert K., *The Harding Era: Warren G. Harding and his Administration*, University of Minnesota Press, Mineápolis, 1969.

NICHOLSON, Harold, *Dwight Morrow*, Harcourt-Brace and Company, Nueva York, 1930.

PAINTER, Nell Irvin, *Standing at Armageddon: the United States, 1877-1919*, W.W. Norton, Nueva York y Londres, 1987.

PANI, Alberto J., *Apuntes autobiográficos*, 2 vols., Porrúa, México, 1950.

PEARCE, Brian (ed.), *Congress of the Peoples of the East: Baku, September 1920*, New Park Publications, Londres, 1977 [publicado originalmente en ruso, Petrogrado, 1920].

PESTKOWSKI, Stanislaw, *Wspomnienia revolucjonisty*, Wydawnictwo Lodzkie, Lodz, Polonia, 1961.

PORTES GIL, Emilio, *Quince años de política mexicana*, Olimpo, México, 1954.

_______, *Autobiografía de la Revolución mexicana: Un tratado de interpretación histórica*, Instituto Mexicano de Cultura, México, 1964.

POWER, Richard Gid, *Secrecy and Power: The Life of J. Edgar Hoover*, Macmillan, Nueva York y Londres, 1987.
QUIRK, Robert E., *The Mexican Revolution, 1914-1915*, W.W. Norton, Nueva York, 1960.
RADOSH, Ronald, *American Labor and United States Foreign Policy*, Vintage Books, Nueva York, 1969.
RAMOS PEDRUEZA, Rafael, *La Estrella Roja: doce años de vida soviética*, s.e., México, 1929.
RAVINES, Eudocio, *The Yenan Way*, Scribner's, Nueva York, 1951.
RIVERA, Diego, *My Art, My Life*, Citadel Press, Nueva York, 1960.
RODRÍGUEZ, Jaime (ed.), *The Revolutionary Process in Mexico: Essays on Political and Social Change, 1880-1940*, University of California Press, Los Angeles, 1990.
ROJAHN, Jürgen (ed.), *The Communist International and its National Sections*, Peter Lang, Leiden, 1996.
ROSENBERG, William G. (ed.), *Bolshevik Visions: First Phase of the Cultural Revolution in Soviet Russia*, Ardis, Michigan, 1984.
ROSS, Stanley R. (comp.), *Fuentes de la historia contemporánea de México: periódicos y revistas*, El Colegio de México, México, 1965.
ROY, M.N., *Memoirs*, Allied Publishers, Bombay, 1964.
SÁENZ, Aaron, *La política internacional de la Revolución: Estudios y Documentos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1969.
SALAZAR, Rosendo y José G. Escobedo, *Las pugnas de la gleba*, Avante, México, 1923.
SALISBURY, Richard V., *Anti-Imperialism and International Competition, 1920-1929*, Scholarly Resources, Wilmington, Delaware, 1988.
SELDES, George, *You Can't Print That: The Truth behind the News, 1918-1928*, Payson and Clark, Nueva York, 1929.
SERVICE, Robert, *Lenin: A Political Life*, 2 vols., Indiana University Press, Bloomington e Indianápolis, 1991.
SCHOULTZ, Lars, *National Security and United States Policy toward Latin America*, Princeton University Press, Princeton, 1987.
SHAPIRO, Leonard, *The Communist Party of the Soviet Union*, Methuen, Londres, 1978.
SHIPMAN, Charles, *It Had to Be Revolution: Memoirs of an American Radical*, Cornell University Press, Ithaca, 1993.
SILVA HERZOG, Jesús, *Una vida en la vida de México*, Siglo XXI, México, 1972.
SIMPSON, Eyler N., *The Ejido: Mexico's Way Out*, University of North Carolina, Chapel Hill, 1937.
SIQUEIROS, David Alfaro, *Me llamaban el coronelazo*, Grijalbo, México, 1977.
SKIRIUS, John, *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*, Siglo XXI, México, 1978.
SMITH, Cornelius C., *Emilio Kosterlitzky: Eagle of Sonora and Southwest Border*, The Arthur H. Clark, Glendale, California, 1970.

SMITH, Robert Freeman, *The United States and Revolutionary Nationalism in Mexico, 1916-1932*, The University of Chicago Press, Chicago y Londres, 1972.

SPENSER, Daniela, *El Partido Socialista Chiapaneco, rescate y reconstrucción de su historia*, CIESAS, México, 1988.

SPOLANSKY, Jacob, *The Communist Trail in America*, Macmillan, Nueva York, 1951.

STEFFENS, Lincoln, *The Autobiography of Lincoln Steffens*, Harcourt, Brace and Company, Nueva York, 1931.

SUDOPLATOV, Pavel Anatoli Sudopllatov, *Special Tasks: The Memoirs of an Unwanted Witness. A Soviet Spymaster*, Little Brown, Boston, 1994.

SWORAKOWSKI, Witold S., *The Communist International and its Front Organizations*, Hoover Institution Press, Stamford, 1965.

TAIBO, Paco Ignacio II, *Los Bolsheviki: Historia narrativa de los orígenes del comunismo en México (1919-1925)*, Joaquín Mortiz, México, 1986.

TIBOL, Raquel, *Julio Antonio Mella en El Machete: antología parcial de un luchador y su momento histórico*, Fondo de Cultura Popular, México, 1968.

______, *Diego Rivera: Arte y política*, Grijalbo, México, 1979.

THOMSON, Arthur, *The Conspiracy Against Mexico*, The International Press, Oakland, 1919.

TROTSKY, León, *The First Five Years of the Communist International*, 2 vols., Nueva York y Londres, 1945.

______, *The Third International After Lenin*, Pioneer Publishers, Nueva York, 1957.

______, *The Permanent Revolution and Results and Prospects*, Merit, Nueva York, 1969.

TUCKER, Robert C., *Stalin in Power: the Revolution from Above, 1928-1941*, W.W. Norton, Nueva York y Londres, 1990.

TUÑÓN PABLOS, Esperanza, *Mujeres que se organizan: el Frente Único Pro Derechos de la Mujer, 1935-1938*, UNAM-Porrúa, México, 1992.

ULAM, Adam B., *Expansion and Coexistence: Soviet Foreign Policy, 1917-1973*, Praeger Publishers, Nueva York, 1974.

ULDRICKS, Teddy J., *Diplomacy and Ideology: The Origins of Soviet Foreign Policy*, Sage Publications, Londres y Beverly Hills, 1979.

VACS, Aldo, *Discreet Partners: Argentina and the USSR since 1917*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1984.

VALADÉS, José C., *Memorias de un joven rebelde*, 2 vols., Universidad Autónoma de Sinaloa, México, 1986.

VANDEN, Harry E., *National Marxism in Latin America: José Carlos Mariátegui's Thought and Politics*, Lynne Rienner, Boulder, 1986.

VARGA, E., y L. Mendelsohn (eds.), *New Data for V. I. Lenin's Imperialism, the Highest Stage of Capitalism*, Lawrence and Wishart, Londres, s/f.

VASCONCELOS, José, *Memorias. El Desastre*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982.

VAUGHAN, Mary Kay, *The State, Education and Social Class in Mexico, 1880-1928*, Northern Illinois University Press, DeKalb, Illinois, 1982.

VERA-ESTAÑOL, Jorge, *Carranza and his Bolshevik Regime*, Wayside Press, Los Angeles, 1920.
VIDALI, Vittorio, *Retrato de mujer, una vida con Tina Modotti*, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, México, 1984.
_______, *Comandante Carlos*, Cultura Popular, México, 1986.
VILLASEÑOR, Víctor Manuel, *Memorias de un hombre de izquierda*, Biografías Gandesa, México, 1976.
VOLINE (seudónimo de Vsevolod Eichenbaum), *The Unknown Revolution, 1917-1921*, Free Life Editions, Nueva York, 1975.
VOLKOGONOV, Dmitri, *Stalin: Triumph and Tragedy*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1991.
WIECZYNSKI, Joseph L. (ed.), *The Modern Encyclopedia of Russian and Soviet History*, Academic International Press, Gulf Breeze, Florida, 1976.
WILKIE, James W. y Edna Monzón de Wilkie, *México visto en el siglo* XX: *Entrevistas de historia oral*, Instituto de Investigaciones Económicas, México, 1969.
WILLIAMS, William Appleman, *America Confronts a Revolutionary World: 1776-1976*, William Morrow, Nueva York, 1976.
_______, *Empire as a Way of Life*, Oxford University Press, Oxford, 1980.
WILSON, Joan Hoff, *Ideology and Economics: U.S. Relations with the Soviet Union, 1918-1933*, University of Colombia Press, Columbia, 1974.
WOLFE, Bertram D., *The Fabulous Life of Diego Rivera*, Stein and Day, Nueva York, 1963.
____, *A Life in Two Centuries: An Autobiography*, Stein and Day, Nueva York, 1981.
WOMACK, John, *Zapata and the Mexican Revolution*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1970.
WOOD, Bryce, *The Making of the Good Neighbor Policy*, Columbia University Press, Nueva York y Londres, 1961.
WOROSZYLSKI, Wiktor, *Vida de Mayakovsky*, Era, México, 1980.
ZEBADÚA, Emilio, *Banqueros y revolucionarios: la soberanía financiera de México, 1914-1929*, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, México, 1994.

Artículos

ADLESON, Leif, "Coyuntura y conciencia: Factores convergentes en la fundación de los sindicatos petroleros de Tampico durante la década de los 20", en Elsa Cecilia Frost, Michael Meyer y Josefina Zoraida Vázquez (eds.), *El trabajo y los trabajadores en la historia de México*, El Colegio de México-University of Arizona Press, México y Tucson, 1979, pp. 632-661.
ARMSTRONG, Hamilton Fish, "After Ten Years: Europe and America", en *Foreign Affairs*, vol. 7, núm. 1, octubre de 1928, pp. 1-19.
BRODY, Marcel, "Alexandra Kollontay", en *Preuves*, núm. 14, abril de 1952, pp. 21-32.

BROOKS, Jeffrey, "Public and Private Values in the Soviet Press, 1921-1928", en *Slavic Review*, vol. 48, núm. 1, primavera de 1989, pp. 16-35.

BROWN, Jonathan C., "Why Foreign Oil Companies Shifted Their Production from Mexico to Venezuela during the 1920s", en *The American Historical Review*, vol. 90, núm. 2, abril de 1985, pp. 362-385.

CABRERA, Olga, "Un crimen político que cobra actualidad", en *Nueva Antropología*, vol. VII, núm. 27, julio de 1985, pp. 55-65.

CALLES, Plutarco E., "The Policies of Mexico Today", en *Foreign Affairs*, vol. 5, núm. 1, octubre de 1926, pp. 320-328.

CLARK, Reuben J., "The Oil Settlement with Mexico", en *Foreign Affairs*, núm. 4, julio de 1928, pp. 605-617.

COREY, Esther, "Passage to Russia: A Personal Reminiscence", en *Survey*, núm. 53, octubre de 1964, pp. 23-32.

_______, "Passage to Russia, II.", en *Survey*, núm. 55, abril de 1965, pp. 103-115.

CHICHERIN, Georgi, "La Politique Exterieure des Deux Internationales", en *L'Internationales Communiste*, núm. 6, octubre de 1919.

_______, "Address by USSR People's Commissar of Foreign Affairs G.V. Chicherin at the Fourteenth Congress of the VKP (b) (1925)", en *Russian Studies in History*, vol. 31, primavera de 1993.

DRAPER, Theodore, "The Ghost of Socialfascism", en *Commentary*, febrero de 1969, pp. 34-45.

_______, "The strange case of the Comintern", en *Survey*, verano de 1972, pp. 122-153.

ELLIS, Ethan L., "Dwight Morrow and the Church-State Controversy in Mexico", en *Hispanic American Historical Review*, núm. 38, noviembre de 1958, pp. 482-505.

GILDERHUS, Mark T., "Senator Albert B. Fall and The Plot Against Mexico", en *New Mexico Historical Review*, vol. 48, núm. 4, octubre de 1973, pp. 299-311.

GÓMEZ, Manuel, "From Mexico to Moscow", en *Survey*, núm. 53, octubre de 1964, pp. 33-46.

_______, "From Mexico to Moscow II", en *Survey*, núm. 55, abril de 1965, pp. 116-125.

HABER, Stephen H., "Assessing the Obstacles to Industrialization: the Mexican Economy, 1830-1940", en *Journal of Latin American Studies*, núm. 24, parte 1, febrero de 1992, pp. 1-32.

HALL, Linda, "Álvaro Obregón and the Politics of Mexican Land Reform, 1920-1924", en *Hispanic American Historical Review*, vol. 60, núm. 2, 1980, pp. 213-238.

HORN, James, "El embajador Sheffield contra el presidente Calles", en *Historia Mexicana* 78, núm. 2, octubre-diciembre de 1970, pp. 265-284.

INGEMANSON, Brigitta, "The Political Function of Domestic Objects in the Fiction of Aleksandra Kollontai", en *Slavic Review*, vol. 48, núm. 1, primavera de 1989, pp. 71-82.

KANE, Stephen N., "Corporate Power and Foreign Policy: Efforts of American Oil Companies to Influence United States Relations with Mexico, 1921-1928", en *Diplomatic History*, vol. 1, núm. 2, primavera de 1977, pp. 170-198.

KATZ, Friedrich, "El gran espía de México", en *Boletín del Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca*, núm. 20, septiembre-diciembre de 1995.

KILLEN, Linda, "*The search for a democratic Russia: Bakhmetev and the United* States", en *Diplomatic History*, vol. 2, núm. 3, verano de 1978, pp. 237-256.

KOCHANSKI, Aleksander, "El sindicalismo latinoamericano: Materiales del archivo moscovita de la Internacional Sindical Roja", en *Estudios Latinoamericanos*, núm. 11, 1988, pp. 249-295.

KOZLOV, Nicholas N. y Eric D. Weitz, "Reflections on the Origins of the 'Third Period': Bukharin, the Comintern and the Political Economy of Weimar Germany", en *Journal of Contemporary History*, núm. 24, 1989, pp. 387-410.

LIPPMANN, Walter, "Vested Rights and Nationalism in Latin America", en *Foreign Affairs*, vol. 5, núm. 3, abril de 1927, pp. 333-342.

LITTLE, Douglas, "Antibolshevism and American Foreign Policy, 1919-1939: The Diplomacy of Self-Delusion", en *American Quarterly*, núm. 35, otoño de 1983, pp. 376-389.

MILLS, Ogden L., "Our Foreign Policy: A Republican View", en *Foreign Affairs*, 6, núm. 4, julio de 1928, pp. 555-586.

OSWALD, Gregory, "México en la historiografía soviética", en *Historia Mexicana*, vol. XIV, núm. 3, enero-marzo de 1965, pp. 691-706.

RAPOPORT, Mario, "Argentina and the Soviet Union: History of Political and Commercial Relations (1917-1955)", en *Hispanic American Historical Review*, vol. 66, núm. 2, 1986, pp. 239-85.

ROOSEVELT, Franklin D., "Our Foreign Policy: A Democratic View", en *Foreign Affairs*, núm. 4, julio de 1928, pp. 573-586.

ROSS, Stanley R., "Dwight Morrow and the Mexican Revolution", en *Hispanic American Historical Review*, vol. 38, núm. 4, 1958, pp. 506-528.

SCARZANELLA, Eugenia, "La imagen de América Latina en la prensa y en los debates de la III Internacional, 1929-1935", en *Estudios Latinoamericanos*, núm. 6, 1980, pp. 193-206.

SINGER, Alan, "Communists and Coal Miners: Rank-and-File Organizing in the United Mine Workers of America During the 1920s", en *Science and Society*, vol. 55, núm. 2, verano de 1992, pp. 85-102.

SPENSER, Daniela, "El fin de la década de los años veinte en México y el extraño caso de Alf Caputo", en *Historias*, núm. 36, 1997, pp. 56-78.

STRATTON, David H. (ed.), "The Memoirs of Albert Fall", en *Sourthwestern Studies*, vol. IV, núm. 3, 1966, pp. 1-67.

SZLAJFER, Henryk, "Review Essay: Latin America and the Comintern: An Interesting Book with Many Mistakes", en *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, núm. 46, junio de 1989, pp. 111-118.

Fuentes no publicadas

ANDREWS, Gregory Alan, "American Labor and the Mexican Revolution, 1910-1924", tesis doctoral, Northern Illinois University, 1988.

______, "Toward a Consensus on U.S. Hegemony in Latin America: American Labor and U.S. Officials View the Mexican Revolution", documento presentado en Southeastern Social Science Association, 1991.

HAYNES, Keith A., "Order and Progress: The Revolutionary Ideology of Alberto J. Pani", tesis doctoral, Northern Illinois University, 1981.

HOLUBNYCHY, Lydia, "Michael Borodin and the Chinese Revolution", tesis doctoral, Columbia University, 1979.

MANNING, Donald James, "Soviet-American Relations, 1929-1941: The Impact of Domestic Considerations on Foreign Policy Decision-Making", tesis doctoral, Michigan State University, 1981.

MARK, Eduard Maximilian, "The Interpretation of Soviet Foreign Policy in the United States, 1928-1947", tesis doctoral, University of Connecticut, 1978.

MELZER, Richard, "Dwight Morrow's Role in the Mexican Revolution: Good Neighbor or Meddling Yankee", tesis doctoral, The University of New Mexico, 1979.

PROPAS, Frederic Lewis, "The State Department, Bureaucratic Politics and Soviet-American Relations", tesis doctoral, University of California, Los Angeles, 1982.

STERETT, Joseph E. y Joseph S. Davis, "The Fiscal and Economic Condition of Mexico: Report Submitted To the International Committee of Bankers on Mexico", Nueva York, 25 de mayo de 1928.

TRONCOSO, Anthony, "Hamilton Fish Sr. and the Politics of American Nationalism, 1912-1945", tesis doctoral, The State University of New Jersey, 1993.

Índice analítico

D

E

F

G

S

T

U

V

W

Z

Índice

Pág.

Pág.

Tercera parte
Rumbo al enfrentamiento, 1928-1930

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

El triángulo imposible: México, Rusia Soviética y Estados Unidos en los años veinte, se terminó de imprimir en la ciudad de México durante el mes de enero de 1998. La edición consta de 1.000 ejemplares más sobrantes para reposición y estuvo al cuidado de la oficina lito-tipográfica de la casa editora.





ISBN : 9688427764

La dependencia económica de los Estados Unidos fue el problema crucial en la apuesta de México para alcanzar la independencia política en el periodo posrevolucionario. Estados Unidos estaba consciente de su superioridad económica y la utilizó para obligar a México a jugar el papel que la nación más fuerte del continente había asignado a los países que exportaban materias primas y absorbían capital y mercancías norteamericanas. Para lograr su propósito en México, utilizó todo tipo de presiones, subterfugios y actos de espionaje.

México no se mantuvo pasivo ante las agresiones norteamericanas. El establecimiento de las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética en 1924 fue un paso hacia su emancipación de la esfera de influencia norteamericana. Inicialmente, los intelectuales radicales en el gobierno tenían la ilusión de que Rusia Soviética tenía algo que enseñarle a México. Sin embargo, los que viajaron a la Unión Soviética regresaron decepcionados. Los cambios radicales de los dirigentes soviéticos de colaborar a repudiar a los países capitalistas fue desconcertante. La lucha por el poder y el faccionalismo en el gobierno y el Partido Bolchevique confundía a los admiradores de Lenin. Cuando en 1926-1927 los soviéticos participaron en México en la organización de la huelga ferrocarrilera y en 1928 llamaron a los comunistas mexicanos a derrocar al gobierno, las relaciones se agriaron. Para entonces el gobierno mexicano aceptó la superioridad de los Estados Unidos y la realidad de ser el socio menor en una relación determinada geopolíticamente. En 1930 el gobierno mexicano rompió las relaciones con la URSS.





